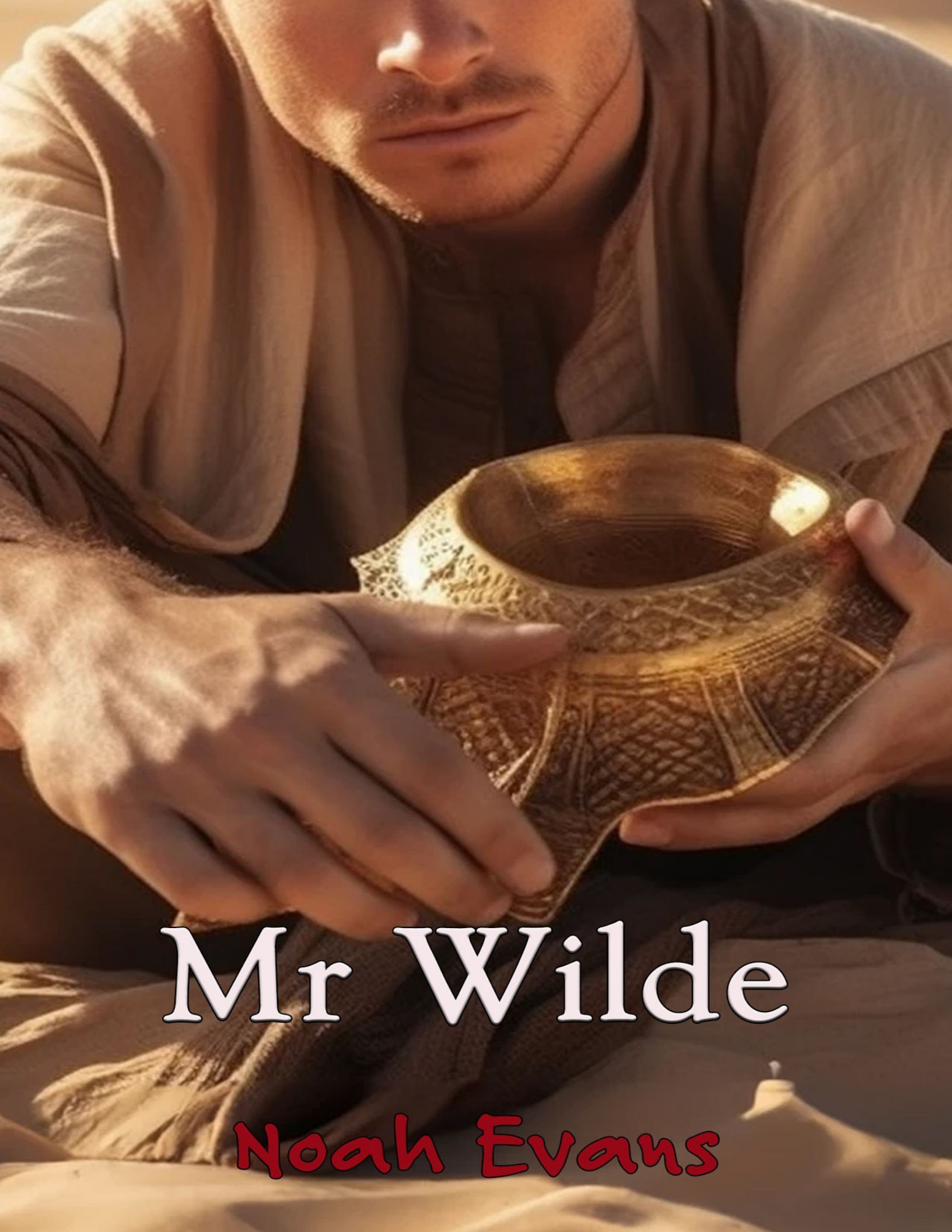

Mr Wilde
Noah Evans

Índice

Título
Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
Epílogo
Nota de autora

Mr Wilde

Noah Evans

Preámbulo

Enviar. Tuvo que cliquear varias veces, encima se había quedado pillado el archivo. Anastasia resopló.

La pantalla tardó unos segundos en darle el *ok*.

Lo entregué. Un trabajo menos.

No había pegado ojo en toda la noche, era el último día para entregar el trabajo. Vio una silueta en el marco de la puerta.

—Mamá, leches, qué susto. —Soltó el aire.

—No sabía que ya estabas levantada —respondió la mujer terminando de abrir la puerta.

—Llevo levantada desde ayer a las seis de la mañana. —Veinticuatro horas justas sin dormir. Dejó caer la espalda en el respaldo de la silla del ordenador y sintió cómo le crujía una vértebra —. Pero ya está entregado.

Su madre había dado unos pasos hacia su mesa y movió algunos folios.

—¿Te queda alguno más que entregar?

Anastasia alzó las cejas con ironía.

—Me queda media vida por entregar —negó con la cabeza—. Haga lo que haga, este curso ya está roto.

Bajó la cabeza para mirar los folios repletos de letras y sintió los dedos de su madre entre los rizos gruesos de la nuca.

—Lo siento. —La mujer retiró los dedos de su pelo—. No preveíamos que la baja de tu padre iba a ser tan larga.

—No pasa nada. —Apartó los folios y los dejó en una pila pegados a la pared—. Será por tiempo.

Volvió a negar con la cabeza.

—Ya llegará tu oportunidad. —Oyó decir a su madre y alzó los ojos para mirarla.

—Porque en este trabajo llueven las oportunidades, ¿verdad? —respondió mirando de nuevo las pilas de folios—. Llevo toda la vida sacando notas brillantes, y justo el año que tengo que abandonar y volver a casa —señaló su móvil—, empiezan a repartir becas. Y no becas cualquiera, becas que de verdad necesito.

Empujó con los pies y la silla rodó alejando a Anastasia de la mesa.

—Si sabías que en este trabajo no llovían las oportunidades, ¿por qué lo elegiste? —Miró enseguida a su madre y entornó los ojos—. ¿Por tu padre?

—Mi padre es quien está en la cama en la habitación del fondo del pasillo, el otro individuo no merece años de estudio. Ni siquiera un minuto. —Se cruzó de brazos y dirigió su mirada hacia la estantería—. No hay ni un momento de mi vida que haya querido hacer otra cosa.

Su madre enseguida siguió su mirada hacia cierta pequeña lámpara de alabastro.

—Nunca te la tendría que haber dado —dijo la mujer con ironía mientras la cogía y hacía sonreír a Anastasia.

—La hubiese encontrado, siempre lo he encontrado todo. —Siguió con la mirada la lámpara en las manos de su madre.

Ana alargó la mano hacia ella, parecía una tetera alargada, una forma común en las lámparas de aceite antiguas. Pero la suya no era una lámpara corriente. El alabastro estaba trabajado de la

misma manera que las lámparas con forma de cáliz de la tumba de Tutankamon; una doble capa de alabastro, una exterior traslúcida y una interior tallada formando dibujos para que al prender una mecha en aceite en su interior, pareciese que esos dibujos estaban pintados en la superficie, un juego de luces usado con frecuencia en las lámparas infantiles modernas.

Su lámpara infantil nunca tuvo estrellas ni nubes, sino dibujos y símbolos egipcios. Lo único que poseía de Ben Hickman, su verdadero padre, uno de los arqueólogos más afamados del desierto egipcio y cuya participación en documentales en las distintas cadenas de televisión se sabía de memoria.

Su madre le acercó la lámpara para que Anastasia la cogiese. ¿Había influido la lámpara y su propio padre en su hambre por el conocimiento antiguo? Quizás hicieron su parte para no rendirse, para no dudar ni un momento, para volcarse por completo.

La alarma de su móvil sonó, era la hora de levantarse si se hubiese llegado a acostar, tenía que abrir la panadería. Se apresuró a apagarla antes de despertar a nadie, aunque para que sus hermanos se despertasen necesitaba dar varios cañonazos a mitad de la mañana.

—Estaba convencida de que te daría suerte. —Su madre pasó la mano por el alabastro.

El estómago de Anastasia rebotó en una carcajada y su madre miró su sarcasmo con decepción.

—Sobre todo suerte —respondió con ironía.

La mujer se acuclilló en el suelo junto a ella, que seguía mirando la lámpara.

—Si pudieses pedir un deseo, solo uno, sin que te limitase nada… —dijo la mujer, Anastasia miró a su madre de reojo, no pensaba responder a aquello.

Ni siquiera sería regresar a Barcelona a seguir con sus estudios. El límite de sus sueños iba más allá.

—Dilo, Ana, en voz alta —insistió su madre.

Anastasia se llenó de aire y lo contuvo dentro.

—Una oportunidad. —Torció los labios y soltó la lámpara en la mesa.

Miró a su madre de reojo.

—No contaba con la cantidad de puertas cerradas, con la pared social y económica, con el amiguismo y los compromisos —negó con la cabeza.

En cuanto lo dijo se arrepintió. No era justo decir eso delante de su madre. Ella sí procedía de una familia con una posición acomodada, decidió ser historiadora y tuvo buenas oportunidades de formación. Hasta que un día cualquiera en una universidad inglesa de renombre se cruzó con Hickman, un arqueólogo de otra especialidad distinta a la que estudiaba su madre.

Su relación con él duró hasta que a Hickman le concedieron una investigación en Egipto. Y a ella se le truncó su carrera por completo. Su familia materna era un tanto peculiar para las apariencias y un embarazo en una mujer soltera, de un hombre que no se haría cargo jamás, no entraba dentro de la imagen que les gustaba dar.

Anastasia.

La tesis que su madre no llegó a terminar. Tuvo que dedicarse a sacar adelante a una hija en la completa soledad.

Tragó saliva y acarició su cara, era la mejor mujer que conocería nunca. Notó el brillo en los ojos de su madre y le produjo cierta tensión en la garganta.

—Vale. —Tenía que remediarlo enseguida, cogió la lámpara y la levantó para que su madre la viese—. Un deseo —sonrió al ver a su madre hacerlo también. Se mordió el labio inferior y pasó la mano por la lámpara—. ¿Se hace así? —Volvió a frotarla con más rapidez—. Deseo una

oportunidad, no una cualquiera, una de verdad. —Su madre negaba con la cabeza sin dejar de reír mientras se incorporaba—. No quiero más bibliotecas ni aulas, quiero ir a Egipto, a una excavación importante y trabajar con los mejores. —Su madre sacudió la mano para que parase mientras se dirigía hacia la puerta.

Anastasia la miró riendo.

—Me voy, hoy entro algo antes al trabajo —asintió y vio que su madre volvía a mirar la lámpara—. Eres brillante, Ana, tarde o temprano el destino te traerá algo maravilloso.

La joven sonrió de nuevo hasta que su madre cerró la puerta.

Fue a apagar el ordenador, sus compañeros habían colgado en el portal universitario enlaces de nuevos vídeos sobre hallazgos en varias excavaciones.

Entornó los ojos, había rumores sobre los avances de la doctora Sherman. Le encantaba Antonella Sherman, desde que comenzó sus estudios siempre la tuvo como referente. Tan solo le llevaba unos ocho años y ya dirigía su propia excavación. Un prodigio de arqueóloga enseñada por un veterano, Ben Hickman, su padre. Escogía a las mejores promesas y luego ellos brillaban de manera independiente, como Sherman.

Y por otro lado estaba el doctor Wilde, otro de los éxitos de Hickman que decidió distanciarse y seguir su propia investigación. Solía ver sus vídeos, uno por uno, varias veces. Desconocía por qué Wilde y Sherman no trabajaban juntos, hubiesen formado un buen equipo.

Dejó la lámpara en la mesa mientras se cargaba el vídeo. El doctor Wilde tenía el pelo castaño y algo ondulado, sus ojos eran de un azul intenso similar al mar, que solía contrastar con el color uniforme y neutro del desierto y de su ropa. Contuvo la sonrisa al recordar los susurros de las alumnas en el aula cuando algún profesor proyectaba sus vídeos de investigación o alguna conferencia suya.

Como siempre que salía el doctor Wilde en un primer plano, su mirada se dirigía hacia su hombro, donde la camisa se hacía tirante dando una idea de lo que había debajo. Anastasia sacudió la cabeza para centrarse en lo que decía el narrador del vídeo.

El color azul de sus ojos en medio de tonos *beige* y ocres era una auténtica maldad que la desconcentraba sin remedio.

Entornó los ojos cuando Sherman entró en escena, junto a Wilde. Desde que era estudiante no podía evitar imaginarlos juntos en todos los sentidos, no podía ser de otra manera, arqueólogos jóvenes, brillantes y con éxito. Quizás por una vez le darían el gusto de verlos trabajar juntos. Sherman estaba tras una mesa y le enseñaba un objeto circular a Wilde.

Eran tan perfectos los dos y en ese momento los envidiaba tanto que ya suponía que iba a comenzar el día en un bucle de negatividad y autocompasión.

De una mala hostia de narices.

Apoyó el codo en la mesa y empujó la lámpara con él para hacerle hueco entre el teclado y el ratón del ordenador, sin dejar de mirarlos. Ambos fueron aprendices de su padre, el resquemor en el pecho fue inmediato.

Ella era su hija, una hija por la que nunca se interesó. Ni siquiera sabía su nombre. Pero su hija también quería ser arqueóloga, como Hickman, como Wilde, como Sherman, sobre todo como Antonella Sherman. Y tener un compañero, amigo y competencia tan brillante y tan guapo como Wilde. Y enseñarle orgullosa sus hallazgos sobre una mesa en la puerta de un agujero de arena que llevaría a un entramado de historias por descubrir.

Dejó caer la barbilla en su mano. Siempre estuvo segura de que estaba hecha para ello, una parte dentro de ella, muy dentro, no tenía dudas de que su lugar estaba en el desierto.

Se sobresaltó con otra alarma del móvil, era hora de encender el horno de la panadería. Se levantó enseguida de la silla apagando la alarma y deteniendo el vídeo. Lo seguiría viendo después de comer.

Antes de atravesar la puerta pudo mirar la imagen congelada de Wilde y Sherman en la pantalla, tras la lámpara de alabastro que había dejado sobre la mesa.

Una oportunidad.

Suspiró. Salió de la habitación, se le hacía tarde.

1

Fineas y Lois acababan de salir de su estudio. Desde hacía unos días, aunque se levantase a primera hora y se acostase el último del equipo, le daba la sensación de ir tarde. Y, es que tal y como le habían confirmado Fineas y Lois, iban tarde, por detrás del resto. Lo último que quería.

Su teléfono sonó, resopló al ver el nombre de su hermana en la pantalla.

—Dime, no tengo tiempo —le dijo en cuanto descolgó.

—¿El doctor Wilde sin tiempo? —reía Adriana.

—Déjate de tonterías. ¿Qué quieres? Rápido. —Miró la hora—. La señorita Sherman ha encontrado un nuevo hallazgo y me han invitado esta noche a la celebración.

—¿Antonella te ha invitado esta noche? —Su hermana soltó dos carcajadas más—. ¿Para restregarte por la cara lo que ha encontrado? ¿O para algo más? Ya he visto vuestro vídeo juntos, te corroía la envidia cuando te estaba enseñando las esferas doradas. —La ironía de su hermana hizo que negase con la cabeza.

—¿Te he dicho que no tengo tiempo? —Wilde se asomó por la ventana al escuchar jaleo. Aquella calle estaba siempre abarrotada y el ruido era continuo.

—Pues hazme hueco unos minutos porque necesito preguntarte algunas cosas. Estoy preparando el asunto de Anastasia.

Resopló al escuchar el nombre.

—Te dije que aún no —replicó él enseguida.

—Me llevas diciendo que no dos meses.

—Pues dame un mes más. —Corrió la cortina, el ruido seguía siendo el mismo, los cristales de aquella casa eran tremendamente finos.

—No voy a darte más tiempo. —La oyó decir y frunció el ceño—. De hecho, sus benefactoras ya han hecho el envío del material. Y la chica ni siquiera sabe que se le ha concedido una plaza en tu equipo. ¿Brandon?

—Qué —respondió en medio de un resoplido.

—¿Me estás escuchando?

—Claro que te estoy escuchando y dime que esas cuatro no se han puesto en contacto con la tal Anastasia, porque sería para tirarme por la pirámide de Jufu cabeza abajo —dijo y Adriana rompió en carcajadas.

—Piden tu autorización para hacerlo.

—De ninguna manera. —Su voz fue tan rotunda que Adriana rompió en carcajadas otra vez.

Brandon suspiró.

—No sabes la presión que tengo. No sabes la presión que tengo —alzó la voz al repetirlo—. Antonella Sherman ha ampliado a su equipo. Ahora tiene a Margot.

—Venga ya, ¿en serio? —Para su hermana parecía todo una guasa—. Se te acumulan las admiradoras.

—¿Cuándo decías que ibas a venir? Mejor quédate en casa.

—No tardaré, hermano —respondió—. ¿Hago mucha falta allí?

—Falta moral para tu amado hermano, sí —Brandon volvió a resoplar—. Aunque ahora mismo lo estoy dudando.

Brandon apoyó la espalda en el tablón de madera donde él y su equipo clavaban fotos y

dibujos.

—Ben Hickman ha traído a su equipo, dice que está convencido de conocer la ruta hacia Sekemer.

—¡Guau!

—Sí, ¡guau!

—Bueno… míralo por el lado bueno. Si el aprendiz no supera al maestro y el maestro encuentra al visir, ganaréis todos. Antonella, tú y Hickman lleváis años detrás de él, ¿no? Ahora veréis si alguno llevaba razón. Porque la idea de trabajar juntos, ¿no es posible?

—No es posible, ya no. —Miró de reojo el tablón.

—Hermano. —La voz de Adriana se suavizó—. No importa lo que avancen los demás. No te rindas.

—No te rindas. Suena idílico y bonito decirlo… —Se apoyó en la mesa—. Y mi equipo no se merece que me rinda. Todos se están volcando. No te imaginas —respiró despacio.

—Entonces, ¿puedo llamar ya a la chica y enviártela?

Brandon negó con la cabeza.

—¿Tengo más opciones? —preguntó con ironía.

—Lo dices como si fuese una condena.

—Un becario aquí, tal y como están las cosas, es un lastre, ni lo dudes.

—Lo mismo la chica es brillante y te sorprende.

—La han elegido Brian Stoker y la familia de Michelle Lyon, no tengo dudas de que va a sorprenderme —respondió y Adriana rompió en carcajadas una vez más, su risa le hizo resoplar de nuevo.

Miró la hora otra vez. Tenía que apresurarse a ir a la ducha para llegar a tiempo a la reunión.

—Se acabó tu tiempo —le dijo a su hermana.

—Vale, voy a sacar los billetes de tu becaria. Te envío la hora para que la recojas.

—¿Recogerla? Claro, y de paso puedo darle un paseo turístico por Luxor —respondió con ironía a su hermana—. De eso nada, envíale la ubicación de la casa. Seré su mentor, no un chófer ni un guía turístico.

—Doctor Wilde, es usted un estúpido.

—Ser un estúpido conlleva mucho trabajo, he practicado con mis alumnos durante años, ¿lo sabes? Y déjame a mí, que sé bien cómo son los becarios. Fui uno hace tiempo.

—Vaaale, tú mismo —respondió su hermana—. Voy a llamar a Anastasia, porque parece que va a ser la última en saber que tiene que sumarse a la búsqueda de Sekemer. A ver si no le da un infarto cuando se entere. Estáis en todos los canales académicos, Hickman, Sherman y tú.

—Qué honor —volvió a responder con ironía—. Me encanta ser el centro de atención.

Oyó la risa aguda de su hermana.

—Para tu información, eres quien más visualizaciones tiene, y muchos más comentarios. Menuda legión de admiradoras, te llueven las voluntarias hasta para sujetarte la cantimplora. ¿Quieres que te lea algún comentario?

Tuvo que contener la sonrisa.

—Me estás entreteniendo demasiado.

—Ya cuelgo, en un rato te envío por correo los documentos de Anastasia para que arregles los permisos. Un beso. Te quiero.

Le respondió con una especie de rugido.

—Dilo —dijo ella y Wilde sonrió.

—Es que yo no te quiero.

—Vale —reía Adriana—. Dale recuerdos a Antonella de mi parte. —En esa ocasión la ironía la usaba su hermana.

—Le encantará recibirlos —respondió. Se escuchó un beso sonoro y se cortó la llamada.

No había mirado el móvil en todo el día. El chat de los Misters estaba repleto.

«Pero ¿qué le han enviado?», preguntaba Stoker.

«Michelle no lo sabe, se ha encargado su tía Vicky».

«Espero que le hayan enviado una linterna grande para darle a Wilde en la cabeza de vez en cuando», dijo Blake y el chat se había llenado de risas.

«Poco más y os enteráis antes que yo de que mi becaria viene de camino», puso él.

«Apareció el doctor Wilde. Hablábamos de ti», dijo Stoker.

«Dile a Michelle que le diga a sus tías y a su madre que ya se han salido con la suya y la becaria va a venir en estos días. Pero que se acabó, ¿entiendes?».

El chat se volvió a llenar de risas.

«Llevan dos meses esperando a que dieses tu autorización. Con la diferencia de que tú estás en Luxor y yo aquí», puso Orwell y sonrió al leerlo. «No te hagas la víctima que los que hemos estado en medio todo el tiempo hemos sido tu hermana y yo. La próxima vez las meto en el chat a las cuatro. Y es una amenaza que pienso cumplir».

«¡Que la cumpla, que la cumpla!», respondió Stoker.

Wilde se llevó la mano bajo la nariz y hasta dio una carcajada.

Byron escribía, cada vez se estaba animando más a hablar en el chat.

«Acabo de ver el último vídeo, Wilde».

«Esta semana ha sido un poco desesperante. Pero era algo que ya sabía que podría pasar».

Con ellos podía decir todo lo que no decía a su equipo.

«Prefiero no valorarlo», añadió.

«Ánimo, amigo. Tú ya eres veterano en esto, sabes que hay baches, algunos enormes», le dijo Byron. «Y si no es Sekemer, llegará otra oportunidad».

Otra oportunidad. Renunciar a la de Sekemer. No quería ni pensarlo.

Miró hacia el tablón. Había hecho muchos trabajos, pero Sekemer había sido su vida. Una búsqueda que comenzó en su cabeza aun antes de tener títulos bajo el brazo.

Baches y caídas, los esperaba. No podía rendirse aún.

2

Se asomó por la puerta que comunicaba la panadería con el salón de casa. Ninguno de sus hermanos se había levantado todavía.

—A estos dos los voy a despertar a cañonazos una mañana de estas. —Anastasia se acercó al horno para mirar el contador.

Entornó los ojos hacia los bollos, los veía muy dorados para el tiempo que faltaba. Resopló mientras agarraba la manilla para abrirlo.

Su móvil sonó, bajó la cabeza para mirarlo, lo llevaba colgado del cuello por una cuerda dorada.

—Dime, Lore. —No apartaba la mirada de los bollos.

—Niña, ¿te han llamado?

—¿De dónde? ¿De las becas? No. —Abrió la puerta del horno, pero con una mano no se atrevía a coger ninguna bandeja. Ya se había quemado tropecientas veces aun usando las dos. Comenzó a quemarle la cara y tuvo que cerrar el horno—. ¿A mí me van a llamar? Ni siquiera he acabado la especialidad aún —resopló volviendo a asomarse a la puerta que comunicaba con el salón—. ¡Óscar! —Desde allí no se enteraría con la puerta del dormitorio cerrada—. Y no sé cuándo lo voy a poder acabar. Todos estos meses desde que me vine de Barcelona han sido un caos, lo mejor que podía haber hecho es tirarme por un barranco. Mi padre sigue sin poder trabajar. Así que yo tengo que estar todas las mañanas en la panadería. ¡Y vaya dos flojos que tengo por hermanos! —lo dijo gritando, a ver si se enteraba alguno—. Ni siquiera se han levantado todavía.

Abrió la vitrina bajo el mostrador para meter el pan recién hecho en cuanto lo sacara del horno.

—Son adolescentes, ¿qué esperas? ¿Entregaste el trabajo? —preguntó Lorena.

—Lo he entregado hace dos horas, ¿sabes cuánto he dormido hoy? —Volvió a mirar el minutero del horno—. A mí esto me está superando.

—¿Cuánto tiempo más le han dado a tu padre de baja?

—El rehabilitador le ha dicho que seis meses más —negó con la cabeza.

Oyó las campanillas de la puerta al abrirse.

—Buenos días, Anastasia. —Una señora mayor con un bastón entraba en la tienda.

—Buenos días, Matilde. —Cogió las pinzas para guardar los dos panes blandos que se llevaba la señora—. No tendría que haber venido, Óscar le puede llevar el pan.

La mujer movió la mano en el aire.

—No os molestéis, no me importa venir —sonrió—. Además, me viene bien echar el paseo. ¿Y tu padre?

—En rehabilitación. —Como siempre, como todos los días desde hacía demasiados días.

—¿Tu madre? ¿Trabajando? —Anastasia asintió—. Y tú aquí.

Todo en su lugar en el nuevo orden.

La mujer volvió a sonreír. Le dio unas monedas y volvió a salir con su bolsa.

Anastasia se llevó el teléfono al oído.

—Lore, ya —le dijo para que siguiese hablando.

—¿Y qué pensáis hacer? ¿Cerrar la panadería?

—No es una opción —bajó la voz—. Con el sueldo de mi madre no hay ni para la hipoteca. Y no es que la panadería vaya muy bien, pero es esto o comemos pipas.

—Tía, pues los cheques de tres mil euros de la beca te vendrían de lujo.

—Claro que me vendrían de lujo. Pero no te enteras, no he terminado el curso, no hay beca. —Se llevó la mano a la frente—. Me cago en la leche, toda la vida sacando notas brillantes y ahora que no las tengo reparten pasta. Para todo soy igual. —Abrió de nuevo el horno y esa vez metió la mano con un trapo para sacar una de las bandejas—. Estoy gafada.

—Pero ¿echaste la solicitud?

—Claro, como todos. Pero para probar suerte, como el que juega al sorteo de los Euromillones. Con la competencia que hay, me van a dar un mojón de los gordos. —Retiró la mano del horno.

Anastasia volvió a escuchar las campanillas. Era un joven con una caja en la mano.

—¿Anastasia Ortega? —dijo el chico y ella frunció el ceño. Solo esperaba que ninguno de sus hermanos hubiese comprado nada por internet. Con la que tenían encima, era para meterles la cabeza en el horno.

—Tía, te dejo —le dijo a su amiga —, creo que voy a hacer magdalenas con las cabezas de dos adolescentes. —Colgó.

El chico le hizo firmar un albarán tras pedirle el DNI y se fue. Cogió la caja y la colocó en el mostrador interior.

—Y encima pesa. —Rascó el precinto y tiró de él, pero solo pudo abrir hasta la mitad.

Se asomó al hueco que había abierto. Vio el símbolo de una manzana mordida.

—Yo a estos dos los mato —dijo— ¡Óscar! ¡Aitor! ¡Qué leches habéis *comprao*!

Y bajo esa primera caja había otra, algo más grande, con otro logo igual.

—La madre que los parió. —La apartó y vio que en la base había otra caja, más grande aún.

Aquello era como unas muñecas rusas de tecnología de alta gama, una tras otra de distintos tamaños. Soltó la caja.

Un portátil, un iPad, un móvil y accesorios. Los mato.

Metió medio cuerpo en el salón. Abrió la boca para gritar a sus hermanos de nuevo, pero su móvil empezó a sonar.

Un número largo, demasiado largo para ser una llamada normal.

—¿Sí? —Escuchó una leve música.

—Buenos días. ¿Anastasia Ortega?

Las campanillas de la puerta sonaron de nuevo.

Voy a tirarme por un barranco.

—Mire, de verdad, si va a venderme algo, no me pilla usted… —respondió a la chica del teléfono mientras fruncía el ceño mirando hacia la puerta, otro mensajero.

—¿Anastasia Ortega? —preguntó el chico con una caja considerablemente más grande y rectangular.

Pero ¿esto qué es hoy? ¿Los reyes magos?

—Mi nombre es Adriana Wilde y le llamo de la fundación Misters… —La chica del teléfono le hablaba en inglés.

—¿Se lo dejo aquí? —preguntaba el repartidor.

Se volvieron a escuchar las campanillas.

—Buenos días, Anastasia. —Era un señor mayor que le compraba pan a diario.

—Déjelo ahí, en un *ladito*. ¡Sí! ¡Ahí! —El chico soltó la caja en el suelo.

Entre el horno abierto, el teléfono, los mensajeros y los clientes, los chorreones de sudor comenzaban a caerle por la espalda.

—Anastasia, has sido seleccionada para recibir una beca especial de la fundación —seguía la chica al teléfono, pero su voz se perdió cuando oyó de nuevo las campanillas. Miró hacia la puerta.

Venga ya, hombre. Esto tiene que ser algún programa raro o alguna broma de YouTube.

Otra caja, aún más grande que la anterior, apenas podía ver al mensajero tras ella. Notó una gota de sudor saliéndole del gorro blanco que le cubría el pelo, sien abajo.

—La excavación del visir Sekemer… —seguía diciendo la chica.

Pero Anastasia se apartó el teléfono para darse la vuelta y mirar el horno.

—¡Ostras, los bollos! —Echó a correr hacia el horno para sacar las bandejas. La primera la sacó con el trapo, en la segunda se le arrolló la tela y puso la yema de los dedos directa—. ¡Su puta m…!

—¿Anastasia? —Se oyó al teléfono a la chica.

—¿Puede decirme su DNI? —El mensajero dejaba la caja junto a la anterior.

Anastasia había puesto la mano con el trapo sobre uno de los bollos y presionó.

Hostias, los bollos están más duros que un leño.

Irían directos a la basura. La mañana había comenzado de escándalo, perdiendo dinero.

—Un segundo que… —le dijo a la chica del teléfono. Ya no sabía ni qué excusa ponerle, tampoco sabía muy bien qué quería. Suspiró. Le dio el DNI al mensajero.

Vaya mañanita de narices.

Torció el cuello para pegarse el teléfono de nuevo.

—Disculpe, si pudiera repetirme…

Oyó la risa de la chica.

—Le decía que ha sido seleccionada por la fundación Misters para una beca especial.

No jodas, ¿en serio?

Pero ella no podía ser candidata. No había acabado el curso, había sido la primera de la clase hasta que tuvo que regresar a Cádiz y aún tenía siete asignaturas entre ella y el título de arqueología necesario para aquellas becas que habían gestionado desde la universidad. Debía haber un error informático, no podía ser. Hasta lo que sabía la habían recibido algunos de sus compañeros, los mejores. Todos con la titulación acabada. Ella solo tenía el grado y un máster.

—Anastasia, ¿puedes darme mi pan? Hoy tengo prisa —le decía el hombre que esperaba al otro lado del mostrador.

—Sí, un segundo —respondió torciendo el cuello de nuevo para sujetar el teléfono sin manos mientras abría la vitrina.

—Disculpe, señorita —le dijo a la chica abriendo una bolsa para meter el pan. Otro movimiento de campanillas la hizo mirar hacia la puerta.

Madre mía.

Una caja más, de las grandes, con otro mensajero.

—No puede ser —añadió dándole la bolsa con el pan al cliente—. Quiero decir, estoy muy agradecida, pero no puedo recibir una beca.

Extendió la mano para coger las monedas con las que le pagaba el hombre.

—Claro que puedes. —La chica volvió a reír—. De hecho, hoy mismo recibirás el material que te han enviado tus benefactores.

Se sobresaltó y dirigió la mirada hacia el mensajero.

No puede ser.

—¿Anastasia Ortega? —preguntó el joven.

Anastasia alzó el índice y negó con él. El chico frunció el ceño.

—¿No es usted? —dijo el chico mirando su móvil, supuso que para comprobar la dirección.

Nuevas campanillas. Dos clientas que siempre iban juntas después de que desayunasen en el bar de enfrente.

—Tienes en el correo los billetes de avión, tendrás que hacer escala, pero he intentado…

Su voz se perdió en medio de una marea de pensamientos sobre los posibles errores que pudo haber.

—No, es un error, de verdad —le dijo cortándola.

—Y hemos hecho una transferencia a tu cuenta. —La joven no parecía escucharla.

—Que es un error —repitió.

—De treinta mil euros para posibles gastos durante tu estancia…

¿Cómo?

—¿Qué has dicho? ¿Un error dónde? —preguntó la joven.

Anastasia tragó saliva. Miró a las dos mujeres y al repartidor, y le brillaron los ojos. El escozor en la garganta fue inmediato.

Estamos salvados.

—¿Yo? Yo no he dicho nada —se apresuró a responder—. Es que estoy en el negocio familiar y aquí hay mucho ruido.

Le señaló con la mano al repartidor dónde estaban el resto de cajas.

—Déjalo con las otras. ¿Quieres mi DNI? —le preguntó y el joven alzó las cejas contrariado.

Hay que reconocer que la cara la tengo dura como una losa.

—No, solo una firma aquí. —El chico puso un papel sobre la mesa.

Ella garabateó enseguida.

—Disculpe, ¿me puede repetir su nombre? —dijo al teléfono y alzó la mano para que las clientas esperasen un momento.

—Adriana Wilde —respondió la joven y el vello se le erizó al escuchar con claridad su apellido—. Vas a recibir material y enseres que te han enviado tus benefactores. Ya te he dicho que tu beca es un tanto especial. —La joven se detuvo, juraría que Adriana Wilde había estado a punto de reír de nuevo—. Vas a formar parte del equipo del doctor Wilde en el proyecto de Sekemer.

Maaaaaadre mía.

Anastasia se encorvó hacia delante y tuvo que apoyarse en el mostrador bajo, el que estaba en la puerta de la vitrina del pan. Volvió a tragar saliva.

Maaaadre mía.

—En Luxor, tienes ya los billetes en tu correo. Siento haberte avisado con tan poco tiempo de antelación. Espero que no sea un problema.

Se llevó la mano a la boca y se la mordió mientras los ojos se le llenaban enseguida, tuvo que darse la vuelta para que las clientas no le viesen la cara.

Es que no me lo puedo creer.

Apretó los labios y negó con la cabeza como si Adriana Wilde pudiese verla.

—¿Quieres que te llame un poco más tarde? Cuando asimiles todo esto. —Esa vez sí oyó cierta risa.

—Sí, por favor. —Porque no era capaz ni siquiera de abrir la boca y decir algo cuerdo. Se

llevó la mano al pecho. Podía sentir sus propios latidos en la yema de los dedos—. Te lo agradecería.

—De todos modos, en el correo tienes mi teléfono por si necesitas llamarme. Y también el del doctor Wilde y su equipo, pero… es mejor que me llames a mí y ya hablas con ellos cuando llegues a Luxor.

¿Tengo el teléfono del doctor Brandon Wilde? ¿Qué fantasía es esta, por Dios?

—No se te ocurra marcar ningún teléfono que no sea el mío. —Adriana Wilde cambió el tono de voz a otro más apurado—. Solo el mío, ¿vale?

—Solo el tuyo, vale —Ana asentía con la cabeza. Miró de reojo a sus clientas, las mujeres la miraban intentando deducir lo que fuese que le estaba pasando. Era una suerte que no supiesen inglés, aquellas dos eran el periódico del barrio.

Sentía cómo su cuerpo comenzaba a asimilar lo que estaba pasando, las piernas perdieron el peso por completo.

—Ve preparando las maletas. Te vas a Luxor. —El vello se le erizó por completo al oír a Adriana—. Más tarde vuelvo a llamarte.

Adriana Wilde colgó y Anastasia se retiró el teléfono de la oreja para mirarlo.

¿Qué acaba de pasar?

El vello no se le asentaba. Entornó los ojos hacia sus clientas y alzó la mano diciendo con los dedos que la excusaran unos segundos, se perdió a través de la puerta de la trastienda.

Tuvo que agarrarse a la pared y se llevó la mano a la boca para no gritar mientras sentía cómo los ojos se le llenaban.

Qué bastinazooooooo.

Dio una especie de taconeado rápido en el suelo y se tapó la cara con las dos manos.

—Madre mía. —Se apartó las manos y resopló.

Negó con la cabeza, su madre se moriría cuando se enterase, las circunstancias se habían dado la vuelta. Y acababa de recibir la oportunidad más grande que había imaginado. Sus ídolos dejarían de estar a través de una ventana de vídeo en la pantalla del ordenador y estarían frente a ella.

Los ojos le rebosaron y tuvo que limpiarse. No sabía cómo había podido pasar, ni siquiera cumplía los requisitos, pero había ocurrido.

Y nos han salvado.

La suerte, la casualidad, un error, lo que fuese que hubiese ocurrido para ser la elegida por encima de todos, había salvado la economía familiar, el negocio y posiblemente empujaría su carrera profesional.

Se sorbió la nariz y levantó levemente la cabeza.

La suerte, la casualidad, un error…

Echó a correr hasta su dormitorio y abrió la puerta. Allí estaba la lámpara de su padre biológico, aún encima de la mesa.

No puede ser, la madre que me parió.

Justo la fantasía que se le había pasado por la cabeza aquella mañana mientras intentaba hacer reír a su madre frotando la lámpara.

La cogió y se la acercó para mirarla. Apenas podía ver los símbolos a trasluz. Los ojos se le llenaron de nuevo.

Se la llevó a los labios y se la pegó a los morros dándole un beso sonoro.

—Gracias, gracias, gracias. —Volvió a besarla y se la pegó al pecho.

Se rio de la propia ridiculez sin sentido. Sacudió la cabeza y se alejó la lámpara del cuerpo para mirarla.

Qué demonios, la magia no existe. Es una puñetera lámpara.

Volvió a reírse.

—Pero tú te vienes conmigo por si acaso —volvió a negar con la cabeza riendo.

Dejó la lámpara en la mesa y se apoyó en la madera con las dos manos. Un picotazo eléctrico en el pecho le aceleró las pulsaciones de inmediato.

Un error.

Lo era sin ninguna duda. Pero no podía decir que no a una oportunidad así, ya no por egoísmo, por su propia carrera, sino por su familia. Necesitaban el dinero, no podrían pagar las hipotecas en aquellas circunstancias, ya llevaban retraso en las letras.

Resopló.

En qué marrón voy a meterme.

Espiró aire despacio.

Uno mu *grande.*

Era el equipo del doctor Wilde, palabras mayores, no ninguna tontería. Y ella tendría que ir con la cara de lona dura y disimular que había acabado sus estudios de arqueología.

Siete asignaturas de mierda no tienen importancia.

Sí la tenían, lo sabía. Había una diferencia en licencias y en varias cosas. Se tapó la cara con una mano y abrió un solo ojo por encima de sus dedos para mirar la lámpara.

—Y tanto que vas a venirte conmigo. Voy a necesitarte —resopló.

El doctor Wilde comenzaba a ponerla nerviosa, muy nerviosa, ya a kilómetros de distancia.

3

Tenían un plano sobre la mesa, el equipo se había reunido de nuevo para un cambio de rumbo, después de los últimos descubrimientos de Antonella hasta Ben Hickman había cambiado de idea y continuaba una antigua excavación que había desahuciado tan solo unos meses antes. La boca de un antiguo edificio a ras del suelo que no parecía tener más importancia que las ofrendas religiosas.

El visir Sekemer no era un personaje cualquiera, sabían todos que no sería fácil llegar hasta él. Y cualquiera de los tres equipos, tanto el suyo como el de Ben o el de Antonella, podría estar en lo cierto o los tres equivocarse.

Veía los trazos sobre el mapa, los antiguos en amarillo y los nuevos en rojo. Fineas le debatía el por qué seguía empecinado en mantener su primera teoría, la respuesta sincera no podía dársela. Sus nuevos cálculos, si tenía en cuenta los últimos hallazgos del otro equipo, apenas diferían de los de Antonella y Ben. Y no quería reconocer que ellos lo hiciesen antes y que ya no tuviesen opción ni oportunidad de encontrar a Sekemer antes que otros.

—¿Seguimos perdiendo el tiempo? —Fineas solía ser sincero en sus debates—. ¿Eso propones?

—Te he dicho que vamos a desviarnos, hay varias aberturas a otros subterráneos, puede estar en una de ellas —replicó mientras Scotty y Nicky lo miraban sin decir una palabra.

—Claro, podemos revisar todos los puñeteros agujeros en doscientos metros cuadrados, así tendremos más posibilidades. —La ironía de Fineas le hizo apretar los labios y levantar la vista hacia él—. Antonella y Ben parecen tener claro dónde está Sekemer.

No podía alterarse delante de su equipo, aunque estaba claro que Fineas ponía de su parte para acabar con su paciencia.

—Mantengo mi teoría, y en unos meses veremos quién lleva la razón —respondió.

—Pues de momento no hay ni una prueba que diga que tu teoría es la certera —replicó el joven.

Wilde entornó los ojos hacia él, notaba la tensión e incomodidad en el resto. Encontrar pruebas reales era una inyección hacia el equipo, el directo y mucho más equipo humano que tenían en las excavaciones. Ellos no tenían nada concreto de Sekemer, solo objetos que podrían ubicar junto a cualquiera de épocas similares a las que buscaban.

Cogió aire y lo expulsó despacio sin dejar de mirar a Fineas, uno de sus ayudantes de más confianza y de los que más valoraba.

—Antonella estaría encantada de recibirte si decides cambiar de equipo.

La puerta se abrió, entraba otra de sus ayudantes, Lois, con un teléfono en la mano.

—Doctor Wilde. —Alargó la mano con el teléfono hacia él.

—Ahora no. —Levantó la mano sin mirarla, volvía a centrarse en el mapa.

Lois metió el teléfono entre él y el mapa.

—Las autoridades del aeropuerto tienen retenida a tu nueva becaria y reclaman tu presencia de inmediato como responsable —dijo Lois y Wilde se sobresaltó.

Ni siquiera recordaba que Anastasia fuese a llegar aquel día. Seguramente ignoró el mensaje de su hermana.

Vio cómo los de su equipo se miraban unos a otros.

—¿Retenida? —preguntó Suhaila viendo que hasta Fineas había contenido la sonrisa.

—Traía algo en su equipaje —añadió Lois acercando el teléfono más a él.

Pero Brandon Wilde se retiró alejándose del aparato.

—¿Qué demonios traía en la maleta? —Se alejó de la mesa llevándose la mano a la sien.

—No quieren decírmelo por teléfono —añadió Lois—. Tendrás que ir tú.

Miró a Lois apretando los labios.

—Pues deberían ir al aeropuerto las personas culpables de su presencia aquí. —Cogió aire, en el peor momento le llegaba una becaria que empezaba a dar problemas antes de poner un pie en Luxor. Negó con la cabeza resoplando de nuevo—. Responsable, ¿yo? Ni siquiera sé quién demonios es.

Solo recordaba su nombre, Anastasia, ni siquiera su apellido. No había tenido tiempo ni interés en mirar su currículo ni ninguna de sus cartas de presentación. Apretó los labios y cerró los ojos.

—De inmediato es ya —dijo la chica despacio, frunciendo el ceño al ver que él no reaccionaba.

—Por mí pueden retenerla los próximos seis meses o mandarla de vuelta —respondió.

Miró a su equipo, seguían sin decir nada.

—Tiene que estar aterrada —dijo Fineas.

Cruzó una mirada con Fineas, lamentó haberle propuesto la posibilidad de que se marchase con Antonella. Era uno de sus más grandes apoyos en el desierto. Pero aquella tensión a la que se sometía cada día comenzaba a hacerlo desvariar.

Se dirigió hacia la pared del despacho donde colgaban las llaves de los coches que tenía el equipo.

—Hoy vamos a ser noticia por fin entre los equipos de arqueólogos, y no por nada bueno —dijo protestando mientras atravesaba la puerta. Antes de cerrar vio a Lois mirar a Fineas y reír.

Menudo circo que vamos a montar. A ver qué demonios habrá traído en la maleta esa tal Anastasia.

4

El jefe de seguridad del aeropuerto lo esperaba en un despacho. Lo conocía desde hacía mucho tiempo, era un viejo amigo de Ben Hickman.

—Brandon, has tardado menos de lo que esperaba —le dijo aquel hombre de piel dorada.

—Si es alguna droga, no pienso hacerme responsable de nada. Llevadla a donde corresponda —dijo aun antes de saludar.

El hombre alzó las cejas.

—¿Alguna droga? —sonrió—. Aunque para muchos quizás lo sea.

La mirada de Brandon se dirigió a una tela *beige* que el hombre tenía sobre la mesa.

—¿Qué nombre le pondrías tú a esto? —Desenvolvió lo que guardaba la tela.

Brandon frunció levemente el ceño mirándolo. Podía ver la doble pared de alabastro de un lámpara con una forma algo inusual, similar a las que se encontraron en la tumba de Tutankamon.

—¿Es una réplica? No me lo parece —dijo el jefe de seguridad.

Sin pruebas no podía asegurarlo, pero no tenía pinta de réplica. Era original y diferente, y las manos se dirigieron hacia la lámpara mediante una atracción que solo experimentaba con algunas piezas únicas que había encontrado a lo largo de su carrera. Un objeto aparentemente sencillo, con demasiadas particularidades a medida que lo observaba.

—¿Dónde está ella? —preguntó en cuanto sus dedos tocaron el alabastro.

Porque el desinterés y la forma en la que había ignorado la existencia y llegada de su becaria se había dado la vuelta por completo.

Quien quiera que fuese Anastasia, quería tenerla delante.

—Hay que registrar el objeto, estará a su cargo —dijo el hombre —. Y si se lo reclaman, habrá que devolverlo al estado.

Brandon ya sabía el protocolo, de memoria. Cogió la tela para envolver la lámpara y se fijó en que tenía el fondo oscuro de haber ardido de manera continua y reciente. Solo un loco usaría en la actualidad una reliquia semejante. Era un milagro que estuviese tan bien conservada a pesar de haber estado en manos inexpertas.

—¿Dónde está ella? —volvió a preguntar.

La sonrisa de Amil se amplió.

—Ven conmigo. —El hombre se levantó de su asiento y Brandon lo siguió.

Atravesaron un pasillo hasta otra puerta, una azul con cristal opaco. Amil la abrió.

Había una joven en medio de tres maletas, acuclillada en el suelo. Tenía el pelo abundante, de un color castaño claro con vetas avellana, y con unas ondas en cascada que acababan en rizos más allá de sus hombros. Levantó la mirada hacia él, si estaba aterrada como decía Fineas, en aquel momento no lo parecía. Los ojos de la chica, del mismo tono avellana claro del pelo, se fijaron en la tela que él llevaba en la mano.

—Tendrás que firmar algunos documentos antes de llevarte a la chica —le dijo Amil saliendo de la habitación y dejándolos solos.

Ni siquiera le habían puesto una silla, Anastasia se levantó con rapidez a pesar de llevar horas allí en el suelo.

—Doctor Wilde. —Se acercó a él y la vio tenderle una mano.

Pero Brandon no hizo ni el amago de estrecharla.

—Creo que no eres consciente de las consecuencias de traer aquí un objeto así. No pienso preguntarte en un sitio como este de dónde lo has sacado. Pero si traes más juguetes de este tipo en alguna parte, es el momento de decírmelo.

Vio a Anastasia asomar sus dientes apretados en una mueca mientras se llevaba la mano que pensaba estrecharle al bolsillo trasero de sus *jeans*. Por un momento pensó que sacaría algo de su bolsillo, pero solo había escondido su mano.

—¿No hay nada más? —preguntó temiendo la respuesta.

Anastasia negó con la cabeza en una sacudida.

Ambos miraron la puerta, Amil regresaba con un iPad en la mano.

—Esto es suyo también. —Al parecer Amil le habría pedido a Anastasia el código de desbloqueo del iPad, porque lo hizo de inmediato. En la extensa pantalla apareció la foto de una famosa estatua de Osiris, muy común en internet, con el miembro erecto y agarrándoselo con una mano.

Brandon enseguida miró a Anastasia, que parecía prestar más atención a contar sus tres maletas que a ellos dos.

—Ya tienen preparada la documentación, sígueme —añadió el hombre.

Brandon seguía mirando a la chica, Amil lo esperaba ya fuera.

—Dame una razón, solo una, para que yo firme esos documentos que te dejan a mi cargo y no te envíe de vuelta.

Anastasia pareció dejar de prestar atención a sus maletas y lo miró a él. Lamentó no haber prestado atención a sus trabajos ni a su currículo. No sabía absolutamente nada de ella.

—¿Qué beneficio tendrá mi equipo contigo? —añadió por si no había entendido la pregunta.

Los ojos de Anastasia eran del mismo color que las vetas claras de su pelo, un juego de color que hacía su imagen armoniosa en los mismos tonos tierra del desierto, en los de la ropa que él mismo llevaba y en los de las ruinas que acostumbraba a ver.

—Doctor Wilde. —No tenía mala pronunciación en inglés y parecía resuelta, al menos no se había intimidado con la pregunta—. Llevo meses especializándome en el arte del horneo, así que seré de gran ayuda en el estudio de vasijas y lámparas. —La joven dirigió sus ojos hacia la tela en la que él llevaba envuelta la lámpara—. Pero eso ya lo imagina.

Tenía que reconocer que, a pesar de su llegada peculiar y de haberla tenido que sacar de algo parecido a un cuartelillo, la joven sabía cómo convencerlo. Su carta de presentación con forma de objeto extraordinario le abría las puertas a su equipo y a cualquier equipo de investigación arqueológica que conocía. No sabía las razones por las que ella decidió llevársela consigo a pesar de lo que conllevaba, pero Anastasia acababa de sumar un punto enorme y ya no le parecía tan estúpida la manera que tuvieron de seleccionarla.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta, Anastasia era libre y en unos segundos comenzaría a ser, sin duda, una carga para los próximos seis meses.

Ni siquiera le dudaron los dedos al firmar los documentos. Con Anastasia o no, si en aquellas circunstancias conseguían hallar algo de importancia, sería un auténtico milagro.

5

Tres maletas, no había podido meter todo lo que le enviaron los benefactores en dos. Empujó una con cada mano y otra con la rodilla, el doctor Brandon Wilde no parecía dignarse a ayudarla.

Él aún no había acabado con el papeleo, pero ella era libre.

Casi me cago encima.

Su primer pie en Egipto no había sido ni de lejos lo que imaginaba. La emoción de poder ver por primera vez aunque fuese desde lejos lo que tantas veces había visto a través de fotos, se le había disipado por completo cuando la retuvieron como si fuese una criminal.

Ver entrar a Brandon Wilde, tan impecable y tan impresionante como se veía en los libros, en aquella habitación-cárcel, había sido como ver a Ramsés segundo resucitado.

Aunque sea un reverendísimo gilipollas.

Algo que intuía. Alguien así; con éxito, juventud, pasta y un físico diseñado para impresionar, no iba a ser de otra manera.

El iPad sonó dentro de su bolso. Había sido una mala idea instalar el WhatsApp en él, a sus amigas no se les había ocurrido otra cosa que enviarle la foto de Osiris en postura obscena, en el peor de los momentos.

Se detuvo para esperar a Wilde y sacó el iPad. El chat «Qué *bastinazo*» estaba lleno de mensajes, y eso que solo eran tres y ella estaba retenida. Preguntaban cómo habían sido las primeras horas del sueño egipcio y si había conocido a Brandon Wilde.

Lo de Osiris seguía presente.

«A ver si encuentras a uno de estos. Aquí somos muy fans de Osiris». Acompañado de más risas.

Ya os vale a las dos.

Puso un emoticono congelado y enseguida respondieron con un: «Al fin, ¿dónde te habías metido?». Anastasia se acercó el iPad a la boca.

—Mis primeras horas del sueño las he pasado en el talego —grababa un audio—, la foto de Osiris ha sido vista por el jefe de seguridad del aeropuerto y Brandon Wilde. Casi me cago del susto cuando me han detenido, casi pierdo la *lámpara maravillosa* y Brandon Wilde casi me manda de vuelta a San Fernando. Soy una *crack*.

No tardaron en llegar las risas.

Para estas dos todo es una guasa. Menuda guasa es estar detenida aquí.

Lore preguntaba por Wilde y por cómo lo había convencido de que la dejara quedarse. Se mordió el labio y miró que nadie la escuchara.

—Le he dicho que llevo meses especializándome en el arte del horneo y que deje para mí las vasijas y las lámparas. —O algo parecido, volvió a comprobar a través de los cristales que Wilde seguía hablando con el jefe de seguridad.

Demasiadas veces lo había visto a través de una pantalla, ya fuese en casa o en la universidad. No había fraude en sus imágenes, tampoco las habría en su talento y méritos. No esperaba admirarlo como a un salvador de manera tan inmediata y forzada, aunque él fuese la razón de su presencia allí y del cambio de circunstancias económicas de su familia. Acababa de sacarla de un zulo y de una situación con poca salida sin tener contactos allí, a pesar de no

conocerla de nada.

Entornó los ojos hacia él mientras una leve brisa del exterior le removía los rizos, pegándole uno de ellos a la boca, se lo retiró sin dejar de mirar al doctor. Bajó los ojos hacia su iPad.

«O sea, que no le has dicho que eras panadera y no arqueóloga», respondió Lorena.

Suspiró al leerlo.

Alzó la mirada hacia él un instante.

«Estoy a siete asignaturas de serlo». —Ya no le inspeccionarían el iPad, estaba en la calle y era libre—. ¿Soy un fraude?

«Depende», respondió Elena, «¿te quitarían la beca?».

Él no es un fraude, pero yo sí.

Resopló y volvió a mirar a Wilde. Le encantaba la caída del pelo del doctor, y cómo se le enroscaba en el borde de la frente. Las piernas se le hicieron ligeras.

«¡Qué horror, tías! Soy un fraude».

La ligereza de las piernas aumentó.

«Ana, no entres en pánico, a ver si la vas a cagar. Recuerda que es por una buena causa. Piensa en tu familia».

En aquel momento no podía pensar en nada, aún no se le había pasado el susto de haber estado detenida en un país extranjero. Ni siquiera sabía si había logrado disimularlo delante de Brandon Wilde. Ahora la sensación de ser un fraude la invadía. Ella no merecía la beca ni que él se hiciese responsable de ella durante su estancia allí.

«Pues estoy entrando en pánico».

«¿Ves? La va a cagar», decía Lore.

«Ana, no. Ahora no puedes echarte atrás. Tu madre ya ha pagado los atrasos con el dinero, ni siquiera podrías devolver lo que te han dado. A ver si vas a acabar en la cárcel de verdad».

«¿Y la pueden meter en la cárcel por aceptar una beca que no le corresponde aunque devuelva el dinero?».

«No lo sé, pero lo mismo hasta pierde las titulaciones».

Anastasia se apresuró a responder.

«Así no ayudáis, ¿lo sabéis?».

Me estoy cagando encima.

Y a ver cómo salía de lo de la lámpara.

Voy a meterme en un lío de cojones entre unas cosas y otras.

Aún no se le había ocurrido qué contarle a Wilde. Nadie podía saber su procedencia, delataría quién era su padre. Y no quería que su padre supiese que su única hija estaba en Egipto, en otro equipo, tras un visir que todos conocían bien.

«Ánimo, Ana», decían sus amigas. «Si sale mal, al menos lo habrás intentado».

«Intenta no acabar en la cárcel, que ya te tienen fichada».

«Iros a tomar por culo».

No esperó a que llegasen las risas, guardó el iPad. Brandon Wilde ya salía de las dependencias. Anastasia se tiró de la camiseta intentando liberarse el cuello y que bajase la presión. Se apresuró a guardar el iPad.

Los ojos azules del doctor se fijaron en ella de nuevo.

Voy a mearme encima.

—Vamos. —Wilde pasó por su lado sin detenerse.

—Muchas… —Pero él se alejaba de ella—. ¡Gracias! —Tuvo que alzar la voz para que la

oyese. Si la había oído, la había ignorado por completo. No era tampoco la presentación que esperaba con el famoso doctor Brandon Wilde.

Se apresuró tras él. Seguirlo tirando de tres maletas, y entre multitud de turistas, era complicado.

Y yo quería admirar el paisaje a mi llegada.

En su mente las expectativas eran maravillosas. Fue pateando la maleta que no podía agarrar y la inercia desviaba su camino, haciendo que la distancia entre Wilde y ella cada vez fuese más grande.

Ya solo hace falta que me pierda.

Al menos sabía que la lámpara estaba a buen recaudo pegada al torso de Brandon Wilde.

La lámpara maravillosa.

Pegada al torso de Brandon Wilde, al real, al mismo que solía ver en los vídeos, en persona.

Menuda fantasía.

No veía al doctor entre la gente. Tenía delante de ella un jardín con algunas palmeras, ni siquiera parecía que estuviese en Egipto, podría ser el aeropuerto de cualquier parte. Aunque tampoco sabía qué era cualquier parte, era la primera vez que salía de España. Algo que tampoco le contaría al doctor Wilde.

Cogió aire despacio, aprovechando el leve viento que le revoloteó el pelo.

Pero estoy en Luxor.

Por razones que no entendía ni pensaba valorar.

Estaba en Luxor.

Y voy a buscar al visir Sekemer.

Como Ben Hickman, a pesar de no haberlo visto en la vida ni tener sus influencias para llegar allí. Cada paso que dio en su vida comenzaba a tener sentido y a tener recompensa.

Nadie podía saber de la existencia de aquella lámpara. Ella nunca pensó enseñarla. Ahora Wilde la llevaba consigo, tenía que inventar cualquier absurdo para que se la devolviese.

Oyó el pitido de un coche. Brandon Wilde estaba en el interior de uno de ruedas enormes con demasiadas plazas, todas vacías.

Anastasia volvió a empujar la maleta con la rodilla mientras tiraba de las otras dos. Se acercó a la parte trasera del coche y abrió la puerta doble para meter las maletas. Al inclinarse para subir la primera vio por el retrovisor la parte superior del rostro de Wilde. Hasta en la lejanía y en una pequeña porción de espejo podía apreciarse el color de sus ojos, los tonos camel del cuello de su camisa los resaltaban aún más.

Se ayudó de la rodilla para subir la maleta a la altura del maletero, que ya de por sí estaba lleno de cajas y maletines. Resopló al coger la segunda.

Y el gachón este ni se mueve para ayudarme.

El clima no lo notaba muy diferente, le dijeron que allí haría calor, pero ella iba de un lugar caluroso, aún más con el horno de las mañanas. Las noches demasiado frescas las llevaría peor.

No piensa mover un dedo.

Volvió a mirarlo por el rabillo del ojo sin dejar de subir la segunda maleta. Wilde había bajado la cabeza. Ana se ladeó para ver bien qué estaba haciendo. Él estaba ligeramente encorvado hacia su regazo.

La lámpara. Es mucho más interesante que yo, me imagino.

Tumbó la maleta y sonó al caer sobre las cajas, sonidos metálicos que hicieron que Brandon se girase enseguida para lanzarle la mirada que un maestro le lanzaría a cualquier alumno que

acababa de liarla en clase.

—¿Puedes tener más cuidado? Ni siquiera sabes qué hay en esas cajas —dijo bajando la cabeza hacia la lámpara de nuevo.

Mira que estoy intentando mirarte con los mejores ojos...

Lo vio poner la lámpara a la luz del sol para poder ver los símbolos de dentro. Anastasia volvió a dejar caer otra maleta, la última, y volvieron a sonar los metales. Wilde se giró, esa vez lo hizo apoyándose en el asiento del copiloto. Pero Anastasia cerró las puertas del maletero para perderlo de vista.

No puedo mirarlo con los mejores ojos cuando abre la boca. Se hace difícil.

Rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto. Wilde la miró hasta que estuvo sentada y abrochada con el cinturón.

Pero él no ponía el motor en marcha, solo la miraba. O bien estaba a punto de reñirle por la forma de subir las maletas al maletero o directamente iba a preguntarle por la lámpara.

Así que mejor empecemos por el principio.

Sus ojos en la cercanía eran tremendos.

—Anastasia Ortega. —Alzó la mano—. Encantada, doctor. Y un honor.

Wilde bajó la mirada hacia su mano. Por un momento pensó que no se la estrecharía. Pero lo hizo, un apretón firme y breve.

Estoy tocando al doctor Wilde.

—Bienvenida al proyecto Sekemer.

Estoy tocando al doctor Wilde.

La soltó y ahora sí puso en marcha el coche.

—A uno de ellos —añadió Wilde.

He tocado al doctor Wilde.

—Supongo que conocerás al resto —dijo y Ana lo miró de reojo.

Empieza la tensión y el circo.

—Al doctor Hickman y a la doctora Sherman, sí. —Ella bajó la mirada hacia la lámpara. Seguía sobre el regazo de Wilde, un lugar poco propicio para recuperarla sin acercar la mano a sus partes nobles. Pero necesitaba guardarla, estaba a la vista y no quería que nadie la viese.

—¿Sigues el trabajo de los tres proyectos? —preguntó Wilde atendiendo a la carretera.

—Sí. —Y lo vio mirarla de reojo.

—¿Te interesa Sekemer?

No me interesaba hasta que mi puñetero padre comenzó a buscarlo.

—Quiero que lo encuentren. Como todos, supongo. —La tensión le llegaba al cuello. No era capaz de perder del todo la vista de la lámpara, pero no podía ir mirándola en el lugar en el que la llevaba Wilde.

—Hay quien piensa que es imposible encontrarlo. Hasta Hickman abandonó. Pero ahora parece estar seguro de saber dónde está. También Sherman. —Rodeaban una rotonda y la lámpara se volcó en el regazo de Brandon Wilde.

—En la necrópolis de Asasif. —Se lo sabía muy bien. Ana volvió a mirar de reojo la lámpara volcada—. Eso piensan los dos. Y Sherman ha encontrado indicios cerca del templo de Esna. Pero tú buscas en Deir el-Bahari.

Anastasia se inclinó hacia el cristal de la ventanilla. Hasta lo que aparentaba ser una ciudad como cualquier otra, comenzaba a desplegar su magia, la cantidad de turistas que se mezclaban con los locales. Levantó la vista esperando encontrar a lo lejos, bajo el cielo descubierto, el borde

de alguna construcción. Luxor estaba rodeado y bordeado por tesoros. A lo lejos estaban las montañas rocosas, un montículo de piedras que le recordaba al templo de Hatshetsut, en Deir el-Bahari. Allí estaba también la tumba de Mentuhotep II, el faraón al que servía Sekemer.

—Sería lógico que estuviese en Deir el-Bahari —añadió Ana—. Junto al faraón al que sirvió más de media vida. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirar las montañas. Sintió un remolino de viento dentro de su estómago. Todo lo que deseaba en la vida comenzaba a fusionarse. Y el peso de ser un fraude, de no revelar el error que hubo en su elección, dejaba de tener importancia.

—Hickman también lo pensaba —dijo Wilde y Ana salió del ensimismamiento que le producía el paisaje tras los edificios para mirarlo.

Espero que Hickman no encuentre una mierda. Espero que lo encuentres tú y que yo esté aquí para verlo.

Bajó los ojos un instante hacia el hombro de Brandon Wilde, aquella parte que solía observar en los vídeos, justo donde la camisa del doctor se tensaba para envolver la redondez de los hombros, estaba a tan solo unos centímetros de ella.

Ana, déjate de idioteces, por Dios.

—Pero Hickman abandonó y le dejó la oportunidad a otro —respondió ella y Wilde la miró de reojo de nuevo.

El remolino de su estómago se hizo intenso cuando vio la curiosidad en los ojos del doctor.

—¿Tú buscarías en Deir el-Bahari? —Le oyó cierta ironía. Como si no se creyese nada de lo que estuviese diciendo. Supuso que Wilde estaría acostumbrado, demasiado acostumbrado a la adulación excesiva por parte de sus alumnos y ayudantes, y pensaba que ella estaba haciendo algo similar. Nada más lejos. Ella solo quería quitar razones a una parte de la competencia. A Sherman no podía, la admiraba, la idolatraba, pero ¿a Ben Hickman? Él no merecía nada.

—Con un desierto repleto de secretos, preferiría estar sola que con los equipos de Sherman y Hickman tras mi espalda. Claro que buscaría en Deir el-Bahari.

Y yo soy como el desierto, doctor Wilde.

Su respuesta hizo que hasta el coche pareciese aminorar la marcha.

—Fineas te pondrá al día de las investigaciones. Olvida todo lo que has visto en los vídeos. Datos de hace semanas y demasiado postureo. Lo verdaderamente relevante solemos guardarlo. A veces hasta dentro del propio equipo. —La miró de reojo—. Tememos que algunas informaciones se filtren.

Y ahora el coche sí se detuvo a un lado de la carretera. Wilde se giró hacia ella dejando apoyada una sola mano en el volante.

—Todos los miembros de mi equipo son libres de irse al proyecto que quieran. —Se inclinó levemente hacia Anastasia y pudo ver el azul intenso de sus iris en el centro de su campo de visión, eclipsando todo lo demás—. Lo único que no admito es que me la jueguen.

Ya me estoy meando otra vez.

Wilde apoyó la otra mano en la palanca del coche y echó el freno.

—La relación entre Hickman, Sherman y yo no es precisamente la que se muestra en los vídeos. Pero hay una razón de tu presencia aquí que me da cierta seguridad de que no tienes vínculos con ningún otro proyecto y que no estás aquí para informar a otros de cada paso que doy. Así que si alguien contacta contigo será con el único propósito de sacarte información a cambio de créditos. Créditos que finalmente no serán los que esperas, eso quiero que te quede claro.

Lo había dicho casi sin respirar, con un tono que logró ponerla en tensión a pesar de que no

iba a ser su caso de ningún modo.

Si Hickman contacta conmigo, lo único que será es mi oportunidad de oro para cagarme en su puta estampa.

—Aun así, muchos acaban traicionando al equipo —añadió Wilde. Anastasia sintió cierta tirantez en sus propias cejas. Supuso que con más fama y más dinero, allí habría la misma mierda que en todas partes—. Si en algún momento deseas irte con Sherman o con el doctor Ben Hickman, tendrás la puerta abierta, pero prefiero que me lo digas directamente antes de intentar joderme en beneficio tuyo y de otros.

Llegaba el calor en el pecho que le producía el nombre de su padre y eso hizo que se tensara aún más. Wilde seguía con los ojos clavados en ella, ya el azul no le parecía un océano en medio del desierto.

Anastasia fue consciente de que ni siquiera era capaz de respirar.

Lo que no sé es por qué me estoy acojonando por lo que me está diciendo, si por lo que debo de estar acojonada es solo por ser una estafa y que me quiten la beca.

O el cague se le estaba generalizando por completo desde que le pusieron los pies en un cuartillo de la policía egipcia. Lo que estaba comprobando era que Brandon Wilde no le iba a dejar pasar una. Si se enteraba del error la mandaría de vuelta y no quería ni meditar cómo iba a devolver el dinero de la beca. Lo de renunciar a la oportunidad de su vida mejor no pensarlo.

—Anastasia Ortega. —La voz de Wilde pronunciando su nombre la hizo tragar saliva—. Voy a meterte en el seno de una investigación a la que estoy dedicando mi vida y que no sé hasta dónde llegará. Solo espero que utilices esta experiencia para hacerte un hueco en este mundo con cierta decencia.

Hombre, decencia, lo que se dice hacerme un hueco con decencia… creo que ya es tarde.

—Ahora bien, ¿de dónde has sacado esto? —Brandon cogió la lámpara—. Y quiero la verdad. ¿La compraste en mercado negro?

¿Comprar, yo? Este se cree que todos somos de pasta como él. Yo no tengo ni para fotocopias de la uni.

—Lleva años conmigo —dijo y él apartó los ojos de la lámpara para mirarla—. Toda la vida. La encontró mi madre en sus años de estudiante.

Ana, o te tranquilizas o la lengua va a cagarla a cada paso. Dios, ya ha empezado a cagarla, así no era la trola de la lámpara.

Intentó sonreír, pero se arrepintió enseguida. Parecería una imbécil sonriendo a un Mr. Wilde que después de escucharla no tenía intención de creerle una sola palabra.

Ok, *no fue encontrada precisamente. ¿Quién va a creerse que un estudiante iba a encontrar esto y se lo llevaría a casa? Ana, retoma la otra trola. Estaba mejor montada.*

—¿Es historiadora?

Anastasia asintió con la cabeza.

No hay forma de retomar la otra trola. La he cagado completamente.

—Iba a serlo. No ha ejercido nunca —respondió y Wilde frunció el ceño aún más, supuso que para él no ejercerlo era un sacrilegio. No tenía ni idea de que había problemas y dificultades en personas de a pie que no habían crecido con privilegios.

Brandon alzó la lámpara, el sol dio de lleno en ella y pudo ver los puntos rodeados de simbologías.

—¿Robó esto de algún seminario? —Lo de encontrar no había colado.

Qué desastre, por Dios, me van a descubrir pronto me parece a mí.

—No quise preguntar los detalles… —Estaba contando algo mucho más cercano a la verdad de lo que tenía planeado—. Siempre estuvo en mi casa, es lo único que puedo decir.

Brandon entornó levemente los ojos.

No cree una palabra, empezamos bien.

—Y ¿por qué la has traído? ¿No sabías que iba a meterte en un lío?

No lo pensé, no. Y las razones de traerla son una vergüenza.

Ana dejó caer su espalda en el asiento del coche y espiró aire despacio.

—Tiene constelaciones que me recuerdan al techo del templo de Esna. —No era capaz de exhalar, suspiró—. Esos puntos que se ven a la luz son constelaciones, Orión, la Osa Mayor… hasta los gansos de Ra. —Acercó una mano hacia la lámpara para girarla y que Brandon la viera.

El doctor alzó las cejas y miró a trasluz los dibujos de la lámpara. Por un momento toda su expresión cambió, Ana comprobó que su relato repleto de medias verdades improvisadas lo había aburrido por completo y tan solo en ese momento había llamado su atención.

—¿Y eso lo has confirmado con algún especialista? —El doctor giraba la lámpara y seguía con los dedos una de las líneas de puntos, la que correspondía al arco de Orión—. Porque nunca he encontrado ninguna representación tan poco acertada.

Ana bajó los ojos hacia la lámpara, dejando de mirar a Wilde. Sus ojos habían vuelto a convertirse en un océano intenso y vio en ellos el reflejo de la curiosidad placentera que provocaba aquella profesión y la sensación de que no existiese nada más fuera de los trozos que dejaron otras civilizaciones que, a pesar de compartir mundo y aire con ellos, parecían lejanas e inalcanzables. Un tornado de arena se le arremolinó entre las costillas.

—Tuve un profesor en el colegio aficionado a las estrellas —dijo mientras Wilde seguía la línea de Orión hasta el cinturón, esa línea tan adorada por los egipcios.

—¿Te lo ha confirmado un aficionado a las estrellas? —Y su tono irónico la hizo apretar los dientes un instante.

—No —respondió Ana con rapidez—, pero solía proyectarlas en clase mientras hacíamos los ejercicios—. Retiró el dedo de Wilde del alabastro para que se viera el resto de puntos tallados —. Estos dibujos se pueden ver reflejados en la pared cuando la lámpara está encendida. A pesar de la forma y de la ligera curva —continuó—, las constelaciones solo son exactas cuando se reflejan en la pared. Las tallaron del revés y teniendo en cuenta la perspectiva.

Fue mi primer descubrimiento, tenía diez años.

Y las había visualizado tantas horas desde niña que era capaz de dibujar la proyección en una pared aun con la lámpara apagada.

—¿Enciendes una lámpara de cuatro mil años? —Desconocía si el doctor Wilde le hablaba a todo el mundo haciéndolos sentir imbéciles.

—Era una niña, no tenía ni idea de lo que era —replicó, pero en vez de sobresaltar a Wilde, lo vio mirar el interior de la lámpara.

—Ahora no eres una niña, eres egiptóloga. Y sigues encendiendo una lámpara de cuatro mil años.

Me acaba de dejar sin piel en la cara, directamente.

Ana movió la cabeza despacio hacia la ventanilla del coche.

IIIIuuuuu, qué vergüenza.

Wilde no ponía en marcha el coche, Anastasia sintió su mirada en la sien.

—¿Sabes la razón por la que estás aquí? —dijo y ella no quiso ni mirarlo de reojo—. Porque un grupo de benefactores han decidido que lo mereces.

A pesar de sentir la cara caerse a trozos de la vergüenza, giró la cabeza con rapidez para mirar a Wilde.

Los genios de mi lámpara, ¿son varios?

Vio al doctor entornar los ojos sin dejar de mirarla.

—Y han depositado en ti una confianza económica que nunca he visto en ningún becario, como si fueses la próxima Howard Carter, a pesar de que yo no quería que nadie más metiese las narices en mi investigación —añadió él.

Madre mía…

—Así que observa y aprende tanto como puedas. —La mano de Wilde se dirigió hacia la palanca del freno para desbloquear el coche—. Y, sobre todo, sé silenciosa, invisible, no llames la atención demasiado e intenta no estorbar.

Ana abrió la boca para replicar, pero enseguida apretó los dientes mientras el coche se volvía a poner en marcha, los coches con tanta vibración le producían cierta fatiga.

Se agarró el cinturón cuando Wilde lo puso en marcha, dando un acelerón considerable. Ella contuvo la respiración.

Mi comienzo en el aeropuerto ha sido de la leche. Como se enteren los benefactores van a retirarme la financiación.

—¿Quiénes son? —preguntó. No podía ver más que el perfil del doctor, aun así sus ojos la miraron un instante—. Mis benefactores. Están siendo muy generosos y me gustaría poder agradecérselo directamente.

—De ninguna manera —replicó él enseguida y sonó tan rotundo que hasta dudó en seguir insistiendo.

Pero no entendía cómo había quién podía depositar dinero y confianza sin conocerla absolutamente de nada.

—Me han dado la oportunidad de mi vida, ¿no quieren saber qué hago con ella? —Volvió a ver el ojo de Wilde girar.

—Eso es asunto mío, no tuyo —respondió él.

¿Él puede contactar con ellos? ¿Con mis benditos genios…?

Estaban en el nivel dios dentro de su cabeza a pesar de no conocerlos. Les debía el alma.

Ana tragó saliva, la fatiga aumentaba. La manera de conducir de Wilde tampoco contribuía mucho, giraba demasiado brusco.

—Podrías decirles… —Miró de reojo a ver si reaccionaba. Sabía que la familia de Wilde eran unos británicos de clase muy alta, podrían ser ellos mismos. Por más que intentaba imaginar quiénes serían sus dioses mágicos tan solo tenía siluetas oscuras en su cabeza, sin piernas, evaporándose en el interior de la lámpara, que ahora continuaba en el regazo de Brandon Wilde —. Que si no quieren ahora, cuando esto acabe… —Bajó los ojos hacia la lámpara, fijar la vista solo hizo que la fatiga fuese a más—. Me encantaría conocerlos. Y diles que tienen mi compromiso absoluto, no se arrepentirán. —El único ojo de Wilde que alcanzaba a ver se movió de nuevo para mirarla mientras el coche giraba para meterse en una avenida ancha.

Cerró los ojos, esa vez no pudo controlarlo. La piel se le levantó por completo.

La acabé de liar.

Se llevó la mano a la boca y contuvo una arcada. El frenazo fue fuerte y se escuchó un chirrido. Varios claxon resonaron a modo de protesta, Anastasia fue tan rápida en abrir la puerta que un coche casi se la llevó por delante, oyó la voz de Wilde al otro lado. Pero ni siquiera podía mirarlo, Ana se inclinó en el suelo y acercó la cabeza a la rueda delantera del coche.

Y allí se quitó la mano de la boca para soltarlo. Por suerte no fue muy largo ni abundante. Apenas había comido más que las chucherías del avión, que se reflejaron en los colores del flujo.

Las puñeteras pildoritas de colores que venden en el avión. Qué vergüenza.

Se metió la mano en el bolsillo trasero, donde llevaba los pañuelos de papel, y se limpió. Apoyó una mano en el capó del coche para incorporarse despacio.

Brandon Wilde estaba al otro lado del capó, en pie, y la miraba como si acabasen de tomarle el pelo y le hubiesen enviado una momia *fake*.

Pero esa vez su mirada no se detuvo en Brandon Wilde ni en el océano que se hacía en sus ojos entre tonos neutros, tampoco en el rizo que caía a un lado de su frente. Tras él había un coloso que había visto hasta la saciedad en cada libro y diapositiva en la universidad.

Necesitó apoyarse con la otra mano para no caer de frente. Abrió la boca, lo que sentía en los ojos ya no era solo del vómito.

El vello se le erizó tobillos arriba mientras exhalaba el aire despacio.

Estaba en la plaza Abou Al Hagag y lo que tenía delante era el templo de Luxor.

El remolino de arena que se le formaba estómago arriba pareció hacerla levitar del suelo hacia allí.

No importaba la razón ni las formas. Ni los errores que la llevaron hasta allí. Había unas cadenas invisibles que siempre la ataron a aquella civilización. Lo llevaba en la sangre a pesar de no querer reconocer de quién venía aquella pasión.

Wilde apoyó los antebrazos en el capó, a pesar de tener el coche en medio de la calle.

—Aparte de que te han detenido y de que has vomitado en medio de uno de los lugares turísticos más famosos del mundo, ¿qué decías que les dijera a tus benefactores?

Tus muelas.

Su mirada seguía en aquellos muros y en la forma de las columnas. El cuerpo la empujaba a rodear el coche y echar a correr y tocar por primera vez a lo que había decidido dedicar su vida. Su vida, delante de ella en trozos de piedra.

Respiró despacio y el aire entró pleno en sus pulmones.

—Que me han dado una oportunidad única en mi vida. —Recorría despacio las columnas, intentando apreciar el abultamiento de alguna figura, colosos enormes que daban al otro lado, donde se podía ver la hilera de esfinges, su figura favorita de Egipto. El vello se le volvió a levantar. Apartó la mirada de ellas para mirar al doctor Wilde—. Y que no pienso desperdiciarla siendo invisible y silenciosa. Para eso ya he tenido las aulas durante años.

Cuando me lo propongo tengo una cara que me la piso. Lo que le acabo de decir después de vomitarle pildoritas de colores en la rueda del coche.

Wilde no respondió. Tan solo la miraba en silencio. Los ojos de Anastasia se dirigieron de nuevo hacia el templo de Luxor.

Sekemer, si estás en Deir el-Bahari, ten por seguro que voy a hacer todo lo posible para que el gachón este te encuentre. Aunque no me quiera aquí.

—Puedes ir bajando las maletas. —Oyó decir a Wilde mientras retiraba sus brazos del capó del coche y Anastasia se sobresaltó.

¿Ya me va a mandar a tomar por culo? Que no digo que no me lo merezca, eh.

Vio al doctor montarse en el coche y el cristal de la ventanilla del copiloto se bajó despacio.

—Fineas está en el alojamiento —añadió—. Le preguntas lo que necesites.

El coche comenzó a vibrar y Anastasia se apresuró a rodearlo hasta la parte de atrás para bajar las maletas antes de que Wilde se marchase. Abrió las puertas y varias motos se cruzaron

tras el coche, haciéndola retroceder para que no la atropellasen. El coche de Wilde avanzó unos centímetros.

—¡Ehhhh! —dijo ella sin soltar una de las puertas, dando pasos a la par del coche.

¿Dónde vas con el coche, pisha? *Que no he bajado ni las maletas.*

—Va a salir el barco del grupo. —Lo oyó protestar desde dentro—. Llevan demasiado tiempo esperándome. —Lo vio sujetarse al asiento del copiloto para girarse—. ¿Sabes lo que vale aquí el tiempo? Le diré a Fineas que lo primero que debe darte es un reloj. No creo que tus benefactores hayan reparado precisamente en eso.

Anastasia alzó las cejas.

—A las seis hay reunión —añadió Wilde volviendo a mirar al frente. El coche volvió a avanzar—. No hagas que Fineas se retrase.

Ana bajaba la última maleta. Logró empujar las puertas aunque el coche ya estuviese en marcha. Brandon Wilde aceleró entre pitidos de motos y coches.

Ana resopló.

Este hombre está demasiado acelerado.

Quedó en medio de la carretera y del tráfico con las tres maletas, donde enseguida algunas motos comenzaron a increparla por estar estorbando.

Encima me están poniendo bonita. ¿A que me detienen otra vez?

Se apresuró hasta la acera pateando una de las maletas mientras el bolso caía de su hombro y casi rozaba el suelo.

Vaya comienzo. Tengo que parecer un meme.

Logró subir las maletas hasta la acera.

—¿Y ahora qué? —Miró a un lado y a otro.

Wilde le había dicho que Fineas la llevaría al alojamiento. Pero ¿quién era Fineas y dónde estaba? Volvió a resoplar. No le habría importado que la hubiese dejado allí en medio sola, pero llevaba tres maletas enormes. Tres.

Estoy a unos metros del templo de Luxor, por primera vez en toda mi vida, y no puedo echar a correr.

Miró sus maletas, dejarlas atrás no era una opción.

El resto de ropa casi que me da igual, podría sacar el portátil y llevarlo encima, pero tres meses sin bragas…

Dirigió la mirada hacia el templo.

Tres meses no es mucho, ¿no? Además, seguro que venden bragas por aquí.

Soltó una de las maletas repasando en su mente que no llevaba nada de documentación en ninguna de ellas.

Dios, es que llevo toda la vida soñando esto.

Y aún no le habían dado margen ni de echarse a llorar. Entre los preparativos del viaje en treinta horas, la llegada accidentada, y luego Wilde, sus prisas, sus formas de conducir con el calor concentrado en el coche a pleno sol, y el vómito.

Ahora las malditas maletas a cuestas. Pues van a darle por culo a las tres.

Dio unos pasos hacia el frente dejándolas tras su espalda y se colocó en el borde de la acera sin dejar de mirar el templo de Luxor.

Para lo que estoy hecha. Lo que siempre quise.

Millones de personas en todo el mundo que querían dedicarse a la investigación y excavación. Contemplando Luxor comenzaba a ser consciente de la grandeza de lo que le

esperaba.

Siempre pertenecí aquí.

Su madre solía decir que el mundo giraba sin parar y por eso no importaba el punto de partida. Llevaba razón, no importaba.

De abuela paterna egipcia, descendía de egiptólogos que se remontaban a más de cien años atrás.

Nací en San Fernando, en una familia normal y corriente. Y he acabado aquí, frente a Luxor.

Quizás representando a alguien que no era. Pero estaba allí y podría hacer explotar todo lo que había guardado en el pecho durante años de estudio.

Invisible, decía Wilde.

Y una mierda.

Tenía tres meses. Solo tres.

Necesito un reloj.

Miró tras de sí, había varios bloques de pisos.

Y un mapa y una brújula.

Se echó a un lado para que pasase un grupo de turistas que encabezaba un guía hablando francés. Esperó a que pasasen mientras buscaba con la mirada a alguien local, pero era complicado en una plaza que guardaba un edificio que era patrimonio de la humanidad.

Me tendría que haber cosido la boca antes de vomitar aquí.

Se llevó la mano a la sien.

Y Wilde se lo va a decir a mis benefactores. Ya no va a hacer falta ni que se enteren de que no soy egiptóloga. Me van a mandar a tomar por culo de todas formas. Qué desastre, por Dios. ¿Quién va a subvencionar a una estudiante fichada por la policía de fronteras y que vomita en patrimonios de la Unesco? Me voy a cagar en mi puñetera estampa.

Buscó en su bolso y sacó el iPad para mirar el correo de Adriana Wilde donde tenía la dirección del equipo del doctor.

—Con lo encantadora que es la hermana y lo gilipollas que es él —dijo en un murmullo mientras desbloqueaba la pantalla—. Y más fotos de Osiris, estas tías no se enteran de que la arena me llega al cuello.

Entornó los ojos hacia la pantalla.

La madre que las parioooo, que le han hecho un corta y pega a una foto de Wilde y le han puesto la cara a la estatua de Osiris agarrándose la trompetola.

Puso el dedo sobre la foto para eliminarla de inmediato, sintió que su vida dependía de que nadie la viese.

—¿Anastasia Ortega? —Se sobresaltó al escuchar su nombre.

Muerta.

Movió la cabeza por instinto, aún con el dedo en el cristal. Era un hombre de una edad similar a la de Wilde, con la tez oscura, casi como los locales de Luxor. Le acompañaba otro hombre más, de tez aún más aceitunada, y una chica de largo pelo oscuro y ondulado.

—Soy Fineas, te estábamos esperando arriba, pero tardabas mucho y pensábamos que estabas perdida.

Ana sonrió por cortesía y vio a Fineas extender la mano para que Anastasia se la estrechara.

Eso quisiera yo, perderme. Pero para siempre.

Los tres enseguida dirigieron los ojos hacia el iPad de Ana con su dedo pegado a la pantalla. Se habían abierto varias ventanas con el leve movimiento y, por suerte, la foto se había

distorsionado. Fineas seguía esperando su mano.

A ver, Ana, no te apresures. ¿Desplazando el dedo hacia la derecha se borra? ¿Desplazando el dedo hacia la derecha se abre en grande? Piensa, por Dios. Que como se abra esto delante de los ayudantes de Wilde me tiro al Nilo de cabeza, a ver si con suerte encuentro un cocodrilo de seis metros.

—Gracias —dijo ella en un intento de apartar la distracción de los muchachos de la pantalla. Pero hasta en la distorsión podía apreciarse que era una figura egipcia, así que no habría forma de distraerlos a otro lugar.

Menos aún cuando ella no quitaba el dedo de la pantalla.

Lo que estoy sudando hoy no tiene nombre, y eso que todavía no he pisado el desierto.

Suspiró levemente. Miró la pantalla un instante, tenía que quitar el dedo ya del cristal, la espera no hacía más que llamar la atención de los tres que querían presentarse.

Puff, allá voy.

Desplazó el dedo. La composición de sus amigas ocupó toda la pantalla del iPad. Se pegó el iPad al pecho enseguida.

Si es que desde que me han quitado la lámpara no levanto cabeza.

Los miró a los tres, por muy rápida que había sido, vio en sus expresiones que habían podido ver a Osiris agarrándose el miembro con el rostro de Wilde. La chica había desviado la mirada hacia el templo de Luxor, el chico de piel más oscura aún miraba el iPad en el pecho de Anastasia, con una expresión algo desconcertada y con cierto rubor en las orejas. Sin embargo, Fineas había encogido levemente una ceja sin dejar de mirarla a ella.

—Anastasia. —Ana alargó la mano hacia él.

En todo su esplendor, por desgracia.

—Bienvenida al equipo del doctor Wilde. —Notó en Fineas cierta ironía al decir el nombre del doctor.

Qué vergüenzaaaaaa. Y qué poca seriedad. Estoy quedando como el culo. Ufff, mis benefactores, ya estar fichada y el vómito me parecen hasta poco. Como les cuenten esto me ponen de patitas en el avión.

Soltó la mano de Fineas.

—Ella es Suhaila. —Oyó decir a Fineas y la joven de pelo largo enseguida la miró. Anastasia le dio la mano también y la chica le sonrió—. Y él es Nadim —se dirigió al chico que quedaba. Suhaila y él tenían la piel y los ojos parecidos, era evidente que nacieron allí, como su propia abuela. Sin embargo, Ana no había heredado mucho más que la forma almendrada de los ojos. Pensaba que su piel estaba morena hasta que miró su mano unida a la de Nadim—. ¿Estas son tus maletas?

Fineas ya había agarrado dos, se alegraba de que al menos fuesen más atentos que Wilde. Le señaló a los bloques de pisos en aquella misma acera.

—Es en el primer piso —dijo Fineas.

Ana miró el bloque y alzó las cejas.

—¿Ahí?

Suhaila asintió sonriendo.

¿En frente del templo de Luxor? ¿Me voy a asomar a la ventana esta noche y voy a ver el templo de Luxor iluminado?

Los tres sonrieron, así que su cara debía de estar mostrando algo muy bueno.

—Vamos arriba para que puedas organizar tus cosas y te pondremos al día de la

investigación. El doctor y el resto están trabajando en los sondeos arqueológicos de la zona. Ya casi lo tienen, esta tarde nos informarán en la reunión —Fineas sonrió.

Quiero ver ese mapa.

—A las seis ha dicho. —Los siguió, pero se detuvo a mirar el templo una vez más.

No había sido la llegada que soñaba, en ninguno de los sentidos. Pero estaba allí. No importaba nada más.

Empezamos…

6

Fue el primero en ducharse y llegar al estudio. Aunque había estado tiempo bajo la ducha, no consiguió quitarse por completo el calor. Tampoco su estado ayudaba. Los resultados del sondeo no le aclaraban mucho y la temporada de excavación se acercaba. Necesitaba delimitar el lugar y aún tenía dudas. No sabía por qué, tenía la sensación de que en aquella temporada aparecería por fin Sekemer. Lo soñaba cada dos por tres, y en ninguno de sus sueños era él quien lo encontraba. Siempre eran imágenes vagas de alguien que le decía que Sherman o Hickman lo habían encontrado.

Se acercó a una de las estanterías y dejó allí la extraña lámpara de aceite de Anastasia, tan desconcertante como su dueña. Apenas había tenido tiempo de comprobar si lo que decía Anastasia era cierto. Si lo era, estaba ante un descubrimiento de lo más llamativo. Tendría que consultarlo con algún compañero, era difícil intentar catalogarla *a priori*.

Tenía extendida sobre la mesa rectangular una imagen por dron de Deir el-Bahari, el desierto parecía tan uniforme que nadie diría que hubiese nada debajo. Pero las ondas habían señalado varios puntos posibles.

Y solo podía elegir uno.

Se la iba a jugar en cualquiera de ellas, porque una vez descartadas el resto de zonas más lejanas e incluso más cercanas a la tumba del faraón al que servía Sekemer, si Sekemer estaba en Deir el-Bahari solo podría estar allí. Si no, Sherman y Hickman lo encontrarían y tendría que renunciar a un personaje que le atrajo desde aun antes de hacerse egiptólogo.

El sonido de su móvil lo hizo apartar la mirada de la arena.

«Aún estamos esperando el primer parte de tu becaria», había escrito Stoker.

Wilde negó con la cabeza antes de responder.

«Llevo horas de sondeo en el desierto, apenas me acabo de duchar y tengo una reunión con el equipo, ¿crees que estoy para estupideces?».

«¿Hablas así al resto de tus benefactores? No me extraña que siempre tengan que ser los Wilde los que te financien».

Vio que el mensaje de Stoker había atraído también al resto de los Misters. Eso no era bueno.

«Prefiero que mis trabajos sean únicamente financiados por los Wilde, así nadie mete las narices en mis asuntos», le respondió.

«Todo faroles», había escrito Blake.

Ya empezamos.

«Esta temporada necesitaba más pasta y más patrocinadores. Por cierto, los encontró».

Stoker respondió con risas.

«Cuatro patrocinadoras que están esperando tu parte», dijo Hércules. «Si quieres las meto en el chat y no tienes que ponerte a redactar correos. Así es más rápido».

Resopló.

«Ni se te ocurra, Orwell, que entonces os devuelvo el depósito y a la becaria».

Más risas, esa vez hasta de Byron.

«Venga, suelta, ¿qué te ha parecido? ¿Cómo ha sido su primer día? ¿Le ha gustado el alojamiento frente al templo? Queremos saber», dijo Stoker.

Dejarlos insistir solo iba a ser perder más tiempo.

—Es tal y lo que esperaba. A primera hora, cuando iba a salir al sondeo, me llamó el jefe de seguridad del aeropuerto porque Anastasia estaba detenida. Ha viajado con una lámpara que vete a saber de dónde ha sacado, porque no es precisamente una chatarra ni una baratija, y mucho menos una imitación egipcia. He podido sacarla de allí, a ella y a su lámpara, pero ya está fichada por las autoridades por posible tráfico de antigüedades y yo soy el responsable de lo que haga a partir de ahora. Así que tendré que vigilarla de cerca a la vez que hago la búsqueda que llevo esperando toda mi vida. No sé si le habrá gustado el alojamiento frente a Luxor, en cuanto puso un pie en la plaza repleta de turistas lo primero que hizo fue vomitar en la rueda del coche. De su primer día no tengo ni idea porque la dejé a cargo de Fineas, pero dice que lleva en el iPad una foto con mi cara en una estatua de Osiris en la que se está agarrando la verga. Así que vuestra becaria es justo lo que esperaba de ti y de esas cuatro, un auténtico desastre que lo único que va a hacer es contribuir a que esta búsqueda sea aún más complicada. ¿Estáis contentos todos?

Soltó el botón y el audio se envió. Enseguida se puso azul, todos lo estarían escuchando a la vez, hasta Marlowe. Se alegraba de que su amigo estuviese en un lugar más conectado con el mundo, siempre temían por él al estar solo e incomunicado entre bestias salvajes y cazadores furtivos.

Entró un audio de Stoker y lo accionó de inmediato. La risa era tal que no fue capaz de emitir una sílaba y se acabó el audio. Hasta Wilde tuvo que reír.

Empieza la diversión para ellos.

«Espero que os lo paséis bien con todo esto, porque caro os está saliendo».

Entre lo que aquellas cuatro mujeres habían donado para Anastasia y para la investigación, y las aportaciones de sus cinco amigos, sobrepasaba por mucho lo que solían recaudar de inversiones externas. Tenía el mayor presupuesto de todas sus temporadas, lo que se trasladaba a un equipo enorme de excavadores y especialistas. Solo esperaba emplearlos bien.

Resopló mientras seguía viendo entrar las risas.

«Con el mal día que llevo, me acabas de dar la vida», decía Marlowe con más risas.

«Acabo de pasar tu audio y Michelle se lo ha enviado a las hadas madrinas de tu becaria. Blake, quieren que te diga que van a hacer una nueva transferencia para que se la pases a Anastasia».

«Lo de esas mujeres es brutal». Stoker lo acompañó con risas. «Y lo de tu becaria también. Yo quiero aportar algo para que limpies el coche, al menos».

Las risas del resto llenaron varias líneas del chat.

Byron acababa de enviar un audio.

—Brandon. —Por el tono de voz medio atragantado, habría estado llorando con las carcajadas y aún no se le habría pasado del todo. Wilde sonrió. Nada que hiciese sonreír a Byron podría ser malo, no estaba en su mejor momento, ellos mismos no eran capaces de hacerlo reír últimamente. Y él mismo apenas tenía tiempo ni siquiera de dedicarle unos minutos a su amigo, llevaba un par de semanas sin hablar con él más que a través del chat. Y eso no era suficiente. Byron tosió y carraspeó—. La lámpara, ¿no le has preguntado a ella?

Orwell grababa un audio.

—Natalia dice que todas se hacen solidarias con tu responsabilidad y que va a indagar sobre Anastasia para descartar que esté vinculada a algún tráfico de antigüedades —decía el audio—. Blake, ya tienes el dinero.

Wilde entornó los ojos mientras se llevaba el móvil a la boca.

—Qué amables —respondió con ironía.

Pero ya le han hecho la nueva transferencia a Anastasia. Así que saben que no es ninguna traficante. Conociéndolas, ya habrán indagado sobre ella.

Natalia tenía acceso a tantas cosas que le daba miedo valorarlo. Y el hecho de que a él hubiesen decidido no decirle una palabra lo enfadaba en cierta medida.

—¿Me contarán lo que averigüen? —añadió en el audio.

Esperó la respuesta de Orwell. Por la rapidez sabía que su amigo se estaba limitando a reenviar sus audios al otro lado, sin embargo, de vuelta solo traía sus mensajes. Le habría gustado escucharlas a ellas directamente. Supuso que estarían en un estado similar al de Byron.

A mi costa.

Orwell escribía.

«Dicen que tienes ahí a Anastasia para preguntarle lo que quieras».

La eligen ellas, me la mandan a la fuerza y no piensan decirme nada sobre Anastasia.

Las razones por las que no había aceptado nunca más financiación que la de la fundación y la de sus padres se habían multiplicado por mil con la familia de Michelle Lyon.

Y si no hubiese sido en aquella temporada tan importante, no la habría aceptado. Tenía que reconocerlo, necesitaba todos los recursos posibles.

Expulsó el aire por la boca. Byron aún esperaba su respuesta, su mensaje se había quedado atrás con tantas risas del resto.

—Byron, claro que le he preguntado a Anastasia por la lámpara. Pero me ha respondido una sarta de mentiras, es lo que más me preocupa. Si no confía en mí, mal comenzamos.

Vio en la pantalla que Marlowe escribía. Era curioso, sus amigos solían enviar mensajes, uno tras otro, sin parar que se entremezclaban unos con otros. Pero cuando en la pantalla aparecía un «Marlowe está escribiendo», todo el mundo paraba.

«La confianza que Anastasia pueda tener contigo no depende de ella, sino de ti, Brandon».

Marlowe y la sensatez más natural y primitiva. Levantó la mirada para observar la lámpara sabiendo que su amigo llevaba razón. Por mucho doctor Wilde que fuese, Anastasia lo conocía lo mismo que él a ella, absolutamente de nada. ¿Cómo esperaba que le dijese de dónde había sacado un objeto como aquel?

Llamaron a la puerta, Fineas había sido el primero en llegar al estudio para la reunión.

7

Hasta el bullicio de la plaza que entraba a través de la ventana era agradable. Mantenía las cortinas descorridas para no perderse las vistas ni un segundo. Ya había saciado sus ansias, y en cuanto los ayudantes de Wilde le dieron margen, echó a correr hacia el templo. Se había resistido a regresar, pero no quería llegar tarde a la primera reunión, por lo que había podido comprobar, Wilde ya estaba en casa.

Se alojaban en un piso doble alargado con multitud de habitaciones, todas daban a la plaza y al templo. En cuanto oscureciese, las vistas serían un auténtico espectáculo.

Soltó el bolso en un pequeño escritorio de madera. Su habitación era simple, tanto como la que tenía en San Fernando; una cama, un aparador, una mesita de noche, un escritorio y un armario. Todo de madera barnizada.

Sobre el aparador había un cuadro de Abu Simbel, y en la parte del escritorio había otro más grande de una estatua del faraón Ramsés. Cuando dejó el dormitorio estaba vacío, ni siquiera había colocado su portátil. En ese momento había una bandeja con una jarra de agua y dos vasos. Supuso que lo habría dejado alguna de las dos empleadas del alojamiento.

Desconocía si Wilde vivía allí todo el año o solo durante la temporada de excavación. Se apoyó en el marco de madera de la ventana. Lo envidió sobremanera en cualquiera de las dos opciones.

—Qué barbaridad. —Sus ojos se perdían sin remedio en aquellos muros.

Estaba dispuesta a coger una mecedora de la sala de estar y sentarse frente a la ventana toda la noche.

Le había enviado una foto a su madre y había podido hablar con ella. Sus benefactores habían sido muy amables al enviarle una línea móvil egipcia para su nueva etapa. Solo con la llamada que le había hecho a su madre, y con las pesadas de sus amigas en el chat, se hubiese gastado la parte de la beca que no había destinado a su familia.

Su móvil comenzó a vibrar y se detuvo. Era la primera vez que sonaba, nadie tenía aquel número, salvo los tres ayudantes de Wilde que conocía y su madre. Y era ella, colgó enseguida. Supuso que quería que la llamase de nuevo.

Miró la hora antes de marcar.

—Breve, mami, que va a empezar la reunión en tres minutos. Y miedo me da llegar tarde —dijo y oyó la risa de su madre al otro lado.

—Seré breve —respondió—. Es que me acaba de llegar un aviso del banco y tienes un nuevo ingreso, similar al de la otra vez y con el mismo concepto.

—¿Cómo?

—Que tienes un nuev…

—¿Más dinero? —Se retiró de la ventana y se apresuró hacia el iPad para comprobarlo ella misma desde la aplicación del banco.

—No sé si será una confusión, creo que deberías decírselo a Wilde o a la chica que contactó contigo. Ahí no se puede quedar, Anastasia, se lo van a comer enseguida con los atrasos que debemos de todo. Lo que quedaba de beca lo ha embargado la Seguridad Social. —La oyó suspirar—. Han cobrado de una sola vez, entero.

—Pues me alegro de que hayan cobrado los recibos atrasados, una cosa menos. Dile a papá

que la próxima vez que se ponga malo podrá cobrar su baja.

—Ana —su madre no parecía muy conforme—, te dije que te abrieses otra cuenta que no estuviese vinculada con nosotros. Si tienes que devolver el nuevo ingreso, ¿cómo vas a mantenerte los meses que estés allí?

—Muy fácil. No fumo, no bebo, soy barata, ¿recuerdas? —respondió sonriendo.

—No te lo tomes a risa, que no tiene gracia —dijo su madre—. Si la beca era de esa cuantía, es porque allí necesitas dinero, ¿entiendes? Estás en un equipo de investigación, si salís a comer, ¿qué vas a hacer tú?

—¿Poner una excusa?

No entendía que su madre le diese tanta importancia a eso, para ella estar allí, frente a aquella ventana, era suficiente.

—Ya está bien, Ana. Siempre has recibido becas, para estudios aquí, para estudiar fuera. Y jamás has disfrutado de ninguno de sus beneficios.

—¿Que no? Mamá, llevo años estudiando fuera. Sevilla, Barcelona…

—Claro, buscando trabajos para poder pagar los alquileres y poniendo excusas cada vez que te proponían salir porque tu beca iba íntegra para ayudar a la familia. Y no es justo —su madre suspiró de nuevo—. Te merecías esta oportunidad más que nadie. Y quería que la disfrutaras con todas sus ventajas. Tener lo que nunca has tenido. La posibilidad de dedicarte únicamente a lo que te gusta, sin preocuparte de nada más.

—Es lo que estoy haciendo, mamá. Y ahora que me has dicho lo del embargo hasta voy a disfrutarlo más.

—Habla con Adriana Wilde o con el doctor, hay que sacar el dinero de ahí antes de que vuelvan a embargar de otro lado. Y entonces no sé cómo vamos a devolverlo.

Más devoluciones. Al final acabo en el talego.

—Vaaale —sonrió a la insistencia de su madre. Pero los embargos eran lo mejor para todos. Renovar, limpiar a la familia, volver a empezar.

—Te quiero, hija. —Podía notar el orgullo en su voz.

Ana le respondió con un beso sonoro y colgó.

Dirigió sus ojos hacia la estatua de Ramsés en el cuadro.

—Con tantos errores voy a acabar debiendo más que mi padre, que ya es… —le dijo al cuadro. Sacudió la cabeza—. Otra razón más para emplearme a fondo aquí. Después de esto no me van a querer ni en una cantera de piedras. —Cogió aire y lo soltó de golpe.

Dejó el móvil sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta. Una chica de pelo cortado a la altura de las orejas y gafas pasaba por el pasillo. Le dio las buenas tardes sonriendo.

—Eres Anastasia, ¿verdad? —La chica se giró sobre sí misma para no darle la espalda sin dejar de avanzar pasillo abajo—. Mi nombre es Lois. —Chocó con otro hombre que acababa de salir de otra de las habitaciones. Ambos rieron—. Y él es Scotty. Es la hora.

Y es como un toque de queda inquebrantable. Estoy segura de que al que se retrase Wilde lo pondrá a picar piedra en el desierto sin sombrilla.

Los siguió enseguida.

—Bienvenida —le dijo Scotty y Ana sonrió.

Llegaron hasta la puerta del estudio. Anastasia entró tras ellos y aprovechó sus espaldas para poder observar aquel lugar amplio lleno de estanterías repletas de libros y objetos. Sus ojos enseguida se dirigieron hacia una, en concreto en la segunda balda superior.

Con que ahí la ha puesto.

Lois y Scotty rodearon la mesa y Anastasia se sobresaltó al encontrarse cara a cara con Brandon Wilde.

Me ha pillado mirando la lámpara.

Eran los últimos, supuso, allí no cabía nadie más.

—Algunos ya conocéis a Anastasia, nuestra becaria. Estará aquí toda la temporada de excavación —dijo él sin dejar de mirarla mientras se colocaba en un extremo de la mesa—. Anastasia, este es mi equipo. La doctora Lois es nuestra egiptóloga funeraria, el doctor Scotty y el doctor Nadim son nuestros especialistas en escritura y simbología. La doctora Suhaila, especialista en arquitectura egipcia, el doctor Nicky, religión y dioses, y el doctor Fineas y yo, especialistas en el imperio medio. —Wilde alzó las cejas—. ¿Tu especialidad es…? Me dijiste que el horneo, pero no sé ubicar bien qué campo cubre.

Ni yo tampoco.

—El barro cocido, la cerámica y la piedra. —Algo tenía que responder y vio en la cara de los ayudantes de Wilde algo de desconcierto.

Esto tengo que afinarlo más, porque no cuela.

—Estatuas y objetos cotidianos o de culto. —No tenía ni idea si existía aquella especialidad.

Aún le quedaba camino por delante. Le faltaba terminar el curso y hacer el doctorado para especializarse. No era arqueóloga, no era egiptóloga aún. Y no era doctora en nada.

Solo era Anastasia.

Y no pinto nada aquí.

Bajó los ojos hacia la mesa, estaba cubierta por completo por una imagen aérea del desierto, supuso que de Deir el-Bahari. El doctor Wilde había marcado algunas zonas con unas fichas de madera sobre el plano.

Entornó los ojos hacia las zonas marcadas, no entendía del todo de rodeos y desconocía cuánto podrían avanzar en una temporada de excavación, pero no se podía levantar un fragmento del desierto tan grande.

Harían falta más obreros que para la pirámide de Keops.

Wilde se la jugaría a una sola zona. Así que la cuestión de encontrar a Sekemer, de momento, era una lotería con varios puntos, por las señales que había plantado sobre el mapa, tres y una cuarta vaga o en duda.

—Fineas te ha dado un dosier para que te pongas al día de todo lo que sabemos del visir —añadió Wilde y era una suerte que hubiese dejado de insistir sobre la especialidad.

Ni siquiera había abierto el dosier, echó a correr a ver Luxor, se propuso hacerlo a la vuelta, pero se entretuvo demasiado entre los callejones de aquella construcción que había visto demasiadas veces en la lejanía. Y estaba repleta de detalles.

Fineas estaba junto al doctor Wilde, solo esperaba que no le hiciesen un examen del dosier. Pero Wilde dejó de prestarle atención para sacar una tira de papel, una especie de plano largo que le enseñaba a su equipo y sobre el que les explicaba los resultados del sondeo.

Anastasia fue consciente de que aún Wilde no tenía tan claro el lugar de excavación como parecía en los reportajes.

Pero que Sekemer estuviese en Deir el-Bahari era más que probable, allí estaba la tumba del faraón al que servía, y Nofret, su esposa, era hija del faraón. Sin embargo, los hallazgos físicos sobre Sekemer y Nofret estaban en Asasif, donde se encontraba la doctora Sherman.

Anastasia miró la imagen aérea de nuevo, no solo era Sekemer. Bajo aquella arena habría todo un mundo subterráneo que estaba por descubrir. Oía las preguntas que el equipo le hacía al

doctor Wilde y al oírlo responder tuvo que alzar los ojos. Wilde volvía a ser el doctor que veía en los vídeos y documentales, por unas horas se había distorsionado en su cabeza hacia el mundo real. Pero la consciencia completa había regresado haciéndola saber la magnitud de en lo que estaba metida. El vello se le levantó y una ventisca de arena le arrasó el estómago.

No estoy preparada para esto.

Era demasiado joven, novata y no tenía la formación suficiente. Su mirada se dirigió hacia la puerta enseguida, las ganas de echar a correr y salir de allí se hicieron fuertes.

—Ben Hickman ha estado hoy en los sondeos con Sherman. —Oyó decir a Fineas y giró la cabeza para mirarlo, tan brusca que hasta Wilde la miró—. Él mantiene que la tumba de Sekemer puede estar intacta. Y que los últimos análisis le aseguran que Nofret está allí.

Y yo estoy aquí, doctor Hickman. Y por mi santa madre y mis santos cojones, que si puedo joderte el hallazgo y dárselo a Wilde, voy a dar la vida en esto.

—¿Vamos a ir al cóctel del ministerio de antigüedades? —preguntó Lois mirando su móvil —. Me ha escrito Margot, dice que no le respondes, Brandon.

Anastasia vio que Fineas contuvo la sonrisa y enseguida miró a Wilde.

—Aún no lo he decidido. De todos modos, vosotros podéis hacer lo que queráis —respondió el doctor abriendo un dosier de anillas similar al que le había dado Fineas. Luego lo puso sobre la mesa y Anastasia pudo ver las fotos de escritos egipcios—. La mala noticia es que, según lo que han podido indagar Scotty y Nadim, Nofret no está con su padre en Deir el-Bahari. Y Sherman tiene una estatua de Sekemer y Nofret.

Anastasia esperó a que Suhaila soltase uno de aquellos dosier anillados sobre la mesa para cogerlo enseguida. No era como el suyo, el que tenía ella pesaba menos.

Si no me dan la información completa, mal lo llevo.

Pero era una becaria, en parte sabía que no era una más del equipo. Así que nadie le prestaría atención ni la informaría demasiado en nada. Su opinión no era relevante, ni decisiva. Así que tendría que aprender e indagar por su cuenta.

Siempre me he buscado la vida, no es un problema.

Recorrió los bordes de la mesa despacio, donde cada miembro del equipo había dejado sus cuadernos de anillas.

Religión, escritura, arquitectura, funeraria, imperio medio.

Demasiadas especialidades, demasiados folios anillados.

Y tan solo unos días antes de la excavación.

Había hecho bien en no abrir el dosier. No necesitaba un resumen de toda aquella montaña de información. La necesitaba entera.

Wilde seguía hablando con el equipo. Nadim había abierto su carpeta y extendía folios con fotos y apuntes sobre la mesa.

¿Y quién coño es Amesis?

No se atrevía ni a preguntarlo. Nadim lo había escrito a bolígrafo sobre uno de los símbolos. Lois tomaba notas sin parar.

A la próxima me traigo un cuaderno. Yo es que no sabía ni en qué consistía una reunión.

Su mente imaginaba otra cosa.

—Con todos los datos sobre la mesa, tenéis ahora la oportunidad de decidir por vosotros mismos. Sekemer solo estará en un lugar —dijo Wilde.

Ana apartó la mirada de los cuadernos y miró a Wilde. Hasta Lois dejó de tomar apuntes.

—Solo quiero que os quedéis si pensáis que Sekemer está en Deir El-Bahari —añadió él y

Ana alzó las cejas. Miró de reojo al resto—. Porque solo tendremos una oportunidad y no me pararé, encontremos lo que encontremos, si no tiene nada que ver con el visir.

Anastasia ladeó la cabeza sin dejar de mirar al doctor. Les estaba diciendo que renunciaría a toda gloria de un descubrimiento cualquiera que no fuera Sekemer. O el visir o nada.

Y a pesar de sonar absurdo y egoísta, y hasta de dudosa profesionalidad con su oficio y un teórico amor al mundo antiguo, Anastasia lo entendía.

La búsqueda de Sekemer se había convertido en un auténtico reto para demasiados. Un personaje con un aura misteriosa que había embaucado a multitud de historiadores hasta el punto de emplear fortunas para encontrarlo. La mayoría habían abandonado después de años. Sekemer era escurridizo y eso hacía que muchos nuevos fuesen llamados a buscarlo.

Wilde soltó una foto del tamaño de un folio que contenía la cara de una estatua.

El folio cayó despacio en el aire hasta colocarse sobre el desierto.

¿Ese es el gachón que buscamos?

Su mano se dirigió hacia la imagen y la cogió en cuanto tocó la arena impresa del plano. Miró la cara redondeada de la estatua, de barbilla corta y ojos en forma de almendra.

La que tienes liada, Sekemer.

Contuvo la sonrisa.

Como para que tu tumba esté saqueada y no quede ya ni una mierda.

Supuso que, a aquellas alturas ya, al arqueólogo que lo encontrase no le importaría que estuviese saqueada. Con encontrar la momia de Sekemer sería suficiente. Tenían el ADN de los hijos de Nofret, que habían aparecido tres temporadas atrás cerca del templo de Esna, donde trabajaban Sherman y Hickman, aunque no tuviese sarcófago podrían identificarlo.

Alzó los ojos y se encontró con los azules de Wilde, prefirió no valorar la expresión con la que la había mirado, pero la hizo retroceder casi veinte años de edad.

Ana soltó la foto enseguida sobre la mesa.

Y eso que no sabe lo que se me estaba pasando por la cabeza.

Cogió aire despacio. Invisible, eso era lo que quería Wilde. Miró a su alrededor, doctores especialistas con experiencia, conocimiento y títulos. Estaba en clara desventaja para hablar y que alguien le echase cuenta.

Tenía algo que decir, pero si solo por coger la foto el doctor ya la había mirado así, no quería ni imaginar si soltaba alguna de sus reflexiones. Eso sin contar con que, al no haber leído nada del dosier, podía meter la pata.

Y no quería que nadie se diese cuenta de que no había leído el dosier. Esperó a que Wilde terminase su monólogo mientras miraba las notas que tomaban todos.

Aquí o me pongo las pilas o van a ser tan solo unos meses turísticos.

—Mañana tendremos delimitada la zona para excavar —dijo finalmente Wilde.

Vamos, que no tiene ni idea de dónde hacer el agujero.

—Descansad. Nos quedan unos días complicados —añadió retirándose de la mesa.

Anastasia se alejó cuando vio al resto de doctores quitar las carpetas y cuadernos.

Vale, pues pistoletazo de salida.

Miró de reojo el cuaderno de Suhaila.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —Anastasia sonrió y la chica se contrarió en cierta media.

Vio que Wilde se había dado cuenta.

—Doctora Ortega. —Lo oyó decir.

Hostias, doctora Ortega, dice.

Tuvo que contener la sonrisa.

—No estaría de más que no entretuvieses demasiado a mi equipo —continuó y ella alzó levemente las cejas.

—Va a ser solo un momento. —Tiró de la manga de la túnica de Suhaila.

Estaba comprobando que Wilde había creído tanto sus palabras como lo hizo cuando le habló de dónde procedía la lámpara.

Anastasia volvió a tirar de la manga de la mujer para sacarla del despacho de Wilde.

Contuvo el resoplido cuando salió al pasillo.

Miró a Suhaila.

—No voy a entretenerte nada. —Bajó los ojos hacia el dosier de la mujer—. Solo quería comentar contigo algunas cosas que no me han quedado claras en la reunión y que no me atrevo a preguntarle al doctor Wilde.

Vio que Suhaila contuvo la sonrisa. Anastasia le cogió el brazo.

—¿Podemos ir a mi dormitorio un momento? —Ella misma se adelantó quitándole el dosier.

Vio a Fineas en el pasillo, Wilde no tardaría en salir también.

—No me queda claro qué estamos buscando… —Abrió la puerta de su dormitorio. Invitó a entrar a Suhaila.

—La tumba de Sekemer —respondió la doctora riendo.

—Exacto, eso sí lo sé. Pero me interesa saber qué es exactamente lo que buscamos. ¿Un templo? ¿Una mastaba…?

Abrió el dosier de Suhaila, contenía la misma foto del desierto que Wilde tenía sobre la mesa, pero del tamaño doble de un folio. Anastasia lo abrió, pudo comprobar que sería antiguo, había una duna que no estaba en su lugar y los trazos eran diferentes a los de Wilde.

Anastasia frunció el ceño.

—¿Esto es la misma zona? —preguntó poniéndolo sobre la cama. Invitó a la doctora a que se sentara en ella.

—Antes de la última tormenta de arena. Ya no sirve, puedes quedártelo si quieres. Vamos tomando imágenes todas las semanas. —Suhaila se sentó y se inclinó hacia la imagen que Ana había dejado sobre la cama—. Doctora Ortega…

—No me llames así, por Dios. —Movió la mano en el aire.

Que quiero olvidar que soy un fraude.

—Anastasia, o Ana si te es más fácil —le dijo mientras cogía un bolígrafo rojo de su bolso.

Suhaila asintió.

—Dices que eres especialista en esculturas y objetos cotidianos… —La mujer entornó los ojos—. Creo que cualquiera del equipo podría serte de más ayuda que yo.

—Nah —dijo sentándose frente a Suhaila, al otro lado de la fotografía.

—Simbología, rituales en los escritos, puede ser muy interesante para tu formación hablar con Nadim —añadió la mujer.

No estoy aquí para formarme de nada. Quiero descubrir quién es el gachón este que estamos buscando.

—O con Lois, te contará lo que quieras sobre tumbas, sarcófagos y objetos funerarios…

Comenzó a pintar la foto con el bolígrafo rojo cruzándose con los negros que ya estaban pintados.

—Incluso Wilde y Fineas, puedes pedirles que te dejen ver los objetos que hay descubiertos

sobre Sekemer —añadió mientras Ana seguía dibujando—. Yo soy de estructuras arquitectónicas.

Anastasia retiró el bolígrafo. Las líneas no habían salido muy rectas, pero aun así el sobresalto de Suhaila fue evidente.

—Doctora Ortega, ¿cómo…?

—Ana, Ana —la cortó y arrugó la nariz cuando Suhaila la miró.

La mujer se apoyó en la cama para volver a mirar la foto, dio una especie de carcajada insonora.

Anastasia había pintado las mismas líneas que Wilde tenía en el estudio sobre los sondeos.

A veces se me olvidan mis superpoderes y lo que producen en los demás. Soy una fotocopiadora humana.

—No tiene importancia, y no tienes que comentarlo con nadie, ¿vale? —Volvió a arrugar la nariz.

Quiero que Wilde siga pensando que soy imbécil. Es lo único que estoy haciendo bien desde que estoy aquí, parecer idiota.

—Solo quiero saber qué piensa Wilde de dónde está metido Sekemer. —Ladeó la cabeza mirando el plano.

—Pensamos en una mastaba, algo inapreciable desde la superficie. En todos los escritos que hacen referencia a la tumba queda reflejado que no la podrían encontrar.

—Mastaba, vale… —Cogió un bolígrafo morado—. Buscamos un pozo… —Pasaba las páginas del dosier de Suhaila—. ¿Hay tomografías del suelo?

—Sí. —La mujer cogió el dosier—. Estas son.

Sacó otro folio doble de una carpeta.

—¿También sabes de geofísica?

Anastasia negó con la cabeza, se fijó en una figura cuadrada que formaba aquella imagen en blanco y negro.

—¿Esto es piedra caliza? —preguntó.

—El material parece piedra, por lo profunda que está, o es la base de una antigua pirámide que ya no existe o simplemente son muros derruidos bajo tierra.

Miró los tres puntos de Wilde, si aquello eran los restos de una pequeña pirámide, allí no estaría Sekemer. Ni siquiera sería de la misma época.

—Si es una pirámide estamos jodidos —dijo y Suhaila asintió con la cabeza.

Si era una pirámide, la tumba no podría estar en ninguna parte del mapa y todo aquello que se veía en la fotografía tan solo eran los huecos donde se encontrarían los enterramientos de familiares del faraón que la hubiesen construido, barcos y enseres. Todo un hallazgo histórico, pero Wilde ya había dejado claro lo que quería. No se detendría en nada más.

Anastasia dibujaba sobre la foto las partes oscuras de la tomografía. Alguien llamó a la puerta.

—Pasa. —Daba igual quién pudiese ser.

Vio a Suhaila sonreír. Fineas se asomó y sus ojos se dirigieron enseguida hacia la foto que había sobre la cama.

Otro que se acaba de enterar de mi superpoder.

—Wilde quiere saber si quieres la foto de la nueva panorámica. —El doctor volvió a mirar la fotografía—. Creo que ya no lo necesitas.

—Tráeme una, esta es de Anastasia —respondió la doctora.

Ana seguía dibujando.

Esto va a ser una mierda, porque aquí con tanto pedrusco no se va a ver la boca de un pozo. Y estos son muchos kilómetros. Luego está la puñetera base esa.

—¿Tenemos aquí a una geofísica especialista en objetos cotidianos? —Fineas se había inclinado sobre la imagen.

Aquí no puede ser tampoco.

—Eso es un templo, Anastasia, está casi descartado —dijo Fineas y ella apartó el bolígrafo.

Le dio otro bolígrafo a Suhaila para que delimitase el templo.

—¿Estáis llenando la cabeza de Anastasia de teorías alternativas? —La voz hizo que Ana girase la cabeza. Era Lois.

—Creo que Anastasia está deseando llenarse la cabeza —respondió Fineas riendo.

Lois se inclinó también sobre la foto, Suhaila se echó a un lado para hacerle hueco.

—¿Sabéis algo de este templo? —preguntó Ana colocando el bolígrafo sobre el dibujo de Suhaila.

—Eso mejor te lo puede explicar Nicky —dijo Fineas.

—¡Presente! —Anastasia miró hacia el umbral y vio a Nicky sonriendo—. Creemos que es el templo donde era sacerdotisa Amesis, se habla de un templo que adoraba el ojo de Ra, así que las diosas podrían ser Hator, Bastet, Mut o Sekhmet, quizás todas ellas.

—¿Y quién es Amesis en esta historia? —Dibujó un disco solar en la base del templo.

—Ella es la razón por la que excavamos en Deir el-Bahari. —Esa voz era nueva.

Ana volvió a girarse, esa vez eran los especialistas en escritura, Scotty y Nadim.

—Sekemer estaba casado con la hija del faraón, Nofret. Pero Wilde cree que lo de Amesis iba mucho más allá.

Anastasia alzó las cejas.

¿En serio? ¿Wilde ha organizado esto porque cree que Sekemer está con Amesis cerca del templo? ¿Es un sentimental?

Una tormenta de arena llegó hasta sus costillas y se arremolinó justo en el centro. Volvió a mirar la foto.

Conclusión. Si Sekemer fue enterrado con su esposa, Sherman y Hickman ganan. Si el amor estuvo por encima de la política, gana Wilde.

Ahora entendía por qué Hickman ni consideró retomar Deir el-Bahari, el por qué abandonó. Para su padre el amor no era una prioridad, apoyaría más la idea de que Sekemer se inclinase por la política y el poder.

—Nofret era hija del faraón Mentuhotep II y hermana de Mentuhotep III, los dos faraones a los que sirvió Sekemer como visir. De hecho, el primero de ellos fue el que restauró la figura del visir para beneficiarlo. Es muy complicado que Sekemer decidiese ofenderlo de alguna manera enterrándose lejos de su esposa y quizás con su amante.

Cambio de onda. Sekemer, lo siento, pero no me interesas en absoluto. Quiero a Amesis.

Una mujer capaz de hacer que un hombre renuncie a todo por ella. No podía ser una mujer cualquiera en aquellos tiempos.

—Nadim, háblame de Amesis. —Bordeó el templo con un bolígrafo rosa por encima de la línea que pintó Suhaila.

—Pertenecía al alto clero, heredado de sus padres, no era ninguna mendiga. Solo hay un par de escritos que hemos encontrado sobre ella en el templo de Mentuhotep II, está pintada junto a una constelación. Creemos que era astróloga. —Nicky abrió su dosier y le enseñó una foto de

una mujer rodeada de una especie de flores con las que se representaban las estrellas.

Anastasia entornó los ojos, reconocía la constelación, no estaba completa. Fue la única de las constelaciones de la lámpara que no había logrado identificar hasta unos pocos años atrás, en los que vio una réplica de constelación misteriosa en una proyección en la universidad, en uno de los yacimientos descubierto en los últimos años.

La Corona del sol.

Cogió otro de los bolígrafos, esa vez de color negro, y comenzó a puntear la imagen.

Vio a Nicky apartarse de la cama para reír al reconocer la constelación completa.

—¿Va en serio, Anastasia? —preguntó Fineas.

Levantó los ojos hacia el hombre de confianza de Wilde. Fineas miró a Nadim y Scotty, este ya había abierto una de las carpetas, sacó un folio con una foto impresa y la puso sobre la cama.

Era una vista ampliada de Amesis dibujada en la pared, en una pared desconchada. La foto no tenía la constelación completa porque faltaba el trozo de pared.

La madre que me parió a mí y a la lámpara de la suerte. Ha sido potra pura.

Lois la miraba con las cejas alzadas.

De inmediato, todos miraron hacia la puerta y Ana tuvo que girarse.

—Tienes que ver esto, Wilde —le dijo Fineas y el doctor frunció el ceño.

Anastasia tragó saliva, por un momento Wilde pareció querer reprenderla por tener allí una reunión alternativa a la que habían tenido en el despacho.

Brandon Wilde se inclinó sobre Nadim, que ya se había sentado también en la cama, junto a Suhaila. Lo vio entornar los ojos hacia sus líneas en aquella foto aérea antigua, antes de las tormentas de arena, hasta llegar al templo que le señaló Suhaila y donde ella puso el nombre de Amesis y pintó la constelación.

—La Corona del sol —dijo Fineas, aunque no creyó que a Wilde tuviese que decírselo.

No lo sabían.

Ana alzó las cejas.

¡No lo sabían!

Contuvo la sonrisa.

Mi primer descubrimiento, primer día en Luxor, ¡toma ya!

Brandon se alejó de la cama y de ellos.

—La secretaria del ministro de antigüedades acaba de llamarme para que le confirme cuántos del equipo de Wilde iremos mañana —dijo Wilde, sin embargo, como si no hubiese visto nada en la foto mientras volvía a dirigirse hacia la puerta. Antes de salir se giró hacia ellos—. ¿O debería decir del equipo de la doctora Ortega?

Wilde desapareció del umbral, se oyeron sus pasos en el pasillo alejándose.

¿Era un cumplido?¿Era envidia? ¿Qué ha sido esa ironía?

Movió la cabeza para mirarlos a todos. Scotty y Lois se miraban conteniendo la sonrisa.

—¡Enhorabuena, doctora Ortega! —Fineas le dio con la mano en el hombro.

—Anastasia, por favor. —Alzó el dedo índice.

No me digáis más lo de doctora Ortega, porque ya lo que hacía falta es la ironía en la voz de Wilde cuando lo pronuncia. Encima que ni soy doctora ni leches.

Lois también le dio un toque en el brazo mientras sonreía.

—Menudo regalo nos han enviado de la fundación Misters —dijo la chica.

Tú lo has dicho, un regalo.

—Ha sido casualidad. —Movió la mano en el aire—. Y seguro que hasta me he equivocado.

—Vamos a cenar aquí al lado, vente con nosotros —le dijo Fineas.

Anastasia asintió a pesar de que no tenía ningunas ganas de salir. Quería seguir hablando con ellos de Sekemer, y más aún que cada uno le dejase su dosier aquella noche.

En cuanto a la reacción de Wilde, prefería no meditarla. Si cada vez que abría la boca iba a llamarla doctora Ortega de aquella manera irónica, mal empezaba. Supuso que completar un dibujo egipcio desconchado no formaba parte de ser invisible.

Y eso ha sido recién llegada y con la guardia baja. Te vas a cagar, doctor Wilde.

Las ganas de quedarse allí a estudiar a Amesis y a Sekemer aumentaron. No pensaba pegar ojo en toda la noche.

8

Todo su equipo había salido a cenar y la becaria se había ido con ellos. Tenía puesto el flexo sobre la mesa y había vuelto a dibujar líneas sobre el plano. Su teléfono sonó.

Era Margot, la paleontóloga que colaboraba con él y que en esa temporada lo haría también con Hickman y Sherman.

—¿Cómo ha ido hoy? Dicen que justo antes de irte ha llegado otra tormenta —dijo ella.

—Por suerte, ya no estábamos allí. Esta ha sido más fuerte. Si sigue el tiempo así, nos ralentizará la temporada —respondió Wilde suspirando.

—Temporada, temporada, Sekemer, desierto, temporada. —La oyó decir—. ¿Hay algo más en tu vida?

Todos le decían lo mismo. Que se despejase, que saliese, que hiciese algo más que no fuese darle vueltas a los dosier y a los mapas. Pero no era capaz de desconectar ni un minuto.

—Esta vez hasta yo estoy con ganas de empezar la temporada, a ver qué me enviáis —añadió riendo Margot—. Tengo ahí el ADN de los hijos de Sekemer preparado. ¿Quieres hacer algo esta noche?

Ya tenía demasiadas cosas que hacer aquella noche y los culpables por primera vez no eran Amesis ni Sekemer, sino una joven llamada Anastasia.

—Esta noche es imposible. —Ni se le pasaba por la cabeza.

—Imposible esta noche, mañana no irás al cóctel… Wilde, no puedes seguir así.

—Solo son unos días, te llamo a finales de semana y cenamos si quieres. —El móvil emitió un sonido. Se lo retiró de la oreja para mirar. Era su hermana Adriana—. Te tengo que dejar.

—Ya, ya…

En cuanto colgó aquel cacharro comenzó a hacer ruido.

—Ehhhh, que entre tanta piedra te olvidas de llamarme. Llevo todo el día preguntándote por cómo está Anastasia y me tengo que enterar por Blake —le dijo su hermana con cierto tono de reproche.

—Más bien tendrías que preguntar por cómo estoy yo. Hoy casi me coge en el desierto una tormenta de arena de las grandes.

—Pero no te ha pillado, así que no mereces ni una palabra de interés hoy. Me interesa Anastasia, ¿cómo está?

—Pues para mi asombro está fresca como una rosa, haciéndose un hueco en mi equipo, mayor del que yo esperaba. Se ha ido a cenar con ellos como si hoy no hubiese acabado de llegar ni hubiese estado detenida ni hubiese protagonizado un espectáculo en la plaza, en mitad de la carretera. —Oyó la risa de su hermana.

—Eso es bueno, ¿no? Que se esté adaptando bien y congenie con el resto de tus ayudantes.

—No se trata de adaptarse ni de congeniar —sonrió mirando el mapa—. Le pedí que no estorbase, que fuese invisible…

—Tan simpático como siempre —lo cortó Adriana y su sonrisa se amplió.

—Y es lo que ha hecho en la reunión. Más o menos —negó con la cabeza riendo—. Anastasia tiene una habilidad para relacionar elementos que aparentemente no tienen nada que ver y una capacidad de reproducir con exactitud algo con tan solo observarlo que solo he visto una vez en una sola persona en toda mi carrera. En mi mentor, Ben Hickman.

—¡Wow! ¿Doctor Wilde? ¿Eso lo has visto el primer día el tiempo que no has estado en el desierto?

Wilde volvió a sonreír.

—No esperaba que Stoker y esas cuatro señoras me enviasen a alguien tan brillante, teniendo en cuenta la forma en la que la seleccionaron.

—Bueno… Michelle Lyon asegura que saben hacer magia —reía Adriana—. De hecho, desde que han escuchado tus audios con lo de la lámpara se cambiaron el icono de hadas, en el grupo de benefactoras que tengo con ellas, por uno de *genias* con muchos colores y un cuerno en la cabeza. No sé de dónde habrán sacado la ilustración, supongo que se la habrá hecho Michelle, y corres el riesgo de que se haga estatua. Pero la cancioncita se me ha metido en la cabeza y llevo todo el día cantando *Friend like me*.

Brandon se frotó la frente con la mano.

—Bajo ningún concepto se te ocurra ponerlas en contacto con Anastasia. ¿Me oyes? Nada.

—Están deseando conocerla.

—Anastasia también, pero la mezcla no va a dar un buen resultado. Como lo hagas a mis espaldas renegaré de hermana —dijo y Adriana comenzó a reír.

—Y ¿qué ha hecho la joven doctora para que yo haya escuchado de tu boca un halago inusual y sorprendente viniendo de ti?

—Ha copiado mis delimitaciones en un plano en otro plano, después de la reunión, teniendo en cuenta los cambios en el relieve por una tormenta. —Oyó una exclamación al otro lado—. Eso se lo vi hacer una vez a Ben Hickman. Salimos del despacho del doctor Ulrich y fuimos a una cafetería, hizo el dibujo exacto y hasta nos señaló los errores que estaba cometiendo el doctor. Es una especie de memoria fotográfica exacta. A eso se le ha unido que Anastasia ha completado la constelación del dibujo de Amesis, la que no está entera. —La exclamación de Adriana sonó más grande—. Eso también lo solía hacer Hickman, su mente era como un buscador de imágenes y datos.

—Entonces es exactamente como tú, solo que no tienes esa capacidad mental y necesitas horas y horas alejado del mundo. ¿No sales hoy?

—No.

—¿No salías con Margot?

—De vez en cuando. No es momento esta semana —resopló pasando las hojas de las tomografías—. Queda poco para el comienzo y tengo que darle los planos al capataz.

—¿Vas mañana al evento del ministerio? —preguntó su hermana mientras él retiraba la silla para sentarse a trabajar.

—No creo que me dé tiempo, he quedado con el doctor Wallet, ha estado reconstruyendo algunos hallazgos de Sherman y quiero que me aclare algunas cosas.

—¿Si ella está en lo cierto y tú no? Ya tendrías a Hickman contigo si estuvieses cerca.

—No quiero a nadie conmigo. Te dejo, que quiero dormir al menos unas horas.

—Llévate a la becaria a ver a Wallet. Si es tan brillante lo mismo te ayuda —Adriana rio—. Que te sea leve la noche, hermano.

Colgó y dejó el móvil en la mesa. Miró los planos en tonos grises. La suerte estaba echada.

9

Llegó la madrugada, por suerte estaba acostumbrada a mantenerse despierta trabajando. Volcó la jarra sobre el vaso, eran las últimas gotas.

Tenía la ventana abierta y había puesto la mesa de estudio frente a ella. Con aquellas vistas no era para menos. El silencio en la calle solo se rompía por alguna moto atravesando la plaza a toda velocidad.

Después de ver la totalidad de los dosier del equipo de Wilde, tenía que reconocer que Sherman parecía tener más razón en su búsqueda. Sekemer era el hombre de confianza del faraón, su mano derecha, y en su tumba le tenía una representación en la que le llamaba hermano.

No podía haberse hecho enterrar con la amante, teniendo en cuenta lo que era para un egipcio una tumba, el paso hacia el otro lado, el viaje, siendo esposo de la hija del faraón al que le debía todo.

Sekemer no venía de una familia acomodada, lo poco que había de él señalaba que era de origen humilde.

También estaba la opción más lógica, que era que estuviese enterrado junto a su esposa y en un pozo menor estuviese Amesis. En ese caso, Wilde quedaría completamente fuera de encontrar nada. Estaba segura de que Nofret estaba en Asasif, donde excavaba Sherman.

Se llenó el pecho de aire y lo echó de golpe. Podía ponerse en la piel de Wilde, en lo que podía significar no encontrar a Sekemer, algo normal en una excavación, con la financiación brutal que llevaba. Eso se empeoraba si lo encontraba otro. Entonces tendría que irse de Egipto con el rabo entre las patas.

Recordó al descubridor de Tutankamon, Howard Carter, los años que estuvo tras el faraón, pero al menos no lo encontró otro. Acabó encontrándolo él. Wilde tenía pocas papeletas en aquella lotería.

No había más agua, así que abrió la puerta del dormitorio para llenar la jarra y echarle hielo. Entró en la cocina y abrió el frigorífico, había varias botellas tumbadas en una de las bandejas.

Vio una silueta en la puerta y dejó caer la jarra al suelo. Por suerte para ella, era metálica. No creyó que los que dormían lo agradeciesen mucho. La jarra rodó hasta que se frenó cerca de las deportivas de Brandon Wilde.

—No esperaba a nadie por aquí a estas horas. —Brandon Wilde pasó rodeando la jarra para no pisarla.

Ni yo tampoco.

Anastasia soltó la botella de agua y se agachó para recogerla.

Anda que la va a recoger. Dobla la espalda menos que un Playmobil. Yo no sé de dónde saca los músculos.

Se puso derecha. Era extraño ver a Brandon Wilde con un chándal de algodón, simple, liso, azul. Él daba la espalda a la encimera, donde había dejado la botella de agua, y la cinturilla de la sudadera quedaba justo a la altura en la que comenzaba la curva de sus nalgas en un resalte de lo más llamativo.

Ana, ni lo mires.

Wilde se giró con la botella de agua en la mano y el tapón quitado.

—Parece que llevabas razón con la constelación. —Volcó la botella en la jarra de Anastasia —. Lo ha confirmado alguien a quien le hice el encargo.

Ana apartó la mirada del chorro del agua para dirigirla al doctor, él seguía concentrado en no derramarla. El sonido del agua cayendo cesó.

—Él no fue capaz de encontrarla, es una constelación poco común hasta en el Antiguo Egipto.

—Ha sido casualidad, es una de las constelaciones de la lámpara —lo dijo con rapidez, intentando quitarle importancia al asunto. Desconocía que el reconocimiento de alguien como Wilde pudiera producirle una tormenta de arena en el estómago. Tampoco ayudaba mucho que él estuviese vestido de un algodón que le marcara la curva de aquella manera. Pensaba que la ropa neutra que solía llevar en el trabajo no dejaba mucho más a la imaginación. Estaba comprobando que la realidad era distinta.

Aquella expresión al escucharla la conocía. No creía ni una palabra. Wilde volvió a darle la espalda.

—¿Puedes venir a mi despacho y traer ese plano que te dio Suhaila?

Anastasia alzó las cejas.

—Claro. —Tuvo que contener la sonrisa.

Ahora mismo. Volando.

Salió de la cocina y se apresuró pasillo abajo. Tenía la cama llena de papeles esparcidos, los suyos y los que le dio todo el equipo. Se giró para salir, pero se detuvo en seco, Wilde estaba en el umbral y recorría los papeles esparcidos por la cama.

—Trae también eso de ahí —dijo entornando los ojos.

Ana miró su cama. «Eso de ahí» era una expresión demasiado amplia y general cuando había decenas de folios sobre la cama.

—¿Cuál de ellos? —preguntó, pero Wilde ya no estaba.

—Todos. —Lo oyó desde el pasillo.

Le importa un pepino que estén todos dormidos. Habla como si fuese cualquier hora del día.

Recogió los papeles, cogió también los de la mesa, y se apresuró a salir para dirigirse al despacho de Wilde. Dejó las hojas sobre la mesa.

Fineas había sido muy amable al haberle dado las llaves de un almacén en la planta inferior del edificio, donde tenían folios, papel fotográfico y una impresora para que ella pudiese escanearlos, imprimirlos, trabajarlos y pintarlos todo lo que le gustaba.

Wilde los fue pasando y se detuvo en uno en concreto, una escritura en una pared en uno de los templos de Asasif. Siguió pasando los folios y se detuvo en otra fotografía, esa vez de un relieve donde Anastasia había tomado notas de una traducción diferente a la que le habían dado Scotty y Nadim. Lo vio hacer el intento de mirarla para preguntar por qué, pero al levantarla vio lo que había debajo. Otro relieve, esa vez Del Valle de los Reyes, que nada tenía que ver con Sekemer, ni con su sacerdotisa ni con su faraón. Pero a la que otros egiptólogos le habían dado un sentido diferente.

Wilde puso una hoja junto a la otra.

—¿Scotty y Nadim han visto esto?

—No, pensaba decírselo mañana —respondió con cierta vergüenza—. Yo… pienso que deberían considerarlo.

—Claro que deben considerarlo. —Ana cerró la boca al oírlo tan rotundo.

Esperó a que Wilde siguiera viendo el resto de hojas y notas mientras ella agarraba la mesa. Y el doctor acabó.

Ahora viene cuando me echa la bronca por no ser invisible y tomarme libertades, cuando ellos son los que están encargados de la excavación.

Apretó los dientes.

—Esto lo has hecho esta noche —dijo él apartando las hojas.

—Sí, pero llegamos temprano de la cena y…

Dejó de hablar cuando lo vio asentir con ironía.

Nada, que no me cree.

—Eres rápida, Anastasia —le dijo el doctor—. Y no tienes ni idea de lo importante que es el tiempo en una temporada de excavación. —Ana apretó los dientes al escucharlo—. No me importa que no seas acertada o concreta, no me importa que compares cualquier hallazgo con cinco yacimientos más. Solo quiero que lo hagas, que no pares de hacerlo.

¿Eh?

Abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe.

—Para analizar y concretar están mis especialistas —continuó él moviendo los folios hacia ella—. Y yo.

Anastasia alzó levemente las cejas.

¿Entonces no hay bronca?

—Quiero que sepas cuál es tu posición y tus obligaciones, no tienes por qué hacer nada más que observar y aprender. Pero te estoy pidiendo que te unas al equipo con nosotros porque hay alguien como tú al otro lado, salvo que él tiene años de experiencia y conocimiento a sus espaldas y nos lleva ventaja.

—¿Como yo? —Frunció el ceño y Wilde le tendió un mapa del mundo.

—Sí, como tú, no te hagas la imbécil que conmigo no cuela. —Lo puso cara a ella y soltó un bolígrafo encima—. Hay un mapa sobre un corcho tras la puerta, lo miraste durante la reunión, cuando parecía que no estabas prestando atención a nada que no fueran fotos y *souvenirs*.

Wilde hizo rodar el bolígrafo hasta su mano.

—Cada viaje que he hecho a alguna parte del mundo está marcado con una chincheta —continuó—. Adelante.

Has recorrido África mejor que yo San Fernando.

Comenzó a puntear el mapa.

La gente de pasta hace viajes sin parar. Tiene treinta y dos años solo…

Siguió marcando.

Asia, menuda suerte.

Siguió marcando países, las ciudades le costaba más porque el mapa era más pequeño que el del corcho de la pared.

Se detuvo un instante para comprobar si era suficiente, pero Wilde no dijo nada, así que continuó hasta terminar.

—Tu suerte es que conozco el método que usó Ben Hickman para mejorarlo aún más y usarlo en la egiptología —dijo Wilde comprobando el mapa y Anastasia se sobresaltó.

¿Mi superpoder es heredado de ese idiota? No me lo puedo creer.

—No hay tiempo para que aprendas todo lo que almacena él, pero para eso estamos el resto. Serás nuestro Google, mi guía para encontrar a Sekemer por el camino más corto. —Entornó los ojos hacia ella—. ¿Quieres, Anastasia?

Sí, quiero.

Anastasia volvió a abrir la boca para responder, pero hasta en su mente sonaba a respuesta de pedida de matrimonio. La cerró de golpe, no pensaba decirlo así.

—Antes de decidirlo tienes que ser consciente de que podemos fallar y nuestra reputación y prestigio caer en declive. Hay miembros de este equipo que ni siquiera piensan que Sekemer esté en Deir el-Bahari. Tan solo esperan encontrar cualquier otra cosa, por eso lo dejé claro esta tarde en la reunión. O Sekemer o nada. Dejaremos todo lo que no tenga relación con él.

Anastasia asintió.

—Nosotros o Sherman y Hickman —añadió Wilde.

Eso suena de maravilla.

—Cuenta conmigo. —Fue tan brusca en responder que hasta Wilde se desconcertó. Frunció el ceño.

—Puedes pensarlo unos días —dijo él y Ana negó con la cabeza—. ¿Te lanzas conmigo?

De cabeza, doctor Wilde.

El ceño de Wilde se frunció aún más.

—¿Eres consciente del futuro que tendrías como arqueóloga? En cuanto sepan lo que tienes, cualquier equipo te querría con ellos. —Se inclinó en la mesa hacia Anastasia—. Y puedes perder tu oportunidad si quedamos en evidencia.

Tuvo los ojos de Wilde cerca, tanto que estuvo a punto de echar su espalda hacia atrás y alejarse de la mesa y de él.

—Lo lógico es que Sekemer estuviese en Asasif —dijo y por primera vez vio a Brandon Wilde creerla sin dudar—. Pero si la tumba de Sekemer hubiese seguido alguna lógica, Ben Hickman o cualquier otro ya lo hubiesen encontrado. Y aunque no lo hubiesen hecho, su tumba estaría arrasada por saqueadores y no encontrarían más que piedras y huesos.

Fue Wilde el que se alejó a media distancia sin dejar de mirarla.

—El antes y el después de una tormenta de arena en esas fotos aéreas muestra que el relieve es demasiado maleable en esa zona, pero no se ha movido nada debajo. Lo de abajo es piedra y no arena. Lo que sea que esté alrededor de la pirámide y el templo no está saqueado. Encontraríamos la tumba intacta.

Vio los labios de Wilde moverse, no sabía si para hablar. Aun así no dijo nada. A Anastasia le gustó su expresión y una turba de arena la invadió pecho abajo.

—Si encontramos a Sekemer, Anastasia —Wilde se retiró de la mesa y bajó la mirada hacia la foto—, no tendrás que irte de Egipto nunca si no quieres.

Anastasia movió la cabeza.

—No tienes ni idea de las posibilidades que tienes. —Él apoyó las manos sobre la mesa—. Tienes el ejemplo en Ben Hickman.

—No es mi referente, precisamente —respondió y Wilde levantó la cabeza enseguida.

Ya se me fue la lengua demasiado rápido.

—Quiero decir… los hay mejores.

Uff, esa expresión de no creerse lo que le digo.

—Ben Hickman es el mejor egiptólogo que hay ahora mismo. Podrías conocerlo mañana, pero quiero que vengas conmigo al estudio del doctor Wallet —dijo Brandon y Anastasia se apartó de la mesa—. No pensaba ir, pero en cuanto acabemos con Wallet iremos a la recepción del ministerio, es un pequeño evento que organizan antes de cada temporada. Estarán todos esos egiptólogos que sueles ver en los canales de historia y revistas. Y te vendrá bien para tu carrera

comenzar a conocer al esto de equipos.

Anastasia movió la mano en el aire.

—Por mí no te preocupes. —Ver a su padre tan pronto no entraba en sus planes—. Prefiero regresar aquí y seguir con lo que sea que me encargues.

Wilde frunció el ceño.

Ya me está mirando otra vez así. Cada vez que abro la boca.

—Vendrás conmigo a donde yo vaya. —Y sonó rotundo—. Y estarán allí expuestos los hallazgos que Sherman dice que llevan a Sekemer a Asasif y quiero que los veas.

La ventisca de arena regresó a su estómago.

—Pero si Hickman los ha visto…

—Ya te he dicho que nos lleva ventaja. Fineas se encargará por la mañana de comenzar contigo mientras yo voy a la zona de excavación con el capataz. El resto de días trabajarás conmigo. —Wilde dio un paso atrás para ponerse delante de una de las estanterías repletas—. Puedes acceder a todo lo que quieras. Fineas te dará también las claves informáticas. Trabajarás aquí, no en tu dormitorio.

Anastasia asintió con la cabeza mientras la invadía la conciencia de lo que Wilde decía y su cuerpo lo recibió con cierta ligereza en las piernas. Ella quería participar en la búsqueda, pero pensaba hacerlo de una manera sutil, sin que nadie se diese cuenta de sus capacidades. Ahora Wilde lo sabía y eso la cargaba de responsabilidad.

Bajó los ojos para mirar el mapa que había marcado para Wilde. La oportunidad era aún mayor de la que esperaba. Ahora tenía todo un mundo antiguo para ella. Alzó los ojos para mirar su lámpara, justo estaba en la estantería tras Wilde.

Él fue consciente de que ella miraba la lámpara y la cogió.

—Puedes llevártela. —Se la acercó para que la cogiese.

Encenderla en el dormitorio e inundarse de estrellas mientras miraba el templo de Luxor, no habría mejor forma de trabajar. Sin embargo, negó con la cabeza.

Creo que vamos a necesitarla todos.

Ya no era ella, Wilde también necesitaba esa suerte. Quería compartirla.

—Tienes mi compromiso, doctor. —Miró con rapidez la cara de Wilde para comprobar si ponía esa expresión cuando no la creía. Pero esa vez parecía satisfecho y parte de la ligereza de sus piernas se dispersó.

—Ahora vete a descansar lo que queda de noche. —Wilde miró la hora—. Que no es mucho.

Anastasia se apartó aún más de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—Doctor Wilde. —La tormenta de arena regresó a su estómago al pronunciarlo.

Se giró para mirarlo antes de salir. Wilde seguía delante de la estantería con la lámpara en la mano.

—No es una lámpara cualquiera —dijo y Wilde frunció el ceño y bajó la mirada hacia la lámpara—. Puedes pedirle un deseo, por imposible que parezca. —Lo vio contener la sonrisa y su gesto hizo que ella la contuviese también—. Una mañana cualquiera le pedí algo como esto. —Esa vez a Wilde le fue más difícil no sonreír y hasta apreció un movimiento en su estómago.

Entornó los ojos hacia la sonrisa de Wilde, que no dejaba de mirar la lámpara, y contuvo la respiración cuando él levantó los ojos hacia ella. El océano regresaba al desierto y provocaba unas tormentas de arena de las que más le valía cuidarse.

Salió del estudio hasta el pasillo, cerró los ojos y apoyó una mano en la pared.

Mala cosa, Anastasia.

Espiró aire despacio.

10

Llegó a casa con ganas de ducharse, la arena le llegaba a la cintura. Habían estado probando hasta qué profundidad se encontraba la arena removida y dónde comenzaba la piedra. Y ya había decidido dónde empezar a cavar.

Su despacho estaba cerrado, supuso que Fineas y Anastasia estarían aún dentro. Abrió la puerta y ambos, que estaban frente a la enorme pantalla del ordenador, se giraron para mirar hacia la puerta.

—Brandon, mira —lo llamó corriendo Fineas, obviando los saludos. Pudo ver la expresión de satisfacción de Fineas.

Su ayudante se levantó dejando a Anastasia sola frente al ordenador.

—Ana, dale. —Lo oyó decir y le extrañó la forma acortada de llamarla.

Fineas le acercaba una encuadernación con una relación de imágenes de diferentes yacimientos. Simbología relativamente poco frecuente que se había encontrado en distintas épocas.

Las ondas y rizos de Anastasia eran ciertamente voluminosos; en pie o sentada, era muy similar a la diosa que tenía en una de sus estanterías, Bastet, una mujer con cabeza de leona. Quizás inconscientemente era la razón por la que había colocado la lámpara junto a ella.

Anastasia movió el ratón y una imagen apareció en la pantalla. Podría parecer un árbol de navidad pintado entre otros símbolos. Anastasia señaló la figura verde, la central.

—Valle de los reyes, tumba K45 —dijo.

Wilde miró en el cuaderno de Fineas.

—Templo de Amon, en Karnak —continuó. Otro tipo de figura geométrica—. Templo de Esna y tumba de Ramsés II. —Una especie de sol deforme de color naranja.

Fineas le dijo que parase. Su amigo sonrió.

—En una mañana. —Fineas parecía orgulloso.

Y Wilde intentó que su cara no reflejase cierta amplitud en su pecho. Miró a Anastasia, estaba comprobando que para ella no parecía nada extraordinario. Sus ojos miel, que tenían el mismo color que las mechas claras de su pelo, lo miraban sin esperar ninguna alabanza. Y las merecía sin ninguna duda.

—En una hora salimos —le dijo a la joven antes de alejarse de Fineas y salir del despacho.

Cogió el móvil mientras empujaba la puerta de su dormitorio con la espalda. Los Misters habían llenado el chat. Sonrió al leerlos. A pesar de no haber dormido nada esa noche, tenía cierta energía movida por algo invisible y positivo que hacía ya tiempo que ni recordaba. Esperanza por que saliese bien. Una real y palpable, por iluso y absurdo que pareciese.

Se acerco el móvil a la boca.

—Stoker, no sé las probabilidades que había de encontrar a alguien con el mismo don que Hickman. ¿Cuántas personas lo hacen en todo el mundo? Solo unas cuantas. Y tú y esas Lyon lo habéis hecho. Anastasia es justo lo que necesitaba en mi equipo.

Soltó el mensaje sabiendo la que le caería encima.

«Hostias, ¿ya se ha enamorado? ¿Tan pronto? Superando expectativas», respondió Blake.

«Pobre paleontóloga, con lo ilusionada que se la veía con el doctor. Malditos genios de la lámpara», dijo Orwell.

Wilde negaba con la cabeza y se apresuró a escribir.

«Dejaros de decir estupideces. Esa chica es un genio, nace uno de cada millones en el mundo, y ahora que los locos estos me la han traído a Luxor, veo real la posibilidad de encontrar a Sekemer».

«¿Veis? Flechazo absoluto y rotundo».

No se podía tener una conversación seria con ellos.

«No pienso contaros nada si seguís así». Fue a dejar el móvil sobre la cama, pero vio que Stoker estaba escribiendo.

«Nos has dicho cien veces estos días que no pensabas contarnos nada ni de la excavación ni de tu becaria. Y ahora nos has soltado esto sin preguntarte nada. Blake y Hércules llevan razón, flechazo absoluto y rotundo». Alzó las cejas al leerlo.

Byron puso una hilera de risas y Wilde sonrió al verlo.

«Venga, dilo, pero queremos escucharlo de tu voz: me encanta Anastasia y sus benefactores son todos unos genios», había escrito Blake.

El resto empezó a reclamar también un audio.

Negó con la cabeza, luego le sobrevino una carcajada. Se acercó el teléfono a la boca.

—Vosotros lo que queréis es reenviar el audio a esas cuatro para reíros todos a costa mía. Ya os he calado. —Envió el audio.

Byron envió otro audio, era la canción *Friend like me* a piano, era una pena que fuese corto. La risa de Wilde aumentó. Lamentó ser el centro de la mofa esa vez, porque el asunto daba para unas risas.

«¿Le has devuelto ya la lámpara?», preguntó Byron.

«Me la ha cedido de momento», respondió.

Prefería omitir el detalle de la ironía de Anastasia en cuanto a que podía pedirle deseos. Lo único que faltaba para el grupo de benefactores, si ya sin saberlo la música y las ilustraciones habían proliferado.

«Por ahí andan diciendo que no piensan ser tus genios, que son exclusivos de Anastasia», respondió Orwell.

«Ya, claro». Negó con la cabeza y luego torció los labios en una mueca para contener la carcajada. «Que sepáis todos que si llego a encontrar a Sekemer, no estáis invitados a la presentación».

Llovieron los emoticonos de todo tipo, no habría sonado muy convincente. Wilde miró la hora.

«No tengo tiempo para vuestras sandeces. Hoy voy a ver a un antiguo profesor y a la fiesta del ministerio. Os dejo».

Stoker volvía a escribir.

«¿Con la paleontóloga o con Anastasia?», dijo.

No esperó ni a los emoticonos del resto. Cerró el chat.

11

Llevaba ya tres líneas borradas de *eyeliner*, no era lo suyo, siempre le salían los rabillos muy abajo. No importaba los Instagram que siguiese de maquillaje, los trucos que aprendiese, hasta Tutankamon los tenía más discretos.

Mojó el pincel en el gel y lo intentó una vez más.

Como quede esta vez, quedó.

También lo había dicho las otras veces. Ya se había quitado hasta parte de la sombra borrando el gel negro. Y no le quedaba tiempo. Cerró los ojos y se echó un *spray* para hacer el maquillaje a prueba de sudor.

Llamaron a la puerta.

—Es la hora. —Escuchó tras los golpes y era directamente Wilde.

Faltaban aún siete minutos, pero para el doctor era la hora.

Este tiene que ser telita de fatigas.

—Ya salgo —respondió soltando el bote de *spray* con rapidez sobre la cómoda, este se volcó y rodó, tirando a su camino el resto de botes y cayendo al suelo.

Ana se mordió el labio inferior. Si Wilde aún estaba en la puerta, habría escuchado el ruido, mucho más escandaloso de lo que en realidad era.

Se agachó a coger lo que se había caído.

Ea, *a tomar por culo la tapa de los polvos.*

Nunca conseguía mantenerlas intactas mucho tiempo. Todas cascadas a un lado que hacía que no cerrase bien y que se derramase si la guardaba en el neceser.

Se echaba la colonia mientras se dirigía hacia la puerta, se detuvo frente a ella, levantó un brazo y se echó en la axila, luego lo hizo con el otro y lanzó el bote a la cama.

Abrió la puerta y dio un paso adelante con rapidez para salir. Frenó en seco.

Wilde estaba en el pasillo, muy cerca de la puerta.

—¿Y tú esperas que te deje sola con los objetos que encontremos en la excavación? —El doctor desvió la mirada hacia la habitación, esperando encontrar algún desastre.

Con lo guapo que se ha puesto y acaba de estropear el impacto visual siendo un capullo del culo.

Los ojos de Wilde regresaron a Anastasia. Solo esperaba haber acertado con la vestimenta. No quería nada llamativo, rebuscó entre las maletas, apenas conocía la ropa que había ido en las cajas, su madre la ayudó a guardarlas en las maletas. Principalmente tenía ropa de trabajo, pantalones, *leggins* y camisetas para estar en casa. Algún vestido suelto de fiesta y otros algo más sencillos, como el que había escogido. Un vestido blanco roto, liso hasta algo más abajo de la rodilla, sin escote y sin mangas, de una tela similar al algodón que formaba unas líneas. Se alegraba de que el trabajo de panadera no le hubiese dado margen a rellenar los rodillos de las lumbares que se le formaban en época de exámenes de estar tanto tiempo sentada.

—Vamos. —Wilde se adelantó al pasillo.

Si no le hubiese gustado, ¿habría soltado alguna de sus ironías?

Lo siguió mientras la ventisca comenzaba en su estómago. Vio en la cocina a Lois y Anastasia se despidió con la mano, la mujer le sonrió y echó un vistazo a Wilde, su sonrisa se amplió al volver a mirarla a ella.

Esto parece otra cosa, qué vergüenza.

Entró con Wilde en el ascensor, un habitáculo pequeño que hizo que tuviese que acercarse a él y dejar que ambos perfumes se mezclasen de una manera incómoda para la nariz, supuso que la culpa era suya. Se había echado demasiado temiendo el calor y el sudor de las axilas.

Se me ha ido la mano, no hay quien respire.

Y no se sorprendió al ver a Wilde sacudir la mano. Ya lo iba conociendo. El doctor abrió la boca para soltarle otra de las suyas.

—Sí, ya —se adelantó ella mientras se abría la puerta del ascensor en el garaje.

Ahórrate lo que tengas que decir, que encima de que hoy, así por las buenas y tan pronto, tendré que mirar a mi padre a la cara, estoy yo para aguantar tus tonterías de doctor prestigioso.

Wilde cerró la boca. Anastasia pasó por delante de él para salir.

Encima es guapo de cojones.

Contuvo la respiración. Supuso que el coche era el mismo con el que la recogió del aeropuerto. Era como si le hubiese llovido arena encima, ni siquiera sabía cómo podría ver el conductor a través de aquel cristal.

En cuanto oyó el seguro desbloquearse acercó los dedos para abrirlo intentando no rozar el vestido con el coche.

Uff, el olor.

La mezcla de calor concentrado en el coche aumentaba un ambientador colgado del espejo central, del que colgaba con forma de palmera, pero que olía a pino intenso.

Al tercer giro agresivo que dé este, le poto encima del traje beige. *Con lo bien que le queda.*

Se llevó la mano a la nariz y se dio un pequeño toque. Mezclar el ambientador con la cantidad de perfume que desprendía ella iba a ser terrorífico.

Wilde ya estaba sentado en el coche.

—¿Es por los tacones o por el vestido? —preguntó arrancando el coche.

Por la mierda esa que tienes colgada ahí.

Se tiró del vestido para dejar libres las rodillas y subió al coche.

Pufff… mal pinta esto.

Se apresuró a abrir la ventanilla.

Wilde no esperó a que estuviese abrochada, el coche dio un tirón considerable hacia delante y subió la cuesta del garaje para salir a la calle demasiado veloz. El giro para incorporarse a la carretera fue el que Anastasia esperaba.

—¿Quién es Wallet? —preguntó mientras dejaban atrás la plaza y el templo de Luxor que cada vez le resultaba más familiar. Se llevó de nuevo, ahora más disimuladamente, la mano a la nariz.

—Es un antiguo profesor mío, ha estudiado la tumba de Mentuhotep II a fondo. Y también la de todos los nobles que estaban enterrados a su alrededor, donde excavó Hickman.

Notó cómo el vello se le erizaba y sintió un amargor en la garganta. La forma de conducir de Wilde no contribuía. Que hubiese nombrado a Hickman tampoco.

—Sé que Hickman estuvo con él hace unos días… —Wilde frenó el coche en seco.

Anastasia cerró los ojos mientras aguantaba la respiración. El cinturón tensado le había apretado la barriga.

Wilde hizo sonar el claxon con insistencia.

—Aquí conduce cada uno como le da la gana —dijo dándole de nuevo al claxon.

El que va a hablar.

El doctor se asomó por la ventanilla y dijo algo en un idioma que ella no entendía, supuso que era árabe. Un hombre montado en moto le respondió con las mismas formas.

Madre mía, me mete prisa en casa para salir y ahora se para a discutir.

Apoyó el codo en la puerta del coche y dejó caer la sien mientras Wilde seguía discutiendo con el hombre de la moto.

No importa la profesión que tengan, ni la pasta ni el éxito… todos hacen las mismas estupideces.

Se inclinó algo más y cogió aire del exterior. Wilde pisó el acelerador con tanta fuerza que la espalda de Ana cayó en el respaldo del asiento.

Miró a Wilde y tuvo que morderse la lengua para no decir nada, porque si abría la boca vomitaría.

Otra vez las prisas.

—Déjame a mí hablar con Wallet, no abras la boca, no preguntes y, sobre todo, no dejes que ni él ni nadie noten nada de lo que eres capaz de hacer —dijo—. Menos aún Hickman, él es el que antes puede darse cuenta.

Hablar sin respirar, era la única forma de contener la fatiga. En la primera farmacia que viese compraría la pastilla amarilla que le daban para los viajes en coche cuando era pequeña.

—Me haré la imbécil, tranquilo —respondió y él movió la cabeza enseguida para mirarla.

—Yo no te he dicho eso —dijo él algo más tranquilo y volvió a mirar la carretera.

Wilde giró en una esquina y entraron en una calle estrecha, tanto que desvió el coche para pegarlo a una fachada y allí se detuvo. Habían llegado, supuso. Era una calle de casas bajas con pequeñas ventanas marrones, un paisaje muy diferente a donde tenían el piso del equipo. Podría ser la calle de cualquier pueblo que conociera. Si no fuera por dos ancianos de piel oscura que los miraban unos metros más adelante, habría jurado que estaban en Vejer de la Frontera, en su mismo Cádiz.

Se apresuró a abrir para salir del coche y sintió en la muñeca la mano firme de Wilde.

—Wallet nos enseñará fotos de todo lo que encontró, incluso lo que no está catalogado. Son muy pocos los objetos que tenemos que creemos que son de Sekemer, y esta noche verás alguno más que según Sherman le pertenecen.

Anastasia asintió con la cabeza, tener los ojos de Wilde tan cerca aminoraba levemente la fatiga y hasta aquel olor a pino sintético. Wilde le soltó la muñeca para salir del coche, sin embargo, ella se quedó quieta sintiendo aún la calidez en la piel que había tocado el doctor. La tormenta de arena llegó hasta su estómago de nuevo.

Ahora no, Ana, por Dios.

Se bajó del coche y vio que Wilde la esperaba fuera, no se había alejado del coche. La tormenta se intensificó. La puerta del profesor estaba tan solo unos metros más adelante, una señora de piel oscura les dijo que él ya los estaba esperando.

12

Wilde cruzó con ella una mirada antes de que se subieran al coche. Supuso que estaría deseando que le diese su veredicto.

Meterse de nuevo en aquella sauna de olor sintético intenso hizo que el sándwich de crema de chocolate que le dio Lois regresase a su paladar.

Sabiendo que iba a montarme con este en el coche, no tendría que haberme comido nada.

—Las tumbas del canciller, del gobernador, de la otra hija del faraón… —dijo Wilde. Verlo accionar la palanca de la marcha la hizo enderezarse y apoyar la nuca en el respaldo—, todas esas tumbas de nobles estaban cerca de la del faraón. Pero Sekemer no estaba con ellos y por eso Hickman dejó de buscar allí.

Ana apretó los dientes, ya sabía cómo Wilde ponía en marcha el coche. Contuvo la respiración en el primer tirón.

—La tumba del faraón tenía una pirámide en medio del templo —dijo ella y suspiró despacio antes del primer giro de esquina de Wilde—. Y Suhaila tiene un mapa con la base de una posible pirámide. —Sintió la mirada de Wilde, como si acabara de decir algo evidente—. Es por donde deberías empezar.

—¿Ah, sí? —respondió él con ironía mientras el coche hacía una rotonda, Ana sintió su cuerpo bascular con la inercia del giro. Se llevó la mano a la nariz—. No se me había ocurrido.

—Pero no vas a excavar cerca de la pirámide… —Tuvo que cortar la frase, el vello entero se le erizó. Otro tirón del coche la llevó de nuevo al respaldo. Esa vez Wilde aceleró en un camino recto.

—No hay nada sobre la base, ninguna tomografía señala muros, ni techos, ahí no hay nada. —Aminoró la marcha con la misma brusquedad con la que había acelerado—. Hickman habría excavado allí de otra manera y ha descartado Deir el-Bahari.

Anastasia se llevó de nuevo la mano a la nariz, con la otra abrió la ventanilla, el aire que entraba por ella le revolotearía el pelo y llegaría a la fiesta del ministerio hecha un desastre, pero era mejor que vomitar.

—Porque la pirámide está al revés —respondió ella.

La frenada fue tan brusca que Ana casi se dio con la frente en el parasol, apoyó las manos en el salpicadero por reflejo y retiró una con rapidez para llevársela a la boca.

—Repítelo. —Wilde se inclinó hacia ella.

Pero Ana no podía abrir la boca. Abrió la puerta del coche aunque estuviesen en medio de una carretera. Basculó su cuerpo para bajar, pero sintió presión en el estómago y el hombro izquierdo. No se había desabrochado el cinturón con las prisas.

Sintió el clic antes de verse liberada, Wilde se lo habría quitado. Sacó el brazo del cinturón mientras se dejaba resbalar bajando del coche.

El estómago se le encogió por completo y contuvo la arcada mientras la piel se le daba la vuelta. Inclinó el cuerpo, por suerte, no salió nada.

Oyó la puerta del coche cerrarse, Wilde lo estaba rodeando.

—¿Otra vez? —Lo oyó decir y no quiso ni mirarlo.

Cogió aire despacio y lo contuvo, se irguió cerrando los ojos y lo fue expulsando despacio. El estómago se le asentaba poco a poco.

Por suerte era una carretera de doble sentido con poco tráfico, supuso que estaban en las afueras de Luxor. El cielo amarilleaba, anochecía, unas pocas luces de la carretera se encendieron.

Anastasia levantó las manos.

—Tu forma de conducir y mi estómago son incompatibles —dijo y Wilde alzó las cejas—. Y esa palmera del demonio.

Brandon enseguida miró al interior del coche y Anastasia tuvo que contener la sonrisa con la expresión de Wilde. Se apartó para que la leve brisa le diese en la cara, los grados descendían por momentos, un fresco que agradecía. No bajarían mucho más, por lo que comprobó la anterior noche.

Vio a Wilde inclinarse y meter medio cuerpo en el coche. Ana volvió a contener la sonrisa cuando la palmera comenzó a zarandearse a través del cristal y salió disparada hasta el asfalto.

—Puedes llevar tú el coche. —Wilde se sentó en el asiento donde iba Anastasia.

Acostumbrada a la furgoneta de la panadería, no creyó que el todoterreno le supusiera un problema. Lo rodeó esperando que estuviese ya ventilado. Acercó la nariz a la ventanilla, el olor parecía impregnado en los sillones.

Se tiró del bajo del vestido para tener margen en las piernas y montarse, como lo hizo las otras veces, aunque esta se lo dejó a esa altura una vez sentada.

No cerró la ventanilla, accionó la palanca y el coche emprendió la marcha.

—Sigue esta carretera hasta que yo te diga. —Oyó decir a Wilde y lo vio observarle la cara, quizás para comprobar si la fatiga se había ido. Trasteó en el salpicadero y el aire fresco llegó hasta la cara de Anastasia.

Ana lo miró de reojo, acababa de soltarle lo de la pirámide al revés antes de bajarse, pero Wilde no volvía a preguntar por ella. Quizás estaba esperando a que se la pasase del todo.

La ventisca de arena llegó suave entre las costillas, apretó el volante con las manos y pisó el acelerador un poco más. Llegó hasta un cruce, Wilde no le había dicho nada, así que se dispuso a pasar de largo. Un vehículo con la parte trasera descubierta y llena de cabras se incorporó con rapidez y la obligó a frenar la velocidad de forma brusca, como lo solía hacer Wilde.

El doctor se apresuró a inclinarse y metió la mano entre sus brazos para alcanzar el claxon en el centro del volante. Anastasia entornó los ojos al oír el ruido intenso del pitido.

El conductor se asomó por la ventanilla y miró atrás sin dejar de avanzar, lo oyó protestar en un idioma que no entendía, pero Wilde sí que lo entendía.

Volvió a apretar el claxon. El hombre sacó de nuevo la cabeza por la ventanilla.

—Adelanta a ese idiota o nos va a hacer llegar tarde —le dijo él pulsando de nuevo el claxon.

Otra vez piensa ponerse a discutir. Es peor que un perro en una terraza.

—Ya —le soltó Ana apartándole la mano del volante y él se sobresaltó con su gesto. Ana lo miró—. No pienso adelantarlo hasta que cierres la ventanilla y mires al frente.

La mandíbula de Wilde se tensó.

Enfádate lo que quieras. Te comportas en el coche como un chaval de instituto con las hormonas a medio hacer.

Pero dejó caer la espalda en el respaldo del asiento y pulsó el botón para cerrar el cristal.

—Adelántalo —dijo en una especie de gruñido de protesta.

Anastasia se mordió el labio para no sonreír al escucharlo. Puso el intermitente y giró el volante, pisando el acelerador. Se colocó paralelo al pequeño camión, al rebasarlo vio al conductor sacar el dedo por la ventanilla y hacerle una peineta al doctor.

Miró de reojo a Wilde, que se había removido en el asiento. Un amago de protestarle al conductor, enseguida se enderezó y miró al frente. Anastasia tuvo que contener la risa, su estómago rebotó y hasta él se dio cuenta. La expresión de su cara hizo que el estómago le rebotase de nuevo. Era como si el doctor hubiese retrocedido veinte años de edad. Y no lo esperaba.

—Bien, la pirámide, ¿por qué? —Volvía a ser Brandon Wilde en tan solo un segundo.

Se alejaban de Luxor, pero él no le decía que tomase ningún cruce ni que tenían que salir de la ciudad.

—¿No lo habías pensado nunca? —respondió ella mirándolo de reojo. Sabía que sí por la forma en que la miró cuando ella lo dijo.

—Me rebatieron con razones más contundentes de las que yo tenía. —Brandon desvió la mirada hacia la ventanilla—. Una pirámide del revés, es de locos.

—Hay una simbología en la K38 del Valle que coincide con una del papiro Wallet. Wallet lo ha traducido como «la hija real junto a una pirámide», pero allí se tradujo como «el poder real». El poder real está en las estrellas, pirámides, y bajo la tierra. Si es así, todas las veces que se ha traducido la hija real en Mentuhotep, no se hablaba de su hija Nofret, sino de Sekemer.

—Si es así, no tenemos posibilidades, Nofret posiblemente esté donde excava Sherman —dijo Wilde pensativo—. Si la escritura se refiere a él, hemos fallado. Y esa base cuadrada puede ser cualquier cosa, hasta un obelisco roto.

Wilde negó con la cabeza.

—No decidiste excavar la base cuadrada, ¿porque te dijeron que era de locos? —Ana arqueó las cejas y miró a Wilde de reojo.

—Me aseguraron que arriba no había nada y que debajo era imposible que hubiese algo. Tendría que estar apoyada en otra base más grande y no la hay —Wilde negó con la cabeza—. Y sabía que perdería a la mitad de mi equipo. Gira a la derecha ahí delante.

Anastasia abrió la boca para replicar a eso de que se quedaría solo con su teoría, pero la cerró y aminoró la marcha del coche.

—Hay otra cosa más —dijo ella y lo vio girar el cuerpo en el asiento para mirarla—. Sekemer, no creo que fuese visir del hijo del faraón. Creo que ya estaba muerto, por eso su poder está bajo la tierra. Sekemer era astrólogo, como Amesis. Su poder estaba en las estrellas. Cuando escribieron ese «bajo tierra» ya estaba muerto, y su poder podría ser cualquier objeto, un papiro, un objeto que enterraron con él… Necesito ver qué tiene Sherman.

—No podría llevarte a ningún seminario, ¿lo sabes? —dijo él y ella lo miró enseguida. El estómago del doctor había rebotado como había hecho el suyo rato antes mientras contenía la risa.

Aminoró la marcha, llegaban a una especie de pabellón, supuso que era allí a donde tenían que llegar.

—¿Pensarían que estoy loca? —Anastasia sonrió buscando un hueco entre los coches para aparcar. No había nada, tuvo que seguir adelante, la puerta del pabellón estaba repleta de gente y algunos con uniforme de seguridad.

Al girar hacia el lateral del pabellón vio que allí había varios aparcamientos libres.

—Dirían que dos locos trabajando juntos no es una buena combinación —respondió él.

Detuvo el coche algo brusco, el freno aún no era del todo familiar para ella en un coche que llevaba conduciendo apenas unos minutos.

Miró a Wilde y hasta a la luz amarillenta de los focos se le apreciaba el azul, ahora algo más

oscuro, un océano en la noche en medio de la arena.

Dos locos.

Estaba comprobando que si algo ataba a Wilde al suelo, era débil y poco efectivo. Y eso le recordaba a algo muy familiar. La tormenta de arena se hizo intensa en su interior.

—Acabas de descubrir por qué mi empeño en Deir el-Bahari —añadió Wilde abriendo la puerta del coche.

Anastasia, sin embargo, no se movía de su lugar.

Por eso busca en Deir el-Bahari, si Sekemer no llegó a ser visir del hijo de Mentuhotep, está enterrado allí con el único faraón al que sirvió y posiblemente también con Amesis.

La teoría del doctor Wilde era que el visir murió antes de lo que creen la mayoría de historiadores. Quizá era una posible prueba que le había puesto Wilde a ella para descubrir él mismo si alguien más podría pensarlo. No querría condicionarla a decir algo que halagase sus oídos dándole la razón. Estaba demasiado acostumbrado a la adulación poco sincera con tal de hacerse un hueco cerca de su equipo.

Dos locos trabajando juntos.

Contuvo la sonrisa mientras abría la puerta, la idea sonaba bien tantas veces como se la repitiera en la cabeza. Salió del coche y cerró con el botón de la llave. Rodeó el coche y se encontró con Brandon Wilde en la parte trasera.

Ana bajó la barbilla levemente al verlo mirarla. Quizás en su cabeza también sonaba bien aquella frase. Se colocó frente a él.

—Yo no pienso que sea una mala combinación —dijo ella acercándole las llaves a Wilde.

Él bajó los ojos hacia las llaves y no hizo ningún ademán de cogerlas, así que Ana las guardó en el pequeño bolso de mano.

Volvió a mirar a Wilde, él la miraba de nuevo también.

—Una pirámide al revés y un cambio de fechas oficiales —dijo él. Ni siquiera le hizo falta verlo sonreír, sus ojos brillaban, era suficiente—. ¿Estás dispuesta a recibir piedras?

Ana asintió con la cabeza.

—Esta mañana ya decidí dónde se va a excavar. —Brandon cogió aire y lo contuvo.

Anastasia miró de reojo hacia la puerta del pabellón, cada vez menos bulliciosa, ya habían entrado casi todos.

—No creo que hayas dudado nunca de cuál era la zona de excavación —dijo y dirigió sus ojos de nuevo a él—. Pero te has decidido por otra.

Brandon apretó los labios. Apenas conocía a Wilde y se estaba adentrando demasiado. Sin embargo, ni su cuerpo ni su lengua hicieron por retroceder. Abrió la boca para añadir algo más, pero el doctor dio un paso hacia atrás alejándose de ella.

—Doctora Ortega, no sé hasta qué punto eres una buena compañía. —Wilde dio media vuelta para dirigirse hacia la entrada.

Lo soy. Y no tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer para que eches a volar.

Supuso que la presión no era buena cosa. Brandon Wilde había acumulado cierto prestigio en el gremio, su equipo esperaba grandes cosas de él. No sería fácil tomar decisiones, aún menos cuando estas tenían un sustento poco considerable para un científico. Y una vez reunidos tantos especialistas a su alrededor, no había muchas razones para excavar una posible base cuadrada en medio de la arena.

Lo dejó alejarse unos metros y entornó los ojos observándolo hasta que él se detuvo. Wilde se giró para mirarla.

—Una mala compañía y muy mala influencia —dijo él mientras Anastasia comenzaba a andar. Ella contuvo la sonrisa.

Se colocó junto a él. Estaban apenas a unos metros de la escalinata, estas acababan ante una gran puerta de cristal donde unas personas de seguridad cerraban un cordón rojo tras pasar los últimos asistentes.

Wilde y ella se detuvieron a los pies de las escaleras. Ana alzó la cabeza hacia la puerta, allí estaba el sello del gobierno egipcio.

Todo esto es surrealista.

La leve brisa le erizó el vello en los brazos. La lámpara tendría que ser realmente maravillosa si había llegado hasta allí de un día para otro, ahora llegaba la gran prueba, hacerse un hueco entre ellos, delante de su padre. Apretó los dientes, él ya estaría dentro.

Valiente hijo de puta, aquí está la hija que no quisiste.

Subió los escalones a la vez que Brandon Wilde, despacio.

—Una sola oportunidad para acertar. —Lo oyó decir a su lado—. Y muchas para fallar.

—Es parte de la batalla. —Llegaron hasta arriba, lo sintió detenerse y ella se detuvo también.

Wilde sacaba del bolsillo de su chaqueta la invitación. Miró a Anastasia antes de entregársela al de seguridad.

—Doctor Wilde y doctora Ortega.

Ufff, lo de doctora Ortega lo llevo fatal. Es como un flagelo a cada paso.

El hombre desenganchó enseguida la cuerda del pie de metal para dejarlos pasar. Ana fue la primera en atravesar el umbral, el doctor se colocó a su lado. En el *hall* no había nadie, salvo una pequeña réplica de las estatuas del Ramesseum.

La luz salía de ambos lados de la pared, donde se escuchaba el bullicio del interior.

Sintió un roce en el brazo y regresó su atención a Brandon Wilde, él había encogido el brazo y lo acercó a ella.

¿Doctor Wilde?

Dudó si agarrarse a él o no, pero su mano no dudaba y enseguida se separó de su cuerpo.

—Dos locos —dijo él y Ana lo miró mientras entremetía la mano para agarrarse a su brazo —. Veremos el resultado.

Tiró de ella para entrar y en tres pasos llegaron al interior de la reunión. Techos altos repletos de focos y bandas, y numerosas vitrinas donde se exponían objetos que los invitados observaban.

Apretó el brazo de Wilde, reconocería a Antonella Sherman en cualquier parte. Su pelo oscuro y largo, la estatura y la elegancia de una mujer que admiraba y que ahora tendría al otro lado, junto a su padre. Él no andaría lejos.

—Cuando esto acabe, doctor Wilde, se lo preguntaremos a ellos. —Miró a Wilde de reojo y se encontró con los ojos azules del profesor. A pesar de verlo querer resistirse a la idea de buscar a Sekemer en una pirámide invertida, sus ojos reflejaban que lo estaba deseando. Apretó los labios para no sonreír al comprobarlo.

Wilde la soltó para pasar tras ella, le cogió la cintura para echarla a un lado y se inclinó para acercarse a su oído.

—Cuando esto acabe, doctora Ortega, quizá no podamos ni volver por aquí. —Lo oyó decir y esa vez no pudo contener la sonrisa.

Se dejó empujar por él hasta una de las vitrinas.

—¡Doctor Wilde! —dijo un hombre pequeño y grueso.

—Mr. Brusker. —Wilde le dio la mano.

—Mucha suerte esta temporada. Mi esposa y yo seguimos de cerca su trabajo. —El hombre dirigió su mano hacia Ana en cuanto acabó con Wilde—. Mucha suerte, doctora… —Frunció el ceño para que ella acabase la frase.

—Ortega —respondió dándole su mano.

—Ortega —repitió él mientras una mujer que había salido tras el hombre saludaba a Wilde con una amplia sonrisa—. Mi esposa, la señora Brusker —la mujer se la tendió a ella —, la doctora Ortega.

O me acostumbro o me saldrá una úlcera.

—Mucha suerte esta temporada —dijo la mujer antes de que su marido la llevara hasta otro lado.

Joder, tiene éxito hasta con mujeres casadas. Daba vergüenza ajena cómo lo miraba esa mujer. ¿Lo miraré yo así?

Miró su reflejo a través del cristal.

Espero que no, qué vergüenza.

Volvió a sentir la mano de Wilde, esa vez en el antebrazo, y su respiración cerca del oído. Tan cerca que hasta las ondas más cercanas a la oreja se movieron.

—Junto a mí vas a perder mucho tiempo ahora mismo, todo el mundo saluda y pregunta —le susurraba—. A ti no te conoce nadie, así que es mejor que vayas sola. Lo que nos interesa está al fondo, en una vitrina alargada. La he visto tres veces, pero no nos permiten hacerle fotos. Cuando acabes me buscas, más tarde levantarán la tela que está en el centro para enseñar lo último que ha encontrado Sherman.

Miró a Wilde en cuanto este se retiró de su oído.

—¡Doctor Wilde! —Un nuevo grupo se acercaba.

Llevaba razón, no habría forma junto a Wilde. En cuanto se alejó de ella el cuerpo entero se le aligeró empujando hacia él. Tuvo que mantenerse firme.

Bajó la barbilla mientas recorría el salón con la mirada. El equipo de Wilde estaba en la otra parte, hablando con más personas. Y en el centro, junto a lo que sea que estuviese cubierto, estaba la doctora Sherman. Anastasia movió la cabeza hacia el otro lado. Algo había llamado la atención de Sherman en ella, quizá porque no la conocía de nada, quizá porque había llegado con Wilde o quizá porque era evidente que era una simple becaria sin experiencia ni conocimiento.

Soy mucho menos que eso.

La realidad la aplastaba una y otra vez, a pesar de estar animando a Wilde a la más improbable teoría, sabía que no le correspondía colaborar con la investigación de Sekemer. Wilde tenía a suficientes especialistas con él que lo guiaban en el camino, uno mucho más cabal y razonable.

Y llegué yo.

No le llegaba ni a la altura de los tacones a Sherman. La admiraba desde años atrás, y ahora que estaba frente a ella, esa admiración se disipaba con cierto calor que la empujaba a avanzar hasta la vitrina y memorizar cada resquicio de los objetos que estaban expuestos para intentar descifrarlos a su manera.

A Sherman la formó su padre, como a Wilde. Ellos tuvieron esa gran oportunidad y ventaja. Imaginó cómo hubiese sido su vida en otras circunstancias, si él le hubiese dedicado tan solo una porción pequeña de su tiempo para enseñarle.

Sería tan buena como él.

En ningún momento querría su reconocimiento, a aquellas alturas ya no importaba. Solo

quería demostrarse a sí misma que no necesitaba nada de lo que él pudiera aportarle. Ya puso su ADN y aquel don, suficiente.

Avanzó despacio.

¿Dónde estás? Reverendísimo hijo de la gran puta.

No le importó dejar a una joven embarazada atrás. Y mucho menos le importó cuando su madre lo llamó para decirle que Anastasia había nacido. Ni siquiera quiso saber su nombre. Una tercera vez lo intentó, ella apenas tenía un año y su madre la llevó a uno de los seminarios de su padre, en Sevilla.

Dijo que evitó mirarla, no les dedicó más que un rodeo en uno de los pasillos de la universidad que ella luego recorrió como estudiante.

Evitó mirarme.

Ahora lo entendía. Su cara hubiese quedado en él todo el tiempo y no quería recordarla. Recordándola, ella no dejaría de existir y él necesitaba hacerla desaparecer.

Pero no desaparecí. Aquí estoy.

Aún Sherman la observaba, pero Ana ya la perdió de su vista. La mantenía fija en el cristal. Allí había una vasija alargada, una pequeña estatua de una barca con Anubis remando y el tablero de un juego de mesa.

Al otro lado del cristal encontró el pelo cano de Ben Hickman, que inspeccionaba cada resquicio de los objetos.

Notó ligereza en las rodillas y calor en el estómago.

Los ojos de Hickman se alzaron hasta llegar a ella. Los ojos de su padre eran de un marrón amarillento similar al suyo. La porción árabe era más notoria en él, en ella ya comenzaba a perderse con el rasgo occidental.

Anastasia no se parecía en nada a su madre, así que no había forma de que supiese quién era. Ni su nombre, ni el apellido que le puso el hombre con el que se casó su madre, el que hizo las veces de padre de una manera discreta, sin perderla de vista y sin meterse más de lo debido. Un buen hombre. Siempre le estaría agradecida.

Bajó los ojos hacia la vasija, sabiendo que había llamado la atención de Hickman. Era una extraña en la fiesta.

Se inclinó para mirar las inscripciones y pasó de largo rodeando la vitrina. Con Hickman allí no podía detenerse en nada, él sabía mejor que nadie cómo funcionaba esa habilidad.

—¿Disculpe? ¿La conozco? —Lo oyó decir.

Mierda.

Ana se dio media vuelta.

Esto es lo que no quería.

—¿Ha sido alguna vez alumna mía? —volvió a preguntar Ben.

¿Alumna? Lo que hubiese cambiado la historia.

Ella negó con la cabeza.

—Disculpe, soy el do...

—No tiene que presentarse, doctor Hickman —lo cortó con tanta rapidez y frescura que vio cierto desconcierto en él.

Ana, tranquila…

Demasiados años, una madeja de sentimientos que nunca supo cómo desenliar, y frustraciones de las que lo culpaba. No podía hablarle como a cualquier otro, no así de primeras. No estaba preparada, lo sabía y por eso no quería cruzarse con él aún.

Pero el destino le estaba poniendo todo delante de una sola vez.

—Lo conozco y sigo su trabajo desde hace mucho tiempo.

Demasiado.

Ana alzó la mano para estrechársela.

—Doctora Ortega. —Era la primera vez que no se sentía mal al decirlo. De hecho, el efecto fue todo lo contrario. Pronunció su apellido con más orgullo que nunca.

Quizá él lo estaba recibiendo como una seguridad arrolladora, nada más lejos. No era seguridad.

Es hambre.

Hambre por avanzar más rápido que nunca. Era su oportunidad. La suerte se lo había puesto todo delante. Y no iba a dejar pasar ni un ápice esa oportunidad. No tendría ninguna otra.

Apretó la mano de Hickman. No sintió absolutamente nada, ni un leve sentimiento familiar. No había nada en aquella piel, ni calor ni cercanía ni nada reconfortante que transmitiese la familia.

Soltó a Hickman.

—Un honor —añadió.

Hickman hizo un gesto con la cabeza, una especie de reverencia, como si para él fuese también algún tipo de honor conocerla.

—¿Es usted de algún equipo que trabaje en Luxor? —preguntó. Quizá era eso lo que quería saber, por eso la detuvo a pesar de saber que nunca fue su alumna. Con ella no podía hacerse el imbécil. Él conocería a todos sus alumnos, fuese el número que fuese.

—Del doctor Brandon Wilde —respondió sin dejar de observar su expresión.

—¿Wilde? Entonces trabajarás en Deir el-Bahari —dijo él y Anastasia asintió con la cabeza —. Nos veremos por allí. Me he unido a Sherman y hemos cambiado de rumbo —sonrió mientras el cuerpo de Ana se petrificaba.

¿Sherman y este en Deir el-Bahari?

Intentó que su cara no reflejase ni un ápice. Sus pies se aligeraron de inmediato para echar a correr a decírselo a Wilde.

—Doctora Ortega, ustedes y nosotros buscamos al mismo visir —añadió Ben dando un paso atrás alejándose de ella—. Aun así le deseo suerte en la búsqueda.

Mierdaaaaaaa.

Algo había descubierto Hickman que había hecho cambiar la idea de Sherman a última hora. Y estaba en aquellos objetos o en el que tenía cubierto con una tela en medio del salón.

Su cuerpo quería salir a correr hasta Wilde, pero tenía que encontrar dentro de aquella vitrina el por qué tendrían que compartir Deir el-Bahari con ellos.

13

Aunque nadie conocía a Anastasia, había llamado la atención más de lo que él esperaba, quizá porque habían llegado solos y aparte del resto del equipo, cuando el que siempre llegaba solo y aparte era él, sin compañía.

Echó un vistazo a las vitrinas, a Hickman no se le había pasado por alto su joven ayudante, esperaba que al menos no apreciara que no era una mujer cualquiera. La culpa era suya, no tendría que haberla hecho resaltar de ninguna manera. Tan solo tendría que haberle pedido a cualquiera del resto que esperase fuera y entrase con ella.

Pero no, se quedó a Anastasia para él. Todo el tiempo. Y en ese momento, aunque intentara atender a todos y ella estuviese en otro lugar, no había forma de hacerla invisible. La diosa leona no pasaría desapercibida de ninguna de las maneras. Había visto hasta a Sherman observarla.

Volvió a mirar a Ana, Hickman se había ido y estaba tan solo ella al otro lado de las vitrinas, pero por encima de los objetos podía apreciar la voluminosa forma de sus ondas. Se había inclinado apoyando las manos en uno de los cristales, algo había allí que había llamado su atención, pero no se detuvo demasiado.

No dejaba de ser sorprendente para él la capacidad de Anastasia a pesar de haber convivido con Ben Hickman. Aún era pronto para confirmarlo, pero todo apuntaba a que Anastasia era aún más rápida que él. Apenas llevaba dos días en Luxor, su primera vez y ya había encendido la luz que necesitaba de manera desesperada. A última hora, una luz sobrehumana que le empujaba el pecho hacia arriba y que le había dado el empujón que necesitaba para atreverse a defender su teoría, por disparatada que pudiera parecer.

En aquellos últimos años unos lo habían adulado hasta el hartazgo y otros habían querido hundirlo. De ninguno de los dos modos habían conseguido despertar lo que aquella joven mujer había logrado en apenas dos días; la vocación más innata por buscar tesoros escondidos, la que había sentido desde que tuvo uso de razón y lo hacía jugar durante horas de niño, la misma que se fue perdiendo hacia otra más terrenal y científica con el paso de los años, enjaulándola hasta hacerla casi imperceptible.

La que lo hacía disfrutar de su trabajo más que ninguna otra cosa. La razón por la que estudió durante horas interminables y trabajó por tantos años sin darse un solo día de margen.

—Brandon. —Oyó su nombre y se sobresaltó. Se dio media vuelta y vio a Margot—. Ni siquiera me has avisado de que ibas a venir.

Se le había olvidado por completo. Las últimas horas habían sido intensas, y su cabeza había estado repleta, a punto de estallar.

—Has estado ocupado, lo sé —respondió ella misma. Otras veces a Margot no le importaba su conducta dejada y cerrada, pero no era el caso. De hecho, era la primera vez que la veía un tanto enfadada. No sabía si la diosa con cabeza de león que estaba al otro lado de la vitrina tendría algo que ver. Las mujeres siempre veían más allá. Y esa vez había mucho más allá que ver. Aunque quizá en la mente de Margot las razones estaban un tanto lejos—. Y eso que aún no ha comenzado la temporada —añadió ella—. ¿Tendré que despedirme de ti hasta que encuentres restos que enseñarme?

Y su tono de ironía le dio un sentido a la frase un tanto diferente a «restos que enseñarle».

—Esta temporada va a ser complicada, eso lo sabes —respondió él.

Margot asintió con la cabeza.

—Puedo imaginármelo cuando Hickman y Sherman me han dicho que trabajarán juntos en Deir el-Bahari —dijo Margot y lo hizo con cierto tono orgulloso, como si aquel azote a Wilde le produjera cierto alivio a su molestia porque no la llamase o porque llegase allí acompañado de otra mujer que ella no había visto nunca.

Pero no importaba el tono que utilizara, el sobresalto en Brandon hubiese sido el mismo.

—¿Deir el-Bahari? —Y no podía creer cómo habían podido cambiar de opinión tan drásticamente, de un día para otro, con todas las pruebas que tenía Sherman de que Sekemer estaba en Asasif.

—¿De qué te sorprendes, Brandon? —Oyó la voz de Antonella Sherman a su espalda—. Llevas un año de seminario en seminario defendiendo que el gran visir está allí. ¿Ahora te molesta que te demos la razón? —Se dio media vuelta para mirar a la doctora—. Creo que trabajaremos muy cerca.

Antonella con tacones era enorme. Se puso frente a él y tan solo tuvo que bajar los ojos levemente para mirarla.

—¿Y ese cambio de opinión? —preguntó intentando no reflejar lo que le producía la idea de tenerlos cerca toda la temporada de excavación.

—Nuestro mentor, no tienes ni idea de lo que es capaz de hacer con las ideas de cualquier arqueólogo con devoción sobrenatural por este trabajo.

Claro que la tengo.

Estaba comprobando que la propia Sherman, en lo más profundo y a pesar de la seguridad que desprendía en los seminarios y reuniones, nunca estuvo segura de que Sekemer estuviese en Asasif. Quizá estaba en su misma situación, el instinto y el deseo apuntaban para un lugar, y la razón para otro. Hickman la había hecho cambiar de opinión, y a él Anastasia.

Margot miraba atenta a uno y otro. Colaboraba con ambos, pero desde que empezó a verse con ella al margen del trabajo, las dos hacían lo posible para que su relación profesional fuese la misma de siempre. Quizás porque en sus años de trabajo con Hickman tuvo lo más parecido a una relación estable con Antonella, al menos la que más se alargó en el tiempo de todas las que había tenido. Y eso la convertía en una exnovia que se añadía a una extraña rivalidad en el trabajo desde que ambos comenzaron a buscar al mismo visir, alentados por el propio Hickman, que a pesar de su edad había decidido colaborar tan solo con uno de sus aprendices.

Y ya no estaba molesto en absoluto por que eligiese a Antonella Sherman. De hecho, en aquellos momentos le daba exactamente igual, aunque tampoco tuviese mucha explicación coherente, como sus teorías.

Contuvo el aire, Antonella y Hickman tras sus talones, su pecho no estaba preparado para asimilarlo.

Hickman se acercaba tras Antonella.

—Ni siquiera me has permitido decírselo a mi antiguo alumno —dijo su profesor sonriendo —. Vuelvo a las viejas teorías. Y debo felicitarte, si no hubiese sido por tu empeño, me hubiese olvidado por completo.

Hickman, ¿olvidarse? Aquel empeño por disimular su vanidad desmesurada en público solo hacía resaltarla más. Hasta para los que no habían trabajado en su círculo más cercano y desconocían su brillantez, resultaba un profesional más que pedante.

Aun así, lo admiraba y fue durante mucho tiempo su referente más cercano. Ben amplió su sonrisa y acercó la mano hacia Wilde. Se la estrechó y con la otra le dio un golpe en el hombro.

—Va a ser una de las mejores temporadas de toda mi carrera —añadió—. Estoy seguro.

—No lo dudo —dijo Sherman al lado de su mentor—. Además, Ben, Brandon va a por todas, se ha armado con un equipo que no deja de crecer.

Su equipo solo había crecido en un miembro desde la última vez que viese a Antonella. Hickman se dio media vuelta para mirar hacia las vitrinas, su gesto hizo que Sherman y Margot también lo hiciesen.

—Me ha llamado la atención su edad —dijo Hickman—, no es mayor que vosotros a vuestra llegada.

—Es becaria de la fundación Misters —se apresuró a responder—. Sus benefactores se han empeñado en que pase aquí toda la temporada de excavación.

—¿Una becaria toda la temporada? —Sherman frunció el ceño—. ¿Y tú lo has permitido?

Hickman movió la mano en el aire.

—A todos nos llega el momento en que aceptamos ciertas condiciones a la financiación. Así llegasteis ambos a mí.

Brandon tuvo que contener la sonrisa. Demasiado caro le salió a su familia y a la de Antonella que Hickman los aceptase en su equipo, pero fue la inversión que los Wilde hicieron en su formación. Una oportunidad que había sabido aprovechar y que lo había hecho tener su propio equipo, al igual que Sherman, al igual que otros que trabajaron con el profesor. Sherman aún reía por la parte que le tocaba el mordisco a la fortuna de sus padres.

—En un rato descubriremos el misterio —dijo Sherman rodeando a Hickman para retirarse —. Espero que os guste.

Vio en la expresión de Ben Hickman que él ya lo había visto y no le sorprendía si ya formaban parte del mismo equipo. Sherman estaría deseando que él lo valorase.

Ambos se retiraron dejándolo solo con Margot de nuevo.

—Una becaria… —Margot miró de nuevo hacia la vitrina—. Lo último que esperaba. Pensaba que había sido un fichaje de última hora.

Tenía que reconocer que también lo era. Anastasia no era una becaria cualquiera, y Margot se había dado cuenta. A los becarios no les daba el espacio que sí tenía la diosa leona.

—¿Cuándo llegó? —preguntó inclinándose hacia él.

—Ayer —respondió mirando de nuevo hacia la vitrina. Anastasia ya no estaba allí, recorrió con la mirada la sala, pero Margot le puso la mano en el brazo para que la atendiese de nuevo.

—Y ya se ha hecho un hueco en tu equipo, por lo que veo, en tan solo dos días. A pesar del tiempo que sueles tomarte en ese tipo de decisiones.

Supuso que su frase venía de cuando él rechazó la oferta de Margot de una colaboración exclusiva con él durante toda la temporada. Oferta que él rehusó enseguida, no era justo para ella pudiendo colaborar con el resto de equipos y haciendo un sacrificio que no era necesario ni sumaría nada a lo que fuera que tuviesen.

El ardor en el estómago, que le había dejado la noticia de Sherman respecto a su cambio de zona, se aceleró en cierta medida con las palabras de Margot. Que le ironizara su decisión de hacer a Anastasia su ayudante, sin tan siquiera conocerla y en dos días, podría parecer una estupidez para el resto. No para él.

—Los cambios en mi equipo, doctora Eastwood, solo tengo que consultarlos con mi subdirector, Fineas Frank. Y a él le ha parecido bien.

Margot alzó las cejas y enseguida sus mejillas se ruborizaron. Apretó la mano en el brazo de Brandon.

—Lo siento… —Bajó levemente la barbilla. De verdad parecía lamentar su arrebato inmaduro—. Solo ha sido que…

Wilde giró el cuerpo, había sentido una mano en el hombro. Las espirales del pelo de Anastasia aparecieron tras él. Los iris de vetas ámbar lo miraron mientras encogía la nariz levemente.

Casi no hacía falta que Anastasia abriese la boca, sabía lo que quería decirle. Sherman y Hickman en Deir el-Bahari.

14

Mantuvo la boca cerrada, estaba comprobando en su manera de mirarla que Wilde ya lo sabía. Lo que no entendía era cómo él había averiguado qué era lo que quería decirle.

Apartó la mano del hombro de Wilde en cuanto fue consciente de que la mujer con la que hablaba le tenía cogido el brazo con cierta cercanía y que los observaba. Le sonrió ampliamente a la mujer, quien quisiera que fuese.

Que aquí veo mucha confianza y no vaya a ser que la gachí esta sea algo de Wilde.

Sintió un tintineo tras el ombligo, una turba ruidosa que subía despacio hacia arriba.

Y no debería. A mí no me importa.

Suponía que un doctor así no pasaría desapercibido en ninguna parte. Tenía una legión de admiradoras en las universidades, no quería ni imaginar en su ámbito cercano.

La turba ruidosa seguía subiendo y alcanzó su pecho.

¿Que sí que me importa? No me lo puedo creer.

Su sonrisa se amplió aún más sin dejar de mirar a Margot.

Dios mío, sí me está importando. Olvídalo, Ana. Baja eso que te acaba de subir del estómago. Ahora mismo.

Alargó la mano hacia la mujer.

—Doctora Ortega —dijo mientras la mujer le daba la mano.

Doctora Ortega, la verdad es que tengo una cara que me la piso.

—Doctora Eastwood, la paleontóloga del doctor Wilde.

¿Solo la paleontóloga? No me lo creo, no le sueltas el brazo. Y me has fulminado en cuanto le he puesto la mano en el hombro. Tú no eres solo la paleontóloga. Quieres que me vaya y a mí se me está calentando el pecho. Me voy, que esto no va a traer nada bueno.

Acababa de cruzarse con su padre después de imaginarlo durante años. No estaba en su momento más óptimo y la cercanía entre Margot y Wilde le producía cierto hormigueo que no le gustaba, intensificado por aquella bajada de defensas absoluta.

—Tu nueva incorporación —dijo la mujer mirando a Wilde, regresó enseguida a Anastasia —. Tan joven y ya en una investigación de envergadura, debe ser un honor.

Hace dos días horneaba pan, va más allá que un honor.

—¿Es tu primer contacto con la arqueología real? —preguntó Eastwood mientras más personas se acercaban a Wilde.

—Mi primera vez. —Intentó mantener la sonrisa, pero le dolía hasta la boca, así que dejó caer los labios en una pose menos forzada.

—Es una buena oportunidad, vas a estar entre los mejores de la nueva generación y eres muy afortunada. Él no acepta a nadie en su equipo así por las buenas. Supongo que tus benefactores tienen la suficiente fuerza como para ser una de las titulares de Brandon Wilde.

¿Hola?

—Por aquí no hace mucha gracia que alguien salga de la universidad y caiga aquí por arte de magia —añadió la mujer—. Te seguirán de cerca a ver si lo mereces.

Merecerlo. Una palabra que le hacía las piernas ligeras hasta temblar. Era un fraude y era consciente de ello. El error en algún momento del proceso al elegirla la perseguiría todo el tiempo que estuviese allí. Bajó la barbilla.

—Espero por el bien del doctor Wilde que sí. Hay algo que se ve por aquí mucho peor, y es

agregar a cualquier inepto a cambio de una cantidad económica. —Anastasia alzó los ojos al oírla—. Pero confío en su criterio. —Podría sonar bien, sin embargo, no era un tono de voz humilde—. En dos días ha tenido que ver algo realmente brillante en una becaria como para tomar la decisión. Así que yo también te seguiré los pasos.

—Entonces espero estar a la altura, doctora Eastwood —le dijo dando un paso atrás para retirarse—. Encantada.

Se dio media vuelta y rodeó a Wilde, que seguía hablando con otras personas.

Esta capulla se ha picado.

Buscaba una salida con la mirada, solo veía salidas de emergencia. Le servían. Le escocía el cuello, por dentro, justo en la base de la garganta. Y notó cierta humedad en los ojos.

Atravesó la puerta y encontró a un hombre de seguridad, no le dijo nada. Allí fuera había varias personas fumando. El leve frescor de la noche hizo que notase más el calor de los ojos. Se alejó del humo y de las voces y cogió aire.

El aire no fue suficiente.

Que yo sea un fraude puede afectar a Wilde.

Había una valla que separaba la zona del aparcamiento. Se agarró a uno de los barrotes y se inclinó para acuclillarse.

El dinero, mi familia, y Wilde.

Ser un fraude tenía demasiadas consecuencias. Resopló.

Mierda.

Apretó la mano en el barrote. Tenía que reconocer que había sido una suerte que las palabras de aquella mujer le hubiesen cogido baja de defensas, con dudas y miedos, y sin ganas de llamar la atención. Cuando se enfadaba perdía un poco las formas y no quería que su actitud en el primer pie que ponía en el mundillo fuese similar a la de Wilde cuando conducía.

Apretó los labios para no reír al recordarlo.

Sintió que algunos de sus rizos de la coronilla se movían.

—Anastasia, no puedes estar aquí fuera ahora. —Movió la cabeza y encontró la mano de Brandon Wilde, que se dirigió a su hombro—. Van a abrir ya.

Alzó la cabeza para mirarlo, Wilde se había alejado para entrar de nuevo, pero la miró un instante.

Anastasia comprobó que ese extraño lenguaje inaudible que tenía con Wilde para algunas cosas podía extenderse también para todo lo demás. Porque dio de nuevo unos pasos hacia ella.

—¿Fatiga otra vez o ha sido Margot? —Le quitó la mano de los barrotes y tiró de ella para que se levantase.

Supuso que Margot sería la doctora Eastwood.

—Fatiga otra vez. —Y Brandon asintió con la cabeza recordándole al gesto que hacía cuando le hablaba de la procedencia de la lámpara.

Ya no había marcha atrás en ese lenguaje inaudible. Desconocía en qué momento se había iniciado, quizás mucho antes de lo que había sido consciente. Se ayudó con la mano del doctor para ponerse en pie.

—No le prestes atención a nada de lo que te diga. Está… —No acabó la frase.

Celosa, rabiosa perdía.

—Es una amiga cercana.

La que te follas por aquí, ya.

—Bastante es lidiar con la tensión que tiene con Sherman como para que también te añadas

tú.

¿La doctora Sherman y tú?

Una parte de ella lo sabía, cada vez que miraba sus vídeos juntos… Era su fantasía.

Y aquí hay que tener cuidado con los deseos.

Ese en concreto le producía un hormigueo tan desagradable como el que había tenido frente a Margot.

—Pues no me metáis en vuestros líos —respondió soltando la mano del doctor.

Que bastante tengo yo con los míos.

Cuando Wilde contenía la sonrisa se le formaban unas líneas en la mandíbula.

—Luego hablaré con ella. —Al hablar soltó parte de la risa—. ¿Qué has visto en esos cacharros de la vitrina?

—Nada que lleve a Deir el-Bahari.

—Lo mismo pienso yo, necesitaba otros ojos que lo viesen.

—¿De dónde son?

—De un templo de Asasif —respondió Wilde mirando hacia la puerta de emergencia—. Así que lo que sea que haya hecho cambiar de opinión a Sherman y Hickman es eso que está ahí tapado. Y van a abrirlo ya.

Le agarró la mano en el aire y tiró de ella, con tanta fuerza que Ana dio un traspiés y se le dobló el tobillo con el tacón de aguja.

—A tomar por culo —murmuró mientras caía de lado.

Wilde se inclinó para cogerla, por un momento pensó que caería encima de ella, pero él logró mantener el equilibrio y la puso derecha de nuevo.

—Lo siento.

Si es que eres un ansias.

Anastasia apoyó un pie en el suelo, luego otro y su tobillo se volvió a doblar.

Qué leches.

Por suerte, Wilde no la había soltado del todo y logró agarrarla antes de que su cuerpo basculara de nuevo.

Bajaron la mirada a la vez. El tacón del zapato se había despegado de la suela casi en su totalidad.

La madre que me parió.

—¿Eso está roto? —preguntó él frunciendo el ceño.

—¿No lo ves? Roto, y tan roto. —Sacudió el pie para sacarlo. Se inclinó en el suelo para cogerlo.

—¿De dónde has sacado unos zapatos que se rompen al tropezar? —protestó Wilde mientras Anastasia probaba si podía encajar de nuevo el tacón.

Se oyeron aplausos, se habían perdido ser los primeros en ver lo que fuera que guardaban bajo la tela.

—De una página de dudosa procedencia. —No había forma de encajarlo. Los aplausos cesaron, supuso que Wilde estaría negro por no haber podido estar allí. Levantó la mirada hacia él. Sin embargo, estaba riendo.

—De dudosa procedencia, como tu lámpara de los deseos. —Su risa aumentó.

Anastasia encogió la rodilla y alcanzó con la mano el otro zapato mientras Wilde ponía una mano en su cintura por si volvía a bascular. Le dio el zapato a Wilde.

—¿Puedes quitar este? —le dijo y él frunció el ceño mirando el tacón.

Oyó crujir el otro tacón mientras ella arrancaba lo que quedaba de piel unida a la suela, o más bien plástico, como estaba comprobando.

Wilde le dio el zapato ya sin tacón.

—Si tienes más zapatos de dudosa procedencia, no vuelvas a usarlos hasta que terminemos la temporada —dijo y Anastasia sonrió dejándolo caer al suelo para encajar el pie—. Necesito una ayudante con dos pies.

Wilde tiró los dos tacones en una papelera que había junto a la puerta.

—Somos los únicos que estábamos fuera y la doctora Sherman puede tomarse esto como un insulto —dijo él antes de entrar.

—¿Eso te importa? —preguntó ella y era más por curiosidad de perfilar qué tipo de relación tenía Sherman con Wilde.

Andar con una horma preparada para un tacón, pero a ras del suelo, era incomodísimo. Resopló antes de entrar.

—No. —El doctor metió el hombro por delante de ella para entrar y le agarró la muñeca para que lo siguiera —. Pero eso subiría su ego y ya lo tiene inmenso.

—Como todos aquí.

Wilde se detuvo.

Mierda.

Se le había ido la lengua. Lo decía por demasiados, Sherman, Hickman, hasta la doctora Eastwood. Pero Wilde se dio media vuelta para mirarla y en su cara pudo ver que lo había tomado únicamente por él.

—¿Piensas que yo tengo un ego inmenso? —preguntó.

Anastasia arrugó la nariz.

—No. —Daba igual la respuesta, él ya la sabía.

—Piensas que tengo un ego inmenso, eso es porque no conoces a nadie aquí.

Wilde aún no le había soltado la muñeca.

Y como la gata esa nos vea ahora mismo me va a dar un zarpazo que me va a cruzar la cara para veinte días.

Sintió un leve tirón en la muñeca, el doctor seguía avanzando. Apenas se podía ver la vitrina, lo que fuese no era de gran tamaño y las cabezas se agolpaban alrededor.

Se había formado una especie de fila, pero el doctor no se detuvo en ella, seguía abriéndose paso entre la gente hasta que no pudo avanzar más y se detuvo.

Anastasia se alzó de puntillas, sin tacones y con la enorme espalda de Wilde no veía absolutamente nada.

No veo una mierda aquí. ¿Qué es? ¿Una tablilla?

Se apoyó en el hombro de Wilde para alzarse aún más. Era de piedra gris y tenía forma de escudo, como la famosa paleta de Narmer. Entornó los ojos para ver el tallado, había varias figuras y coincidía con la simbología que había visto en casa de Wallet.

Aún no tenía habilidad ni conocimiento para traducir todos los escritos egipcios, eso llevaba años y, por muy rápido que ella aprendiese, aún necesitaba tiempo de experiencia.

Notó un cosquilleo en la cara, las ondas de sus patillas se movían al retirarse de su oreja. Tuvo que encoger el hombro para contrarrestar las cosquillas.

—El poder real acompaña al faraón —le susurró Wilde al oído—, hermano en vida, hermano en la muerte, fiel siervo.

Toma ya.

Estrellas bordeando el escudo y dos figuras centrales, encaradas una a la otra. Una de ellas con la corona de Egipto.

Sekemer y Mentuhotep.

Y más simbología. Wilde se apresuró a dejarle pasar delante, iban a cubrirla de nuevo. Lo sintió empujar a la derecha para apartar un hombro que estorbaba en su visión. Aunque pareciese imposible, logró hacerle hueco algo más cerca de la vitrina.

Tenía que memorizar los símbolos en los pocos segundos que le quedaban. Se alzó de puntillas y su cuerpo basculó hacia delante, sintió las manos del doctor a ambos lado de la cintura.

Había algo en la cabeza y en el pecho de Sekemer, una especie de amuleto. Bajó la mano hasta su cintura, la puso encima de la de Wilde y apretó para llamar su atención.

Enseguida tuvo los labios de Wilde entre las ondas de su oreja.

—Luego —le dijo.

Allí no podían hablar, era evidente. La tela volvió a cubrir la vitrina.

—Te estaba buscando, pensaba que te lo habías perdido. —Oyó la voz de la doctora Eastwood.

Esto lo estaba viendo yo venir.

Bajó los pies y sus empeines descansaron al sentir la contundencia del suelo mientras los rizos de su oreja se movían alejándose de Wilde. Miró de reojo y vio que uno de ellos se había quedado pegado en la barbilla sin rasurar del doctor. Apartó la mano de la de Wilde y este retiró las suyas de su cintura.

Es que si lo quisiéramos hacer queriendo, no nos sale tan exacto.

No era capaz ni de mirar a Margot Eastwood. Fineas y el resto del equipo llegaron hasta ellos una vez que se dispersaba la multitud que se había formado alrededor de la vitrina.

No oyó qué le respondió Wilde, pero no era ninguna excusa a su ausencia o tardanza, desde luego. Estaba comprobando que Brandon Wilde poco veía en su vida más allá del trabajo, y las relaciones estaban unos cuantos escalafones por debajo de su profesión.

Aquella mujer no se llamaba ni Amesis ni Sekemer, así que supuso que para Wilde estaría al mismo nivel que leer un libro o ver una serie de televisión. Tan solo era parte de su tiempo libre. Y por lo que estaba comprobando, tenía bien poco.

En ese momento entendió lo de «amiga cercana».

Vio a Lois observar a Margot y a Wilde y cruzar su mirada con la de Fineas.

—¿Qué les ha pasado a tus zapatos? —preguntó Nadim riendo.

—Un incidente sin importancia. —Alzó uno para que lo viesen y Lois dio dos carcajadas.

La chica se acercó a ella y se inclinó para hablarle.

—Nunca acompañes a Wilde con tremendos tacones —le susurró y Anastasia tuvo que contener la sonrisa.

Su cuerpo basculó hacia delante, Brandon Wilde se había pegado a su espalda empujándola levemente hacia delante.

—Nos vamos —le dijo. Volvió a moverla hacia delante y miró a su equipo—. Mañana a primera hora reunión. Fineas. —Este lo miró y asintió con la cabeza.

Supuso que era una especie de aviso de que no llegasen tarde. Lois se despidió de Ana con la mano y volvió a reír. No pudo responderle al gesto, Wilde tiraba de su brazo, si el tacón no se le hubiese roto en el patio de fuera, lo hubiese hecho allí en medio, en un nuevo traspiés tras otro siguiendo a Wilde.

Salieron y ella sacudió el brazo para que la soltase.

—Si sigues así —liberó el brazo para abrir el bolso y sacar las llaves—, tu paleontóloga, además de lo que encontremos, va a tener que reconstruirme a mí.

Vio a Wilde mirar sus zapatos.

—Disculpa.

Anastasia sacó las llaves del bolso y contuvo la sonrisa. Sabía que era algo que Wilde no hacía con conciencia, había algo que tiraba de él de una manera sobrenatural. Y tal y como se estaban poniendo las cosas, pronto esas ansias sobrehumanas también se apoderarían de ella.

Abrió el coche y lo vio dirigirse hacia el asiento del copiloto, gesto que agradecía. Era una señal de que a ratos Wilde también miraba hacia los lados en el camino de su búsqueda.

Dio unos pasos hacia el coche.

—He sido torpe. —Lo oyó decir mientras abría la puerta. Wilde se apoyó en ella sin entrar. Anastasia lo miraba desde la puerta del conductor. Su estatura no era suficiente para verle la cara entera con la altura del coche—. Ahora Ben Hickman y Sherman saben que eres diferente al resto de mis becarios. —Entornó los ojos hacia ella—. Y las razones de tus benefactores no creo que les hayan convencido. Te han comparado conmigo y con Sherman y aunque nuestras familias apostaron con fuerza, no nos eligió a la ligera.

Sin embargo, a ella sí que la habrían tenido que elegir a la ligera, porque otra razón no había de aquel error.

—Te querrán en su equipo, ¿lo sabes? No ahora, esperarán a que avancemos, pero vendrán a por ti —le dijo.

—Deja eso ya. —Movió la mano en el aire y se metió en el coche. Esperó a que él se sentase también —. No voy a irme a ninguna parte y menos con ellos.

Y lo soltó con tanta frescura y sinceridad que vio a Wilde sobresaltarse.

—¿Menos con ellos? ¿Sabes lo que estás diciendo?

Anastasia alzó las cejas.

—Si quieres te lo digo diez veces —respondió arrancando el coche sin dejar de mirar a Wilde.

La miraba sin sonreír y la ironía había desaparecido de su expresión desde que comenzó a hablarle de Hickman y Sherman.

—Solo necesito una —le dijo con voz tranquila y la tormenta de arena llegó de inmediato, invadiéndole el estómago en cuanto lo escuchó, aligerándole el pecho y los brazos.

La recibió sin impedimentos, comenzaba a gustarle estar repleta de arena y no soltarla. Como también le gustaba que Wilde tirase de ella a cada paso aunque tuviese que dejar los tacones por el camino, que la sujetase para que no cayera y que le susurrara traducciones al oído.

Espiró despacio.

—No iré a ninguna parte, doctor Wilde —respondió.

—No quiero escuchar eso. Eso lo he escuchado muchas veces. —Sus ojos eran bonitos hasta en la noche y la tormenta volvió a golpearla aún más fuerte—. Solo quiero que, hagas lo que hagas, lo hagas de la mejor manera, sin traicionarme.

Anastasia se colocó bien en el asiento para emprender la marcha.

—¿Debo considerar esto como una especie de matrimonio, doctor Wilde? —dijo y lo miró de reojo.

Wilde reía mientras negaba con la cabeza. Ella puso en marcha el coche.

—Supongo que también habrás escuchado demasiadas veces que no te traicionarían —añadió

ella—. Así que no voy a decírtelo. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirar la carretera.

Wilde le dijo la salida que tenía que tomar para incorporarse a la carretera de vuelta a casa.

—Solo tengo una posesión en mi vida, tan solo una que me ha acompañado siempre. —Lo miró de reojo, él se había inclinado para encenderle las luces del coche. Tuvo que apartar el brazo sin soltar el volante para facilitárselo. Sintió el olor de su cuello y su respiración se cortó a la mitad de la inspiración. Expulsó el aire levemente en cuanto él se retiró—. La tienes en tu estantería.

La carretera estaba completamente vacía, lo cual le daba la oscuridad suficiente para apreciar el cielo despejado y repleto de constelaciones. Entornó los ojos ante la oscuridad iluminada tan solo por miles de pequeños puntos plateados y comprendió el por qué los egipcios las estudiaban y adoraban.

—Y vas a quedártela hasta que esto acabe. Si me voy, es tuya —añadió y miró con disimulo la expresión del doctor.

—¿Me regalarías una lámpara de cuatro mil años? —Regresaba la ironía y eso le gustaba.

—No, de ninguna manera. Acabas de asegurarte de que me quedaré hasta que mis benefactores y tú decidáis que no vuelva a pisar el desierto.

Wilde contuvo la sonrisa. No dejaba de ser extraño nombrar a sus benefactores y más aún delante de Wilde, tan familiares ya en su cabeza y tan extraños en la realidad.

—Pero mientras dure la temporada es mía, ¿no? —dijo el doctor abriendo la ventanilla.

—Sí, así que mucho cuidado con lo que deseas, doctor Wilde. —Lo vio reír de nuevo mientras apoyaba el codo en la puerta del coche. El aire entraba fresco y era agradable.

—No creo que a mí me obedezca —respondió él señalándole la salida que debía tomar.

—Querías tener razón con Deir el-Bahari y ya has comprobado que sí. Ya te lo ha concedido.

—Sí, y ahora vamos a tener a Sherman y a Hickman tras nuestros talones.

El sueño no puede ser más perfecto.

Aunque en un principio no le gustaba la idea, ahora que la estaba digiriendo comenzó a atraerle sobremanera.

—¿Qué te ha parecido Hickman? —preguntó Wilde.

Anastasia contuvo la respiración.

—Un idiota —contestó y Wilde arqueó las cejas—. Me ha preguntado si he sido alumna suya. —Miró al doctor un instante—. ¿Su habilidad funciona con las caras de los alumnos? No me conoce de nada.

Y debería conocerme mejor que nadie.

—Te observará todo el tiempo. La parte buena es que me quedaría con la lámpara —dijo él y Ana contuvo la sonrisa, ya entraban en la ciudad.

—No debería habértela ofrecido, ahora querrás que me vaya —respondió y él rompió a carcajadas.

Reconocía aquellas calles cercanas al templo, por las que salieron hacia la casa de Wallet. Vio a Wilde alzar el brazo para señalarle y bajarlo de inmediato en cuanto vio que Ana puso el intermitente para girar.

—Se me olvidaba que tus superpoderes sirven para todos los ámbitos —dijo con ironía—. ¿Eres capaz de dibujar lo que había en la paleta?

Anastasia asintió con la cabeza. Wilde se inclinó hacia ella para coger el mando a distancia del garaje para abrirlo.

Anastasia hizo descender el coche por la rampa.

—No pienso tenerte trabajando toda la noche, así que lo dibujarás y te irás a dormir —le dijo abriendo la puerta del coche en cuanto ella echó el freno de mano.

Anastasia salió del coche también y le dio las llaves. Tenía que reconocer que estaba agotada, la noche anterior apenas había dormido, pero aun así prefería seguir trabajando. Además, estaba comprobando que la conversación con Wilde le disipaba el cansancio.

—¿El doctor Wilde no duerme? —Se adelantó hasta el ascensor—. Porque también debería.

—Son solo unos meses al año, tengo el resto para dormir —respondió él dándole al botón de la planta—. Ahórrate las riñas, ya me las dan todos. Me dará un infarto antes de encontrar la tumba y similares.

Anastasia bajó la cabeza al salir del ascensor, dejando atrás a Wilde. Contuvo la sonrisa.

—Si sigues así, te dará un infarto antes de encontrar al visir. —Le resultó difícil decirlo sin reír—. Pero entonces el resto nos llevaremos los créditos cuando aparezca.

Entró la primera, sabiendo que Wilde tendría que estar riendo a su espalda, el piso estaba vacío. El servicio de la casa no trabajaba a aquellas horas. Le gustaba la sencillez y el olor de aquel piso. A pesar de ser un lugar de trabajo, tenía el calor hogareño que necesitaba para estar cómoda. No lo había encontrado en ningún piso compartido ni residencia de estudiantes. Pero la sede del equipo del doctor Wilde le estaba gustando.

Y en poco tiempo había comprobado que se había rodeado de profesionales brillantes y, por lo que podía ver, de una condición óptima. Nada que ver con Hickman.

Wilde le dejaría la noche libre y tenía que pensar en cómo decirle a su madre que había llegado a conocerlo. Suspiró.

—Lleva el dibujo a mi estudio —dijo él alejándose por el pasillo—. Hasta mañana, doctora Ortega.

Ana lo observó mientras se alejaba. Aunque a veces su obsesión llegase a desesperar, lo entendía. Era más, ella no era muy diferente a él.

Tampoco era tan idiota como esperaba, al menos no todo el tiempo. Entornó los ojos hacia el pasillo aunque él ya no estuviese.

Una paleontóloga y un arqueólogo.

La combinación tenía que ser perfecta. Además, era evidente que Margot Eastwood era de una posición similar a la de Wilde. Anastasia sonrió. Una profesión envidiable y posiblemente el próximo mejor arqueólogo del Nilo. Aquella mujer era una afortunada.

La tormenta de arena llegó hirviendo a su pecho.

Mala cosa.

Se echó la cadena del bolso al hombro y se dirigió hacia su dormitorio.

15

La sensación era como cuando iba de vacaciones, tan solo dos noches allí y parecía que había pasado una semana. Le resultaba extraño pensar que tan solo dos noches atrás dormía en la trastienda de la panadería, en su pequeño dormitorio, esperando a que el despertador sonase para encender el horno. Y en ese momento no se imaginaba en ninguna otra parte que no fuese allí, delante de un ventanal con vistas al templo de Luxor, mientras su cabeza daba vueltas intentando encajar las conexiones que podrían llevarlos a Sekemer.

Debería haber ensayado un poco más antes de decirle a su madre lo de Hickman, fue brusca quitándole importancia. Pero tenía importancia para ella y podría imaginar lo que sería para su madre.

—Siempre supe que tarde o temprano te cruzarías con él. Tu sitio no estaba en las aulas, Ana. No hay muchos alumnos como tú. —La oyó decir al otro lado.

—¿Tú lo sabías? —Tragó saliva mientras dejaba caer las cortinas sobre el marco de la ventana abierta—. ¿Que él era como yo?

Se hizo el silencio en el teléfono. Anastasia se sentó en el sillón, entraba aire fresco, buena señal que las noches comenzasen a refrescar, la temporada se acercaba.

—¿Cómo te has enterado? No es algo que a él le guste que se sepa, pensaba que le restaba mérito a su carrera tener cierta ventaja.

—Eso da igual. —Se miró en el espejo. Wilde comenzó a meterle prisa antes de salir.

—Pensaba que si lo sabías rechazarías esa capacidad. Y era importante que la explotases tanto como fueses capaz.

Bajó la cabeza. Sabía que esa capacidad era la razón por la que Wilde había decidido mantenerla junto al equipo, y por la que no era transparente como el resto de los becarios que había tenido.

—El doctor Wilde dice que Hickman va a seguirme y que quizás hasta intentará añadirme a su equipo.

—¿Eso te gustaría? —La ironía de su madre la hizo sonreír—. Ana. —La voz de su madre era tranquila a pesar de lo que estaban hablando—. No quiero que desperdicies esta oportunidad por él. Lo que hagas en el equipo del doctor Wilde, hazlo únicamente por ti. Es la oportunidad de tu vida. Brilla y que todos lo vean. Hasta tu padre. Que el rencor no te desvíe, ¿te estás enterando?

—¿Tú no le tienes rencor?

—Lo tuve, durante muchos años. Más de lo que hubiese querido. Pero ahora lo único que tengo es el orgullo de ver que mi hija no ha necesitado ni su apellido ni sus enseñanzas ni su influencia para excavar en un mano a mano con Ben Hickman.

Sonrió, no hacía falta que le dijese que estaba orgullosa. En su propia voz se lo notaba.

—Un mano a mano con mi padre, ni en mis mejores sueños. —Se llevó el puño a la sien y cerró los ojos.

—A por todas, Ana. Si está en tu mano, lleva a tu equipo hasta esa puñetera tumba. Y lábrate el futuro brillante que mereces. ¿Y si el doctor Wilde decide quedarse contigo?

Ya quisiera yo.

—¿Lo has pensado?

Ni me atrevo a pensarlo.

—¿No te gustaría?

—Me encantaría —volvió a sonreír.

—No me has contado nada de él y del equipo.

—No hay mucho que contar. —Encogió la rodilla para subir el talón al sillón.

Si yo te contara, mamá.

—¿Cómo es él? —La tormenta de arena regresó a su pecho formando un tornado ombligo arriba.

—Un gran profesional, creo que puedo aprender mucho de él.

—¿Le has dicho lo del nuevo ingreso?

La tormenta desapareció de golpe mientras se ponía en pie de un salto.

—Ostras, se me olvidó. —Miró hacia la puerta, esperaba que aún estuviese despierto—. Tengo que dejarte, mamá. Mañana te llamo, un beso.

Lanzó el teléfono sobre la cama, no dejaban de sonar los mensajes de Lorena y Elena. Apenas les respondía y cuando la vieron en línea comenzaron a preguntar sin parar.

Salió de la habitación y se dirigió hacia el despacho de Wilde. Cuando llamó a la puerta se miró el cuerpo comprobando que estaba en pijama.

La madre que me parió.

Por suerte no era muy bochornoso. Un pantalón corto azul zafiro y una camiseta con un arcoíris en el frente. Mismo dibujo que se repetía en los pantalones, aunque en menor tamaño.

—Pasa. —Lo oyó decir al otro lado de la puerta.

Sí, sí que es bochornoso.

Miró la puerta de su dormitorio, dio un paso para ir a cambiarse y ponerse un conjunto de punto como la noche anterior.

—¿Anastasia? —El doctor le abrió la puerta al ver que no entraba.

Preguntarle por un ingreso extra de la beca mientras voy en pijama.

Cogió aire y lo contuvo.

—¿Qué te pasa? —Él ni siquiera reparó en el arcoíris, buscaba en su cara la razón por la que había ido a buscarlo.

—Me ha llamado mi madre y dice que ha llegado otro ingreso. —Wilde alzó las cejas, aunque estaba comprobando que la única sorpresa para él era que ella lo hubiese buscado para decírselo.

El bochorno aumentó.

—Y no sé si es un error —añadió.

—Un error, ¿por qué?

Porque toda yo soy un error.

—Porque ya recibí el dinero antes de venir —respondió.

Wilde seguía mirándole a los ojos.

—¿En algún momento mi hermana te dijo que sería un solo pago? —Volvió a alzar las cejas.

¿Es su hermana?

Sabía que coincidían en el apellido, pero desconocía lo grande que pudiese ser la familia de Brandon Wilde. Había cotilleado en internet y era una familia de traca, con gente muy influyente entre ellos.

Negó con la cabeza.

—Pero creo que… —bajó la cabeza y la giró levemente para quitar la cara de la vista de

Wilde—, es demasiado. No necesito más.

Wilde no respondió, quizás estaba esperando a que volviese a mirarlo. Levantó los ojos un instante y él ladeó la cabeza buscando su cara de nuevo.

—¿Debo decirles a tus benefactores que crees que es demasiado y que no lo necesitas? —Sus cejas volvieron a levantarse.

Ana entrelazó sus manos y se las llevó a la boca.

—Sí. Quiero decir… que no se molesten. Estoy muy agradecida. Pero ya estoy aquí, eso es suficiente. —No despegaba las manos de delante de su boca—. No necesito más.

Wilde asintió con la cabeza y al fin la bajó hacia su pijama.

Me voy ahora mismo.

—Gracias y disculpa. —Dio un paso atrás para retirarse de la puerta y de él—. Hasta mañana, doctor Wilde.

Se dio media vuelta y se apresuró pasillo abajo. No oyó la puerta del despacho cerrarse hasta que no llegó al umbral de la puerta de su dormitorio. Se giró enseguida para mirar el pasillo.

¿Ha seguido mirándome?

Apretó las manos en su boca, le ardían hasta los labios de la vergüenza. O de lo que fuese. Cerró la puerta con rapidez, acababa de escuchar ruido en la puerta de la calle, el equipo acababa de llegar.

Apagó la luz para que no la viesen encendida por debajo de la puerta al pasar. La pantalla de su móvil se encendía y se apagaba con nuevos mensajes.

Retiró la colcha y se echó en la cama. Estaba más cansada de lo que le parecía, la oscuridad hizo que entornase los ojos hacia la pantalla, los sentía cansados.

«Vaya jefe que tienes, muchacha. El último vídeo lo he visto en bucle. ¿Esos ojos son así en directo?».

Sonrió al leerlo. Comenzó a escribir, no pensaba responderle a eso. Se centró en su encuentro con Hickman, ellas ya sabían de su nuevo puesto en el equipo de Wilde.

—Me encanta que al fin hayas conocido al sinvergüenza de tu padre. Pero háblanos de Wilde. —Lore estaría ronca, no era su voz normal.

El estómago le rebotó en una carcajada.

«Tiene novia, así que dejaros de sandeces».

«¿Novia?», preguntaba Elena. «¿Es alguna tía del equipo? ¿O la Sherman?».

«Ni del equipo ni Sherman, aunque con esa tuvo algo, creo. Es una paleontóloga».

«Pues menudo chequeo óseo que tiene con Wilde. Puff…, eso es una divinidad escultural», respondió Lore.

Ana volvió a reír.

«Ya decía yo», dijo Elena. «Un tío así no podía estar soltero. Tendrá locas a las historiadoras, maldita sea».

«¿Qué te importará a ti que esté o no soltero?», le respondía Lore.

Negó con la cabeza riendo.

«Porque me gusta que los tíos buenos estén solteros, aunque ni los conozca. Me jodo yo, que se jodan todas».

Se le cortó la carcajada con el sonido de la puerta. Aún con la luz apagada alguien se habría dado cuenta de que no estaba dormida, quizás por el sonido de su teléfono.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y se puso en pie para abrir. No se escuchaban ya voces en los pasillos, estarían todos en sus habitaciones.

Abrió la puerta, era el doctor Wilde. Contuvo la respiración de nuevo. Le gustaba verlo con ropa corriente, una camiseta y un pantalón cualquiera, como si ni siquiera fuese el doctor de los vídeos que estaba acostumbrada a ver.

Lo de sus ojos era impresionante con cualquier vestimenta y con todos los tipos de luz. Wilde se cruzó de brazos y se dejó caer en el marco de la puerta.

—Tus benefactores dicen que son ellos los que deciden lo que necesitas y no tú —dijo y Anastasia alzó las cejas.

—¿Has hablado con ellos? —Giró la cabeza para mirar el reloj—. ¿A estas horas?

Pa` *qué le habré dicho yo nada a este. Los benefactores me van a mandar a tomar por culo.*

—¿Se han molestado? —Ana había abierto los ojos como platos y vio a Wilde contener la sonrisa.

—¿Molestarse? ¿Por qué? —Wilde se retiró del marco y dio unos pasos, no se dirigía a su despacho, quizás a la cocina.

Anastasia cayó en la cuenta de que no había probado bocado desde el mediodía.

—¿Los conoces, verdad? —El sueño desapareció levemente. Ahora su estómago emitía unos latigazos extraños, desconocía si la razón era fisiológica o eran directamente él y aquella curva que le hacía el pantalón de algodón bajo la cintura. Lo siguió por el pasillo.

Pero él no respondió, entró en la cocina y abrió el frigorífico. Ana entró tras él y la luz directa la hizo entornar los ojos.

El doctor sacó un cacharro de plástico de una de las bandejas y lo metió en el microondas. El olor que comenzó a salir de él le recordaba a una salsa amarilla que hacía su madre con el pescado.

A eso olía, bacalao cocinado con especias. El olor hacía que lo de su estómago aumentase.

Es hambre.

Wilde la miró de reojo mientras abría el microondas. El olor aumentó, no era exactamente el mismo, este era más especiado. Bajó los ojos, Wilde había colocado el cuenco de plástico delante de ella.

Me habrá notado en la cara que estoy muerta de hambre.

Lo cogió por los bordes.

—Gracias —le dijo retirándose hasta la mesa de madera que había en la cocina.

Volvió a sonar el microondas.

—Siento no haberme dado cuenta. —Lo oyó decir mientras se oía un tintineo, él había abierto un cajón—. A veces ni siquiera me acuerdo de comer yo.

Ana contuvo la sonrisa y cogió el tenedor que le daba el doctor.

—Los demás nos llevaremos los créditos, ya estoy segura —respondió y, hasta estando él de espaldas, le vio el movimiento de cabeza para reír.

Volvió a sonar el microondas y otro tintineo procedente del cajón. El plato era exactamente el mismo, verdura con un pescado en salsa y especias. Brandon Wilde se sentó frente a ella.

—¿No te gusta? —preguntó y Anastasia asintió. Él frunció el ceño, a veces aún seguía sin creerla del todo. Su expresión la hizo contener la sonrisa—. Pues come.

Él se inclinó para comprobar si había probado la comida, así que se apresuró a coger el primer trozo y llevárselo a la boca. Era tierno, jugoso, y al masticarlo la mezcla de especias se esparcía por la boca.

—Tus benefactores también dicen que retirarán la financiación de inmediato si te mato de hambre. —Lo oyó decir.

Ana se llevó la mano a la boca para que el pescado no saliese disparado con la carcajada.

¿Quién leches son, por Dios? Lo conocen demasiado bien.

Por suerte había jarras de agua y vasos por todas partes, como la bandeja del dormitorio. Se apresuró a llenarse uno y bebió.

Tragó al fin el pescado atorado, Wilde la miraba y vio un frunce de sus labios que se esforzaban para mantenerse juntos.

Si me atraganto también te lo retirarán.

Ana bajó la cabeza para que no la viese reír.

—Aquí usan muchas especias para todo, ten cerca el agua por si acaso —le dijo y empezó a comer él también.

Miró el cuenco; llevaba razón, una mezcla de especias que le daba un sabor intenso.

Y así desatasco el intestino mañana.

No había probado el WC de la casa desde que llegó. Solía pasarle los primeros días en lugares nuevos y más aún cuando allí el baño era compartido para casi todos. Supuso que Wilde sí tendría uno en su dormitorio, que para eso era el jefe.

—¿Quién me eligió? —preguntó y levantó los ojos hacia Wilde.

Él alzó levemente las cejas, le gustaba aquella expresión tan extremadamente seria que hasta tenía su punto cómico, una ironía que no había sido capaz de entender en los primeros momentos junto a él. Wilde no era ni parecido a lo que le pareció ver en el aeropuerto.

Y lo que estaba descubriendo le estaba encantando.

—¿Acertó al elegirte? —respondió él.

Lorena preguntaba si sus ojos en directo eran como se veían en los vídeos. Para nada, lo de los vídeos no era nada comparado con tenerlos de frente. Anastasia tragó saliva.

La cagó. Y fue una suerte que lo hiciese. Pero ahora cargo con la culpa de no ser quien todos creéis.

Los que ponían el dinero de su estancia y Wilde, que había depositado toda la confianza en ella.

Las especias comenzaron a hacerse pesadas en su estómago.

—Los habría mejores, estoy segura —respondió.

Al menos con una titulación oficial.

Miró hacia su plato de nuevo, aunque los colores que rodeaban el pescado se difuminaron. Su capacidad le permitió hacer el grado en menos tiempo que la media, y justo en el momento cumbre, cuando iba más rápido que nunca, se le truncó por razones ajenas.

—Yo también estoy seguro —dijo él—, de hecho, los últimos eran mejores.

Anastasia levantó la cabeza enseguida para mirarlo.

¿Me está vacilando?

—Nunca habían detenido a uno de mis becarios en el aeropuerto —añadió él sin mirarla—. Los habría devuelto a todos.

Pero a mí no me ha devuelto.

Wilde aún no sabía lo de su capacidad en el aeropuerto. No la había devuelto, tampoco cuando vomitó hizo el intento. La curiosidad le pudo.

—¿Por qué a mí no? —preguntó y entornó los ojos esperando su respuesta.

Brandon soltó el tenedor en el cuenco y ladeó la cabeza al mirarla, pudo ver sus labios moverse de nuevo. Cuando se esforzaban por mantenerse firmes se le dibujaban unas líneas a los lados de la boca. Era tremendamente fácil leer a Wilde. Cada gesto se grababa en su mente igual

que lo hacían los datos y los símbolos, ahora podía relacionarlos y ver en él aún más de lo que quería decirle. Nunca le había pasado con la expresión de las personas, quizás porque su conciencia no se detenía demasiado en nadie.

Acababa de comprobar que Brandon Wilde comenzaba a interesar a su cabeza tanto como los símbolos del Antiguo Egipto.

—Porque ningún becario me había mentido tan descaradamente con una especialidad que no existe ni había llegado hasta aquí cargando con una lámpara de cuatro mil años y de dudosa procedencia.

Anastasia intentó no hacer ningún movimiento con la cara para que no se le notase que se le estaba desprendiendo a trozos. Se metió otro pedazo de pescado en la boca.

—Razones suficientes para enviarme de vuelta a San Fernando —dijo en cuanto tragó.

Volvió a ver los labios de Wilde contenerse, se levantó para soltar el cuenco en el fregadero.

—Aún estás a tiempo —añadió ella mirándolo de reojo.

Y él se giró antes de que pudiese volver a ver aquel movimiento de labios.

—Hay algo peor que dos locos trabajando juntos. —Se dirigió hacia la puerta. Puso la mano en el marco y se volvió para mirarla—. Y es un loco trabajando solo.

La tormenta regresó y rellenó el hueco que estaba dejando libre el estómago, aunque el tintineo del hambre continuaba.

O ya no es hambre.

—Ya he enviado las indicaciones al capataz para excavar la supuesta pirámide al revés.

Ana alzó las cejas, la tormenta tomó velocidad y potencia, le llegó hasta el pecho. Notó cierto peso en los ojos al escucharlo decir aquello.

—Si fallamos, seremos el ridículo de la temporada —añadió él y ella asintió con la cabeza—. ¿No te importa?

—¿A mí? Yo acabo de llegar, solo soy una becaria —dijo mirando de nuevo hacia su plato después de verlo reír dirigiéndose hacia el pasillo.

—Ahora sí, buenas noches, Anastasia. Mañana volverás a trabajar con Fineas, yo regreso a la zona de excavación.

Levantó la cabeza, al ver que Wilde no estaba, se puso en pie. Tuvo que sujetar la silla para que no se volcase o despertaría a todos.

—Yo quiero ir —dijo alzando algo la voz. Encontró a Wilde en el pasillo y frenó en seco.

Se arrepintió del arrebato. No sabía si Wilde tendría algo más que hacer. Algo a lo que ella no pudiese acompañarlo, algo en forma de paleontóloga.

Alzó una mano.

—No importa. Olvídalo —se apresuró a decir antes de que él respondiese.

Pero vio a Wilde entornar los ojos.

Que sí, que es mentira. Que quiero ir, pero ahora me ha dado vergüenza.

Dio media vuelta con rapidez y se dirigió de nuevo a la cocina.

—A las siete, pero preparada en la puerta o me iré solo. —Lo oyó decir con voz firme.

Que serán poco más de las seis y media cuando llame a mi puerta para decirme que es la hora.

Entró en la cocina y se asomó al pasillo. Wilde ya había girado hacia el pasillo de su habitación. Se mordió el labio inferior.

No separarme de él en toda la temporada.

La tormenta prometía ir a más dentro de ella. Aún no había movido un grano de arena y ya le

estaba encantando la búsqueda de Sekemer, en todos los sentidos.

Solo deseaba llevar a Wilde hasta él. El resto de ideas fugaces que se le pasaban por la cabeza no se atrevía ni a desearlas. La lámpara no estaba en su bando.

16

Encogió la nariz frente al espejo cuando escuchó el sonido de un golpeteo en la puerta. Miró el reloj. Las seis y treinta y cinco minutos.

Anda que me iba a equivocar.

Se apartó el lápiz de labios de la boca para reír.

—Es la hora. —Lo escuchó decir con firmeza al otro lado.

La madre que lo parió. ¿Qué hora tiene puesta en los relojes?

Llevaba despierta desde mucho tiempo antes, su cuerpo estaba adaptado al horario de la panadería. Pero la voz de Wilde era mucho más motivadora que la alarma del horno.

Dejó el lápiz sobre el aparador y cogió la pequeña mochila de la cama para dirigirse a la puerta.

Abrió la puerta y encontró a Brandon Wilde, ya lo esperaba allí, en la puerta.

No recordaba ninguna expresión similar en él los días anteriores, la recordaría. Ya sabía que de él lo recordaba absolutamente todo, hasta una marca cerca del rabillo del ojo, que por la forma parecía una cicatriz de alguna pompa de varicela. Su hermano Aitor tenía varias en la cara exactamente iguales.

A Brandon Wilde hasta una mínima señal le quedaba bien.

Se quedó quieta dejando que la mirase unos instantes.

—Buenos días —le dijo la joven.

—Vamos. —Ella sonrió cuando Wilde le dio la espalda para seguir el pasillo hasta la entrada. Las prisas iban inherentes a Brandon Wilde desde bien temprano. Allí las horas volaban y comenzaban a contar desde antes de que saliese el sol.

Lo siguió a media distancia, Wilde dejó la puerta abierta al salir fuera del piso, en el rellano del ascensor, pero Anastasia se detuvo un instante en la puerta. El mueble de la entrada tenía un espejo alargado hasta el suelo. Entornó los ojos mirando su reflejo y de inmediato cierto ardor le invadió la garganta.

Entendió que quizá la razón de la expresión de Wilde, de su demora cuando la vio aquella mañana, era que por primera vez ella iba vestida exactamente igual que él. Igual que todos ellos. Y no era Sherman, ni ninguno de los ayudantes de su padre ni del equipo de Wilde.

Era Anastasia.

Ella.

Tragó saliva mientras se giraba para colocarse de frente a aquel espejo. Ni en graduaciones, ni en fiestas ni con trajes tradicionales, ni siquiera cuando tenía la edad dulce y arrolladora de su primera juventud. Nunca. Jamás. En ninguna circunstancia su reflejo había tenido nada que la hiciese voltearse y mirarse una segunda vez.

Los rizos caían a ambos lados de su cara, aleonados, como siempre, con largos dispares que hacían que los tonos marrones se mezclasen unos con otros. Dio un paso hacia delante, hasta sus colores, que nunca le llamaron lo más mínimo la atención, parecían mimetizarse con los neutros de la camisa y el pantalón completando el conjunto.

Era como si en aquella imagen pudiese escuchar el clic del cierre de los eslabones de una pulsera. Se había cerrado, completamente cerrada, hermética.

—Doctora Ortega, por favor. —Oyó la voz de Wilde y el vello se le erizó en los antebrazos.

El ascensor estaba ya abierto. Volvió a tragar saliva intentando que los ojos volviesen a su estado normal. Cogió aire despacio y el olor a Wilde se mezcló con él al pasar para entrar en el habitáculo estrecho.

Y allí, dentro del ascensor, había un segundo espejo donde podía verse al lado de él. Como si hubiese editado una foto de una proyección de la universidad y hubiera puesto su cara en el cuerpo de cualquier otra que solía ver junto al doctor Wilde.

Solo había una diferencia, recordó que la mayoría solían llevar el pelo recogido y bajó la cabeza enseguida. No solía recogerse el pelo, no era una melena muy apta para los recogidos y luego cuando la soltaba resultaba un desastre. Además, acostumbrada a tanto volumen, solía verse la cara muy pequeña sin aquel marco exagerado.

Se dio media vuelta para dejar de mirarse y vio a Wilde mirarla de reojo.

—¿No te reconoces? —El ascensor se abría y salió con rapidez, antes que Wilde—. En unas semanas ya no te reconocerás de otra manera.

Sintió el tintineo de las llaves, bajó la cabeza, las tenía a unos centímetros de su pecho.

—Ya no me reconozco de otra manera. —Cogió las llaves.

Demasiados años esperando. Su vocación llegó temprana, demasiado temprana, aun siendo una niña ya jugaba a las excavaciones. Nunca soñó con otra cosa.

Pero no era un juego. Era una excavación real, un proyecto ambicioso con uno de los mejores doctores y un mano a mano con el mayor rival que siempre tuvo aunque no quisiera reconocerlo: su padre.

—Quiero que sepas que eres la única de todo el equipo que está a favor de excavar en torno a esa base —le dijo subiéndose al coche.

—¿Estás seguro tú? —Anastasia se montó también y se colocó el cinturón. Miró a Wilde.

Arrancó el motor y lo puso en marcha, tuvo que esperar a que la puerta del garaje se abriese por completo.

—Con todos mis ayudantes diciéndome la multitud de alternativas coherentes… tengo que estar desvariando.

Y solo la becaria te anima a excavar una posible pirámide invertida, claro que estás desvariando. Pero me encanta que desvaríes.

—¿Estás seguro tú? —volvió a decirle.

Era lo único que quería escuchar. Miró a Wilde de reojo. Comenzaba a ser consciente de que no correspondía lo poco que lo conocía y la libertad con la que su cuerpo reaccionaba con él, también su lengua, que cada vez meditaba menos qué tendría que decirle.

Y no importaba mucho lo que le dijese. Con Brandon Wilde solo una pequeña parte eran palabras.

Notó un roce en la mano, sobre el volante.

—¿Qué haces? —Le había cogido el volante y se lo movía—. Suelta, que nos vamos a dar un…

—Te vas a quedar aquí atascada si no… —Ella le quitó la mano de un manotazo—. ¡Adelanta a ese! —le señaló con el dedo y se oyó un pitido de otro vehículo a la izquierda—. Ya no puedes, ¿ves?

Anastasia detuvo el coche, seguían los claxon sonando delante y detrás. Un extraño atasco.

—Eres demasiado correcta conduciendo, aquí no avanzarás mucho si eres correcta —añadió él.

Lo vio acercar la mano de nuevo al volante y le dio otro manotazo.

—Estoy conduciendo yo, ¿no? Pues deja que conduzca yo. —Le llevó la mano a Wilde hasta la pierna—. No vuelvas a coger mi volante.

—Vamos a llegar a mediodía al puerto —replicó él.

—Yo voy a llegar a mediodía al puerto, a ti te tendré que dejar en un hospital, hoy, mañana, la semana que viene… —Se aseguró de que la mano de Wilde estuviera lejos y puso en marcha el coche de nuevo—. Si sigues con esa actitud y sin comer ni dormir, no llegarás ni a la mitad de la temporada.

Lo que no sé es cómo tiene ese buen aspecto. Debería parecer un sin techo.

Siguió el camino y vio la mano de Wilde moverse.

—Ni se te ocurra tocar el volante —le advirtió.

Tuvo que detener el coche, otro vehículo se le había atravesado.

—Otra vez te han dejado atascada. Bájate, lo llevo yo —dijo él abriendo la puerta.

Mira que es… me está poniendo nerviosa hasta a mí.

—Voy a vomitar. —Anastasia no hizo por quitarse el cinturón.

Wilde ya había rodeado el coche.

—Pero vomita por la ventana. —Él mismo le abrió la puerta.

Ella alzó las cejas.

Y lo dice tan en serio. Vamos, que no es ironía.

—El capataz nos está esperando en el puerto, se espera una tormenta de arena a media mañana y no quiero que nos pille allí en medio.

Un coche se detuvo justo al lado de el de ellos.

—Buenos días, doctor Wilde. —Los ojos enormes de la doctora Sherman se detuvieron en ella.

Amanecía y un rayo de sol iluminaba a Sherman como si fuese un ser celestial. Tenía que reconocer que entre la paleontóloga y Sherman, el gusto de Wilde con las mujeres era acorde a él.

—¿Le ha pasado algo al coche? —preguntó bajando la mirada hacia la rueda.

El coche de la doctora estaba ocupado por dos personas más, la chica con gafas que estaba a su lado se inclinó para mirar también la rueda.

—Pensaba que sí —respondió él colocando la bota sobre la rueda y apretando con ella.

Anastasia tuvo que desviar la mirada y contuvo la risa.

—Pero no, el sonido habrá sido de otro coche.

Es peor que yo.

Tuvo que sujetarse los labios con los dientes.

O al menos igual.

—Es una suerte, no saldrán más ferris hasta mediodía. —El coche de Sherman se movió despacio—. Nos vemos allí si los coches dejan avanzar a tu becaria —añadió con una leve risa, aceleró y esquivó el coche que atoraba a Anastasia.

—¿Ves? Déjame a mí. —Wilde tiró del cinturón.

—Sube —replicó ella activando la marcha atrás.

—Vamos a llegar tarde —protestó él mirando cómo Ana desplazaba el coche hacia atrás.

—Por eso no podemos perder el tiempo discutiendo. Sube. —Wilde se retiró y ella cerró la puerta.

El doctor fue rápido en subirse.

—Vamos a perder el barco. —Wilde tiró del cinturón.

No llegó a colocárselo, Ana aceleró colocando el coche en diagonal al resto, subiendo a la acera.

—¿Qué haces? —Wilde se asomó por la ventanilla.

—No ser correcta. —Subió una segunda rueda a la acera y avanzó montando el coche por completo.

—Pero no así. —El doctor se volvió para mirar por el cristal de atrás.

Rodeó el atasco de coches por fuera.

—¿Es esa calle? —preguntó.

En cuanto él se lo confirmó volvió a acelerar. Bordeó otro de los coches parados y se cruzó delante de los que avanzaban entrando en la calle.

Se oyeron pitidos. El coche dio un cimbronazo al bajarse de la acera. Vio el vehículo de Sherman que accedía a la calle.

¿Que me ves en el barco si me dejan los coches?

No cabía galantería alguna, se metió delante sin ceder el paso.

A tomar por culo.

Miró por el retrovisor, Sherman ni siquiera le había pitado. Vio a Wilde negar con la cabeza.

—¿Si lo haces tú no te da fatiga? —Lo oyó decir con ironía.

Anastasia volvió a mirar por el retrovisor, Sherman los seguía de cerca.

—¿Es así con todos o es algo personal contigo? —preguntó y vio a Wilde contener la sonrisa.

Él se giró para mirar a través del cristal.

—Hay de todo, creo —respondió—. A la derecha en la próxima.

Volvió a esquivar otro coche para adelantarlo, entraron en una carretera donde podía coger más velocidad.

Ya vio lo que parecía el puerto.

—Acabas de demostrarle a Sherman que es fácil sacarte de esa aparente tranquilidad. Y eso le encanta.

Wilde le indicó que siguiese por una pasarela hasta que cruzó a una plataforma, parte del barco que iba a cruzarlos al otro lado.

—No lo hagas más —añadió él—. O serás su afición favorita esta temporada.

—Y si no lo serás tú, ¿no? —Salió del coche y miró a Wilde, que salía por el otro lado—. Porque si te pones tal y como te vi ayer cuando te pitan o se te cruza un coche, no me hace falta saber cómo reaccionas cuando te lanzan dardos.

¿Y el desayuno pa` *cuando? Al otro lado del río solo se ve arena.*

Arena y una pared de roca enorme, contuvo la respiración al ver construcciones a lo lejos, en la misma roca.

Mucho se temía que no comerían hasta como mínimo media mañana.

Vas a morir y me vas a arrastrar contigo a la muerte.

—Lo mío ya no tiene remedio, pero a ti no te conoce —dijo él.

Y tanto que lo tuyo no tiene remedio.

Se le vino a la mente el olor al pan recién hecho en el horno y su boca se llenó de saliva.

Wilde se detuvo en la baranda del barco.

—Bienvenida al desierto, doctora Ortega. —Brandon entornó los ojos hacia Deir el-Bahari.

—¿Para desayunar arena? —preguntó ella colocándose junto a él.

Al mirarlo de reojo fue consciente de que él acababa de acordarse.

—Ya comimos anoche y regresaremos a mediodía —dijo él quitándole importancia.

—Hasta mediodía sin comer… —Anastasia negó con la cabeza.

Que este no llega a mitad de la temporada es ser muy optimista.

Él se giró hacia ella mientras fruncía el ceño.

—¿Cuántas veces necesitas comer al día? —Brandon se inclinó levemente para decírselo.

—Como todos los humanos, tres veces como poco. Las mismas que necesitarías tú. —Bajó los ojos hacia su propia mano.

La retiró enseguida del borde de la camisa del doctor Wilde. No sabía cómo había podido llegar hasta allí, fue reflejo cuando él se inclinó, supuso, un gesto automático. Giró la cabeza hacia el agua mientras se escuchaba el sonido del barco que avisaba para salir.

Vio a Sherman y la parte superior, ya había subido las escaleras y los habría visto.

Sujetándole la camisa.

Era una suerte que no fuese muy amiga de la doctora Eastwood.

Voy a terminar con el esqueleto delante de una vitrina.

Se dio media vuelta y se llevó la mano a la frente. Sintió a Wilde cerca de su hombro.

—No necesito a una madre aquí. —Lo oyó demasiado cerca y se sobresaltó.

Wilde la rebasó para dirigirse hacia la parte cubierta del ferri, supuso que sería la cabina del capitán.

Claro que la necesitas.

Wilde solo había conseguido aumentar el estado en el que la hizo entrar Sherman. Se giró para mirar hacia el agua y cogió aire.

Miró hacia la cabina, Wilde hablaba con un hombre de piel dorada que estaba en la puerta. Tendría que ser el capataz.

Ninguna de las veces que vio los vídeos, ni por asomo, se imaginaba a Brandon Wilde tal y como era. No quería ni imaginárselo sacando bollos del horno con la panadería abarrotada los domingos. No sobreviviría.

Entornó los ojos. No sabía qué tipo de vida llevaba Sherman, quizá sería una más parecida a la que imaginaba. Pero Wilde… él solo vivía, o más bien malvivía por su trabajo.

No sé ni cómo le ha salido novia.

Era de su ámbito, no podía ser de otra manera. Aquel hombre no salía de su círculo más que para dar conferencias. Pero lo de no comer, ni dormir ni tener un solo segundo para nada más hacía que ella misma se contagiase con la ansiedad.

—¡Anastasia! —Lo oyó llamarla.

Es intensito, el gachón.

Había salido el sol y con él comenzaba el calor. En la excavación y con Wilde cerca, en ese estado continuo, supuso que los grados serían máximos.

Sekemer debe de estar en la tumba rezando para que este no lo encuentre.

Contuvo la sonrisa a sus propios pensamientos.

—Ella es la doctora Ortega —la presentó al capataz—. Dirigirá la cara norte.

¿La qué?

Miró a Wilde enseguida, aunque no tuvo mucho tiempo, el capataz le tendió la mano enseguida.

—Él es Farid, nuestro capataz —añadió Wilde.

El hombre le apretó la mano con cierta fuerza.

—¿Soporta bien el calor, doctora Ortega?

—Soy del sur de España, el calor no es ningún problema —respondió y el hombre sonrió.

—¿Cuántos hombres dirige? —Le soltó la mano, áspera como pocas.

—Cincuenta, pero trabajarán por turnos. Las condiciones son un tanto especiales.

—Me imagino. —Se giró para mirar tras ella, Sherman estaba acompañada de la chica de las gafas y de un hombre más. Su cara estaba grabada a fuego en ella más que ninguna, salvo la de Wilde.

Segundo encuentro con su padre, demasiado pronto otra vez.

Anastasia dio un leve paso hacia atrás y colocó su hombro tras el de Wilde. Otro acto por reflejo, quizás en un intento de pasar desapercibida, de esconderse, de escapar o simplemente porque frente a ellos se sentía mejor detrás de él.

Cobarde.

—Nos ha dicho Farid que has cambiado la zona de excavación. Otra vez —dijo Sherman.

—Ahí abajo debe haber un templo. —Hickman se colocó al otro lado de Wilde—. Me parece más interesante tu zona anterior. —Le puso la mano en el hombro a Wilde. Por un momento Ana apreció que Hickman no tenía la soberbia de Sherman con él, quizá porque con él no había tenido nada amoroso. Eran solo alumno y profesor, no lo consideraría competencia—. Estaremos cerca, unos doscientos metros hacia el norte.

Mi padre en el culo, qué maravilloso.

—La zona de Anastasia —respondió Wilde y vio a Sherman cruzar enseguida la mirada con Ben Hickman.

Tú sigue resaltándome, que verás la que se va a liar.

—Un muro, un pozo y la base de un obelisco. —Hickman se había inclinado para mirarla tras Wilde—. Si encuentras algo más, me interesaría estar delante. No creo que haya nada más abajo.

Me ha dejado la pirámide del revés, la madre que lo parió.

—Bastante bien para empezar —dijo Sherman—. La doctora tendrá que coger experiencia, no creo que Brandon Wilde le deje una zona caliente. —Miró a Brandon—. A él le gusta hacerlo todo solo.

Dardo.

—Esta vez la zona es grande, he repartido la tarea entre mis ayudantes —respondió Wilde mirando a su capataz.

—Cincuenta hombres en cada turno, ya. —Sherman se apartó de él para dirigirse hacia la baranda del barco. Ya llegaban al otro lado—. Nueva financiación. Enhorabuena.

—Salimos ya. —Hickman la siguió—. Ya sabes lo de la tormenta —señaló a Wilde—. Doctora Ortega, un placer verte de nuevo. Y suerte en tu primera temporada.

Tu puta estampa.

Sonrió, sin embargo.

—Suerte —dijo también Sherman.

Los siguió con la mirada hasta que se subieron al coche de Sherman. Tenía que reconocer que al verla en directo y no a través de un cristal en un vídeo, con demasiada edición y *postureo*, Sherman seguía siendo la profesional arrolladora que ganó toda su admiración. Era una mujer a la que hasta la soberbia que gastaba con Wilde le quedaba bien.

Un cañón de tía en todos los sentidos.

A Sherman ni siquiera le hacía falta un mísero lápiz de ojos para que su belleza resaltase en plena sencillez. Sus ojeras algo más oscuras que el resto de su tez eran parte del decorado. Aunque la doctora Eastwood era también de una belleza impecable, sus ondas artificiales y el

maquillaje le restaban méritos ante la naturalidad de la brillante Sherman.

El coche arrancó y salió del barco camino del desierto. Anastasia miró a Wilde, él aún observaba el coche y la estela de polvo que formaba al tomar velocidad.

—¿Qué es eso de la cara norte para mí? —le preguntó al doctor. Aún no le había dado tiempo ni a que le temblasen las piernas.

—Ya lo has oído, la zona es muy extensa y no puedo estar en todas partes. —Se alejó de ella para dirigirse también al coche.

Anastasia echó un vistazo a la cabina antes de seguirlo, el capataz Farid no estaba por ninguna parte, así que se dirigió hacia el coche.

Wilde se había puesto frente a la puerta del conductor, no le quedó más remedio que darle las llaves, esperaba que al ser desierto abierto no condujera de aquella forma. Tampoco se atrevía a hacerlo ella misma y meter el coche en un hoyo de arena.

—Os organizaré por equipos —dijo abriendo el coche.

—¿Y no es mejor que el mío lo dirija alguien con más experiencia? —preguntó antes de que él cerrase la puerta.

—No hay nadie más en el tuyo. —Cerró la puerta y arrancó el coche aunque aún ella no lo había ni rodeado para subirse—. ¿Piensas quedarte aquí?

Ya estamos con las simpatías.

Estaba claro que a Wilde no le sentaba bien cruzarse con Sherman y Hickman, dudaba si en la rivalidad con la doctora Sherman se veían aún resquicios de lo que fuese. Un leve nervio le recorrió el estómago.

Se sentó en el asiento del copiloto. Era consciente de que ambos tenían algo al otro lado que no les era indiferente. Wilde a su excompañera. Y ella a su verdadero padre.

Y eso le daba un tono competitivo a la búsqueda que sobrepasaba los niveles normales de una investigación.

Se sujetó a la puerta cuando Wilde aceleró, pisaba el pedal sin mucho tacto.

—¿Desde cuándo tú y Sherman tenéis esa… rivalidad? —Por mucho que lo intentó, no pudo dejar de sonar irónico.

—Desde siempre, desde que estudiábamos en Londres —respondió él.

Apenas podía verse a través de la nube de polvo que levantaban las ruedas gruesas del coche, ahora entendía por qué eran tan altas y enormes. El desierto parecía estar hecho de arenas movedizas.

—Ella quería ser la mejor, y yo siempre he sido un estorbo. —Lo vio mirar por el retrovisor, quizá esperaba otro coche, el del capataz—. Y lo sigo siendo.

Tuvo que sujetarse de nuevo a la puerta en un movimiento brusco del vehículo. El estómago comenzaba a avisarla de que no soportaría mucho tiempo sin evacuar.

—Hickman nos tanteó hace unos meses, aunque decía que iba a trabajar solo. Estaba claro lo que pretendía.

Y ha sido una suerte que elija a Sherman.

No quería verse en el mismo bando que su padre.

—Sherman siempre ha sido la sensata —añadió Wilde.

Se hizo el silencio un instante, quizás porque ella no intervenía a lo que estaba diciendo Wilde. Qué podría decir cuando hablaban de algo que no le era indiferente. Su padre y su predilección por la doctora Sherman.

Era tal y como lo había percibido siempre. Aunque no quisiese reconocerlo, de alguna

manera siempre sintió que aquel lugar que ocupaba la doctora era el que le hubiese pertenecido a ella. Quizás por eso siempre la admiró, por eso siempre fue su referente. Porque aunque en la distancia no supiese que su padre se inclinaba una vez y otra hacia su alumna, ella lo imaginaba.

Hubiese sido su lugar en otras circunstancias. Y estaría mucho más preparada, con más experiencia y conocimiento. Hubiese crecido entre ruinas almacenando información sin límites.

Espiró aire despacio intentando soltar lo del pecho y miró hacia la ventana. El desierto extenso se abría a todos los lados. Al fondo podía ver algunos yacimientos esperando la nueva temporada. Pero Wilde pasaba de largo, el suyo era un lugar más alejado, sin nada que pudiese indicar que allí habría nada, como decía Hickman.

—La cara norte —dijo ella y lo hizo casi en un murmullo. No había sido consciente de que lo había pronunciado en su idioma natal y que Brandon Wilde no la entendería.

El todo o nada. Si Wilde llevaba razón, Sekemer estaría bajo sus pies. Le había dado la zona más controvertida, la más absurda. Un muro, un pozo, y la base de lo que fuese.

Cerró los ojos. Lo del pecho no se le pasaba. Cuanto más tiempo pasara allí, cuanto más se cruzara con Hickman y Sherman, aquello del pecho también iría a más. No era fácil. Había fantaseado durante toda una vida con otra que hubiese podido ser, porque ella estaba hecha para ello. Como si la hubiesen configurado genéticamente para aquella profesión.

Anastasia Hickman.

No quería ni imaginarlo. También su padre perdía en esa nueva ecuación. Hubiese tenido a una ayudante impecable y fiel, aparte de a una hija, acompañándolo en cada investigación.

Pero lo único que se le ocurrió a su padre al saber que su madre estaba embarazada fue darle un sobre con tres mil libras para que abortase, porque él regresaba a sus investigaciones y excavaciones. ¿Su vida era incompatible con una familia y con ser padre? Lo veía con Sherman, por supuesto que no.

Notó la humedad en los ojos. No podía dejar que aquel sentimiento le mermara la capacidad y las ganas. Si no lo hizo cuando estaba lejos, en la panadería, mientras veía los vídeos de todos ellos, aún menos lo haría cuando un grupo de benefactores y Brandon Wilde le estaban dando la oportunidad de demostrar si de verdad llevaba razón cuando pensaba que no podría dedicar su vida a ninguna otra cosa.

Porque lo llevo en la sangre.

Abrió los ojos despacio y lo miró a él. Había tenido suerte. Confiaba en él y en su criterio, no podían haberle extendido mejor mano que la de Brandon Wilde. Y quizá por eso su cuerpo tendía a ponerse tras su hombro cuando Sherman y Hickman estaban delante. Ellos le producían un sentimiento que aún no era capaz de digerir, pero que la presencia de Wilde hacía que lo llevase mejor.

El coche frenó y el doctor se quitó el cinturón enseguida. Ana desbloqueó el seguro para abrir la puerta y bajarse. El calor era sofocante, la propia arena desprendía una flama que le recordaba a las playas de su ciudad, a mediodía en pleno verano. Avanzó unos metros.

Se inclinó para tocar la arena mientras él rodeaba el coche. Cogió algo de arena y la soltó. Puso la palma de la mano en ella para apoyar una rodilla.

Mi casa.

Una extensión de arena que removerían y excavarían con una centena de obreros tantas horas como el clima les dejase. Ante tal cantidad de dunas, entendió por qué decía Wilde siempre lo del tiempo. Siempre sería poco tiempo para tal cantidad de arena.

La humedad en sus ojos aumentó al darse cuenta de la magnitud de lo que le acababa de

deparar el destino. Giró la cabeza para mirar al doctor. Estaba junto a otro coche, hablaba con el capataz, que iba acompañado por otro hombre.

La tormenta en el estómago fue inmediata. No importaban los sentimientos que le produjeran Hickman y Sherman, lo que le estaba pasando a ella al fin estaba por encima de todo lo demás.

Era su vida y su oportunidad.

Volvió a bajar la mirada hacia la arena y cerró el puño cogiéndola. Cerró los ojos para sentir el calor que subía rodilla arriba y que se arremolinaba en su pecho.

No es una vida imaginada. Es la tuya, la de verdad. Ahora sí.

Cogió aire, hervía en sus fosas nasales, pero hasta su cuerpo parecía haber estado expuesto al calor tantos años como para acostumbrarse.

Desconocía qué pudiera haber abajo, pero quería hundirse en la arena, indagar, explorar. Comprobar qué secretos guardaban aquellas montañas de tierra.

Y la necesidad llegó hasta su estómago. Una pala, un azadón, no le importaba excavar con las propias manos.

Tuvo que abrir la boca para aspirar, el aire seguía quemando.

Sekemer, Amesis, si estáis ahí, llegaré hasta vosotros.

El vello de todo el cuerpo se le erizó a pesar del calor. Corriente de aire tibio que le recorría por dentro produciéndole calambres nerviosos que le provocaban más placer que molestia. Y que hacían que la humedad de los ojos aumentase.

Le esperaban semanas llenas de incertidumbre, de fracasos, de gloria…

Y estaba deseando recorrerlas.

Volvió a aspirar el aire y esa vez notó el calor de las primeras lágrimas en sus mejillas. El polvo se pegaba a la piel, una sensación a la que tendría que acostumbrarse pronto.

Sintió un tintineo a su espalda y movió levemente la cabeza. Wilde ya estaba con ella.

—No sabía que esa capacidad tuya también hace que puedas reproducir los mapas en el suelo y en escala real —le dijo rebasándola y deteniéndose algo más adelante que ella. Luego se dio media vuelta para mirarla—. Estás justo en la cara norte.

Anastasia volvió a cerrar la mano en la arena, de nuevo el vello se le levantaba espalda abajo. Aún sentía el peso en los ojos, tuvo que bajarlos para que Wilde no los viera, últimamente había algo en ellos que al doctor le llamaba la atención. No quería meditar la razón. No estaba en circunstancias para hacerlo.

Volvió a escuchar el tintineo. Quizá no había podido ocultar su estado ante Wilde y él se alejaba de ella para dejarla sola. Fuera por la razón que fuese, lo agradecía.

Levantó la barbilla para mirarlo, estaba a unos metros, observaba el resto de la zona. Y a lo lejos, tras unas dunas, podía ver algunos coches. Apreció el pelo de Sherman ondeando a la par de los picos del pañuelo que la doctora solía llevar envolviendo su cuello, quizá un elemento que debería tener en cuenta ella misma, por si una corriente de polvo llegaba de improviso.

No había estado nunca en el desierto, pero sabía que a ratos allí no se podía respirar.

Su primera vez en el desierto y podía sentir que los grilletes de las cadenas que la ataban a aquella arena se cerraban por completo alrededor de sus tobillos. No volverían a abrirse nunca más.

Acababa de anclarse a un lugar del cual sabía que por sangre, la egipcia y la egiptóloga, no podría separarse jamás.

No me equivocaba.

Era su sitio en el mundo. Miró su mano y abrió el puño dejando caer la arena de nuevo en la

duna.

Volvió a oír el tintineo, había algo en la ropa del doctor Wilde que sonaba cuando se movía. Encontró el puño de su camisa abotonada en la muñeca y el dorso de su mano a unos centímetros de su cara.

Wilde le ofrecía su mano para que se incorporase.

—Doctora Ortega —le dijo y ella le cogió la mano para ponerse en pie.

Cuando se incorporó, su mirada se dirigió enseguida hacia el equipo de Hickman y Sherman.

Y todo su cuerpo se paralizó. No había sido consciente de que Wilde llevaba razón, aunque había sido casualidad que ella se arrodillase en la cara norte, ahora podía extender el mapa en el desierto y las dunas. Su capacidad sí era capaz de ampliarlo y pasarlo con cierto detalle y margen de error.

Entornó los ojos hacia ellos, sentía la mirada de Wilde en la sien, sin embargo. Pero no pudo prestarle atención, seguía perdida en ellos. En su padre a un lado, Sherman más alejada, algún capataz y ayudantes.

Eso es…

—La Corona de Ra. —Apretó la mano del doctor siendo consciente de que desde que se incorporó no se la había soltado. Y notó el sobresalto en el pecho de él.

Miró a Wilde enseguida.

—Están buscando a Sekemer en La Corona de Ra —añadió fijándose en los pliegues de su entrecejo. Tal y como había imaginado, en medio del desierto, sus ojos eran dos verdaderos océanos.

La Corona de Ra, aquella constelación inacabada en el dibujo de Amesis, que al igual que ella su padre tuvo que completar bien. Y la había localizado por sondas en Deir-el Bahari. Le brillaron los ojos, tenía que reconocer que la teoría de Hickman estaba a la altura de las circunstancias. No podía ser de otra manera, siendo el mejor egiptólogo de la actualidad.

Wilde volvió a mirar al equipo de Sherman.

—¿Ocupan toda la constelación? —preguntó. Ana volvió a ser consciente de que su hombro chocaba con el comienzo del pecho del doctor, y de que su mano aún no lo había soltado.

—No —respondió y tiró levemente para soltarlo. Pero Wilde la apretó—. Es un espacio demasiado grande.

—Estamos a tiempo de desplazarnos. —Lo oyó decir—. ¿Dónde acaba la constelación?

Anastasia volvió a mirar a Sherman y a Hickman, y uno por uno en cada lugar que se habían colocado.

Espiró despacio.

—Aquí. —Esa vez el pecho de Wilde se sobresaltó de manera más brusca—. En la cara norte.

Sintió la presión en su mano.

—Un pozo, un muro y la base de un obelisco —repitió las palabras de su padre. Había querido disuadirles de la idea. Anastasia cerró los ojos—. Su ubicación es parte de las estrellas de La Corona de Ra. No puede ser un muro. —La constelación formaba una línea de estrellas diminutas en aquella parte, era también la parte que faltaba en el dibujo de Amesis.

La tensión nerviosa le subió brazos arriba hasta los hombros. Si hubiese tenido una pala o una azada, habría comenzado a excavar ella misma.

—No hay una teoría descabellada y una teoría sensata. —Abrió los ojos y los dirigió directamente hacia los de Wilde—. Es la misma teoría con distintas razones.

En ese momento fue ella la que apretó la mano del doctor. Él había bajado la barbilla despacio, ya no la miraba. Quizás quería evitar algún tipo de competencia tan cerca, ahora si Sekemer estaba allí, cualquiera de ambos equipos podría encontrarlo.

Y la zona de Sherman era más cercana a la tumba del faraón y a toda la parafernalia que había alrededor y que aún estaba por descubrir. Quizás todas esas pequeñas tumbas y templos podrían llegar hasta la zona de ellos y encontrar decenas de cosas y no a Sekemer.

—Si no nos hubiésemos extendido hasta aquí, lo habrían hecho ellos —dijo él alzando los ojos. Si de por sí eran luminosos, con cierto brillo aumentaba aún más aquel efecto de agua sobre la arena.

Ana no dudaba de que su padre se hubiese extendido hasta allí. Pero Wilde fue más rápido aunque hubiese sido a última hora, tan solo la noche anterior, antes de que Hickman hubiese podido extender el mapa de una constelación en el suelo del desierto como estaba haciendo en ese momento. Hickman quería la zona, ya sabía que su extensión llegaría a la base del obelisco, o de lo que fuese que habría allí abajo, lo delataba de la forma que le había hablado de ella, algo despectivo. Quizás en un intento de alejarlos de la cara norte de la excavación.

—Gracias —añadió Brandon Wilde.

Fue consciente de que habían estado a punto de perder la zona. Los mismos ayudantes de Wilde no estaban de acuerdo con la excavación en aquellas formas desordenadas del suelo.

Anastasia giró la cabeza hacia él.

—Dos locos trabajando juntos quizás no sea tan mala combinación —dijo ella y Wilde contuvo la sonrisa.

Volvieron a mirar al otro equipo.

—Centraré aquí los trabajos y el mayor número de hombres —dijo él y Anastasia aflojó la mano hasta que se soltaron. El efecto en su pecho fue el comienzo de una leve tormenta que amenazaba con ir aumentando por segundos, a medida que él volvía a girar el cuerpo hacia ella —. Si de alguna manera esa parte y esta están conectadas, debemos ser más rápidos que ellos.

Anastasia asintió con la cabeza. Sus rizos en la parte izquierda se movieron de manera brusca tapándole uno de los ojos. El polvo fue inmediato.

—La tormenta. —Wilde tiró de ella hacia el coche.

Las voces del otro equipo llegaron hasta ellos. Se avisaban unos a otros.

—Se ha adelantado. —Volvió a tirar de ella y le agarró la mano de nuevo para que echara a correr con él.

Joder.

La camisa no le llegaba a cubrir la barbilla por mucho que tirase de ella. Los pañuelos de Sherman se convirtieron en una necesidad. Y eso que solo era el primer amago de la tormenta. Pero era imposible respirar con el polvo que el aire le metía por los ojos, la nariz y la boca.

Apretó la mano de Wilde y corrió tras él entre las dunas, las botas se hundían haciendo que tuviera que emplear fuerza en cada zancada. Una bocanada más fuerte hizo que tuviese que cerrar los ojos.

Al detenerse notó que Wilde también se detuvo. Sintió el roce de la tela llena de polvo alrededor de su cuello y le llegó hasta la mejilla. El olor al doctor penetró intenso en unos orificios algo colapsados. Que el doctor le hubiese envuelto con el brazo, evitando que el polvo le llegase a la cara, hizo que la tormenta de dentro superase a la externa de una manera considerable.

—Anastasia, hay que llegar al coche. —Lo escuchaba sin poder abrir los ojos. Le había

entrado arena y comenzaban a llorarle. Pestañeó, pero sus párpados volvieron a cerrarse sin hacer mucho caso a las órdenes de volver a abrirse.

Se agarró a Wilde y lo empujó levemente para que continuase. Lo sintió darse la vuelta y consiguió engancharse a la parte de atrás de su camisa y alguna tira de su pantalón. Volvieron a acelerar, la arena bajo las botas, en la oscuridad de sus párpados cerrados, se tornaba aún más maleable, blanda, se hundía sobremanera. Se cubrió la cara con el brazo, el viento se había hecho intenso y no podían correr como antes. Tenía ganas de escupir, de coger aire con fuerza, de limpiarse las lágrimas que no dejaban de resbalar de sus pestañas. Pero apenas podía separar la cara de su brazo.

Wilde se detuvo, quizás a él también se le habrían llenado los ojos de arena. Otra bocanada de viento y esa vez se agarró a Wilde con más fuerza, la sensación era de que su cuerpo saldría volando en cualquier momento. No recordaba que el coche estuviese tan lejos de donde estaban.

Hundió la cara en la parte trasera de la camisa de Wilde, huyendo del polvo. No podía ni respirar.

Sintió el seguro del coche al abrirse y el cuerpo de Wilde moverse, con aquel viento no era fácil ni abrir la puerta.

—Entra. —Casi no le hizo falta moverse, la había agarrado de alguna forma que no sabía explicar y la metió dentro del coche, empujando para entrar él detrás. Fue consciente de que aún quedaban restos del ambientador concentrado dentro. Pero hasta aquel olor era agradable después del aire repleto de arena.

Aún no podía abrir los ojos. No estaba en la parte delantera, no cabrían los dos en un mismo asiento. Tendrían que estar detrás.

Pestañeó levemente, le pinchaba algo en uno de los ojos, pero el otro se mantuvo abierto, aunque lleno de agua era imposible ver bien.

Apreciaba al doctor de rodillas mientras buscaba algo en el maletero.

—A veces las previsiones cambian. Tienes que ir acostumbrándote y tener cerca alguna mascarilla o algo para cubrirte.

Sintió el agua caliente en la cara, de golpe, abundante, tanto que le mojó el pelo y le chorreó hasta los pantalones y la camisa, no podría tener otra temperatura si estaba dentro del coche.

No le dio tiempo a volver a abrir los ojos, enseguida el rizo suave la cubrió por completo. Wilde soltó la toalla para que la sujetase ella. Se oyó el sonido de más agua caer, él también se estaría limpiando.

Anastasia se secó bien la cara, ahora entendía por qué Sherman no usaba ni una sola pizca de maquillaje sobre la protección solar. La razón estaba en la toalla blanca que tenía en las manos, emborronada de colores marrones, algo más oscuros del leve rímel, y del rosa apagado de los labios.

Esto es el desierto, no una fiesta.

Ni el más discreto maquillaje servía allí.

Ahora pareceré un mapache.

Volvió a limpiarse los ojos, aún quedaban restos de arena por dentro. El resto del maquillaje pasó a un segundo plano. Miró a Wilde de reojo, abría una pequeña pipeta de plástico con la boca. Acercó la punta con forma de pitorro a la cara de Ana.

No le dio tiempo a preguntar. Él le sujetó la cara y el chorro cayó directo a uno de sus ojos.

—¿Qué…? —Chorreó por su cara y llegó hasta su boca. La sal le descubrió el enigma mientras Brandon hacía lo mismo en el otro ojo, que ya estaba cerrado.

—Abre. No tienes tres años. —No importaba si podía abrirlo o no, el dedo del doctor era muy efectivo desplazando el párpado. El chorro cayó dentro, más aún que en el primero.

Anastasia apretó los párpados en cuanto él los liberó. Pero Wilde no le había soltado la cara aún.

Esa vez el chorro de suero tenía más fuerza y fue mucho más largo, a través del agujero derecho de su nariz, atravesándola por completo y llegándole hasta la garganta. La arcada fue inmediata.

Fue rápida en coger la toalla y taparse con ella, aun sin ver.

—¿También esto te hace vomitar? —Lo oyó con cierta ironía.

Tuvo que sonarse en la misma toalla, por reflejo, sin meditar la vergüenza o el hecho de llenarla de mocos. Era eso o vomitar directamente.

Se descubrió la cara, ya podía respirar, al menos por un orificio. La sensación desagradable había durado tan solo unos segundos y la mejora era llamativa y agradable. Podía abrir los ojos y pestañear.

Miró a Wilde, pero enseguida notó el plástico en el otro orificio de la nariz, a traición y de golpe. Volvió a pegarse la toalla en la cara y escuchó la risa de Wilde.

—Para esto no te preparan en las aulas. —Lo oyó decir mientras se sonaba y daba otra arcada. Aquel salado en la garganta era angustioso—. Ni para los escorpiones. Lo de los escorpiones es infinitamente peor.

Ana se quitó la toalla de la cara enseguida y miró a Wilde.

Por Dios, escorpiones…

—Cuidado con hacer locuras como apoyar las manos cuando se levante alguna piedra o bloque de construcción —le advirtió, quizás su cara delataba el pánico—. Y también cuando entremos en los habitáculos que encontremos. Aun aparentemente sellados los bichos acampan a sus anchas.

Brandon detuvo su mirada en su cuello, unos centímetros más abajo del lóbulo de su oreja. Lo vio alargar su propia toalla y limpiarla con ella.

Volvió a sonreír.

—Bienvenida al desierto y sus encantos. —Su sonrisa se amplió mientras se incorporaba para colocarse en el asiento delantero pasando por en medio de los dos sillones.

Anastasia alzó las cejas. No se veía nada a través de los cristales más que arena revoloteando. Estar fuera tendría que ser como ser enterrada viva. Y eso lo decía una persona acostumbrada al fuerte levante en zonas de playa.

Pero nada era comparable con eso.

—¿Todas son así? —preguntó incorporándose para colocarse también delante, en el asiento del copiloto. Vio a través del espejo que el doctor volvía a sonreír.

—Estas son las más normales que puedes encontrarte. No preguntes cómo son las otras. Ni siquiera el coche nos libraría.

La miró mientras pasaba al asiento delantero por encima de la palanca del coche. Ana se dejó caer en el asiento siendo consciente de que el doctor comprobaba que sus ojos estaban volviendo a la normalidad.

—Ya puedes hacerte una idea de lo que nos espera aquí y todo lo que tienes que traerte todos los días —añadió Wilde asomándose al cristal, podían verse unos metros de suelo fuera, la tormenta pasaba.

Ana miró el asiento trasero. Allí estaba el chaleco del doctor, uno sin mangas con uno de los

bolsillos abiertos. De allí habría sacado el suero, el agua, y las dos toallas pequeñas.

Tantos bolsillos no serían decorativos, supongo.

Volvió a mirar a Wilde, podía juzgar por su pelo, aunque ya se había echado agua, cómo estaría el de ella que encima era abundante y rizado.

No quiero ni mirarme en un espejo, por Dios.

No se atrevía ni a sacudirse.

La tormenta había pasado por completo, el doctor arrancó el coche. Regresaban a casa.

Anastasia echó una última mirada hacia la zona de excavación. Todo el vello se le erizó. El comienzo se acercaba.

Cuando el coche giró tuvo que torcer el cuerpo para seguir mirando. Podía ver a lo lejos aún los coches del otro equipo.

Vosotros y nosotros.

Ni en el mejor de sus sueños.

17

La ducha había sido más que placentera, el polvo había calado por el cuello de la camisa de una manera que no esperaba. Una de las empleadas de Wilde había pasado un aspirador. Supuso que ya estaba acostumbrada a las tormentas de arena y al efecto en los arqueólogos al llegar a casa.

Se había puesto unos pantalones de algodón, tipo chándal, y una camiseta de media manga. Había saciado el hambre y su pelo se había secado por completo enroscándose como siempre. También se había quitado los restos de rímel de los ojos, prometiéndose no volver a maquillarse.

Después de comer y de la ducha, se había quedado dormida leyendo uno de los libros que le había llevado Lois para que aprendiese algo más sobre las peculiaridades de la simbología de la época de Sekemer. Anastasia tenía unas nociones demasiado genéricas en los milenios de la cultura egipcia, y eran demasiados años. Necesitaba acortar a tan solo una pequeña porción los años justos que pensaban que había vivido Sekemer.

Un aprendizaje a contrarreloj para servir de ayuda. Wilde se lo había puesto muy difícil, o quizás ella misma se lo había puesto muy difícil, al fin y al cabo, Brandon Wilde no le exigía nada más que ayuda. Pero aquella confianza ciega que había depositado en ella a pesar de conocerla de apenas unos días atrás, sumada a que su padre estaba al otro lado, en el bando contrario, hacía que quisiese beberse cada lámina y cada papiro que le acercaban los ayudantes de Wilde.

Suspiró al mirar la montaña de libros sobre la mesa, sabía de antemano que ni dejando de dormir tendría tiempo antes de que comenzasen las excavaciones. También sabía que una vez comenzasen, pasaría la mayor parte del tiempo en el desierto y tampoco tendría mucho más tiempo.

Pero pararse a perder el tiempo lamentándose del escueto margen no la llevaría a ninguna parte, así que esparció el primer dosier en la cama. Esperaba no volver a dormirse. Llevaba demasiado sueño acumulado, sin contar con que su superpoder requería cierto descanso si lo presionaba más de la cuenta, o la tensión lo haría funcionar a medio gas. Y lo necesitaba pleno, más que nunca.

Oyó un sonido procedente del móvil, su madre preguntaba que por qué no había cambiado el dinero de cuenta. Suspiró al leerlo. No lo había meditado mucho, tan poco había pensado en el dinero que dejó pasar los días. Con los embargos de la familia ya quedaría poco.

«Salda las deudas, mami».

Tampoco meditó la respuesta. Si su presencia allí salvaba a su familia, podría darse por satisfecha aunque no encontrase más que escombros sin importancia en el desierto. Cierto nervio le invadió el estómago. Su ambición estaba muy lejos de lo que significaban los números en una cuenta bancaria.

No necesitaba nada material.

Estiró los brazos en la cama y sintió el crujido dorsal a mitad de la espalda.

Lo que necesitaba estaba más adentro. El nervio aumentaba.

El móvil volvió a sonar.

«Es tuyo, te lo mereces. No es justo que tú sola cargues con todo».

Leyó el mensaje dos veces mientras se le apretaba el interior de la garganta.

Tengo todo lo que deseaba.

Lo de la garganta aumentó.

Una oportunidad que no alcanzaba ni a soñar y la tranquilidad de que su familia estaría bien, un reseteo que necesitaban para volver a empezar. Para que sus hermanos tuviesen la oportunidad de estudiar sin trabas. Para que su madre trabajase sin presión. Para que su padrastro dedicase el tiempo necesario para su recuperación.

Su madre se equivocaba. No era ninguna carga, al contrario, era una liberación para todos.

«Sáldalo todo».

A medida que pasaban los días y avanzaba en el equipo, la sensación de ser un fraude iba mermando. Aún desconocía qué pasaría cuando todos lo descubriesen. Solo esperaba que fuese a última hora, después de la temporada. No quería perder la oportunidad ni mucho menos perder el tiempo pensando en que pronto la echarían de allí. Así no podría avanzar. Necesitaba estar óptima para avanzar.

Lo de la garganta aumentó aún más con la respuesta de su madre.

«Tres mil libras».

Y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tres mil libras, el sobre que Hickman puso encima de la mesa para el aborto. Cuando su madre lo decía significaba que ella era uno de los mayores orgullos de su madre, que mereció la pena cada decisión y cada paso que dio, por muy difíciles que fueron algunos años.

Se limpió las lágrimas del ojo derecho, las del izquierdo se le escaparon y mancharon la pantalla.

«Te quiero», le respondió Ana.

Dejó el teléfono en la cama mientras se abría el chat de sus amigas en una ventana.

«Queremos saber más». Había puesto Lore.

Sonrió limpiándose los ojos de nuevo. Negó con la cabeza poniéndose en pie. No podría contestarles hasta después, tenía aún trabajo por delante y el móvil lo dejaba para las últimas horas de la noche, cuando sus ojos ya no funcionaban del todo bien y el sueño le vencía a no ser que este le cogiese desprevenido sobre un libro.

Abrió la puerta y salió al pasillo. A aquellas horas de la tarde la mayoría solía salir, pero oía voces en la cocina. No reconoció la del doctor Wilde, sí la de Lois y la de Fineas. Y la de una mujer más.

Esa voz…

El nervio del estómago le aceleró las pulsaciones levemente mientras la invadía una especie de vértigo.

Llegó hasta la puerta de la cocina. Enseguida Lois, que estaba sentada en la mesa de frente, alzó los ojos hacia ella y su gesto hizo que Margot se girase por completo. Llevaba un vestido de algodón marrón ajustado, con un cinturón ancho que le marcaba la silueta. Su pelo a ondas rubias parecía ser su *look* habitual más allá de la recepción del ministerio. No tenía nada que ver con Sherman, muy lejos estaba la elegancia y el cuidado en cada detalle de Margot Eastwood de la sencillez y ausencia de artificios de Antonella.

Y, sin embargo, le da tres mil vueltas a esta.

El nervio y el vértigo aumentaron.

No puede ser que esta tía le guste más que Antonella.

—Anastasia, ¿verdad? —dijo la mujer como si no estuviese segura de su nombre.

—Anastasia —respondió ella entrando en la cocina y dando pasos hacia el frigorífico.

Vio que Margot la siguió con la mirada a pesar de que Fineas decía algo sobre la excavación.

Dos días.

Wilde ya había recibido la fecha por parte del capataz.

—Lo sé por Sherman y Hickman. —La oyó responder.

Ana se giró enseguida hacia ellos. Aún no sabía por qué la doctora estaba allí, aunque podía imaginarlo. Y las razones aumentaban lo de su pecho a límites un tanto difíciles de disimular.

—¿Ellos empiezan el mismo día? —preguntó Ana acercándose a la mesa con una jarra de agua.

Margot la miró como si hubiese preguntado algo evidente.

—Claro —se apresuró a responder Lois—. Además, dice Brandon que van a estar más cerca de lo que esperamos. —La chica hizo una mueca y miró a Anastasia—. ¿Muy cerca?

—Unos doscientos metros —respondió ella y vio a Margot alzar las cejas.

—Para mí es mucho mejor así —dijo Margot sonriendo—. Ni siquiera tendré que ir en coche de un equipo a otro.

Anastasia se colocó en el lado de la pared, junto a Lois, y apoyó la cadera en la mesa.

—Por suerte mi zona es la sur —decía Lois—, ni siquiera tendré que verlos de cerca. —Miró a Fineas—. Tú el este.

Ambos miraron a Anastasia.

—Tú y Wilde el norte —añadió Lois y vio el pelo de Margot moverse al mirarla enseguida.

Notó que Margot estuvo a punto de abrir la boca y decir algo, pero la cerró y simplemente la observó. Quizás la razón de que estuviese allí esperando al doctor Wilde la hacía estar algo más amable que la noche de la recepción.

Ella desconocía las razones por las que Wilde había tomado la decisión de que no se alejase de él. Podría confundirse. El vértigo aumentó.

Brandon Wilde estaba en la puerta de la cocina y Margot se giró hacia él.

—Voy a robaros un rato al doctor Wilde —dijo ella acercándose hacia él, y Lois y Fineas rieron.

Anastasia frunció levemente el ceño observando la expresión de Wilde, ni siquiera había contenido la sonrisa. Había pasado las suficientes horas con él como para saber que no tenía el semblante serio que aparentaba a ratos.

Aquella misma mañana lo había visto con más ganas de salir camino al desierto que en ese momento a una cena con la doctora Eastwood.

Anastasia apoyó la espalda en la pared al completo, el nervio subía esternón arriba a medida que Margot se acercaba a Wilde.

No me gusta, ¿por qué?

Ni siquiera su mente se atrevía a darle la respuesta. Contuvo la respiración.

Brandon Wilde se giró para dirigirse hacia la puerta, lo oyó decirle algo a Fineas.

—Lo he acabado hace una hora —respondió el codirector de Wilde.

—Llévaselo a Anastasia —respondió deteniéndose mientras Margot lo empujaba en el brazo.

Fineas se reía mientras se acercaba a la puerta de la cocina para verlos salir. Ana oyó la puerta cerrarse y soltó el aire contenido.

Me jode, ¿por qué?

La respuesta tampoco llegó dentro de su cabeza. Lois y Fineas la miraban. Así que intentó no hacer ningún gesto que la delatara.

—No le eches cuenta a Wilde, ¿vale? —le dijo Fineas y Lois rio—. Va a exprimirte y hacer

zumo con tus sesos si le das margen.

La risa de Lois aumentó.

—No lo hace de malas en absoluto, es que no se da cuenta. —Fineas alzó las manos—. De hecho, es buena señal que lo haga contigo, solo lo hace cuando formas parte del centro de su equipo.

Fineas sonrió mirándola.

—Así que trabaja y cuando estés agotada pasa de él y descansa, come, duerme y haz todas esas cosas que hacemos los mortales para no morirnos y que él no necesita.

Sonrió al escucharlo. Fineas miró hacia la puerta.

—Ni siquiera sé cómo ha podido salir hoy, este mediodía me dijo que no iba a ir a ninguna parte —añadió él y el nervio de Ana aumentó entre las costillas. Fineas volvió a mirarla a ella—. Vas a trabajar en la zona norte con él y tienes que hacer lo posible por sobrevivir.

Las carcajadas de Lois se hicieron sonoras.

—No te tenses —dijo ella—, no te sientas obligada a hacer lo que él hace. No durarías ni una semana a ese ritmo. Lo de Wilde no es normal, créeme.

Ana ladeó la cabeza dirigiéndola hacia la puerta.

—¿Sherman también es así? —Despegó la espalda de la pared.

—No, y es una de las razones por las que no pueden trabajar juntos. Sherman no soporta cuando Wilde se pone intenso. —Se detuvo para reír.

—Nadie lo soporta cuando se pone intenso —intervino Fineas—, pero los demás nos callamos y Sherman lo embiste directamente. No te fíes de la cara de ángel de la doctora, prefiero a Wilde cien veces.

Dejó caer de nuevo la espalda en la pared.

—¿Y Hickman? —preguntó intentando que la curiosidad por su padre disipase aquella sensación que le habían dejado Brandon y la doctora Eastwood.

—Hickman está en otra esfera, es completamente independiente trabajando, salvo que encuentre a alguien lo suficiente brillante como para tenerlo a su lado. Creo que en el fondo piensa que todos somos imbéciles.

Lois entornó los ojos mirándola.

—Aunque no sé lo que pensaría de alguien que es parecido a él —añadió la mujer y Anastasia alzó las cejas—. Creo que sería un gran palo para él saber que no es único en la tierra, y aún menos en el desierto.

Le sería un palo aún mayor saber por qué soy igual que él.

Lois hizo una mueca.

—Ni siquiera creo que le guste conocer que no es el único. —La mujer miró a Fineas y este asintió con ironía.

En otras circunstancias habría aprovechado para preguntar más sobre Hickman, y un carácter que estaba deduciendo que era un tanto complicado. Pero si era sincera, en aquel justo momento, su padre le importaba menos que de costumbre. Su estómago estaba ocupado en otra cosa.

Y no es hambre.

Bajó los ojos. Nunca imaginó que ninguna otra cosa pudiese producirle más efecto que Ben Hickman y una lucha de habilidades y oportunidades. Cogió aire despacio mirando a través de las láminas de madera del estor de la ventana. Desconocía si Margot y Brandon habrían salido en el coche del doctor. ¿Ella soportaría sin vomitar aquella manera peculiar de conducir?

El vértigo aumentaba lindando con una sensación fatigosa que no le gustaba. No recordaba

por qué había acudido hasta la cocina, si era por agua o comida. Ya no necesitaba nada más.

Páginas, letras y libros.

Quizás ellos sí podrían alejar aquella sensación incómoda. Suspiró mientras se acercaba a la puerta.

—Dos días, Ana —oyó decir a Fineas—, y empieza la fiesta.

Se giró para sonreírle.

—Lo debes estar deseando. —Lois sonrió también—. La primera vez es la más especial. Aunque por suerte este trabajo siempre es especial.

—Llevo años esperando esto —les respondió.

E incomprensiblemente ahora que lo he conseguido, me siento rara porque el director de mi equipo ha salido con la novia.

Se llevó la mano a la sien.

Con la que tengo encima.

Cerró la mano entre sus rizos.

—Pues a disfrutarlo —le respondió Fineas.

Asintió.

Si ni siquiera me corresponde estar aquí.

Se despidió con la mano de los dos.

Con la que tienes encima, Ana. Eres una fraudoctora, *hija no reconocida del jefe de la competencia, y como tengas que devolver la pasta que te han dado cuando se descubra el pastel, seguramente acabarás en la cárcel por insolvente. Eso sin contar con que Wilde ha depositado toda la confianza y esperanza en ti y tienes que dar el doscientos por cien de tus habilidades para no decepcionarlo. Porque ya va a tener bastante con la decepción cuando se entere de que eres un puro engaño. ¿De verdad te jode que el doctor salga con esa mujer? La mierda te llega al cuello, ¿te permites pararte en esas cosas?*

Cerró la puerta de la habitación. El malestar no se iba, al contrario, iba a más.

Anastasia, eres una pedazo de gilipollas de libro.

Los libros estaban esparcidos por todas partes. Apartó una silla para acercarse a la ventana. Allí en el poyete solía dejar el móvil mientras se cargaba. Se apresuró a enchufarlo, más tarde se le olvidaba cuando comenzaban a cerrársele los ojos.

Leyó de nuevo aquel «Queremos saber más» de su amiga Lorena.

Se llevó el móvil a la boca.

—No hay mucho más que saber —le respondió—. Esto no es una fiesta por muchas películas que os imaginéis. Llevo mucho mejor lo de mi padre… —Apretó los labios antes de continuar—. Hasta yo me estoy sorprendiendo, ¿sabéis? Cada vez me importa menos. Creo que lo estoy consiguiendo al fin.

Por un motivo que no esperaba.

—Quizás lo único que necesitaba era esta oportunidad.

Con un jefe de equipo que desvaría, pero que consigue menguar otros asuntos por muy interiorizados que los tuviese.

Entró un audio de Elena.

—No sabes lo que me alegra escucharte decir eso, pero no te noto la voz del todo bien, así que eso quiere decir que… hay otra cosa que ocupa tus pensamientos y que no te hace feliz.

Lore escribía.

«¿La beca? ¿Sus benefactores? ¿Las deudas de su familia? ¿Que descubran que no es

doctora? Si yo no sé ni cómo sigue respirando».

Tuvo que reír al leerla.

—Ni yo tampoco —respondió sin grabarse ni enviar nada. Suspiró.

«¿Wilde?». Elena había copiado la lista de preocupaciones que había enumerado Lorena y añadió una más. A él.

Me cago en la leche. Las dos brujas estas.

Recogió la cortina y algo le llamó la atención en la cama. Abrió aún más la ventana para verla. Había una nueva pila de libros encima de la colcha y algo más junto a ellos.

—Mi lámpara. —Frunció el ceño acercándose mientras escuchaba de fondo más mensajes llegando al grupo.

Llevaba pegado un pósit azul claro.

—Es justo que la tengas tú. Cuidado con lo que deseas —leyó y se tapó la cara con la mano riendo.

Cogió la lámpara y se la pegó al cuerpo sujetándola con una mano. Bajó los ojos para mirarla.

—Vuelves a mí. —Un objeto aparentemente insignificante y todo lo que significaba para ella. Ahora pasaba a ser parte de un trato que mantenía con Brandon Wilde, un trato que no pensaba romper. Ella no iría a ninguna parte lejos de aquel equipo. No sabía si la decepción, la otra que les esperaba a todos, sería también penalizable con la lámpara.

Lo había llegado a meditar y en todas las posibilidades se inclinaba a dejársela al doctor.

Aunque él ya no quiera saber nada de mí.

Se llevó la lámpara a la parte superior de la barriga, donde estaba el centro de su remolino de arena. El que le producía el vacío por dentro y aquellas dentelladas de vértigo y nervio extraño. Y no sabía si era por la intensidad de aquel objeto o por la nota de Wilde, pero la mejoría había sido instantánea.

Se llevó el móvil a la boca.

—Todo va bien, ni os preocupéis. —Soltó el botón y dejó el teléfono sobre el poyete.

Se tumbó en la cama echando a un lado los libros. Dormiría entre ellos, ya estaba acostumbrada, lo había hecho siempre.

Colocó la lámpara cerca de la almohada y pasó el dedo por ella, por dentro, notando el relieve. La idea de volver a encenderla le tentaba. Seguro que en alguno de los mercadillos encontraría la mecha y el aceite.

Alargó la mano apagando la luz del techo para solo alumbrarse con la luz pequeña de la lámpara de la mesita de noche y enseguida notó cómo su cuerpo se hundía en el colchón. Le gustaba el olor a jabón que desprendían las sábanas en aquella casa, uno natural sin artificios.

Sonrió al volver a ver la lámpara y el pósit a tan solo unos centímetros de ella.

—Dos días. —Volvió a pasar el dedo por el interior de la lámpara.

Dos días y comenzaría la excavación.

Wilde y yo. La cara norte.

Y a tan solo unos metros más adelante estarían su padre y Sherman. Cerró los ojos y puso la palma de la mano en la lámpara, dirigió los ojos hacia el pósit de Wilde, no tenía una letra muy legible, supuso que el caos sería generalizado en su vida.

La tormenta de arena hizo acto de presencia de nuevo.

—Cuidado con lo que deseas… —Contuvo la sonrisa de nuevo.

Demasiados deseos para una sola lámpara, ahora que sabía que hasta la más remota

circunstancia era posible. No había más explicación. La magia debía de existir. No había otra explicación para que se hubiesen alineado todos los elementos de aquella manera tan perfecta.

Deseo llevar a Wilde hasta Sekemer.

Volvió a contener la sonrisa, no quería ni imaginar al doctor si se daban las circunstancias. Se llevó la mano a la sien sin dejar a reír. Miró la lámpara de nuevo.

El deseo de encontrar a Sekemer no era tan solo por ver la reacción de Hickman. Y la sensación era aún más placentera con las nuevas razones.

Aunque su razón estuviese en aquel momento con la doctora Eastwood.

Deseo que Wilde…

Suspiró y sacudió la cabeza.

—No puedes pedir eso, Ana. —Volvió a sacudir la cabeza—. No, no, no…

Se mordió la lengua y miró la lámpara.

—De eso nada, no pienses cumplirlo. —Encogió las piernas y se incorporó para sentarse en la cama. Señaló la lámpara con el dedo—. Ni se te ocurra cumplirlo. No he venido yo aquí para joder a nadie que no sea mi padre.

Se levantó y se dio media vuelta para volver a mirar la lámpara. Se llevó un dedo a los labios.

—Ni siquiera he terminado de decirlo. Lo retiro. No vale. —Sacudió la mano en el aire.

Se dirigió hacia la ventana para recoger el teléfono y sintió unos golpes en la puerta. Se sobresaltó tanto que dejó caer el teléfono, fue capaz de sujetar el cable a tiempo, pero eso no impidió que cayese al suelo de madera. Era el iPhone PRO, enorme y pesado, el ruido fue contundente.

—¡La hostia! —Volvió a tirar del cable para elevarlo, pero este se tensó desde el enchufe de la mesa escritorio empujando una pila de libros. Cayeron al suelo también.

—¡Anastasia! —Escuchó al otro lado de la puerta.

¿Ya está de vuelta? Pero si acaba de salir.

Se giró para mirar hacia la puerta. Quizás por los golpes Wilde ni siquiera esperó a que le diese permiso para abrir.

Ana se quedó inmóvil.

Bienvenido a mi pocilga.

Desde que había puesto un pie en el piso, no recordaba ningún momento en el que su dormitorio estuviese más desordenado. Wilde divisó enseguida a los causantes del ruido, Ana estaba aún con el cable en la mano y con el teléfono colgando de él.

—Pensaba que te habías abierto la cabeza. —Él frunció el ceño hacia el teléfono de Anastasia—. ¿Tanto pesa eso?

Ella lo alzó hasta que logró cogerlo con la mano.

—No se ha roto al menos —respondió ella comprobando la pantalla.

Miró de reojo a Wilde y vio que se había percatado de que la lámpara estaba sobre la cama.

—Me han dicho Lois y Fineas que no has cenado, ¿quieres bajar conmigo?

Intentó que el sobresalto de su cuerpo no fuese perceptible. No estaba segura de si lo había conseguido.

¿Cómo? ¿Ha dicho con él? Solo con él. Pero si él iba a cenar con la gachí esa.

La tormenta de arena se despertó con una fuerza que hizo que su cuerpo basculase hacia un lado. Venía acompañada de calambres ombligo arriba.

Miró enseguida hacia la lámpara.

Me cago en mi puta estampa, pero si ni siquiera he terminado de decirlo.

Lo había pensado, eso sí, no podía negarlo.

—¿No ibas a…? —Ni siquiera fue capaz de acabar la frase, así que señaló hacia la puerta.

Wilde frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Tenía un asunto pendiente con la doctora antes de comenzar la excavación y ya he acabado.

La madre que me parió a mí y a la lámpara.

—¿Vienes? Te prometo no ir en coche —añadió él y Ana tuvo que contener la sonrisa.

Ella bajó la mirada para observar sus pantalones de algodón.

—Me tengo que cambiar —dijo y Wilde negó con la cabeza.

—No hace falta. —Tiró de su brazo para sacarla del dormitorio y que lo siguiese.

Cómo que no, no voy a ir en chándal a cenar contigo, leñe.

Pero ya iban por la mitad del pasillo, pasaron por la puerta de la cocina. Lois y Fineas aún estaban allí. Ya parecían saber a dónde iban porque Lois le dijo adiós con la mano con expresión irónica el leve instante que Wilde le permitió detenerse delante de ellos hasta que volvió a tirar de ella.

Y casi sin darse cuenta se vio con la tenue luz del ascensor frente a un espejo junto a Wilde. Él llevaba un pantalón marrón y una camiseta de media manga en crudo. Pero a él cualquier ropa lo hacía verse impecable. Hasta su pelo sin mucho peinado estaba perfecto.

El de ella era exacto al de siempre, volumen, ondas y rizos esparcidos a ambos lados de su cara hasta caer en los hombros. Y era en uno de los rizos de su lado izquierdo donde estaba la atención de Brandon Wilde, una hebra que tenía un tono algo más claro que el resto y que solía formar un rizo más pequeño, dejando un muelle cerca de su sien.

El ascensor llegó a la planta baja. Apenas pisaba la entrada al bloque, siempre solían salir por el garaje. Miró a Brandon de reojo, esperaba que volviese a tirar de ella, como solía llevarla a todas partes, a trompicones, pero él no se movió esperando a que Anastasia saliese primero.

—Gracias —le dijo al salir.

Aquella calle era tremendamente ruidosa, no podía ser de otro modo teniendo tal coloso delante al que ya comenzaba a acostumbrarse. La plaza, la calle y el templo de Luxor se estaban haciendo tremendamente familiares. Más aún lo estaba siendo el olor y el propio Brandon Wilde.

Cruzar por el medio de la calle, como trataba de hacer Wilde, era toda una odisea, pero él parecía estar seguro de lo que estaba haciendo, así que no dudó en seguirlo a pesar de que algunas motos los esquivasen rodeándolos sin detenerse. Accedieron por una estrecha calle de un lateral de la plaza. Le encantaba la iluminación que tenían las calles y tiendas más turísticas, de día no le habían llamado tanto la atención. Por la noche era un auténtico espectáculo.

Vio alforjas colgadas en el marco de una de las tiendas, su interior estaba lleno de artilugios de mimbre, pero también de cera y más objetos metálicos que desprendían un olor intenso.

Se detuvo.

Lámparas.

Algunas estaban encendidas, entornó los ojos intentando distinguir qué había en el interior de aquellas pequeñas vasijas. Sintió un roce en el brazo, Wilde se había dado cuenta de que se había detenido en aquella tienda.

—No me digas que piensas encenderla otra vez. —Tuvo que mirarlo al notar su tono irónico. Ana se mordió los labios para no reír mientras Wilde tiraba de ella, no como las otras veces, esa vez como lo haría el resto de personas que conocía.

Ana se miró el brazo y luego miró a Wilde frunciendo el ceño, había podido seguirlo sin dar

un traspiés.

—Pienso encenderla otra vez. —Dejarse llevar por él cuando era de manera suave tenía consecuencias diferentes en su cuerpo.

Y le gustaban.

Él se había dado la vuelta para ponerse de cara a ella, sin dejar de avanzar. Por suerte los transeúntes que iban de frente los esquivaron. El doctor seguía andando de espaldas.

—Tiene cuatro mil años. —Alzó las cejas al decirlo, lo que hizo que a ella le costase más contener la sonrisa.

Wilde frenó delante de una puerta pequeña con un letrero arriba en unas letras que no entendía.

—Por eso no va a romperse ahora porque la encienda —respondió mirando cómo Wilde no había cambiado un ápice su expresión. Su argumento no fue muy convincente—. No es una lámpara cualquiera para mí.

Y esa vez él sí bajó las cejas.

—Eso lo sé, ahora quiero saber el por qué. Y no me digas que no sabes de dónde viene, que siempre estuvo en tu casa o que tu madre la encontró en sus años de estudiante, porque no voy a creérmelo de ninguna manera. Si fuera verdad solo sería una lámpara y no lo es para ti.

Anastasia se mordió el labio. Debía tener cuidado con lo que decía. Sus similitudes con Hickman eran demasiado evidentes.

—Sea lo que sea, puedes contármelo —añadió él.

Alzó los ojos para mirarlo mientras tragaba saliva. Estaba claro que su similitud con el desierto era tal que Brandon comenzaba a hacer con ella lo mejor que sabía hacer entre las dunas; excavar. Pero esa vez que descubriese los secretos bajo la arena no dependía solo de él.

Por un momento ella dejó de respirar. No era capaz de decir una palabra y a su vez la invadía cierto remordimiento por no hacerlo. Una especie de pena que no venía a cuento ni entendía la razón.

La mano de Wilde le liberaba el brazo. Fue consciente de que Anastasia no respondería y, sin embargo, no encontró decepción en él. Quizá lo esperaba. Al fin y al cabo, apenas se conocían.

Brandon se apartó de ella dando un paso atrás mientras se inclinaba para reír. Anastasia frunció el ceño mirándolo, se sacaba algo de uno de sus bolsillos. Abrió la mano para que lo viese.

No puede ser.

Aquella sensación de tristeza en su interior aumentó con consistencia cuando vio el rollo anudado de la mecha y una pequeña botella rellena de un líquido blanco.

Contuvo la sonrisa mientras acercaba la mano a la palma de la de Wilde y tocaba el rollo de mecha. Si Wilde tenía la misma capacidad de intuición sobrenatural para el trabajo que tenía con ella, encontrarían a Sekemer en unas semanas.

Cogió el rollo de mecha sin separar su mano un ápice de la palma de Wilde, como si aquel peso en su interior necesitara un pequeño contacto con él para difuminarse. Volvió a dejar el rollo sobre su palma y cogió el bote, era pequeño, apenas unos dedos de líquido, suficiente para llenar el hueco interno del que disponía la lámpara.

La soltó también sobre su palma. El leve roce con su piel conseguía disminuir el peso y la tristeza. Era efectivo, casi inmediato.

—Gracias. —No quería cogerlo, prefería seguir manoseándolas sobre la palma de Wilde.

—No tienes que darlas. Por experiencia sé que con todo lo que nos queda por delante estas

semanas, es necesario que te rodees de lo que te haga sentir bien —dijo él y se activó la tormenta de arena de nuevo en su pecho—. Cuando llegas a casa… música, lectura o una lámpara con cuatro mil años. —Brandon se detuvo para reír—. Y mantén cerca tu teléfono, la familia, los amigos, se convierten en lo mejor del día.

Sonrió al escucharlo, seguir cogiendo y soltando los objetos ya no tenía mucha más excusa, estaba claro que era por tocarlo a él. Contuvo la respiración y retiró su mano de la del doctor para guardar la botella y el rollo de mecha.

—No voy a mentirte, las rachas de frustración se hacen largas y a veces no hay recompensa. —El doctor encogió levemente la nariz—. O la recompensa está destinada a otros.

Wilde se movió para que ella entrase primero al local.

Rodearme de lo que me haga sentir bien no va a ser difícil.

Pasó por delante de él sintiendo el cuerpo ligero. La entrada era un pasillo estrecho que se abría en un salón grande de paredes toscas decoradas con alfombras. Las mesas eran pequeñas con patas metálicas y tenían una iluminación exageradamente tenue, hasta el punto de que no sabía cómo se podría comer sin ver del todo el plato. A un lado había una especie de barra repleta de bandejas de comida de todo tipo que desprendían un conjunto de olores especiados que le hizo rugir el estómago.

Encima era un restaurante *buffet*, podría probar tanto como le permitiese su estómago. Y lo tenía tremendamente vacío.

Un señor se acercó a ellos.

—Doctor Wilde, un placer volver a verlo por aquí —le dijo el hombre en un inglés bastante bueno.

El hombre miró un instante a Anastasia y le hizo un gesto de cortesía con la cabeza.

No soy la primera mujer que trae, según su cara. Tampoco esperaba ser la primera.

Pero tal y como solía pensar respecto a la beca, las razones o circunstancias pasaban a un segundo plano. Estaba allí ella, no Sherman, no Margot Eastwood. Anastasia.

Miró a Wilde de reojo. Por mucha hambre que tuviera, hasta que la comida fuese buena, acababa de pasar a un segundo plano.

18

«Esto no nos lo puedes hacer, eh, Brandon. Dejarnos aquí tirados tanto tiempo sin saber». Era lo más suave que habían escrito en el grupo.

Wilde entornó los ojos hacia la pantalla mientras cerraba la puerta del dormitorio. Oyó también la puerta del dormitorio de Anastasia cerrarse. Se acercó el móvil a la boca.

—¿Tanto tiempo sin saber? No he estado ni dos horas fuera. —Envió el audio.

Llegaron las risas.

«Señores, calma, que esto es serio», decía Blake. «Ha dicho fuera. ¿Lo habéis leído? Ha dicho fuera. Ha estado fuera».

«Exacto». A Stoker no se le había pasado por alto tampoco. «Yo voto por que ha salido con Anastasia».

«Yo pienso que no ha sido capaz de salir con ella a ninguna parte que no sea por motivos de trabajo si antes no ha hablado con Margot».

Sonrió al leer a Byron.

«¿En menos de dos horas ha podido hacer las dos cosas?».

«Papá Mister Orwell ha hablado con él esta tarde, así que tengo claro que ha hablado con Margot», dijo Blake.

«Hemos perdido horas aquí intentando hacerle ver que, aunque no tuviese tiempo, necesitaba decirle a la doctora que la distancia sería definitiva. ¿Y ahora resulta que ha sido mérito de Hércules?», respondió Stoker.

Llovieron las risas.

«Tú sabes que Hércules utiliza palabras fuertes muy convincentes», dijo Marlowe, que había estado todo el tiempo plantando emoticonos entre las frases del resto.

«Y ¿cómo se lo ha tomado?», preguntó Byron. «Porque estaba claro que ella no era como Sherman, de verdad había pensado en otro recorrido».

Wilde se apresuró a responder.

«Dice que lo entiende, que esta temporada es importante para mí. Y que me vendrá bien centrarme».

«Ufff», dijo Marlowe.

Wilde frunció el ceño. Nadie añadió nada más y eso no era buen presagio.

«¿Y tú? ¿Estás bien?», le preguntó Byron.

«Muy bien», respondió.

Sorprendentemente, para faltar poco más de veinticuatro horas para clavar la primera pala, se sentía bien. Mejor que otras veces, siendo esta su excavación más importante.

«¿Y has estado casi dos horas hablando con Margot? ¿Dónde andabas, doctor Wilde?», preguntó Stoker.

Sonrió antes de responder. Incluso cerró uno de los ojos al enviar el mensaje y después el otro para no ver qué iban a decir. El móvil vibraba con cada sonido.

Abrió los ojos para leerlos y sonrió de nuevo.

«Y ahora, Hércules, corre a decirle a esas cuatro que el doctor ha cenado con la becaria», escribió. Su sonrisa se amplió y hasta dio una carcajada.

Casi podía verlas esperando el parte, no el que él les pasaba al correo, sino el otro, el menos

formal.

Hércules había acabado de escribir. Entró su mensaje.

«Creo que hace ya días que sabes que los genios no te enviaron una becaria. Te enviaron una compañera».

Una compañera con la que no contaba, pero que ahora no imaginaba el comienzo de aquella temporada sin ella. Parte de aquella energía positiva con la que enfrentaba la nueva fase de su trabajo eran las consecuencias de tener allí a Anastasia.

Rodearse de todo lo que haga sentirse bien.

Anastasia conseguía alejar todo lo malo que solía sentir los días previos a la excavación, dejando únicamente lo importante, la pasión por aquel trabajo.

Se cambió de zapatos y de pantalón a uno más cómodo antes de salir de nuevo hacia el despacho.

«Y te encanta, reconócelo». Era un mensaje de Hércules en el que aparecía un «reenviado» en la parte superior. Negó con la cabeza riendo.

Son tremendas.

La puerta de su despacho estaba abierta, recordaba haberla dejado cerrada antes. Se asomó dentro por si Fineas había salido de su dormitorio.

La luz tenue que había sobre la mesa se proyectaba en la pared y en las estanterías formando dibujos y constelaciones. Recorrió el despacho con la mirada y se le erizó el vello al ser consciente de que aquel diseño lo había hecho alguien cuarenta siglos atrás. Y había creado el ambiente perfecto para las horas de trabajo que hiciesen falta.

Dio unos pasos al interior del despacho y cerró la puerta. En ella también podía reflejarse algún dibujo sin mucha distorsión, con una precisión sobrenatural. Pudo reconocer alguna constelación aunque las estanterías repletas le difuminasen algo el detalle.

Miró hacia la mesa. Sobre una bandeja estaba la lámpara mientras la mecha llameaba en su interior. Ahora entendía por qué Anastasia se empeñaba en encenderla, aquella lámpara desprendía magia de verdad.

«Cuidado con lo que deseas. No suele fallar».

Sonrió al leerlo. Se inclinó hacia la lámpara para mirar su interior, cómo estaba tallada la doble pared para que proyectase con tan solo una llama tal nivel de dibujos. Volvió a retirarse y mirarla de lejos.

Se sobresaltó cuando sonó su móvil.

—Adriana, ¿sabes la hora que es? —respondió al teléfono.

—Sé que estabas en línea, nada más. Ponte en oculto si no quieres que te molesten —respondió su hermana con ironía—. ¿Te pillo haciendo algo importante?

Apoyó una mano en la mesa y ladeó la cabeza.

—Estaba a punto de pedir un deseo. —Oyó la risa de su hermana.

—¿No le has devuelto la lámpara?

—Lo hice, pero ella la ha traído de vuelta. Y encendida. —Miró a su alrededor de nuevo—. No puedes hacerte una idea —negó con la cabeza—. Tienes que verla.

—¿A la lámpara o a su dueña? —rio Adriana.

Brandon sonrió, aún podía notarle algunos rasgos de la voz que tuvo de niña. Recordaba cuando le pedía que le leyese cuentos para que practicase la lectura. Solía dormirse escuchándola. Por eso quizá su voz por las noches continuaba gustándole.

—Pide un deseo, Brandon. —Frunció el ceño al oírla—. Yo también voy a pedir uno.

—¿Puede cumplir deseos a distancia? No esperaba tanto de una lámpara de una generación obsoleta.

Obtuvo carcajadas por respuesta.

—¿Qué has pedido? Si puede saberse… —preguntó con ironía.

—Deseo que mi hermano pueda disfrutar de su trabajo más importante. Sin importar los resultados.

Wilde negó con la cabeza.

—Te toca —añadió Adriana—. ¿Qué es lo que más deseas ahora mismo?

Miró hacia la lámpara, su llama ondeaba tranquila produciendo sombras en la madera de la mesa.

—Que todo vaya bien. —Acercó un dedo hacia la lámpara. La piedra hervía—. Que no haya incidentes en mi equipo. Que mi gente se encuentre bien y que tengan un buen recuerdo de esto.

—¿No pides hacer uno de los mayores descubrimientos de la historia? A cambio de la seguridad y el bienestar de tu equipo. Te honra.

Se perdió un instante en los diferentes tonos de la llama. Si aquella lámpara fuera mágica y le concediese un solo deseo, sería con toda sinceridad lo único que pediría.

—Irá todo bien, hermano. Toda la suerte del mundo.

Su hermana le lanzó un beso sonoro antes de colgar. Retiró una silla y alcanzó la carpeta con el nombre de Amesis en la portada.

La abrió, la luz de la llama de cerca era suficiente para la lectura. Estaba cerrando todos los datos que tenían sobre la sacerdotisa que enamoró al gran visir.

Se detuvo en un párrafo traducido de un jeroglífico del gran visir.

«Los dioses pusieron toda su belleza en ella».

Volvió a mirar la llama un instante. Podía hacerse una idea de cuál era la imagen que Sekemer veía en Amesis. Podía imaginarla clara, incluso podía verla nítida entre las sombras que producía la llama.

Se llamaba Anastasia.

19

Era extraño viajar en el coche repleto de gente, se habían repartido en dos y el otro lo conducía Fineas. Ella iba en el de Wilde, en la segunda fila, justo detrás de él.

Tenía que reconocer que hasta ella se había sorprendido de verlo con un semblante solemne, nada que ver con los días anteriores en los que se auguraba un inminente infarto. Hasta Lois lo miraba de vez en cuando con una expresión que hacía que Ana tuviese que contener la sonrisa.

El wifi del ferri se perdería en unos segundos y su móvil quedaría muerto en cuanto avanzasen. Así que le echó un último vistazo a la pantalla.

«Si encuentras uno de estos nos lo mandas», había puesto Lore aquella mañana, acompañando aquella foto de Osiris agarrándose el pene. «Y mucha suerte, *crack*. Vas a dejar a todos perplejos. Esto va a ser más grande que la tumba de Tutankamon».

«Cuidado con los escorpiones y con las momias. Y con los gases de esos sitios cerrados», le había dicho Elena. «Y con los pasillos estrechos. A no ser que vayas con Wilde y entonces cuanto más estrechos mejor».

Negó con la cabeza riendo. Alzó los ojos hacia el retrovisor, el sol daba directo en los iris del doctor de un color turquesa que se hacía agua cuando todo lo que los rodeaba era un desierto. Y como si supiera que ella lo estaba mirando, sus párpados se movieron hacia el espejo y allí en el cristal se cruzó con los ojos de Anastasia.

La tormenta de arena ya ni siquiera se molestaba en ir y venir de su cuerpo. Se quedaba todo el tiempo en la línea central de su torso, exactamente entre las costillas, levantando remolinos cuando se detenía a observar a Brandon Wilde.

No parecía el desierto de la otra vez, ahora estaba repleto. Desde la zona de excavación hasta unos metros más al norte, más coches, camiones, tiendas de campaña y multitud de personas en un campamento central de excavadores que hacía que el pulso se le acelerase y le diesen ganas de echar a correr, pero hacia el ferri de nuevo.

Así que agradeció la seguridad y la templanza que desprendía desde aquella mañana el director de su equipo. Sus pulsaciones descendieron de inmediato y Wilde volvió a dirigir los ojos hacia la arena, siguiendo un camino invisible hacia donde estaban montando la sede de su investigación.

Y el coche se detuvo, o se había acostumbrado o él había tenido más cuidado en la frenada. Ana abrió la puerta del vehículo y fue la primera en bajar, lo rodeó para llegar a la parte trasera y se detuvo para mirar al resto del equipo, a la parte que no conocía, a los excavadores que transportaban varas, palas y azadas.

Contuvo la respiración. Ella podía ver con exactitud en el suelo cada punto del mapa, y ver cómo en cada parte importante había un grupo que se preparaba para el comienzo, tanto de su equipo como del otro al lado contrario, conseguía levantarle la piel y el vello.

Esto no es ninguna broma. Comienza.

La búsqueda de un hombre lo suficientemente grandioso como para atraer a tantos especialistas a lo largo de los años, y la razón por la que unas centenas de personas estaban dispuestas a pasar demasiadas horas a pleno sol para encontrarlo.

Un visir, la hija de un rey y una sacerdotisa llamada Amesis, ese era el objetivo de todos ellos. Sintió una mano en el hombro.

—Suerte en tu estreno. —Lois dejó una maleta junto a una de sus piernas—. Y recuerda todo

lo que te dijimos Fineas y yo. Sobrevive. —Le guiñó un ojo.

Lois dio un paso atrás para alejarse de ella y chocó con Wilde. Ana contuvo la sonrisa al ver la expresión del doctor mirando a Lois, la había oído sin duda. Pero esperó a que se alejara para acercarse hasta Anastasia.

—A ti no tengo que decirte dónde es el punto exacto de tu zona —le dijo rebasándola—. Estaré la mayor parte del tiempo contigo. —Se detuvo y se dio media vuelta para mirarla—. Pero cuando no esté no quiero que hagas ninguna estupidez.

Ana avanzó hasta llegar a él cargando con la maleta.

—Defíneme estupidez. —No se detuvo en Wilde, siguió su camino, en su punto exacto aún no había preparado ningún grupo de trabajo.

—Meter la mano, la pierna o la nariz en espacios sin revisar. —Wilde la seguía—. Entrar en agujeros que no estén asegurados ni apuntalados, abrir nada que encuentres por mucho que te tiente, excavar con las manos porque creas que hay algo debajo o intentar abrir agujeros en paredes subterráneas.

El gachón me conoce bien.

Se detuvo a mirarlo.

—No voy a hacer ninguna estupidez —respondió y Wilde la miraba con la misma expresión que tenía el día que la recogió del aeropuerto. Hasta asintió tres veces con la cabeza.

—¿Puedo estar tranquilo cuando tenga que retirarme de la cara norte? —La seguía de cerca, pero dejando que ella fuese delante.

Anastasia sacudió la mano en el aire.

—Completamente tranquilo. —La joven miró hacia la zona de Hickman, localizando los puntos de la constelación. Luego recorrió con la mirada su alrededor, dio unos pasos más y se detuvo.

Vio que el doctor miró a sus pies y luego alzó la mirada hacia su cara mientras clavaba uno de los palos de madera que llevaba justo delante de Ana.

—La base del obelisco, la pirámide o lo que sea, está más atrás —dijo él y en ese momento entendió por qué la había dejado ir delante. Quería saber justo en qué punto se detenía.

Ella no se sabía el sitio de memoria, solo lo había deducido por la situación de Hickman, trasladando la constelación de La Corona de Ra. Y aquel era uno de los puntos.

Wilde se inclinó hacia ella.

—Si los clavamos todos, sabrán que lo hemos descubierto y que los estamos imitando —le dijo.

Anastasia apoyó su mano en la parte superior del palo que el doctor había clavado en la arena. Un dron pasó a unos metros de ellos, alzando el vuelo. Anastasia lo siguió con la mirada, supuso que por esa razón Fineas llevaba un mando mientras cruzaba la zona de la excavación. En el cielo se cruzó con otro más, imaginaba que del otro equipo. Wilde llevaba razón, en cuanto Hickman viese las ubicaciones, si las señalaban todas, sabría que estaban siguiendo el mismo camino que él. Que la constelación estuviese señalada en el mapa a base de construcciones subterráneas no era una casualidad cuando a Amesis se la representaba en ella.

—¿Y si no es él y es solo ella la que está aquí debajo? —Ana inclinó el palo para aumentar el agujero y clavarlo aún más profundo, como si fuese el palo de una sombrilla de playa, lo fijó de nuevo.

—Sekemer no puede estar muy lejos de ella. Si la encontramos a ella, nos llevaría hasta Sekemer. Así que cuanto antes empecemos, mejor.

Miró enseguida a Wilde, el destello del sol seguía en sus iris y ya imaginaba que sería exactamente igual el resto de los días que les quedaban en el desierto. Así que tendría que acostumbrarse a aquel pozo de agua en medio de las tormentas de arena de su interior.

El hecho de que Wilde continuase con aquella idea romántica entre Sekemer y Amesis solo hacía que la tormenta se elevase más.

Wilde le hizo una señal al capataz y enseguida se oyeron voces a lo lejos. Anastasia se colocó junto al doctor, pero giró la cabeza para mirar al grupo de su padre y Sherman.

Maldita locura fueron los deseos.

Podía distinguir el sombrero verdoso que su padre solía usar en el desierto y con el que tantas veces lo vio en los vídeos. Le daba un aspecto de actor de película de aventuras, aunque ya tenía sus años. Sabía que de joven fue embaucador y muy atractivo. Pero teniendo a Brandon Wilde a apenas unos centímetros de su hombro, ningún hombre de aventuras le sorprendería. Era imposible superar al director de su equipo.

El sonido metálico la hizo darse media vuelta de nuevo. Una decena de hombres iba hacia ellos con carretillas llenas de herramientas.

Anastasia bajó la mirada para verlas; palas, azadas y cubetas de goma. El capataz llevaba más palos de madera para delimitar la zona. Podía ver cómo a lo lejos los primeros trabajadores habían empezado a excavar.

—Esto acaba de comenzar. —Oyó decir a Wilde y vio que su barbilla se había acercado a su hombro. Los rizos abultados lo hicieron frenar antes de hundirse en su pelo—. Bienvenida a tu primera excavación, doctora Ortega.

Lo vio dar unos pasos alejándose de ella, Anastasia frunció el ceño.

—¿Y a dónde vas tú? —preguntó tirando de una de las puntas de su pañuelo, el sol comenzaba a quemar y necesitaba envolverse el cuello bien o no podría moverlo al siguiente día.

Wilde se dio media vuelta.

—Soy el director de toda la excavación, no solo de la cara norte —respondió él y ella alzó las cejas—. Si necesitas algo, ya conoces al capataz.

No me lo puedo creer. ¿Ya me va a dejar sola?

Las piernas se le aflojaron de inmediato, pero Wilde ya estaba a varios metros de ella.

Me cago en mi puñetera…

Bajó los ojos hacia sus pies, uno de los trabajadores estaba a punto de hundir la pala junto a ellos y se apresuró a retirarse. Luego volvió a mirar a Wilde.

¿En serio?

Lo vio reunirse con Fineas a medio camino entre las zonas. El sonido de un motor la hizo girarse, pero enseguida tuvo que taparse los ojos.

Sherman.

La doctora la miró, pero no se detuvo en ella. Pareció llamarle la atención tanto como el resto de trabajadores, nada en absoluto. Aceleró y las ruedas levantaron más polvo.

Su puta nación entera.

Acababa de llegar y ya iba a tener que echar mano de las gotas de los ojos. Si Sherman tenía la intención de joderle los primeros minutos de excavación, iba a conseguirlo. La vio frenar cerca de la zona de Fineas y bajarse del coche.

Pero Anastasia no podía ver bien.

—¡Jefa! —Se sobresaltó al escuchar al capataz.

Anastasia se dio media vuelta para mirarlo, con un ojo abierto y otro cerrado.

Ya ni siquiera doctora, jefa directamente. Esto es de un surrealismo absoluto. En qué marrón me estoy metiendo, cada día más grande.

El hombre le señaló los palos por si los colocaba él mismo para delimitar la zona y ella enseguida negó con la cabeza. Volvió a echar un vistazo al resto, o más bien a Sherman. Y la encontró cerca de donde estaban montadas las tiendas del equipo, hablando con el doctor Wilde.

A ver qué quiere la tipa esta ahora.

No tenía muchos motivos, pero su ídolo de unos años atrás comenzaba a apretarle la base de la garganta haciendo que aire y saliva no avanzasen ni hacia detrás ni hacia delante. Volvió a mirar al capataz, aún no había abierto el segundo ojo.

Que le den a Sherman y a mi padre. Cuanto antes empecemos por los sitios principales, mejor.

Dio unos pasos hacia el capataz y tiró de uno de los palos que él había puesto. Sacó un segundo y cogió algunos más del suelo. Vio que enseguida unos trabajadores la rodearon. Ella los miró uno por uno.

—Buenos días —les dijo y ellos le respondieron algo que no entendía.

—No hablan el idioma —dijo el capataz.

Entonces tenemos un problema, porque yo el árabe no lo hablo y aquí no hay internet para traducir nada.

—¿Les puedes decir que se organicen en grupos de tres? —pidió al capataz y él la miró frunciendo el ceño—. Y que me sigan, por favor.

Se sacó el *walkie* de uno de los bolsillos mientras el capataz traducía al resto, vio a los trabajadores moverse y agruparse.

—Nadim, ¿puedes prepararme un cuaderno con frases comunes? —dijo ella a través del *walkie*.

—Soy Lois, Nadim está en la línea cinco —respondió la chica con rapidez.

La madre que me parió.

Volvió a marcar.

—¿Nadim? —probó antes de seguir.

—Soy Scott, Nadim está con Nick —le respondió el chico.

Joder.

Clavó un palo después de comprobar la distancia con el primero que clavó Wilde. Comenzaba a poder abrir el ojo. Tres trabajadores hundieron la pala alrededor de la marca. Ella separó otro palo y lo cogió con la otra mano mientras sujetaba el *walkie* con el hombro.

—¿Qué necesitas?

—Hablar árabe. —Volvió a clavar otro palo y otros tres trabajadores se pusieron a excavar enseguida.

Anastasia se detuvo, había perdido la noción del espacio un instante. Quizás habían sido Sherman y Wilde, que por un momento habían mirado hacia donde estaba ella.

Se echó el pelo hacia atrás con la mano que sostenía el palo para volver a mirar las marcas, entornó los ojos para ver a lo lejos. Se quedó inmóvil un instante.

Su padre estaba a unos ciento y pico metros, también cargaba con palos y lo seguían unos trabajadores. Por un segundo vio que su sombrero giraba, él se daba la vuelta para ponerse de cara a ella.

No podía ver sus ojos, pero sabía que la estaba mirando.

Sabes ya lo que estoy haciendo, ¿verdad, doctor Ben Hickman?

Dio unos pasos hacia la derecha y clavó otro palo. Volvió a mirar a su padre.

Por si te quedaba alguna duda.

Avanzó aún más y colocó otro, justo encima de donde se encontraría la pirámide. Aún le quedaban varios palos más. Volvió a mirarlo, esa vez él hablaba por un *walkie* similar al suyo. El sonido de su propio *walkie* la hizo sobresaltarse y las piernas se le aflojaron. Fue tan exacto el sonido de su *walkie* con el movimiento de Hickman que pareció que la llamaba a ella. Pero eso era imposible. Además, las señales eran indetectables para un grupo y otro. Wilde se aseguraba de ello.

Oyó la voz de Lois a la vez que un motor de coche.

—Fineas, ¿la has oído? No les ha hecho ninguna gracia la zona que Ana y Wilde van a excavar. Hasta Sherman le ha dicho a Brandon que qué absurdo dejar a cargo de la cara norte a un inútil novato.

—¿Que ha dicho qué? —respondió Anastasia.

—¿Ana? —Era la voz de Fineas.

El coche de Sherman se acercaba a ella acelerando de nuevo y levantando el polvo.

—¿Qué haces tú en esta línea? —Ahora era la voz de Wilde.

—¿Que soy una inútil? Ahora mismo voy a coger una pala y se va a cagar la Sherman —soltó mientras el motor del coche se acercaba.

—¿Vas a darle un palazo a la doctora Sherman? —preguntó Wilde alzando la voz y se oyó la risa de Fineas y Lois.

Tuvo que cerrar los ojos cuando se vio encima del coche. Sintió la arena caerle en la cara.

Me cago en tu putísima madre.

Se giró para seguir mirando el coche de Sherman mientras se alejaba.

—No, pero voy a excavar hasta que encuentre lo que sea que le pueda plantar delante de su cara.

La risa de Lois se convirtió en carcajadas.

—Pero que no me toque mucho las narices.

La nube de polvo que había levantado el coche se asentaba. Sherman ya llegaba a su equipo.

—Anastasia… —Apretó los labios para no reír al oír a Brandon. Por un momento le recordó a su propia madre años atrás.

Ella dio unos pasos más y clavó otra estaca, esa vez con relativa fuerza.

—¿Habéis visto cómo ha salido Sherman corriendo cuando la ha llamado Hickman? ¿Habrán encontrado algo?

Me han encontrado a mí.

Clavó el penúltimo palo. Dio unos pasos más y se topó de frente con Wilde. Se retiró el *walkie* del oído y clavó el palo a media distancia entre los dos. Se retiró enseguida para dejar el sitio a los trabajadores.

Él tiró de su brazo.

—Te dije que no los señalases todos. —Su voz volvía a ser la acelerada de los días anteriores.

Ya me va a tocar las narices este también.

—Básicamente, solo me dijiste que se darían cuenta si los clavábamos todos. —Lo vio alzar las cejas—. No que no lo hiciese.

Sabía bien lo que había querido decirle el doctor con aquellas palabras, pero estaba feo decirle que le había resbalado y que le había podido aquel rayo en el pecho que le producía

Hickman, y ahora también Sherman. Y tenía que reconocer que ahora que sabía que la doctora Eastwood había descendido en importancia más allá de los restos óseos que pudiesen encontrar, la cercanía de Sherman le resultaba aún peor.

Anda, que soy una profesional como la copa de un pino por los cojones. La madre que me parió. Qué horror.

Y solo llevaba un rato en la excavación.

—¿Dónde vas? —le preguntó Wilde a su espalda mientras ella se alejaba.

—Ya lo has oído antes. A por una pala —respondió sin mirarlo, aunque le hubiese gustado verle la expresión.

Llegó hasta una de las carretillas de los obreros y tiró del mango de madera de una de las palas. Tenía que reconocer que pesaba más de lo que pensaba.

A ver si llego a media mañana.

Dio un paso atrás con la pala y pisó algo. Se dio media vuelta enseguida y el doctor Wilde esquivó la parte metálica que rozó su barbilla.

—¿Qué parte de no hacer estupideces no has entendido? Tú y una pala, que Dios nos guarde. —Wilde le quitó la pala y la apoyó de pie en el suelo—. Escúchame, Anastasia, en cuanto comenzaste a clavar los palos Hickman llamó a Antonella.

Anastasia ladeó la cabeza mientras dirigía la mirada hacia los otros. Los obreros de su padre excavaban sin detenerse, de la misma forma que lo hacían los suyos. Ya había un socavón en la zona del primer palo.

—No pude escuchar lo que le dijo, pero ella ni siquiera le respondió, simplemente echó a correr. Hay algo que ellos saben y que nosotros no, y que tiene que ver con Sekemer, Amesis y esta constelación.

Ay, madre, ahora sí que la he cagado.

Se llevó la mano a la frente. Con aquel calor en el pecho que le producía la cercanía de su padre, sumado a la actitud de la doctora y eso que no quería nombrar que se añadía cuando ella se acercaba a ellos, no había sido consciente.

Las piernas se le aflojaron tanto que tuvo que acuclillarse en el suelo y apoyarse con la mano en la arena.

Qué manera de cagarla, por Dios.

Wilde se inclinó de la misma manera, justo enfrente de Anastasia. Ella alzó los ojos hacia él y entendió que esperaba lo que fuese que tenía que decirle.

—Mi cabeza funciona de manera automática, eso ya lo sabes —espiró buscando las palabras —. Es exacta, selecciona la que más se repite entre las distintas imágenes del elemento cuando lo quiero reproducir —volvió a espirar y bajó la cabeza. Con el dedo comenzó a pintar el suelo—. La Corona de Ra.

Wilde apoyó la mano en la arena también al inclinarse para mirarlo. Anastasia borró tres puntos e incluyó uno más. Unió otros tres y señaló uno más.

—No he marcado La Corona de Ra tal y como es en los estudios. —Se llevó la mano a la frente —. La he marcado tal y como se ve en la pared cuando enciendo la lámpara.

Y ahora él sabe que yo la conozco.

En su cabeza siempre primaban las repeticiones. Y aunque había aprendido a perfeccionar el control, si no estaba totalmente concentrada, era muy difícil luchar contra una imagen que la había acompañado durante toda la vida.

¡Mierda!

Ana dio un palmetazo en el suelo y se puso en pie para alejarse de Wilde.

—Anastasia. —Oyó a Wilde a su espalda.

Pero ella seguía alejándose. No tenía ni idea de qué decirle a Wilde, mucho menos qué decirle a Hickman en cuanto indagase de dónde había sacado esos cambios a una constelación que, hasta lo que le había enseñado el equipo, no aparecía unida de esa manera en aquellos tres puntos, y mucho menos la marca principal. Había indagado mucho, y ni los planos más avanzados tenían una imagen de ninguna estrella en aquel punto. Punto que estaba marcado por un palo, a menos de doscientos metros de Ben Hickman.

Me cago en mi puta estampa. Ni un día he sido capaz de ocultarlo.

—¡Anastasia! —La voz firme de Wilde la hizo detenerse, logró parar hasta las palas.

El doctor la rodeó y se puso delante de ella.

La mezcla de furia y decepción con ella misma había hecho que hasta le brillasen los ojos.

—¿De dónde has sacado esa lámpara? —Le sujetó el brazo cerca del hombro—. Y ¿qué tiene que ver con Sekemer?

Wilde se inclinó hacia ella.

—Y no me mientas una vez más. —Le levantó la barbilla para que lo mirase—. Porque ahora sí que me importa qué es, de dónde viene y por qué él ha reaccionado así cuando ha visto el plano.

Su voz era firme, casi como una orden. La versión de Brandon Wilde como director de un equipo le habría encantado si no estuviesen hablando de la lámpara, de ella y de Ben Hickman.

—Esa lámpara no tiene nada que ver con Sekemer —respondió con rapidez, casi en un susurro mientras fruncía el ceño. Sentía que los ojos pesaban aún más, una humedad que se iniciaba justo debajo de sus iris, con un calor que competía con el sol del desierto—. Tiene que ver con Ben Hickman.

No era la respuesta que Wilde esperaba. Lo vio abrir la boca, pero no fue capaz de decir nada. No la soltaba, seguía apretándole el brazo y seguía sujetando su barbilla. Él se detuvo en sus ojos, aquel amarillo que en los bordes se tornaba verdoso. Se detuvo en ellos observando cada mota. Anastasia era consciente de que podría apreciarse desde fuera el calor en sus ojos y aquel brillo que no podía impedir que fuese a más. Aún más fuerte era el calor de su pecho. Fue todo demasiado repentino, inesperado, no era la forma que había pensado de desvelarle a Wilde el origen de la lámpara, de hecho esperaba no tener que hacerlo nunca. Aún menos las razones.

Pero podía ver en los ojos de Wilde cómo los pedazos de una escultura iban encajando, uno a uno, en una restauración perfecta que quizás le resolvía un enigma que ni siquiera se había planteado cuando la conoció ni cuando descubrió su peculiar don.

—Es mi mentor. —La voz de Wilde se suavizó enseguida mientras le aflojaba el brazo levemente—. Mi referente, alguien a quien deseaba alcanzar. —Soltó su brazo por completo—. Sin embargo, desconocía la mejor de sus obras. —Le soltó la barbilla—. Y veo que él también.

Wilde se dio media vuelta dándole la espalda. Gesto que ella agradeció, la humedad había aumentado en sus ojos hasta el límite de notar que rebosaba uno de los rabillos. Sin embargo, no se había alejado de ella un ápice. A escasos centímetros de su nariz tenía el hombro del doctor que desprendía aquel olor sereno. Cerró los ojos para aspirarlo levemente. Agradeció también sus palabras, aunque apenas las hubiese digerido, pero en su estado ni la tormenta de arena fue suficiente para calmarla.

—Hija de un panadero, ¿desde cuándo? —preguntó él a media voz, suficiente para que ella lo escuchase.

Aún tenía los ojos cerrados, su nariz había rozado la camisa del doctor, el olor aumentaba en la tela. Comenzaba a ser consciente de lo que le gustaba todo lo que desprendía Brandon Wilde.

—Desde que tenía cinco años —respondió y su nariz volvió a rozar la camisa. Su hombro tapaba el sol, la sombra tras él era placentera en sus párpados cerrados.

Era su cuerpo el que hacía por bascular y volver a rozar la tela.

—¿Sabe que tiene una hija?

—Lo sabe. —Sintió una fina lágrima caer, pero ya era un resto, sus ojos se secaban.

—Ahora pensará que he sido yo el que he ido a buscarte. —Lo sintió moverse y escuchó la espiración en el aire de algo similar a una carcajada interna—. ¿Y tú? ¿Esperabas pasar por esto sola? Porque te aseguro que no lo estás.

El sol regresaba, también se retiraba la tela de su nariz. Abrió los ojos cuando sintió los dedos de Wilde de nuevo en su barbilla.

Sin embargo, tuvo que bajar la mirada enseguida hacia una de las manos del doctor. Frunció el ceño, era una bola de cristal pequeña, Wilde la podía envolver con una mano.

—Me lo envió un amigo, es de uno de tus benefactores. —Lo vio sonreír al decirlo—. Uno de ellos, tienes varios. —Su sonrisa se amplió y volvió a dar aquella misma carcajada desde el estómago.

El cristal reflejó el sol y Ana tuvo que entornar los ojos con el destello.

—Me llegó hace un mes, cuando les dije que me negaba a que me enviasen ninguna becaria para esta excavación. —Anastasia sonrió al oírlo. Wilde le acercó aún más la esfera para que la cogiese.

El tacto era suave, pero el sol la había calentado sobremanera. Sus benefactores, aquellos entes desconocidos que estaban en su mente y en su cuerpo todo el tiempo. La curiosidad por saber de ellos aumentaba.

—Nunca fueron sus intenciones enviarme a una becaria. —Esa vez hasta el cuerpo de Wilde se inclinó con aquellas carcajadas insonoras que salían desde su estómago. Luego negó con la cabeza.

Anastasia volvió a sonreír, aunque no entendía del todo las palabras de Wilde, le gustaban y mermaban todo aquel estado en el que la había sumido que, de golpe, Hickman y todos pudiesen deducir quién era.

—¡Jefe! —Ambos se sobresaltaron.

Anastasia se dio media vuelta enseguida, se habían alejado demasiado de los palos y de los obreros, pero uno de ellos hizo señales para llamar su atención. Lo que gritó después no lo pudo entender.

—Barro endurecido —dijo Wilde adelantándola y dirigiéndose hacia ellos.

Corrió tras Wilde mientras se apartaba los rizos de la cara. Aún llevaba la esfera en la mano.

Llegó jadeando tras el doctor, eran demasiados metros y correr en la arena era dificultoso, sin embargo para Wilde no había sido ningún esfuerzo.

No se podía creer que en tan poco tiempo hubiesen excavado un socavón semejante. No era ancho, pero sí profundo, de un par de metros. Uno de los obreros estaba dentro y golpeaba el barro para que comprobasen que era duro.

Ahora suponía que venía lo difícil, delimitar el barro y abrirlo para saber qué podría haber más abajo. Podría no ser nada, era solo barro, con eso rellenaban pozos o agujeros, o podría ser una señal que los llevase a piedra y a algo más grande.

Tuvo que retirar el pie para que no le clavasen una pala y se inclinó en el borde del agujero. Wilde ya estaba dentro, en cuanto uno de los obreros le dejó el espacio para él, saliendo para darle anchura.

—¡Ana! —Era la primera vez que lo oía decir su nombre así, era el único del equipo que la llamaba por su nombre completo.

Anastasia se asomó apoyándose en el hombro de Wilde para no caer de cabeza en el agujero. Era barro endurecido, no era nada natural que hubiese podido formarlo el clima. Más obreros llegaron hasta ellos, el sonido metálico se hizo intenso mientras el agujero se abría en anchura.

Brandon le rodeó la cintura para meterla en el agujero con él. Puso los pies en el suelo, la estrechez podía parecer incómoda, pero el hecho de que el doctor estuviese en el hueco con ella lo hacía tremendamente liviano.

Era apenas una cuarta en la parte inferior. En el resto del boque no había nada. Oyó a Wilde decirle algo a los obreros y enseguida le dieron una azada. Anastasia se inclinó, apenas podía meter el culo entre la pared y las piernas de Wilde.

Pasó la mano por aquella pequeña porción de barro y alzó la mirada hacia Brandon.

—No era un muro lo que se veía en los planos. —Echó el aire con fuerza.

Sin embargo, el punto estaba unos veinte metros más a la derecha. Quizás las tomografías no detectaban el barro y sí la parte consistente. Fuera como fuera, el punto había marcado el comienzo.

Wilde clavó la azada y esta se hundió en el barro. Uno de los obreros clavaba la pala cerca de la cabeza de Wilde una vez tras otra, como un robot rápido y certero, para llegar hasta la porción de barro.

—Hay que excavar hacia ese lado. —Oyó decir a Wilde—. Hay que llamar al capataz, en unos días lo tendremos delimitado.

Lo vio soltar la azada y apoyarse para salir del agujero mientras daba voces en un idioma que no entendía, pero que más le valía poner todo su empeño en aprender.

—Wilde. —Sonaba el *walkie*, era la voz de Fineas—. Trozos y cascotes de piedra tallada, creo que son restos de un obelisco.

Aunque la zona de Fineas estaba muy lejos, si la base cuadrada era un obelisco, no era muy descabellado que los restos se hubiesen extendido.

—Hemos encontrado barro duro, apenas dos metros abajo. Demasiado superficial para ser una entrada de tumba —había respondido el doctor.

Ambos, Hickman y Wilde, habían llegado a la misma zona en busca de Sekemer por distintas razones. El hecho de que hubiesen encontrado algo en uno de los puntos que marcaba el plano de La Corona de Ra ya quería decir algo. Quizás algo sin mucha importancia, como decía Brandon Wilde. Pero solo era el primer día, el comienzo.

El sonido metálico seguía sonando a su alrededor. Arriba, Wilde volvía a hablar en un idioma que no entendía.

—¿Un templo? —se volvía a oír a Fineas en el *walkie*.

Estaba entendiendo que su *walkie* estaba conectado a la línea principal entre el doctor y sus ayudantes principales, Fineas y Lois. Se hubiese sentido honrada de estar entre ellos, si no fuera porque a Wilde le sorprendió que ella estuviese presente en sus conversaciones. Así que no tenía ni idea de por qué ni quién la había metido.

Se inclinó en el suelo para mirar más de cerca la porción de barro y se sacó la brocha de uno de los bolsillos. Con la parte de madera le dio unos golpes y luego la limpió.

Barro cocido.

Con lo que sellaban los pozos y recubrían entradas. Si era un templo, no tenía mucho sentido que lo sellasen. Pero Wilde tenía razón, demasiado superficial para ser la entrada de una tumba.

Repasó el resto del agujero con la mirada mientras se ponía en pie. Podía ver el mango de la azada que Wilde había dejado en el borde antes de subirse. No sabía cómo había podido salir él sin ayuda, ella, si nadie la recogía, se quedaría allí hasta que terminase la temporada.

Alargó la mano hacia el mango poniéndose de puntillas y la dejó resbalar hacia ella. Era terrible cómo pesaban aquellas herramientas.

Volvió a inclinarse hacia la porción de barro.

—No tiene mucho sentido que no haya barro en ninguna otra parte del agujero, solo aquí —murmuró casi para sí.

Comenzaba a hablar sola, no era bueno. Cuando hablaba sola entraba en una fase de concentración bruta e independiente en la que no razonaba con nadie que no fuese su propio cerebro, que comenzaba a buscar explicaciones múltiples al por qué de las cosas. Sin pararse ni un momento a meditar sus actos.

Rozó la punta de la azada a lo largo del agujero, como si estuviese dibujando un círculo alrededor de ella. Y en uno de los lados la azada se detuvo.

—Ya decía yo. —Separó la azada todo lo que le permitió la anchura y la lanzó hacia aquel lado de la pared.

Apenas una cuarta se derrumbó en cascotes de arena endurecida y apareció otra porción de barro como en el otro lado.

—Esto es una puñetera entrada a algo. —Volvió a acuclillarse. Arriba seguía oyendo a Brandon Wilde—. Hemos abierto justo en la entrada.

Estaban mirando en los laterales y lo que fuese estaba justo debajo de sus pies.

Alzó la azada y la dejó caer en el suelo. El metal se clavó tanto que le costó sacarla.

—Aquí no es. —Volvió a alzarla y a clavarla en otro punto del suelo—. Y aquí tampoco.

—¡Jefe! —Alguien se había percatado de los golpes. Pero los oía lejanos, como si no fuese con ella.

Hemos cavado justo en la entrada.

Bajó la mirada hacia su pies.

Justo en la entrada.

Se abrió de piernas y la lanzó con fuerza entre sus pies.

—¡Ana! ¡Qué demonios haces! —La voz de Wilde se perdió cuando la azada se hundió en el suelo, haciéndolo crujir y resquebrajándolo por completo.

No supo identificar el sonido que se oyó debajo, pero esa vez era incapaz de sacar el metal de allí.

Sintió un toque en el hombro, era la mano de Wilde. Soltó la azada y esta quedó en pie, y fue a agarrar la mano de Wilde. Se oyó otro crujido, el propio peso de la herramienta hizo que esta basculara hacia ella. Un crujido más. Y uno de sus pies se desplazó con una lama del suelo.

Se agarró con fuerza a Wilde para no caer hacia atrás y enseguida sintió el brazo del doctor tensarse.

Levantó el pie que había resbalado del suelo y lo apoyó en la pared mientras la azada caía al suelo, golpeándole la rodilla.

—¡Ah! —Se mordió el labio en cuanto se quejó del golpe. Cerró los ojos para no ver la reacción de Wilde. No había hecho ni el intento de soltarla, era un punto de estabilidad mientras

se apoyaba en la pared con un pie. De hecho, era él quien sostenía su peso casi al completo, porque el otro pie apenas podía apoyar la punta en uno de los bordes del agujero.

Ya la estoy liando. Me van a echar a la tienda de campaña la primera mañana. Superando expectativas.

Abrió los ojos en cuanto notó el polvo asentado y los bajó hacia la lama que se había roto y había abierto un boquete del tamaño de una cuarta. Todo lo demás estaba fracturado y se había inclinado hacia el agujero, donde resbalaba despacio parte de la arena suelta.

Apoyó con más fuerza el pie en la pared y se agarró a la mano de Wilde, no se fiaba de que se rompiese también donde tenía apoyada la punta del pie. Alzó los ojos hacia él.

El doctor miró el agujero en el suelo y las fisuras. Luego la miró a ella.

—Mira que te he dicho que no hicieses estupideces —le dijo mientras los obreros se inclinaban por detrás del doctor para mirar.

Wilde se inclinó aún más para cogerle del otro brazo y tirar de ella. Lo ayudó alguno de los trabajadores y antes de que se diese cuenta, estaba arriba con ellos.

Wilde le levantó el codo con la mano, ella ni siquiera se había dado cuenta de que se había raspado.

Ahora sí le escocía, quizás al verse la piel levantada con marcas de sangre. Nada que no se curase con algo de agua oxigenada y yodo. No recordaba un rasponazo así desde sus años de infancia. El dolor era exactamente el mismo.

Encogió las piernas para dejar a uno de los obreros entrar en el agujero, llevaba una cuerda que le ataba la cintura. Estaba claro que el desierto era traicionero y el suelo inseguro.

El doctor Wilde seguía mirándola de reojo en un intento de regaño por su conducta algo fuera de lugar.

—Ya no nos llevará días encontrar la entrada —sonrió al decirlo de la misma manera que lo hacía años atrás, cuando le ponía excusas a su madre por alguna hazaña de la niñez que acababa en castigo.

Y Wilde asintió despacio, pero no dijo nada más. Dirigió los ojos hacia el agujero, donde un excavador abría grande el hueco que había comenzado Anastasia. Se oyeron voces y todos rodearon el socavón. Las voces aumentaron y se oyeron hasta aplausos de algunos trabajadores.

El *walkie* de Ana emitió un sonido.

—Brandon, ¿qué habéis encontrado? —Oyó la voz de Fineas.

—Un acceso —respondió el doctor a su lado.

El vello se le erizó mientras su mirada se perdía en el fondo del agujero, donde ahora se abría un segundo. Bajo él se veía tierra en un nivel inclinado, apenas un hueco pequeño donde solo cabría una persona tumbada. Necesitaban abrirlo más.

Miró la cara de los obreros, no entendía nada de lo que decían, pero sonreían y se daban palmadas unos a otros. Estaba claro que aquella gente humilde eran unos tremendos expertos y sabían bien que aquel descenso llevaría a algún lugar.

La mirada de Wilde se clavó en ella.

—¿Cómo lo sabías? —Sus ojos azules se entornaron.

Ella abrió la boca para responder.

Pura potra. Tampoco tenía mucho sustento mi teoría.

Pero sabía que en el fondo sí lo tenía. Al encontrar aquel barro indicando que algo había más abajo, tuvo la certeza de que cada palo que reproducía en el suelo La Corona de Ra guardaba algo.

Y no tardarían en llegar las noticias del resto de puntos indicando que todo estaba conectado de alguna forma.

Sekemer estaba bajo sus pies o bajo los de Hickman, aparecería un día o el siguiente. Y Amesis y Nofret. Aquello era una necrópolis, ella lo sabía, Wilde lo sabía, y Sherman y su padre estaban totalmente convencidos.

Y si aquella porción de desierto guardaba todos los puntos que ella y su padre habían marcado, estaban ante el mayor yacimiento encontrado en años. Profanado o no, encontrarían elementos que les descubrirían decenas de historias dentro de la historia. Personas que no sabían que existían, pero que estarían dispuestas a revelarles más secretos de una civilización que había dejado el desierto plagado de tesoros que no dejaban de sorprenderle.

En ese momento entendió por qué había decidido dedicar su vida a aquella misión. No era tan solo excavar, deducir, intentar reconstruir en la cabeza de qué manera habían diseñado aquellos monumentos y cómo el tiempo los había dejado bajo la arena. Se trataba de una conexión absoluta entre ellos y personas que vivieron cuatro mil años atrás.

—¡Jefe! —Esa vez la voz se oyó más lejos.

El vello se le volvió a erizar. Alzó los ojos hacia donde procedía la voz y a lo lejos, más allá de los excavadores que llamaban a Wilde, estaba el grupo de Sherman, que se había percatado de que habían encontrado algo. Hasta su padre se había quitado el sombrero y hablaba con un hombre que parecía el capataz de la otra excavación.

Se preguntó qué se sentiría al saber que su hija, aquella que intentó hacer desaparecer primero, y luego ignoró haciéndola desaparecer definitivamente, había crecido y había llegado al desierto dispuesta a darle el repaso que nadie le había dado en toda su carrera.

—Más barro endurecido. —La voz de Wilde hizo que su cabeza regresase al equipo. Y a él —. Vamos a concentrar aquí a más parte del equipo.

Era lo más sensato, porque el resto serían solo restos y escombros que el viento y la arena habían arrastrado. Lo que fuese estaba tan solo entre ellos y Hickman. Y allí irían los dos equipos con todo lo que tenían.

Sintió un golpe en el hombro. Wilde se alejaba de ella.

—Tu primer día. —Giró la cabeza para mirarlo. Wilde volvió a darle en el hombro—. Impresionante, Anastasia —sonrió y su gesto hizo que ella sonriera también—. Impresionante —repitió y miró hacia el equipo de Hickman. La sonrisa de Wilde se amplió. Le hubiese gustado saber qué se le acababa de pasar por la cabeza.

Pero el doctor no dijo nada, se dio media vuelta y se llevó el *walkie* a la boca.

—Chicos, cambio de planes. —Lo oyó decir, pero su voz se alejaba.

Anastasia bajó la vista hacia el socavón y aquel nuevo agujero que abrían los obreros, ya había más espacio descubierto y podía verse el descenso, se inclinó en el suelo apoyando la mano en el borde. Podía verse un hueco más grande por dentro, pero estaba oscuro, apenas podía distinguirse nada. Tan solo pared color ocre.

—¿Puedo bajar? —preguntó. El obrero que estaba atado abajo levantó la cabeza—. Bajar. —Se ayudó con las manos para explicarse—. Yo, bajar.

—Bajar —repitió el obrero.

Voy a aprender el idioma aunque no duerma durante semanas.

El hombre asintió con la cabeza y dijo algo a sus compañeros. Uno de los obreros le pasó una cuerda por la cintura.

Los arneses que están en el coche de Wilde, esos para otro día, ¿no?

Una simple cuerda atada no le daba mucha seguridad. Pero no quería perder más tiempo. Se sentó en el borde del socavón y entre algunos hombres la ayudaron a bajar. El excavador se apartó para que pudiera inclinarse en el suelo.

Anastasia se tumbó. El olor era extraño, una mezcla de humedad intensa y hasta de sudor, al menos era el olor que conocía que más se le podía parecer. Era extraño lo que podía concentrarse bajo la arena. Sin embargo, el ambiente dentro era tan caliente como fuera. Se sacó del bolsillo una linterna alargada, similar a un bolígrafo, y se arrastró en el suelo para poder meter la cabeza y parte de los hombros en aquel agujero. Notó cómo se tensaba la cuerda en sus costillas.

Alargó el brazo y este entró en el agujero. Sí, había acertado, el ambiente interior era caluroso. Intentó no pensar en los escorpiones ni en las estupideces a las que se refería Brandon Wilde. La oscuridad era plena dentro.

Volvió a arrastrar el cuerpo y sus brazos y mitad de la cabeza entraron al completo. Otro tirón más y se dio cuenta de que el suelo no continuaba, se acababa algo más adentro.

La cuerda le daría margen de entrar un poco más sin caerse dentro de cabeza. Se deslizó como un gusano con el brazo de la linterna adelantado.

La encendió, el destello fue tan fuerte que tuvo que entornar los párpados.

Dejó de respirar y no fue por el olor. El vello se le erizó por completo y la tormenta de arena se hizo fuerte entre sus costillas aunque el doctor estuviese lejos. Y el peso en los ojos, acompañado del tirón de garganta, fue inmediato.

Más abajo, un par de metros, comenzaba lo que parecía una pared coloreada, alta y enorme. Esta seguía hacia abajo hasta lo que le permitía ver la luz. Les llevaría días hacer un acceso.

Movió la linterna despacio mientras era consciente de que se equivocaba todas las veces en las que pensó que aquel trabajo le fascinaría hasta el punto de olvidarse de vivir para nada más.

Se equivocaba. En absoluto. Aquel trabajo iba mucho más allá. Una sola vida excavando no sería suficiente para disfrutarlo.

El peso en los ojos aumentaba. El color granate inundaba la pared en el vestido de una figura enorme. La siguió con la linterna hasta llegar a su rostro.

Era una mujer con cabeza de leona.

Sekhmet.

El vínculo con su diosa favorita se hizo real.

20

Ahora le quedaba paciencia por delante, a los obreros les llevaría días delimitar las construcciones, limpiarlas de arena y apuntalar los techos para que fuese seguro entrar en los habitáculos subterráneos.

Pero era la primera vez en toda su vida que el primer día habían logrado llegar a una entrada, justo al punto exacto de la entrada. Ni siquiera durante los años al lado de Hickman experimentaron algo como eso.

Después de la ducha y de responder a todos esos mensajes de compañeros que lo habían felicitado tras enterarse del hallazgo de un posible templo de la diosa leona, regresar al despacho a rellenar su libro de notas era todo un placer. Nunca el día uno había sido tan interesante.

Colocó una reproducción de una estatua de Sekhmet sobre la mesa, ella era una deidad venerada por Amesis en sus cultos. No era sorprendente haberla encontrado allí. La desplazó hasta colocarla junto a la lámpara de Anastasia.

Su teléfono sonó y se apresuró a mirar la pantalla. Era Hércules quien lo llamaba.

—Felicitarte por el chat creo que no era suficiente. —Su amigo rio un instante—. Sabía que esta vez sería grande, pero hasta has superado las expectativas de todos.

Sonrió a las palabras de su amigo mientras alargaba la mano hacia la estatua de la diosa leona.

—En teoría, habría que felicitar a cierta ayudante algo arriesgada e inconsciente, que creo que conocéis mejor que yo. —La risa de Hércules se oyó al otro lado.

Inclinó la estatua hacia atrás para observar su rostro animal.

—Ha sido impresionante —añadió pasando el dedo por el perfil de la cabeza de león —. Aunque a ratos actúa como una auténtica novata. —La risa de Hércules aumentó—. No puedes hacerte una idea —resopló—. Así que no os puedo prometer que salga ilesa de una temporada completa.

Wilde alzó las cejas y tuvo que reír también intentando que su amigo no lo escuchase al otro lado, al recordar más de medio cuerpo de Anastasia metido de lleno en el agujero de descenso al templo de Sekhmet.

—Pero su instinto es casi sobrenatural. Y ahora sé la razón. Diles a esas cuatro que todo lo que se dice de ellas… —hasta guiñó los ojos en una mueca—, es cierto. Esto no puede ser solo casualidad.

Miró la lámpara de Anastasia. Aún quedaba algo de aceite dentro, podría encenderla de nuevo esa noche.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Hércules.

—Anastasia es hija de Hickman. —Se inclinó para mirar el tallaje del interior.

—¿De Ben Hickman?

—Aún no conozco la historia completa, pero al parecer tuvo una hija con una joven estudiante y no se hizo cargo de ella. —Apartaba con un palo metálico los restos de mecha quemada—. Sabía que había algo en Anastasia… —negó con la cabeza—. Su capacidad, el color de sus ojos… me recordaban a él continuamente.

—¿Y él sabe que ella es su hija?

—Acaba de ser consciente hoy, de la mejor manera que podía enterarse. Con un código que

solo entienden ellos dos. —Sonrió sacando los restos quemados de la lámpara—. Y ha sido precisamente su hija la que le ha dado el mayor golpe de humildad que ha recibido en toda su carrera. Porque hemos encontrado la entrada exacta de un templo, y ellos nada.

—Pero eso no quiere decir que no encuentren ellos la tumba, la temporada acaba de empezar.

—Conozco bien a Hickman. Si antes encontrar a Sekemer era una necesidad, ahora se le irá la vida en ello. Y a Sherman con él.

Hércules volvió a reír.

—Ni siquiera me han llamado para felicitarme, tampoco lo esperaba. Me llamarán cuando sus hallazgos se igualen a los míos. Y en cuanto a Anastasia, Hickman seguramente me acusará de traerla como ayudante creyendo que sabía quién era. Pero francamente, me da igual lo que piensen y lo que digan. Hickman puede reaccionar de cualquier manera, lo único que quiero es que a Anastasia no le afecte.

—Así me gusta oírte. —El tono irónico de Hércules hizo que atendiese para ver qué se le ocurría soltarle—. Con convicciones cuando algo te importa. Si te oyera Marlowe…

Sonrió al oírlo.

—Ana me desconcierta… a ratos es metódica y tiene un temple que consigue que me centre yo también. Pero en otros momentos es impulsiva y cuando se calienta roza lo infantil —resopló —. Así que es…

—Como tú —lo dijo riendo.

—Exacto. —No tenía mucho sentido negarlo.

—¿Y qué es lo que temes por ella?

—Anastasia tiene todo lo que hay que tener para convertirse en una arqueóloga de referencia, y con el tiempo podría hasta superar al propio Hickman. Pero hoy he sido consciente de que no es inmune a ciertas circunstancias. —Recordó el rostro de la joven en el desierto—. Tiene puntos débiles y si está en mi mano, y eso te lo prometo por mi carrera, Hércules, no voy a dejar que nadie le trunque el destino que le espera por conveniencia, ni por ambición ni por envidia.

—Lo que dices te honra, pero si te refieres a su padre, él está en su derecho de rectificar la actitud con su hija y ella de aceptarlo. Y tú la obligación de no meterte en medio.

—Sabes lo que es estar en sus circunstancias. ¿Qué razones tendría Hickman para ahora acercarse a su hija? Precisamente ahora. Puedo dártelas una por una.

Hércules no respondió. No entendía muy bien la razón por la que pensar en aquel asunto le producía cierto ardor en el pecho. Quizá porque sabía lo que significaba la primera excavación y no quería que nada lo enturbiara, pero eso para Anastasia ya no era posible. Nunca fue posible con Ben Hickman alrededor.

—¿Confías en Anastasia? —La voz de Hércules cambió a una más firme, más similar a cuando hablaba a sus alumnos.

Wilde se inclinó y apoyó una mano sobre la mesa.

—¿Que si confío? Es la primera vez, y no me ha pasado con ningún ayudante en todos estos años, que no necesito mirar al lado de mi hombro para saber que ella está ahí. —Tragó saliva en cuanto lo dijo para suavizar la tirantez de la garganta. El cambio de circunstancias no había movido esa confianza un ápice. Se hizo el silencio un instante, Hércules le dio margen, quizás sabía que no había concluido. Lo de la garganta aumentó levemente—. Y me gusta que esté ahí.

Era eso lo que Hércules esperaba escuchar.

—Doctor Wilde, ¿es usted consciente de lo que significa lo que está diciendo? —Hércules le añadió al tono una pizca de ironía.

—Solo soy consciente de que la quiero aquí todo el tiempo —suspiró.

—Después de varias excavaciones solo, y tan solo el comienzo de una temporada con ella —intervino su amigo.

—Y ha sido suficiente para comprobar que no quiero volver a hacerlo solo.

—¿Por qué?

—Porque el éxito absoluto ha pasado a un segundo plano.

—¿Ya no quieres encontrar a Sekemer? No te reconozco, Brandon. —La ironía regresaba a Hércules.

—No digas idioteces, claro que quiero encontrar a Sekemer. Más que nunca, quizás. Pero he vuelto a disfrutar de lo que hago y sé que mi equipo y yo vamos a recibir la recompensa con lo que sea que haya ahí debajo, aunque no sea él. Y eso me ha liberado a mí. Y a ellos. Sé que muchas veces no soy el director que quisieran. —Rio nada más decirlo y oyó la risa de Hércules al otro lado—. No es fácil trabajar conmigo —volvió a reír.

El móvil emitió un sonido. Se retiró el teléfono del oído para mirar quién llamaba. Pensó que podría ser Adriana otra vez.

Era Hickman.

—Hércules, tengo que dejarte. Hickman me llama.

Se oyó un resoplido al otro lado antes de colgar.

—Brandon —el doctor ni siquiera esperó a que él respondiese—, tengo que reconocer que menuda jugada. No la esperaba, la verdad.

Brandon apretó los dientes y su mandíbula se tensó. No había tardado en tomárselo como una estrategia. Al fin y al cabo, lo de Anastasia había sido demasiada casualidad, rozaba lo sobrenatural, que viniendo de quienes venía no resultaba tan sorprendente, sin embargo era algo que no podía explicarse sin parecer loco.

—No ha habido ninguna jugada.

—Una joven desconocida e inexperta a la que llamas becaria, pero que en tan solo unos días se ha convertido en tu sombra y en tu mano derecha. No somos imbéciles, imaginábamos que había alguna razón. Sherman se inclinaba por la financiación, pero a ti el dinero nunca te ha hecho pasar por el aro. La financiación no es ningún problema para tu familia. Y sorpresa.

Notaba cómo ardía su pecho.

—¿Y cuál ha sido la sorpresa? ¿Que ni siquiera hayas sido capaz de reconocerla a pesar de haberla tenido delante de tu cara varias veces? Tú, que reconoces sarcófagos, dioses y hasta rostros momificados y nombres de centenas de personas que vivieron hace siglos. No has reconocido su nombre ni su cara. Esa parte sí, ha sido una sorpresa.

—¿Para eso la trajiste? ¿Para recriminarme? No pienso entrar en ese juego. Además, no te he llamado solo por eso. Sherman y yo queremos veros esta noche. Solo Anastasia y tú.

Frunció el ceño al oírlo.

—¿Qué queréis?

—Haceros una proposición que nos beneficia a todos, principalmente a ti, Brandon Wilde. Todos estamos a un paso de convertirnos en los mayores descubridores de este siglo, ¿eres consciente?

Negó con la cabeza levemente.

—De lo único que soy consciente es de que te veo con deseos de montarte en el caballo ganador, y eso quiere decir que nos ves posibilidades.

—Brandon, deja de comportarte como un arqueólogo engreído de poca monta. Y escucha lo

que tenemos que decirte esta noche. Porque puede ser tu única opción. Mi secretaria te enviará la dirección. Y, por cierto, traed esa maldita lámpara.

—No hay ninguna lámpara.

—No me tomes por imbécil. Hace dos semanas detuvieron en el aeropuerto a una chica por llevar consigo un objeto de dudosa procedencia. Objeto y chica que están bajo tu responsabilidad. Traedla, llevo años sin verla.

Hickman cortó la llamada.

—Exactamente veinticinco —respondió al teléfono, sin embargo.

Hickman había sido demasiado breve para dar el paso y eso quería decir que algo importante se movía por los subsuelos del desierto. Lo lamentó por Anastasia. Su primera tarde recibiendo la felicitación y el reconocimiento de los suyos. No le daría tiempo de disfrutarlo como se merecía.

21

«Ana, confío en ti. Y hagas lo que hagas, estaré contigo». Había sido el mensaje que le envió su madre después de contarle lo que había ocurrido en el desierto y que aquella noche iría a verlo con el doctor Wilde.

Wilde le había dado la opción de ir solo, de que ella no lo acompañase. Pero se negaba a dejarlo solo cuando ambos sabían que la razón por la que los había citado tan pronto era ella. Lamentó que cualquier cosa que pudiese pasar por su culpa afectase a Brandon Wilde.

A diferencia de las otras veces, Wilde no la había buscado con tanto tiempo de margen. El doctor no tenía prisa en ver a Hickman, o bien no quería sumarle presión a ella. Tenía que agradecer cómo estaba llevando el asunto. Ni una sola pregunta ni una sola palabra sobre su padre.

En cuanto a la lámpara, se la había llevado a la habitación y la dejaba decidir a ella si quería llevarla o no. En cuanto escuchó ruido en el pasillo cogió la lámpara de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

Echó una mirada al espejo antes de salir. Unos pantalones verdes oscuros y una camiseta de licra de tirantes anchos. Nada especial para ver a alguien que había estado presente toda su vida, pero de una manera vaga y mayoritariamente negativa, que en unas ocasiones había llegado a ser un referente en lo profesional y en otras un aliciente para superarse.

Había una cosa que tenía que agradecer a Ben Hickman; hacer que año tras año ella hubiese sacado todo lo que tenía para destacar.

Abrió la puerta y encontró a Wilde en el pasillo. El doctor llevaba un pantalón de bolsillos, muy parecido al que llevaba ella, con una camisa y un chaleco sin mangas.

Ana alargó la lámpara hacia él.

—Quiero que la lleves tú. —Ni siquiera había cogido un bolso para guardarla.

Wilde bajó los ojos hasta la lámpara y luego los alzó hacia ella.

—No sabemos lo que quieren. Y no tienes la obligación de llevársela —respondió él sin cogerla.

—Guárdala. —La acercó más a él.

Wilde rozó su mano al cogerla, un contacto que le hubiese gustado alargar, estaba en una situación en la que la soledad se hacía pesada e intensa. Echaba de menos a su madre, a pesar de tener veinticinco años. Tal vez el hecho de acercarse a Hickman aumentaba todos los sentimientos que le producía su progenitora.

Brandon retiró la parte izquierda de su chaleco y la lámpara desapareció tras la tela acolchada.

—No tienes por qué ir. —Era la segunda vez que se lo decía. Pero ella pasó por delante de él para salir al pasillo.

Se dio media vuelta para mirarlo.

—Yo iré a donde tú vayas —respondió y lo vio contener la sonrisa.

No esperaba tener tremenda compañía en ninguno de sus sueños cuando se imaginaba cara a cara frente a su padre, ni en lo personal ni en lo profesional. Era como si todas las posibilidades más óptimas se hubiesen alineado a su favor, de la mejor de las formas. Una oportunidad única, en el lugar exacto, compitiendo con quien deseaba y junto a un hombre que comenzaba a admirar sobremanera, y que le transmitía algo enorme que se sumaba a todas esas tormentas de arena que

le revolvían el cuerpo.

El doctor la dejó pasar primero para salir del piso y se colocó a su lado en el ascensor.

—Hace veinticinco años mi madre hacía el doctorado en una universidad inglesa donde Hickman llegó a dar clases para una pequeña élite de alumnos. —Llegaron a la planta baja. Ni siquiera sabía que no irían en coche.

La verja del portal chirrió cuando Brandon tiró de ella y el templo iluminado de Luxor se presentó ante ellos. Acostumbrada a verlo desde la ventana la mayor parte del tiempo, a ratos se le olvidaba que desde abajo podía apreciarse aún más la grandeza de aquella construcción.

—Mi madre ni siquiera era alumna suya. —No cruzaron la carretera, seguían por la acera de esa parte. Brandon escuchaba en silencio—. Su doctorado era sobre cierta hija de un zar de Rusia. —Lo miró de reojo, el doctor sonreía.

—Anastasia. —Le tocó el brazo para detenerla y cambiar de dirección en una esquina de calles.

Ella sonrió también.

—Mi madre comenzó a cruzárselo en los pasillos y él siempre la miraba. —Pasaron por unos escaparates repletos de réplicas de esculturas antiguas—. Ella era tremendamente guapa, no puedes hacerte una idea. —Él volvió a contener la sonrisa y esa vez su gesto levantó la montaña de arena en su pecho—. La primera vez que la invitó a cenar, ella se negó. Hickman tenía más años que ella y una legión de admiradores, y mi madre estaba muy volcada en sus estudios. Su familia solía presionarla en lo académico, y generalmente en todo lo demás.

Movió la mano en el aire.

—Pero él insistió y ella accedió y… —Cruzaron una calle estrecha hasta llegar a otra avenida —. Cuando Hickman acabó su seminario ella se enteró de que estaba embarazada. Él regresaba aquí a una nueva excavación, así que su respuesta a la noticia fue un sobre con tres mil libras y la dirección de una clínica inglesa para que abortase. —El doctor la miró y ella encogió la nariz—. Ni siquiera había pensado en acompañarla, su avión salía al día siguiente.

Wilde negó con la cabeza.

—Aquella noche mi madre salió de su habitación y fue a verlo de nuevo, para intentar hacerlo cambiar de opinión. —Ladeó la cabeza antes de continuar. Wilde seguía mirándola—. Pero vio que Hickman llevaba a otra alumna más allá del despacho de su seminario, esa vez sí que era una de las suyas. —Encogió la nariz de nuevo—. Entonces vio sus maletas. —Agarró la parte izquierda del chaleco de Wilde—. Allí estaba la lámpara. Realmente no sabe por qué la cogió. Furia, supongo, joderlo con lo único que le importaba algo en su vida. Ella ni siquiera sabía bien lo que era. La cogió y salió de la universidad aquella misma noche.

Wilde volvió a agarrarla, esa vez no fue solo el codo, dio un paso hasta ella y la rodeó con un brazo para cruzar la avenida. Anastasia se agarró al chaleco del doctor por reflejo y pudo sentir la lámpara bajo él. Lo soltó en cuanto subieron a la acera.

—Mi madre dice que pensó en venderla muchas veces —rio al decirlo y Wilde sonrió también—. No fueron buenos tiempos para ella. Su decisión la llevó a perder a su familia y sus rectitudes y apariencias. Abandonó sus estudios y su carrera. Un tiempo después volvió a ir a ver a Hickman, ya en España. Yo era un bebé. Supongo que al menos quería que él supiera que yo existía. Pero Hickman tiene muchas similitudes con esas estatuas que limpia con brocha. Así que ni siquiera se detuvo a mirarme. Mi madre y yo volvimos a mudarnos, dos veces más, hasta que acabamos en el sur de España, en San Fernando. He sido una especie de artículo de lujo para mi madre, tuvo que sacrificarlo todo, absolutamente todo. Así que para mí es una obligación en mi

vida ser feliz. Es lo menos que puedo hacer para agradecer a mi madre todo lo que ha hecho por mí.

—Tiene que estar más que orgullosa —dijo él y ella miró al doctor de nuevo de reojo.

—Ella nunca ha hecho nada por alimentar ningún tipo de odio por mi parte hacia Hickman. Después de tantos años, le resulta indiferente. Es feliz, se casó con un buen hombre, tiene dos hijos más… y bueno, su vida no es perfecta, pero no necesita mucho más que una familia que adora.

—¿Y tu apellido?

—Tengo el mismo apellido que mis hermanos. En casa nunca hicieron distinciones. La sensación es extraña. Sé que no es mi padre, pero es la única referencia de padre que conozco y la única persona a la que voy a llamar «papá» en toda mi vida.

Wilde frunció el ceño.

—La única —repitió ella—. A Hickman solo le debo tres mil libras y una lámpara.

—¿Piensas devolvérsela? —Le gustó ver que, aunque la llevaban con ellos, Brandon no estaba muy convencido de que ella fuera a entregarla.

Y la conocía bien.

—No. —Él sonrió al escucharla.

—¿Y por qué la hemos traído? —La sonrisa de Wilde se amplió. Hasta se detuvo para ponerse frente a ella y la hizo detenerse también sujetándole el brazo.

—Porque le debo demasiadas cosas a esa lámpara. —Puso la mano sobre la parte izquierda del chaleco de Wilde y presionó para sentirla—. Y ahora tú también.

Era algo que ambos aún no habían hablado. Pero el hecho de que el propio Hickman la reclamase, asentaba la vaga teoría.

Se hizo el silencio un instante, quizás porque hasta hablar con Hickman ninguno de los dos quiso decir nada más sobre las posibilidades de que aquella lámpara pudiese tener relación con el gran visir. Pero aquel instante, mientras sus ojos se cruzaban con los azules del doctor, aunque esa vez no hubiese sol que consiguiera convertirlos en agua, consiguió levantar la tormenta con más fuerza que nunca.

Y con ella también se elevó en cierta medida su pecho, lo suficiente para poder ponerse frente a su padre al fin, como quien era. Ni siquiera parecía tan difícil ni tan tenso.

Apartó la mano del chaleco de Wilde mientras entendía que todos ellos; Sherman, Brandon y el propio Ben Hickman, habían dejado de ser por completo aquellos personajes idealizados de los reportajes y habían irrumpido en su vida real. Y tenía que reconocer que le estaba encantando.

Sintió un cosquilleo en la muñeca derecha y enseguida movió la mano buscando el agarre de la de él.

—Es aquí al lado. —Se dejó llevar hasta el comienzo de una calle peatonal estrecha de casas blancas de no más de tres plantas.

Brandon se detuvo en la puerta de una de ellas, estaba abierta y había un hombre en la puerta. Era conocido por Wilde, porque este le dio la mano aunque sin mucha efusividad. Trato simple y cordial entre compañeros de profesión.

—Soy el doctor Kane, tú debes de ser Anastasia. —Entornó los ojos para mirarla. Debía de ser algo mayor que Wilde, uno de los ayudantes de Hickman, supuso, y quizás su forma de mirarla venía de una curiosidad extrema por encontrar algo que le recordase al director del equipo.

Así que levantó sus ojos para que pudiese comprobarlo por él mismo. La otra parte, la que era una réplica exacta de su padre, no podía observarse a simple vista. Soltó a Wilde para poder darle la mano.

Y pasaron, un pequeño rellano y una escalera estrecha para subir al primer piso. El doctor Kane los guiaba. Se apresuró a ponerse tras Wilde y no darle margen de que le ofreciera pasar primero. Había algo dentro de ella que aún no le daba la seguridad suficiente por mucho que Wilde hubiese puesto de su parte.

Soy un fraude.

Contuvo la respiración. No podía detenerse en ese momento a pensarlo o estaría perdida ante ellos, y Wilde también.

Había una puerta entreabierta de cristal traslúcido, en su interior pudo divisar a Sherman y aquella manera elegante de atarse los pañuelos al cuello y dejarse los picos colgando sobre su pecho.

Sus ojos oscuros se clavaron en Ana con rapidez aunque estuviese tras Wilde. Un segundo escrutinio para comprobar cuánto de Hickman había en su cara. No era mucho.

El estudio no era grande, mucho más pequeño que el de Wilde. Su padre estaba sentado tras una mesa con una foto aérea del desierto, una porción que conocía bien. Comprendía las tareas de ambos equipos.

—Brandon, gracias por venir. —Hickman se puso en pie enseguida. Sus ojos se dirigieron a ella, que seguía tras el doctor Wilde.

Vio que Hickman se inclinaba a un lado para verla mejor. Pero ella se movió para ahorrarle el esfuerzo.

—Anastasia —dijo inclinando levemente la cabeza en un ademán de reverencia cordial.

—Doctor Hickman —se apresuró a responder, no quería cercanía, ni siquiera que la llamase por su nombre. Él sabría mejor que nadie por qué llevaba ese nombre. Apartó enseguida la mirada de él para dirigir sus ojos a la doctora—. Doctora Sherman.

Anastasia se había colocado muy cerca de Wilde, no lo había hecho conscientemente, pero su hombro rozaba la camisa del doctor.

—Gracias por venir también —añadió su padre, sin embargo. Se dirigió a Wilde de nuevo—. Supongo que imaginarás por qué os he citado.

—Tengo varias teorías, Ben, así que prefiero que me lo aclares tú. —Le gustaba oír la voz segura y tranquila del doctor. En un momento como aquel se agradeció sobremanera.

Anastasia miró a Sherman de reojo, la doctora seguía sin apartar sus ojos de ella ni un ápice.

—Creo que todos estamos de acuerdo con que hemos llegado al lugar correcto y que nos esperan grandes cosas debajo de esta porción del desierto. —Puso una mano sobre el enorme póster que tenía sobre la mesa—. La temporada es la que es, y no sabemos lo que podemos tardar en poner en pie todo lo que hay. Ya habéis comprobado de primera mano que no solo hay tumbas y que llevará semanas cada uno de los elementos que encontremos. Así que os propongo unir fuerzas y recursos. —Hickman miró un instante a Anastasia—. Y talento. Para entre todos encontrar a Sekemer.

Los ojos de Anastasia se cruzaron con los de Wilde un instante, algo que llamó la atención de Sherman.

—Un solo equipo, una sola área, y todos colaboraremos —continuó Hickman—. Si no lo concluimos esta temporada, trabajaremos la siguiente y hasta una tercera si hiciese falta. Pero os prometo que será el mayor descubrimiento de este siglo.

Vio que Wilde alzaba las cejas.

—¿Nos prometes que será el mayor descubrimiento de este siglo? Creo, doctor Hickman, que mi equipo no necesita que nos prometas nada.

Hickman contuvo la sonrisa, un gesto engreído y chulesco hacia Wilde que hizo que el pecho se le diese la vuelta tomando cierta temperatura.

—Tienes solo media área, Brandon, que la ambición no te ciegue porque puede ser definitivo para tu carrera.

—No se trata solo de ambición —replicaba Wilde—. Se trata de darte un trabajo de años a cambio de que… ¿te unas a la gloria del éxito si lo logramos? —Wilde tomó el mismo tono engreído con Hickman. Tenía que reconocer que aquella faceta de Wilde que tanto le recordaba al primer día en el aeropuerto era justo lo que pegaba en aquella conversación—. No me convence.

—Yo también pongo mi parte. —Su padre alzó la voz, la respuesta de Wilde le había ofendido—. Y la doctora Sherman. Estamos tan cerca como tú de encontrar a Sekemer.

—Si estuvieseis tan cerca no nos habríais llamado. —Sintió la mano de Wilde tirando de ella para marcharse—. No pienso entregar mi dirección ni ceder a mi gente. Este proyecto terminará tal y como empezó.

Hickman apoyó ambas manos en la mesa.

—Tanto talento para desperdiciarlo con orgullo y todas esas estupideces que te caracterizan, Brandon Wilde. —Su voz se alzó aún más. Hizo que Wilde se detuviese para mirarlo—. Cavas la tumba de tu éxito a cada paso. Te lo dije en cuanto te conocí, y aquí tienes la prueba.

—¡Brandon! —La voz de Sherman hizo que Anastasia se detuviese también—. ¿Vas a arriesgarte por unos meses de excavación?

¿Unos meses?

El doctor enseguida miró a Hickman. Y Anastasia también.

—He conseguido los permisos del área completa para el próximo año. Y estoy en tramitaciones para el siguiente. —Uno de los ayudantes de Hickman colocó unos papeles sobre la mesa, tenían letras pequeñas y sellos—. Solo tienes esta temporada para encontrar a Sekemer o nosotros continuaremos tu legado.

Madre mía, qué cabrón.

Hickman le había arrebatado la zona a Wilde. Estaba comprobando con sus propios ojos muchas de las cosas que intuía sobre Ben Hickman. La parte más difícil de digerir era que la culpa la tenía ella. Ella era el elemento principal por el que Wilde se estaba viendo acorralado por su padre. Fue ella quien lo animó a que siguiera su teoría más loca en cuanto a la zona, fue ella quien llevó la lámpara, fue ella quien replicó uno de sus dibujos en el desierto, y fue ella quien le reveló demasiadas cosas a Hickman. Su culpa, solo suya. De ella.

Y ahora Hickman tenía a Brandon entre la espada y la pared.

Espiró con fuerza.

—¿Tu equipo estaría de acuerdo en negar un proyecto así a cambio de… tu ego? —Hickman rio—. El gran ego de Brandon Wilde niega la oportunidad a sus leales ayudantes porque no quiere compartir sus éxitos con otros, ¿es eso?

El calor comenzó en sus tobillos, leve, nada llamativo, pero en un instante pudo notar cómo parecía arderle el filo de los pantalones. Y la mirada fija de los almendrados ojos de Hickman clavados en Brandon los prendió piernas arriba hasta llegar a su cintura. Si alcanzaba el pecho, explotaría.

—Si no encuentras a Sekemer esta temporada, lo haré yo —añadió Hickman—. Y ya te adelanto que la jugada de traer a Anastasia, en un intento de joderme o de sustituirme, no va a dar resultado. Ella y yo somos unos desconocidos y pronto comprobarás que su potencial sin mí no le servirá de mucho. De hecho, ella ni siquiera te hubiese sido útil si no fuese por… —Ben la miró a ella, luego a Wilde y luego a ella de nuevo—, por esa lámpara.

Wilde cruzó su mirada con ella de nuevo. El calor comenzaba a subir ombligo arriba, se acercaba al límite de la explosión. Tuvo que espirar despacio para aflojarlo.

Wilde se dirigió a Hickman de nuevo.

—Mi respuesta es no. —Y sonó tan convincente que pudo ver la furia en el rostro de Hickman.

Ana se dio media vuelta imitando a Wilde y dándole la espalda a Hickman.

—Y puedo asegurarte, Ben, que Anastasia no te necesita para su potencial. Ni para ninguna otra cosa.

Las palabras de Wilde le revolvieron el vello y tiraron de sus cuerdas vocales con una fuerza que no esperaba.

Se oyó un golpe en la mesa.

—Financiación con pocos límites gracias a tu familia y a esas amistades con las que te codeas, adulación superlativa y excesiva por parte de tus admiradores, tan solo por ser un arqueólogo guapo y rico, y un séquito de mujeres que esperan que el doctor Brandon Wilde se fije en ellas. No tienes nada más que haya hecho resaltar tu carrera. ¡Qué tengo que hacer para que entres en razón y por una vez en la vida logres algo importante, pedazo de zoquete! —La voz de Hickman y sus palabras fueron como un mando a distancia que la activó sobremanera.

Anastasia se dio media vuelta y dio unos pasos hacia la mesa de Hickman. Su gesto hizo que Wilde se girase con rapidez, incluso notó el roce de su mano para detenerla, pero su movimiento hacia Hickman fue más rápido.

—Ni una palabra más sobre Brandon Wilde —le dijo y puso las manos sobre la mesa, justo frente a las de su padre, e inclinó el cuerpo hacia delante de la misma manera que lo tenía él.

El fuego alcanzó su pecho, su garganta y sus ojos. Ojos que estaba comprobando a corta distancia que tenían las mismas motas amarillas que los de su padre. Un color que allí en Egipto no era muy desconocido.

Wilde había tomado una decisión y había sido rotundo. No iba a aliarse con Hickman, así que tenían tan solo una temporada para encontrar todo lo importante que hubiese debajo de su zona o se la quedaría su padre.

No sabía las razones, quizás era verdad y era por su ego. Quizás era por ella, culpable de una hazaña más y de dejar a todos sin el éxito que tanto ansiaban. Fuera por la razón que fuese, ella le debía lealtad a Brandon Wilde.

Tres meses.

—En tres meses no quedarán ni escorpiones para vosotros —dijo y la sonrisa de Hickman aumentó todo el fuego en su garganta y su cara.

—Una novata que acaba de llegar y piensa que esto es rápido, que es suerte, que del suelo emergen leyendas y que lo de hoy es habitual. Las excavaciones llevan años, niña. Y la lámpara que me robaron no es suficiente. Pero tú y yo podríamos descifrar cada pista y encontrar a Sekemer. Juntos. —Se acercó aún más a ella. ¿La estaba invitando a unirse a él? ¿Solo a ella? —Wilde, Sherman, tú y yo —añadió él, lo cual le indicaba que su verdadera intención sí iba dirigida solo a ella.

El por qué lo desconocía. Acababa de llamarla novata, ante Wilde no prestó atención a su talento, pero la quería en su equipo. Quizá sus marcas en el suelo desvelaron más talento del que suponía.

—Y hasta sin Sherman y sin Wilde podríamos encontrarlo —respondió con ironía y Hickman alzó las cejas. Ahora él sabía que ella había entendido bien cuál era su verdadera intención. El por qué los había hecho ir allí. La quería a ella.

Podrían encontrar al visir entre los dos, y estaba convencida de que a Hickman le daría exactamente igual dejar a un lado a Sherman y unirse a ella y a su lámpara. Sin conocerlo de cerca, sabía que había lealtades que su padre nunca respetaría.

—No daré un paso hacia Sekemer sin Brandon Wilde —dijo sabiendo que aunque no fuese la respuesta a las palabras de su padre, sí que le estaba respondiendo con exactitud a aquella ambiciosa idea que le estaba rondando por la cabeza a Ben Hickman.

Anastasia se irguió y quitó las manos de la mesa.

—Y él ya ha respondido a tu oferta. —Dio un paso hacia atrás alejándose de la mesa.

Vio removerse a Sherman.

—Creo que has encontrado a la horma de tu zapato, Brandon. —La doctora contuvo la sonrisa—. Misma soberbia y prepotencia. Tal para cual.

Vio a Wilde inclinarse levemente hacia Sherman.

—¿Y eso es una molestia? —Ana tuvo que apretar los labios para no sonreír al oírlo.

Se colocó de nuevo junto a Wilde para marcharse.

—Anastasia. —Era Hickman de nuevo—. Tú y yo sabemos que tienes algo que me pertenece.

Ana miró a Wilde mientras se volvía a acercar a la mesa.

—Casi se me olvida —dijo llevando su mano hacia el bolsillo en su costado derecho. Sacó un sobre y lo puso sobre la foto aérea del desierto. Su padre se había preocupado de poner una foto sin pintar, sin una sola señal. Ella la recordaría punto por punto.

Miró a Hickman al soltar el sobre.

—Las tres mil libras.

Y que te den por el culo.

Miró de reojo a Wilde, poco dinero le parecía por ver la cara de su padre al ver el sobre, pero aún era menos por ver el orgullo en el brillo de los ojos de Brandon Wilde.

El doctor Wilde levantó la barbilla hacia Hickman.

—La lámpara —dijo Hickman en un tono serio, ofendido, y casi amenazante.

Anastasia se inclinó hacia delante levemente.

—¿Hay una lámpara? —preguntó frunciendo el ceño y miró a Wilde.

Este negó con la cabeza.

Podía ver el fuego saliendo en forma de rubor en las mejillas de su padre.

—No os hagáis los imbéciles —dijo Sherman—. Hemos hablado con agentes del aeropuerto que aseguran que hace unas semanas detuvieron a una joven por portar un objeto de dudosa procedencia.

—No sería yo —se apresuró a replicarle mientras daba otro paso hacia Wilde y se metía la mano en el bolsillo.

—No —respondió también Wilde a su lado—. No era ella.

Sherman negó con la cabeza mirando a Wilde y con un gesto de hastío se apartó de ellos.

—¡Anastasia! —dijo Hickman y ella dio otro paso hacia la puerta esa vez—. Sabes que me la

robaron. Me pertenece.

Lo miró un instante.

—Señorita Ortega —lo corrigió—, señorita Ortega —repetirlo fue placentero.

Sintió un leve empujón en el hombro y espalda, Wilde había puesto su pecho tras ella, tan pegado que hasta sintió la lámpara bajo su chaleco cuando hizo presión en ella con su cuerpo.

—Suerte en la excavación —les dijo él volviendo a presionarle. Esa vez con el cuerpo mucho más pegado, tanto que comenzaba a gustarle la cercanía.

—Suerte. —Salieron al pasillo.

El ayudante que les había abierto la puerta ni siquiera se despidió de ellos.

—Vais a hundiros. —Oyeron a lo lejos.

Pero no miraron atrás, salieron a prisa de la casa. Wilde seguía pegado a ella, sin separarse un ápice ni para abrir la puerta.

En cuanto salieron la puerta se cerró bruscamente y los dos comenzaron a reír. Ana sintió las manos de Wilde a cada lado de su cuerpo, le agarraba los brazos, se inclinó por su derecha mientras volvía a notar la lámpara apretada contra su espalda. Una postura un tanto incómoda para andar y un tanto tensa que consiguió sacarle los colores, al menos por dentro.

—Una vez más, impresionante, señorita Ortega —le dijo sin dejar de reír.

—Impresionante, doctor Wilde —respondió ella deteniéndose. No podía seguir andando con él pegado a ella.

Wilde la soltó y se colocó a su lado. Seguían sin dar un paso, Anastasia lo miraba a él.

—Tres meses. —Ana entornó levemente los ojos y suspiró.

—Ningún arqueólogo cuerdo le hubiese dicho que no a esa oferta. —Wilde se encorvó levemente para soltar otra carcajada.

—¿Y por qué le has dicho que no? —Seguían sin avanzar.

El doctor la miró bajando la barbilla.

—Porque confío en mi equipo lo suficiente como para no dejar que un viejo arqueólogo ambicioso se aproveche de ellos cuando no tiene ningún interés en mirar por sus carreras, porque lo que busca es otra cosa —respondió él—. Porque no quiero que pases por el trago de trabajar con él.

Lo vio contener la sonrisa.

—Y porque somos dos locos —añadió Wilde y Anastasia sonrió—. Hickman te quiere a ti y a la lámpara. Así que él se ha dado cuenta de algo que nosotros no sabemos, pero que sí estás utilizando sin ser consciente. Y quizás por eso hemos encontrado el templo.

Ladeó la cabeza para mirarla.

—Es como si la lámpara y tú hubieseis caído del cielo —lo dijo pensativo, casi en un susurro.

Comenzaron a avanzar.

—¿Tienes hambre? —Lo oyó decir y ella lo miró de reojo.

¿Hoy también piensa llevarme a cenar?

Ni siquiera el rato de tensión frente a su padre había sido suficiente para impedir que se levantase la tormenta de arena.

—Ya sabes, me retirarían la financiación si te dejo sin comer —añadió él y ella tuvo que encoger el estómago para contener la carcajada.

Miró a Wilde frunciendo el ceño.

—¿Cuándo podré saber más de ellos? —preguntó adelantando a Wilde y dándose la vuelta

para ponerse cara a él sin dejar de andar, esa vez hacia atrás.

Él alzó un dedo para negar con él.

—De ninguna manera. —Le notó cierto tono irónico en la expresión. Recordaba la otra vez que le dio esa misma respuesta. Y pudo notar que con el paso de los días la idea no le disgustaba tanto.

Ana contuvo la sonrisa. Tenía la sensación de que quienes fuesen, no andarían muy lejos de Wilde. Y eso le transmitía cierta tranquilidad hasta en sus más profundos sentimientos cuando se repetía que era un fraude.

No era doctora, ni siquiera arqueóloga. Así que tendría que demostrarlo para que una vez todos se diesen cuenta, ella pudiese echar a correr de allí sin nada que lamentar.

Entornó los ojos hacia Brandon Wilde.

—Tres meses —le dijo al doctor.

Voy a darlo todo para llevarte hasta lo que sea que haya bajo el plano de La Corona de Ra.

Sonrió a sus pensamientos.

—Tres meses —repitió Wilde.

22

No había tenido tiempo para responder nuevas felicitaciones. Así que se limitó a responder a sus padres, a Adriana y, como no, a los que le llevaba más tiempo. Ellos.

Quizá porque ellos siempre querían saber. Y porque también a él le gustaba que supieran.

A veces necesitaba escucharlos y muchas otras que lo escuchasen a él. Les contó lo de Hickman y la respuesta a su propuesta. Y también la respuesta de Anastasia.

Apenas había podido leer el comentario de Stoker de las hileras de risas que metieron los otros cuatro. Desplazó el chat para verlo.

«Señores, estamos a dos templos subterráneos de que Wilde le pida matrimonio a Anastasia Ortega».

Rio mientras negaba con la cabeza.

«Hércules, dile a Natalia lo que hablamos y que hay que volver a hacerlo rápido», dijo Blake y Wilde frunció el ceño.

«¿Que le diga a Natalia qué?», preguntó enseguida.

Sabía que había cosas que no le habían contado. Esas que cuando preguntaba comenzaban a soltarle que teniendo a Ana allí, lo averiguase él.

Pero esa vez Blake había nombrado algo concreto que traían entre manos.

«No es cosa tuya», le respondió su amigo.

Wilde negó con la cabeza.

«Es sobre mi becaria, ¿no? Claro que es cosa mía», le dijo.

Stoker puso un emoticono que se tapaba la boca.

—Ya empezamos —murmuró al verlo y resopló.

Volvió a escribir.

«Ya me estoy hartando de vuestros secretos. Así que decidme de una vez qué es lo que pasa».

«Tú estás haciendo tu parte muy bien. Así que deja que hagamos nosotros la nuestra. Somos los benefactores de Anastasia», le dijo Blake.

Pero aquella respuesta aumentó aún más su curiosidad.

«Chicos». Esa vez era Byron. «Yo creo que debería saberlo. No tiene importancia».

«Que no tiene importancia, dice. Cómo se nota que los palos me los llevaría solo yo». Stoker lo acompañó de otro emoticono, esa vez tapándose los ojos.

Wilde acercó el móvil a la boca.

—Dejaros ya de estupideces, que lo único que no necesito en mi vida son más misterios. Así que empezad a soltar.

«Vale. Pero no empecéis a hablar todos a la vez. Lo cuento yo», se apresuró a decir Blake.

Vio en la parte superior que su amigo grababa un audio. El chat se quedó en silencio, algo extraño. Incorporó un poco la espalda de la cama esperando el audio. Y al fin llegó.

—No queríamos que lo supieses, realmente no tiene importancia, como dice Byron. Pero Natalia nos dijo hace unas semanas que el ingreso de la beca que traspasó Adriana a Anastasia desapareció de su cuenta con bastante rapidez. Cargos continuos y embargos. Entonces le hicieron un segundo ingreso, no desapareció con tanta rapidez, pero se mermó considerablemente. Acabas de decir que le ha devuelto a su padre tres mil libras, que al cambio

la habrá dejado nuevamente a cero, y los embargos no cesan. En fin, que su familia estaba en serios problemas y ha usado para ayudarles el dinero que le dimos para su estancia en el equipo. Vamos a hacerle una nueva transferencia. No queríamos decirte nada, es algo personal que no tienes por qué saber y que nosotros sabemos a través de Natalia. Es Anastasia la que tendría que contarlo y no nosotros en un chat de cotillas como este. Pero eres un plasta y prefiero que lo sepas a que estés todos los días preguntando.

Sonrió a eso último. Que Anastasia decidiese ayudar a su familia no era algo que le sorprendiese ahora que la conocía, de hecho, no la imaginaba tomando otra decisión. Ella no solo era excepcional por una mente privilegiada.

El audio se acabó, pero Wilde volvió a fruncir el ceño.

«¿Y qué tiene que ver eso con Stoker, que dice que a él le voy a dar palos?».

«A Stoker no le eches cuenta, que es imbécil», le respondió Wilde.

Tampoco lograba ubicar muy bien el icono de Byron con un muñeco con la cabeza agachada y la mano en la frente.

Había más, quizás. Pero en vista a lo que acababa de contarle, prefirió no hacer más preguntas. De hecho, acababa de desaparecer todo deseo de indagar sobre Anastasia. No quería saber una palabra más. Tal y como decían aquellas genios de la lámpara con cuerno de unicornio, la tenía allí delante para averiguarlo solo. Y todo lo que se refería a ella prefería averiguarlo así.

«Gracias. Os honra también a vosotros», les puso.

Siempre había deducido que Anastasia venía de una familia humilde, era diferente a Sherman y a Margot.

Como decía Byron, sus circunstancias, fueran las que fueran, ya no tenían importancia. Sonrió.

«Blake», escribió en el chat. «Quiero sumarme a la lista de benefactores de Anastasia».

Le dio al botón de enviar.

Cerró los ojos mientras el móvil empezaba a vibrar y a emitir sonidos como loco. No quería ni imaginarse lo que se les estaría ocurriendo decirle. Comenzó a reír. Ni siquiera sus bromas sobre Anastasia tenían importancia.

Habían pasado a no molestarle en absoluto.

Ella era parte del equipo. Una parte brillante, positiva, ocurrente y leal que le encantaba. Parte del equipo. Más aún. Mucho más. Ahora era parte de él.

23

Todo era muy diferente a las ideas que se le habían formado en la cabeza. Más de tres semanas desde el comienzo y tan solo tenían una parte del templo de la diosa leona despejada.

Ya entendía por qué aquello no se había descubierto antes, lo que ella encontró era tan solo una entrada superficial, el templo estaba mucho más profundo y había que apuntalar bien el techo antes de acceder al interior. Una sala vacía y una galería en descenso que llevaba a otra sala, esa vez con algunas pinturas en la pared y en dos columnas. Scott y Nadim, los especialistas en escritura y simbología, estaban ya trabajando en ello.

En cuanto a Sherman y Hickman, mantenían la excavación en el más absoluto silencio. Sabía que habían encontrado algo, había podido ver de lejos el pelo dorado de la doctora Margot Eastwood aquella misma mañana.

Sin embargo, en su templo no había absolutamente nada más que paredes y dibujos. Hasta lo que habían podido averiguar, tan solo rezos. Ni una estatua, ni un papiro, nada que les hiciese pensar que aquello y Sekemer estaban relacionados.

La euforia del descubrimiento del primer día fue desapareciendo a medida que pasaban las semanas y se reflejaba en todo el equipo, inclusive en ella misma. Los días pasaban y el tiempo se acababa sin hallar ni una sola pista sobre el gran visir. Aquello no parecía más que un templo vacío o abandonado sin ningún sentido.

Salió de la galería hasta la superficie. Había dejado a Suhaila abajo con Scott y buscaba a Brandon con la mirada.

El doctor poco a poco amenazaba con volver a convertirse en el ser solitario y ansioso de los comienzos, unos rasgos que estaba dispuesta a frenar porque no le vendría bien al equipo, y mucho menos a él. Sabía que cuando Wilde tenía cierta conducta, era porque no lo estaba pasando bien.

Y el hecho de que la presencia de Margot significase momias en la competencia, empeoraría aún más las circunstancias.

Tres meses.

Y ya casi habían agotado el primero.

No era fácil de asimilar ni siquiera para ella, que estar de sol a sol trabajando sin descanso no fuese suficiente para hallar nada más que arena y más arena. Encontró a Wilde a bastantes metros, a lo lejos a pleno sol. Y frente a él la dorada melena de Margot Eastwood.

Lo único que necesita Wilde ahora es que venga esta a restregarle por la cara lo que sea que hayan encontrado Hickman y Sherman.

Vio la mano de Margot acercarse a la de Wilde, así que se detuvo a media distancia, no era capaz de acercarse a ellos, sentía que era como invadir algo que no le correspondía. Por mucho que intentase alejar todo lo interior sobre Wilde en el trabajo, no le resultaba del todo posible. Sin embargo, pudo ver a Lois acercarse a paso ligero, ella era la especialista funeraria y quizá le interesaba lo que fuese que hubiese aparecido al otro lado.

Anastasia dio unos pasos hacia atrás, de lo que fuera ya se enteraría después, tampoco deseaba saberlo, su ánimo también había decaído junto al resto, y tampoco se le ocurría nada para ayudar al equipo ni a él.

Expulsó el aire despacio y miró a su alrededor.

Voy a coger una pala.

Quizá por tener algo en las manos, por hacer algo que no fuese esperar, por soltar energía… Por no echar a correr y ponerse a gritar.

Una pala, eso es.

Había dos posibilidades en aquella excavación, y el destino se estaba inclinando por una de ellas. Hickman y Sherman iban ganando. Su padre solo estaría esperando a recabar más información para hacer pública la noticia. Y que la paleontóloga estuviese allí solo significaba que el momento estaba más cerca.

Vio a Wilde retirarse de Margot. Ella hizo por agarrarlo una vez más, pero él se escabulló y echó a andar en dirección contraria a la excavación. Lois se llevó la mano al *walkie* y de inmediato el suyo propio emitió un sonido.

—Chicos, Hickman ha encontrado una tumba con pozos con restos mortuorios y un sarcófago. Van a proceder a su apertura y estamos invitados.

Supuso que el hecho de que Wilde se dirigiese lejos sin dejar de caminar quería decir que no pensaba estar presente.

Qué mal perder tiene.

—Voy. —Oyó la voz de Fineas.

Y tras él fue respondiendo uno por uno del equipo. El hecho de que Hickman enviase a Eastwood, alguien ajena a los dos equipos, sería en un intento de que Wilde aceptase.

—Ana, vamos. —Se giró para mirar a Fineas, que llegó hasta ella—. Tienes que estar deseándolo. —Le guiñó un ojo y tiró de su hombro al rebasarla.

Era para lo que había ido hasta allí. Para descubrir tumbas, templos y abrir sarcófagos, un enorme regalo a su pasión innata. Pero sus ojos se dirigieron de nuevo hacia Wilde.

—Id vosotros delante —respondió.

Fineas siguió su mirada hasta Wilde.

—Ana… —Estuvo a punto de decirle algo, pero calló. Así que ella apartó los ojos de Wilde para mirarlo a él—. Aquí cada oportunidad cuenta. No tienes las mismas circunstancias que él, no estás obligada a hacer lo que él haga. Es algo que Wilde nos advierte desde el primer día que trabajamos con él.

Anastasia ladeó la cabeza y la dirigió hacia la excavación de Sherman y su padre. Un grupo de hombres sacaba algo fuera de uno de los agujeros. Podía ver el reflejo celeste. Dorado y celeste brillando al sol.

Hasta sabiendo que era uno de los yacimientos de su padre, la imagen consiguió elevarle el vello y ponérselo del revés.

—Ahora os sigo —le dijo, sin embargo.

Fineas dio unos pasos hacia Lois, ella y Margot se habían acercado a ellos. El resto también llegaba, cada uno de los puntos donde andaban trabajando.

El saludo que intercambió con Margot fue menos cordial del que esperaba darle. Inconscientemente había sido ella misma la que no mostró ni una pizca de agrado. Y no tenía razón, Margot no era culpable de nada.

Emprendieron el camino y la doctora enseguida se fijó en que ella no había dado un paso.

—Ana viene ahora —dijo Fineas.

Lois se giró para mirarla. Margot Eastwood no avanzaba con ellos, seguía detenida a un par de metros de Anastasia. Los acortó en cuanto el resto se alejó.

—Aún desconozco los motivos por los que Wilde no acepta unirse al equipo de Hickman. —

Su voz ni era suave ni era amistosa—. Pero lo conozco a él lo suficientemente bien como para saber que ni es por ego ni porque nadie le vaya a robar el protagonismo.

La doctora se detuvo un instante, quizá esperaba que ella la mirase para seguir hablando, pero la mirada de Ana seguía perdida en la salida del yacimiento de Hickman, donde continuaban sacando cosas. Y vio a su padre bajo el sombrero verdoso, y a Sherman colocándose bien su pañuelo en el cuello.

—Dicen que eres la nueva promesa del equipo —continuó—. Yo pienso que no eres una buena influencia para Brandon Wilde.

Y sus últimas palabras la hicieron perder de vista el horizonte y aquellos descubrimientos para encontrarse con la piel jugosa y fina de Margot Eastwood. Pero la doctora ya se alejaba de ella.

—Llegué a pensar que tú tenías la culpa de que Brandon se alejase de mí —dijo la mujer y dio una pequeña carcajada—. Pero es mucho peor que eso. Sé quién eres y puedo deducir por qué no quieres trabajar en el otro equipo. —Margot dirigió su mirada hacia Brandon Wilde—. Solo espero que seas el genio que él cree que eres y no acabes por hundirle la carrera haciéndole perder esta oportunidad.

Margot dio unos pasos atrás y luego se giró para darle la espalda.

Me acaba de enterrar en las dunas.

Tragó saliva intentando digerir las palabras de Margot, que no tardaron en activar su garganta, su estómago y aún más sus ojos.

—Mierda. —Se giró dándole la espalda a la excavación y todo lo que se estaba montando alrededor de ella. Era imposible parar lo de los ojos.

Bajó la barbilla y cerró los puños. Si hubiese llegado a coger una pala, se habría puesto a cavar de inmediato para soltar todo lo que se le arremolinaba dentro.

Ella no era nadie, absolutamente nadie, ni siquiera era arqueóloga, para influir en Wilde. Pero Margot sabía bien que ella era una razón de peso por la que Wilde no aceptaba la oferta de Hickman. Y eso aumentaba aún más el sentimiento de culpa cada día que no había avances.

El aire hervía garganta adentro y tuvo que sorberse la nariz. Se oyeron aplausos y no quiso girarse a mirar. Se llevó la mano a la boca mientras el llanto aumentaba. Una pala y excavar hasta que acabase el día, hasta que se le dañasen las manos, hasta que no pudiese ni respirar, no era suficiente para dejar de sentir aquello. Era un sentimiento que la machacaba en cada momento, la idea de que estaba destruyendo la ilusión y las oportunidades de todo un equipo, incluido Brandon Wilde, por el hecho de que ella había llegado hasta Egipto cargando una lámpara y todas sus miserias.

No era justo.

Ella no era nada.

Y la esperanza desaparecía, y Wilde callaba y se alejaba de ella y de todos. Y los días de excavación comenzaban a ser desesperantes, desmotivadores, terribles. El trabajo perfecto, ideal y por el que había nacido y respirado durante años, comenzaba a dejar de ser maravilloso.

Volvió a sorberse la nariz y levantó la cabeza buscando a Brandon Wilde mientras el viento le llevaba nuevas palmadas. Se quitó el chaleco de bolsillos, lo dejó caer al suelo y comenzó a dar pasos en la arena hacia él.

Los pies se le hundían en algunas dunas más blandas, pero siguió avanzando. Sentir el peso de la tierra en las botas había dejado de ser un obstáculo, comenzaba a hacerse al desierto.

Wilde se había inclinado en el suelo, apoyando una rodilla en la arena, y se había echado

agua en la cara y la cabeza.

Culpa mía.

Aquel bucle de pensamientos negativos no le ayudaría, solo la hundiría más, al igual que lo estaban haciendo aquellas dunas cada vez más blandas.

Por mi culpa.

Se detuvo a unos metros de él, que aún no había sido consciente de que ella no se había ido con el resto.

Todo lo que pase será por mi culpa.

Levantó un pie de la arena y lo sacudió antes de apoyarlo de nuevo. Se dio media vuelta para mirar hacia el yacimiento de su padre. Tan lejos no podía apreciar su cara, pero podía imaginar cómo debía encontrarse. Un descubrimiento, uno más a sumar a su carrera, y la satisfacción de darles un latigazo a ella y a Wilde.

Volvió a mirar al doctor. Tal y como se encontraba ella, no era capaz de animarlo. Y los dos se estaban hundiendo en la arena sin remedio. El resto del equipo quizás compartía la idea de Margot y también la culparían a ella de no estar en el lado correcto. Sin embargo, nadie le había dicho nada. Una vez más tuvieron las puertas abiertas para cambiar de bando, pero el equipo de Wilde era hermético y lo seguían aunque no siempre estuviesen de acuerdo con sus pensamientos.

Y eso hacía a Wilde más grande a sus ojos. No todo el mundo podía presumir de compañeros que lo apoyasen con tanta lealtad. Y ese hecho aumentaba aún más su sentimiento de culpa.

Los ojos volvieron a llenarse y tuvo que desistir de la idea de seguir avanzando hacia él hasta que se le pasara. Se limpió la cara con la mano y cogió aire por la boca con fuerza.

Tenía demasiadas cosas que soltarle a Wilde y aun así no conseguiría que mejorara nada. Al contrario, sería aún peor. En aquellos momentos no quería ni imaginar si el doctor encima se enterase del error que hubo con ella, de su beca fantasma, de que no era digna de que la llamasen doctora.

Pero cada vez ese peso la quemaba más por dentro.

Volvió a limpiarse las lágrimas. Tenía que tragárselas, respirar y hacer todo lo que pudiese por él y por aquel equipo que le habían abierto los brazos y la confianza, haciéndola una más de ellos sin distinciones. Y que no merecían que su propia existencia fuese un lastre en sus carreras.

Tenía que levantar a Brandon Wilde. Él era lo principal, lo primero para empujar a aquel equipo a marchar adelante.

Llegó hasta él y le puso la mano en el hombro. Le encantaba sentir la forma redondeada bajo la camisa. Apretó los dedos en él y Brandon levantó la cabeza para mirarla.

—¿Qué haces que no has ido con ellos? —dijo él volviendo a bajar la cabeza.

—¿Qué haces que no has ido con ellos? —repitió ella inclinándose en el suelo junto a él.

Wilde alzó las cejas.

—¿Una oportunidad para que Hickman y Sherman carguen contra mí? No, gracias —dijo y dio hasta una leve carcajada. Luego miró a Anastasia—. Pero tú sí tendrías que haber ido. No hay muchas oportunidades de vivir la apertura de un sarcófago. Y sé las ganas que se tienen la primera vez.

Anastasia se sentó en la arena y apartó la mano del hombro de Wilde para rodear sus propias piernas.

—Yo iré a donde tú vayas. —Ni siquiera lo miró a él, solo al horizonte repleto de dunas.

—Pues no deberías —replicó él—. Eso no te llevará a ninguna parte.

Ana frunció el entrecejo y miró a Wilde.

—¿Y tú qué sabes?

Él cogió aire y lo soltó de golpe.

—Porque el problema de seguir impulsos, corazonadas o ideas vagas y fantasiosas es que pocas veces sale bien —respondió él endureciendo la voz.

Ella se inclinó hacia delante para acercarse a su cara.

—¿Y eso es un problema? —preguntó y Wilde se sobresaltó haciendo que su mirada dejase las dunas y se dirigiese a ella.

—Es un problema cuando todos dependen de ti. Cuando hasta tú dependes de mí.

Anastasia alzó las cejas y volvió a erguir la espalda.

—He visto cómo mirabas a tu padre. A Ben Hickman. —Ahora el que se inclinó fue él para acercarse a ella—. Y entendí que llevas esperando esto toda la vida y ahora que estás aquí no quieres que él gane.

¿Yo? ¿Está preocupado por no conseguir nada para mí?¿En serio?

La tirantez de su garganta regresó de inmediato haciendo que apretase los dientes en un intento de contrarrestarlo, pero sus ojos se llenaron sin remedio.

—Dices que no te afecta, que no te preocupa —negaba con la cabeza—, que no tiene importancia. Pero no puedes engañarme. A mí no. —Ana intentó desviar la mirada, pero él enseguida le sujetó la barbilla para que no lo hiciese—. Si yo quiero superar a Ben y solo soy su alumno, ¿qué no querrías hacer tú?

Apartó la mano de su barbilla.

—Si ese sarcófago es de Sekemer, ya no habrá oportunidad —añadió él volviendo a erguirse —. Y lo siento.

Tuvo que tragar saliva para suavizar la garganta y que le permitiese responderle. Bajó la mirada hacia su propia mano y la alargó hasta la de él, despacio. Probó primero el roce y luego la dejó caer levemente sobre la de él, esperando la respuesta a su gesto.

Y el doctor abrió la suya y se la envolvió por completo, haciendo que el tornado de arena se alzase enorme en su pecho y en su estómago.

—Llevas razón con mis sentimientos respecto a mi padre, pero te equivocas. —Apretó la mano de Wilde.

Esto va más allá de todos esos puñeteros años que pasé estudiando. De todas las veces que prometí superarle. No contaba con nada más. No contaba con esto.

Se puso en pie sin dejar de agarrarlo. Él la miró y sus ojos bajo el sol hicieron que la tormenta de arena se le expandiese por el resto del cuerpo.

—Yo ya he ganado. —Tiró de la mano de Wilde para que se pusiese en pie también.

Y ni siquiera quiero pararme a pensar en digerirlo.

Le tendió la otra mano a Wilde para que se alzase. Por suerte era un gesto meramente simbólico, si se hubiese apoyado en ella para subir, se habría caído sobre él. Tuvo que alzar los ojos para mirarlo una vez estuvo en pie, la diferencia de estatura era considerable.

Le apretó las dos manos.

—Vamos a ir allí —le dijo y él frunció el ceño—. Tú y yo. Ahora. Y si ese que han encontrado es Sekemer, les daremos la enhorabuena y nos tragaremos todo lo que les dijimos el otro día. —Encogió la nariz en un gesto rápido y vio que Wilde contuvo una escueta sonrisa—. Pero si no lo es… —Wilde le había soltado una mano y le cogía la cara.

Había olvidado por completo lo que iba a decir. Wilde la miraba como si no estuviese ya

esperando a que acabase la frase.

—Era eso todo el tiempo —dijo él soltándole la otra mano y metiéndola entre su brazo y su cintura. Volvió a contener la sonrisa—. Yo ya he ganado.

Sintió el roce de su nariz con la de Wilde, y el remolino de arena se hizo tan alto que le llegó hasta la base de la garganta.

Ahora sí que mi paso por aquí va a ser una cagada monumental.

Se dejó empujar la nariz hacia arriba para que sus labios se acercasen a los de Brandon Wilde y estos eran tan gruesos que animaban a abrir la boca y atraparlos.

Cerró los ojos y contuvo la respiración. Fue solo un instante, quizás un intento de Wilde de probar su reacción. Y en cuanto cerró sus labios sobre los de él, notó la respuesta del doctor con cierta presión en su cuerpo, lo que la animó a entreabrir la boca y volver a cerrarla con más comodidad.

Por si había dudas.

Se apartó de él. Si no hubiesen estado al aire libre, quizás hubiese perdido la vergüenza por completo. Pero en medio del desierto se limitó a mirar al doctor mientras sentía que la cara se le caía a trozos.

Y no debería. Es él quien ha empezado.

Se alejó de él un poco más y miró a lo lejos. Había demasiada gente en la excavación de Hickman, debía de ser un descubrimiento grandioso cuando más coches habían llegado. Comenzaron a andar.

—El Ministerio de antigüedades. —Oyó decir a Wilde a su lado cuando ya habían atravesado más de medio camino.

Anastasia se metió una mano en el bolsillo trasero del pantalón mientras en la otra sentía la del doctor. Y sus botas se hundían de nuevo en la arena a cada paso. Seguían avanzando.

—Si es Sekemer nos tragaremos las palabras del otro día —dijo Wilde repitiendo sus últimas palabras antes de que él la besara—. Y si no es… —Ahora le tocaba terminar la frase.

—La búsqueda continúa. —Apretó la mano de Wilde antes de soltársela. Ya estaban a la vista de todos.

Wilde la hizo detenerse.

—No te alejes de mí —le dijo inclinándose hacia su oído.

Tragó saliva, tanta gente rodeaba el sarcófago que no podía verlo. Ya había un furgón preparado para cargarlo.

Pudo ver a Sherman abrir una de las puertas del furgón. La seguridad y el porte de aquella mujer eran admirables. Pero no vio satisfacción absoluta en su cara.

No es él.

O no era el visir, o Sherman tenía el temple del rey de la selva. Lois los divisó y se apartó del bullicio, luego dio una voz y más personas se apartaron para dejarles sitio.

Aceleró el paso cuando vio que volvían a alzar la tapa para cerrar de nuevo. Los colores turquesa y dorado eran una auténtica belleza a media y corta distancia.

Llegó hasta la mesa y puso las manos en ella, apretando los dientes y tensando la lengua. La momia llevaba una máscara de oro con los ojos azules, una especie de casco dorado que le llegaba hasta la altura del pecho, donde tenía cruzado uno de sus brazos con el puño cerrado.

Una momia real.

El pelo sobresalía a los lados de su cuerpo, rizado y pajizo.

Es una mujer.

Sobresalían algunos dedos por la tela y podían apreciársele las uñas. Sobre el pecho llevaba un amuleto cuadrado. Una belleza sublime y bien conservada, desprendiendo un olor que no conseguía parecerse a nada que hubiese olido antes.

Es Nofret, hija del faraón y esposa de Sekemer.

Sus ojos brillaban, allí no había competencia, era solo historia. Y ella confirmaba que Sekemer no estaba solo en las teorías de los arqueólogos. Existió, fue real. Y aquella mujer era su esposa.

Apretó aún más los dientes mientras cerraban el sarcófago. Apenas medía metro sesenta a lo sumo. Vio a unos hombres sacando otro féretro algo más grande, también dorado y con incrustaciones del mismo turquesa, a lo que se añadía el color bermellón. Era un segundo sarcófago, solían ser como muñecas rusas, unos dentro de otros. Que fuese de mayor tamaño lo confirmaba.

—Estaba saqueada casi al completo. —Oyó que Lois le susurraba a Wilde—. Y es una verdadera pena.

Lo era. Teniendo en cuenta el lujo y el cuidado de aquella momia elegante y ostentosa, el resto de ajuar funerario debía de ser un auténtico deleite.

Estaban sacando más cosas, sin embargo. Pudo distinguir unas sandalias, por el tamaño estaba comprobando que Nofret no debió ser muy alta.

El bullicio se fue con el sarcófago hacia el furgón. Le recordó a los pasos de Semana Santa, donde las aglomeraciones se dispersaban de inmediato en cuanto el paso seguía de largo.

Y encontró frente a ella a Sherman, que se agarraba uno de los picos del pañuelo.

—Enhorabuena, doctora Sherman —dijo, pero Sherman no se detuvo en ella más de medio segundo. Sus ojos oscuros tenían un único interés. Brandon Wilde.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó al doctor.

Pero Wilde enseguida se puso de lado para alejarse de la excavación.

—Que la búsqueda continúa para todos —respondió tirando de Anastasia.

—¡Brandon! —Esa vez era la voz de Margot Eastwood.

Pero Sherman no se iba. Todo el cuerpo se le tensó cuando vio a las dos mujeres solas con ellos. Margot miró a Anastasia antes de dirigirse a Wilde, que ya les daba la espalda.

—No vas a convencerme, si es lo que intentas —dijo Wilde dando ya unos pasos.

Pero Margot seguía mirando a Anastasia, lo hacía como alguien que estuviese a punto de lanzarle una reprimenda.

—Podrías colaborar al menos en convencerlo y dejar de ser una puñetera egoísta —le dijo en un tono que hizo que hasta el doctor se detuviese y se girase.

Algo que ni Sherman ni ella pasaron por alto.

—Doctora Eastwood —dijo Wilde—, cualquier cosa que tengas que decirle a mi ayudante, te agradecería que lo hicieses a través de mí. Únicamente a través de mí.

Todo su cuerpo se había bloqueado, así que le agradeció el detalle a Wilde de responderle a Eastwood tal y como se merecía.

Margot dio unos pasos hacia Wilde, pero se dio cuenta de que no quería acercarse demasiado. Anastasia seguía a media distancia.

—Y tú, ¿quieres de verdad ayudarla? —respondió Margot—. Acepta la unión con Hickman y Sherman —señaló a Anastasia—. Ella podría terminar sus estudios con tres tutores de los grandes, ¿qué aspirante a arqueólogo tiene esa oportunidad?

Hija de putaaaaaaaa.

Por un momento fugaz pensó que verdaderamente Margot intentaba hacerle ver a Wilde los beneficios de una unión. Pero no era eso lo que buscaba la doctora.

Bajó la barbilla levemente.

Me pillaron.

Sherman seguía en silencio, mirándola de reojo. Pero la única mirada que sentía de verdad era la de Wilde. Alzó los ojos despacio para mirarlo y volvió a desviar la vista.

Lamentaba que con él no necesitase palabras. Ver la decepción en él dolía tanto como imaginaba.

—No necesita tres tutores. —Le hizo un gesto para que lo siguiera, pero ella no se movía—. Solo uno. —Dio dos pasos hasta Anastasia y tiró de su brazo—. Yo.

Anastasia lo siguió.

—¡Brandon! —Oyó a su espalda a Margot de nuevo.

Pedazo de capulla.

Siguió a Wilde en silencio. No se atrevía ni a abrir la boca.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuando te colocase en los créditos de una investigación y todo el mundo nos acusara de engaño? —le dijo él en cuanto se alejaron unos metros—. ¿Cuando esto acabase? —Se detuvo y la miró—. ¿Cuándo?

Wilde se giró para mirar atrás y comprobar si alguien los miraba. La había cubierto delante de ellas, aunque quizá sí que se habían dado cuenta de su reacción. Él la había cubierto, sin embargo. Hasta en eso tenía que darle las gracias.

—Lo siento. —Se llevó la mano a la sien, aunque una parte de ella se liberaba.

—Lo sientes, ¿me has tomado por imbécil? —dijo en un tono que la hizo levantar la cabeza enseguida.

—No te he tomado por imbécil —igualó el tono al de él. No era algo que quisiese hacer.

Merecía todo lo que él quisiese decirle. Aceptó la beca a sabiendas de que no la merecía. Ella fue consciente desde el principio de que era un fraude y siguió adelante.

Y aun avanzando en el equipo, aun acercándose a Wilde, no había sido capaz de decírselo. Era como si un bloque de piedra diorita le hubiese caído encima y la hubiese hundido por completo en la arena. Le dolía la decepción de Wilde, y su cuerpo solo sabía reaccionar acelerando sus pulsaciones y su voz, alzándola, como si él tuviese la culpa de sus circunstancias, de que no le hubiese quedado más remedio que defraudar.

Aceleró el paso para rebasar a Wilde y se giró para ponerse de cara a él sin dejar de dar pasos hacia atrás.

—Mi beca dependía de ello y yo no llegué aquí en cualquier circunstancia. —Volvió a darse la vuelta y aceleró aún más.

—¡Eso no te excusa! —Lo oyó levantando la voz, habría quedado muy atrás.

Anastasia se detuvo. Iba a romper a llorar y no quería hacerlo allí. Aún estaba muy lejos a la vista de todos, incluidas Sherman y Margot. Para ser una rival, Sherman no había reaccionado, quizás a ella le daba igual su situación o circunstancias, era demasiado ambiciosa en lo profesional. Todo lo demás parecía importarle poco. Pero Margot, Margot lo había hecho precisamente para que Wilde cargase contra ella.

Lo que no sabía era cómo se habían enterado. Quizás informándose en la propia universidad.

Sintió a Wilde tras su hombro.

—Me importa una mierda que esa beca te correspondiera o no. Lo que sí me importa es que no confíes en mí. —Cerró los ojos tras oír sus últimas palabras.

Lo sintió rebasarla y abrió los ojos para mirarlo. Wilde se alejaba de ella.

—Pensaba que me enviarías de vuelta. Que me harían devolver el dinero. —No pudo seguir, la garganta no se lo permitía.

Wilde se giró para mirarla.

—Hubiese bastado con oírlo de ti —respondió y esa vez el bloque de diorita cayó por dentro, pecho abajo.

Cogió aire por la nariz esperando que la garganta le diese margen de volver a hablar.

—Vas a informar a mis benefactores. —La decepción de Wilde ya no tenía arreglo. Devolver los ingresos de la beca era el otro problema que tendría que solucionar. No creyó que ni el último de unas semanas atrás estuviese entero. Ni en diez años de trabajo podría pagarlo.

Esa vez su voz reflejaba que estaba conteniendo el llanto. Wilde asentía con la cabeza de la misma manera que lo hacía el primer día, en el coche de vuelta del aeropuerto.

—Ellos ya lo saben. Lo saben desde el principio. —Entornó los ojos—. Y yo ahora mismo voy a coger a un piloto y lo voy a meter en un sarcófago cuatro mil años.

¿A un qué? ¿A un piloto?

Wilde volvía a darle la espalda y a alejarse de ella. Ana alzó las cejas.

¿A un piloto por qué?

Por un momento aquellas palabras de Wilde habían conseguido sacarla de su estado a punto del drama. Entornó los ojos mirando cómo Wilde rebasaba las tiendas y se dirigía hacia uno de los coches.

Se tranquilizaba poco a poco. Wilde estaba enfadado, pero no le había dicho ni una palabra de enviarla de vuelta. Y si era verdad que los benefactores ya lo sabían cuando la enviaron allí, iba a salir de aquella sin pasar por el cuartelillo.

Resopló.

La sensación de ser un fraude se dispersaba. Miró a su alrededor mientras su garganta se aflojaba. Oyó el motor del coche. El doctor estaba más furioso de lo que esperaba si se estaba marchando de la excavación.

No soy un fraude.

La sensación era tan placentera que el cuerpo entero le comenzó a pesar.

Soy Anastasia Ortega, estudiante. No soy un fraude.

Hasta le brillaron los ojos.

El coche de Wilde se alejaba a gran velocidad levantando arena. Por la hora que era sabía que ya no regresaría a la excavación hasta la mañana siguiente.

Pero no iba a enviarla de vuelta.

Y mientras esté aquí puedo llevarlo hasta él.

Aunque Wilde no volviese a confiar en ella. Aunque no volviese a dirigirle más palabra que a cualquier obrero. No le importaba. Ella acabaría lo que se había propuesto.

El coche ya era tan solo un punto en el horizonte.

Voy a llevarte hasta Sekemer.

Bajó la cabeza para mirar en la arena. Los obreros habían dejado una pala en el suelo.

Una pala, eso es.

24

—¿Cuándo demonios pensabais decírmelo? —grababa en el móvil en cuanto bajó el coche del ferri y regresó la cobertura al completo—. Stoker, ahora mismo… —No le salían ni las palabras. Se le movió la pantalla y se soltó el audio.

La risa de Blake no tardó en llegar.

«Stoker, vas a terminar enterrado en el desierto por cuarenta siglos».

Volvió a llevarse el móvil a la boca antes de poner en marcha el coche.

—Lo que me duele es que ninguno hayáis confiado en mí y me haya tenido que enterar por Margot Eastwood.

Dejó el móvil en el regazo mientras giraba en una esquina hacia otra calle. El teléfono emitió un sonido y saltó un audio.

—Ah, ¿que Anastasia tampoco te lo ha dicho? —Era la voz de Blake.

No podía responderle, estaba girando la primera rotonda. Saltó otro audio.

—¿Ves? La chica tampoco se lo quería decir, eso significa que el problema es tuyo y no nuestro. No nos fiamos de ti, asúmelo.

Detuvo el coche en un semáforo y se apresuró a darle a enviar otro audio.

—¿Encima? Tienes una cara que te la pisas. La culpa la tengo yo por encargarte a ti la tarea de elegir al becario.

—¿Te estás quejando? Joder, te he mandado a un genio. Y encima te encanta. Así que no te las des de ofendido. Lo único que te ha dolido es que ella, tu compañera Anastasia, no haya sido capaz de decírtelo.

Entró otro nuevo audio. Esa vez lo primero que se oyó fueron teclas aleatorias de un piano. Byron se habría apoyado en él.

—Y es normal que no te lo haya dicho. Esa chica aceptó la beca por muchos motivos, ya los conocemos, ¿no? Eres el director del equipo, sabe que estás en contacto con sus benefactores. Podría haber perdido la beca, con lo que eso conlleva, y que la enviases de vuelta. Al fin y al cabo, ella no nos conoce de nada. Y a ti, conociéndote yo, te tendrá miedo a ratos. Si hasta Stoker temía que te enterases.

Contuvo la sonrisa y su estómago rebotó en una carcajada. Ahora entendía lo que había dicho Stoker una vez de que le iban a llover los palos.

Volvió a llevarse el móvil a la boca.

—Eso no es excusa. Después de estas semanas no soy ningún desconocido para ella.

Y cuanto más lo pensaba, más se ofendía y más se enfadaba.

—Claro. —Era Blake de nuevo—. Cercano a ella en lo profesional. No podía decirle al director que había cometido una estafa con la beca, ¿has leído el contrato? Por supuesto que no, no has tenido tiempo. Lleva cláusulas que la hubiesen dejado en peor situación de la que estaba. No puede devolver el dinero porque ya no lo tiene. Ese dinero ni siquiera llegó a ella. Me dirás que no es excusa, porque también te has acercado a ella en lo personal y tampoco te lo ha dicho. Aquí en el chat no sabemos hasta qué punto ha llegado esa cercanía, pero por lo ofendido que estás creo que más de lo que nos cuentas. —Su amigo se detuvo a reír—. Si no fueses Brandon Wilde, posiblemente te lo hubiese dicho. Pero lo eres. Así que no podías saberlo de ningún modo. Ahora enfádate todo lo que quieras.

Entró otro audio.

—Ya se descubrió todo, ¿no? Algo que me alegra. —Era Marlowe—. A diferencia de estos, yo no temía tus enfados. Enfadarse es sano y natural. Y una reverendísima pérdida de tiempo si dura demasiado —Marlowe reía—. Te dije que su confianza no dependía de ella, sino de ti. Y había un único muro que no podías disolver, ser tú. También te digo que era cuestión de tiempo que te lo hubiese dicho, en cuanto se sintiese segura. Yo solo te pido que no hagas el imbécil, algo que se te da muy bien, y hables con ella cuanto antes para que sepa que no estás enfadado.

Llegaba al *parking*. Mientras se abría la puerta del garaje se llevó el móvil a la boca de nuevo.

—Es que sí estoy enfadado. Y mucho —respondió.

Bajó la cuesta y dejó el coche en el aparcamiento. Salió para dirigirse al ascensor.

—Pues deja de mirarte el ombligo y piensa en ella. —Esa vez era Orwell—. Anastasia no ha hecho nada malo. Nosotros la elegimos, le enviamos el dinero y la invitamos a unirse a tu investigación. La culpa es nuestra, no suya.

Entró otro audio de seguido. Era Blake.

—De eso nada, la culpa es del piloto, que la metió en elegibles —dijo.

Se mordió el labio mientras negaba con la cabeza. Stoker era un desastre, lo mirara por donde lo mirase.

Se detuvo en cuanto salió del ascensor. La puerta estaba abierta y una parte de la madera, en el borde, estaba raspada.

Abrió la puerta despacio, ya no era hora de que estuviesen las señoras del servicio. Pero podría haber algún malhechor dentro. Todas las puertas de los dormitorios estaban abiertas, siguió pasillo adentro. La habitación de Lois estaba completamente revuelta, habían sacado los cajones del armario, levantado el colchón y tirado en el suelo y esparcido la ropa por completo.

De frente pudo ver el dormitorio de Fineas, y había corrido la misma suerte. No se oía ni un solo ruido, allí no había ya nadie. Siguió el pasillo de su despacho y se detuvo en el dormitorio de Anastasia. Los libros que ella solía tener sobre la cama estaban en el suelo mezclados con toda su ropa, el iPad y el portátil de la joven.

Frunció el ceño mirando los aparatos, el cristal del iPad se había roto desde una de sus esquinas. Aceleró el paso hasta su despacho. Si las habitaciones estaban arrasadas por completo, no quiso ponerle nombre a cómo le habían dejado el estudio. Habían vaciado por completo todas las estanterías y los libros estaban amontonados en el suelo, algunos abiertos y con las hojas esparcidas. Habían buscado en cada recoveco, en cada cajón, hasta habían abierto los archivadores.

Pero aun poniendo el piso del revés, no habían encontrado lo que buscaban. Se dejó caer en el marco de la puerta y se llevó la mano al chaleco sin mangas, a la parte izquierda, bajo la tela pudo notar su particular forma.

Anastasia le dijo que cumplía deseos, que le daría suerte. Aunque fueran unas palabras infantiles y fantasiosas, los últimos días la había llevado consigo. Ni siquiera ella lo sabía, si se lo hubiese dicho hubiera sido como confesarle su desesperación. Sin embargo, a partir de ese momento no podría dejarla en ningún lugar.

Alguien quería la lámpara. La búsqueda se complicaba y acababa de tomar un cariz que no le gustaba.

25

Soplarse las manos, y más sobre aquellas vendas, no era muy efectivo, pero era desesperante lo que le estaban doliendo las ampollas. Lois se las había envuelto con cuidado y había desplegado sus conocimientos de momificación en todo su esplendor.

Que había escogido el peor día para excavar durante horas no era ninguna broma. No sería capaz de sostener ni un palo con aquel dolor, y ahora no podían fiarse de nadie.

El piso estaba lleno de policías. Las señoras del servicio también estaban allí y esa vez eran más numerosas. También había un hombre con una escalera en la puerta, colocando lo que parecía una alarma.

Estaban en la amplia cocina, todos excepto Wilde, a él aún no había conseguido verlo. No había sillas suficientes para todo el equipo, así que se sentó en el suelo apoyando la espalda en la pared. Había podido asomarse a su dormitorio, solo un vistazo fue suficiente para saber que no habían ido a robar nada que no tuviese menos de cuatro mil años. Y la cosa se complicaba. ¿Qué podría tener aquella lámpara?

A pesar de la insistencia de Hickman y por más vueltas que les daba a aquellas constelaciones talladas, no había podido encontrar nada.

Apoyó la nuca en la pared y escuchó cómo saltaba una de sus vértebras. Las ampollas eran tan solo la parte visible, el dolor iba más allá. Espiró con fuerza. Fineas dijo que Wilde le había asegurado que la lámpara estaba con él, que no habían podido llevarse nada. ¿Podría ser alguien enviado por su padre?

Tampoco estaban seguros. Decían que cuando se presumía un tesoro inminente, proliferaban los cazadores furtivos. Y Hickman acababa de hacer un descubrimiento con mayúsculas. A partir de ese momento debían extremar la seguridad en la excavación. Y por lo que podía comprobar, también en casa.

Quizá su lámpara había salido de una de esas, no había otra explicación al por qué Hickman la tenía.

Y Wilde apareció en el umbral al fin, acompañado de un hombre que dedujo que sería el inspector encargado de investigar el intento de robo. Ana ni siquiera se movió de su postura, no podía hacerlo con tantos dolores en todas las partes del cuerpo y los párpados comenzaban a pesarle.

Los ojos del doctor enseguida se dirigieron a las vendas de sus manos, pero no reparó más en ella, acompañaba al policía hasta la puerta.

—Si son los furtivos estamos jodidos. —Oyó decir a Lois a su lado.

Ana apoyó el codo en su rodilla e intentó dejar caer la barbilla en su mano, pero esta no soportaba ni el roce. No quería ni imaginar la hinchazón de las ampollas, por suerte estaban cubiertas.

—Sea quien sea, estamos jodidos —le respondió Fineas.

—Lo que no sé es cómo saben lo de la lámpara. —Suhaila estaba sentada en una de las sillas.

—Alguien de los de Hickman se habrá ido de la lengua —dijo Lois mientras le cogía la muñeca a Ana para mirar el vendaje—. O han sido ellos, o se lo han dicho a quien no debían, o uno de nosotros ha pasado al lado oscuro.

Se sobresaltó al oírla.

¿Uno de nosotros?

Estaban todos en la cocina por orden de Wilde, quizá esa era la razón por la que ni siquiera los había dejado entrar pasillo adentro.

Que de inmediato se mirasen unos a otros fue inevitable.

—¿Quién va a replicar primero con un «yo no he sido»? —rio Lois.

—¿Mientras tanto estamos todos retenidos? —preguntó Scotty desde otra de las sillas y suspiró dejando caer la espalda en el respaldo.

Supuso que de todos ellos la única que no era sospechosa de nada, por razones evidentes, era ella.

Es mi lámpara.

Wilde regresó a la cocina y cerró la puerta tras él. Los miró uno por uno, pero Ana ya sabía que la cosa no iba con ella, así que bajó la cabeza y encorvó la espalda en un intento de relajar las lumbares. Aquel problema le había cogido agotada y dolorida, y por mucho que buscase en alguna parte de su cuerpo, no era capaz de sacar fuerzas de ningún lugar.

Excavar con sus propias manos a la par de unos obreros que llevaban una vida excavando fue una malísima decisión. Podría entrar alguien en aquel momento, quitarle la lámpara a Wilde de debajo del chaleco, y ella no hubiese podido moverse un ápice para impedirlo.

Los ojos cada vez le pesaban más y empezaba a sentir frío. Era cierto que las noches estaban enfriando, pero lo suyo se inclinaba más a ser la consecuencia de un mal cuerpo que de la temperatura ambiente. Y aun con tanto sueño, estaba convencida de que el dolor de las ampollas no la dejaría dormir. Iba a más. La piel le palpitaba bajo las vendas.

—Tenemos un problema, ya lo sabéis —dijo él y seguía recorriéndolos con la mirada uno por uno. Y esa vez sus ojos se detuvieron en ella—. Y ni siquiera sé muy bien la razón.

Wilde bajó la barbilla y cogió aire despacio.

—Si alguien ha fallado, ha cometido un error o simplemente ha confiado en quien no debía, tiene que decirlo ahora antes de que esto avance —añadió.

Por si no fuera ya difícil de por sí esta búsqueda.

Se hizo el silencio y Anastasia cerró los ojos. Su cuerpo la abandonaba lentamente, le pedía tumbarse o lo perdería por completo.

—Hace un par de semanas. —Era la voz de Nicky y la hizo abrir los ojos de inmediato—. Encontré a Sherman, Edmonds y Milton en el restaurante que hay en la calle del bazar. Me preguntó por la lámpara, si era verdad que no existía o si la traía Anastasia. Hickman está seguro de que ella la tiene.

—Sherman hace mucho más tiempo que sabe lo de la lámpara —replicó enseguida Ana y negó con la cabeza.

Nicky la miró.

—¿Confías en Sherman? Es una trepa —respondió Nicky—. No la conoces.

Wilde dio unos pasos hacia Nicky.

—¿Le dijiste que la teníamos? —preguntó y él alzó las manos.

—Le dije que yo no la había visto. —Y en cierto modo era verdad. La lámpara estuvo en la estantería de Wilde y nadie reparó en ella—. Y entonces me preguntó por Anastasia. —Nicky la miró a ella—. Nadie se cree que haya venido como una casual becaria y que haya plantado una señal justo en la puerta original de un templo, sin un mapa ni nada que la guíe. Por eso, desde el descubrimiento, entre los arqueólogos se dice que Anastasia sabe dónde está Sekemer. Y que posiblemente Hickman también lo sabe, que por eso habéis coincidido en la misma zona de

excavación.

Wilde tenía los ojos entornados mirando a su ayudante.

—Y Hickman ha encontrado a Nofret —añadió Nicky espirando con fuerza—. Y vosotros un templo de la diosa leona que siempre se vinculaba a Amesis. La teoría toma consistencia.

Eso es.

—Nadie sabe si esa lámpara existe o no, pero pueden creer que sea alguna otra cosa que ella haya traído aquí —dijo Lois a su lado y volvió a bajar la mirada hacia las manos de Anastasia. Se inclinó hacia su hombro—. Te has reventado las manos —le susurró—. Y te durará días.

Ana contuvo la respiración. Cada vez lamentaba más el absurdo que había hecho.

—Y que sea la hija de Ben Hickman ya tampoco es mucho secreto —dijo Fineas y todos lo miraron.

Wilde hizo una mueca con la boca.

—¿Y quién narices es tan…? —dijo.

Cotilla, sí. La misma mierda que en todas partes. Gente aburrida.

—Y dicen muchas cosas más —dijo Lois y cruzó una mirada irónica con Fineas.

—¡No me interesan! —Wilde alzó la voz y se dio media vuelta para salir de la cocina.

Lois le dio con el codo a Anastasia para que la mirase. Señaló a Wilde y luego a ella.

—Que tú y este… —Juntó los dedos índices en el aire y luego alzó las cejas dos veces.

Ana contuvo el aire para no reír.

Si la gente cuando está aburrida y tiene ganas de inventar, a veces acierta y todo.

—Anastasia. —La voz de Wilde sonó firme en el pasillo.

—Te llama —susurró Lois con voz ronca—. Y que te sea leve, porque vaya cabreo que tiene hoy el doctor. —Lois hizo una mueca.

Y no es para menos, vaya día.

Fineas empezó a reír. Lois le sujetó la muñeca para que pudiera ponerse en pie, le agradeció el gesto, no podía apoyar la mano en ninguna parte.

Salió de la cocina hasta el pasillo y vio que el doctor ya estaba entrando por la puerta de su estudio.

Entre unas cosas y otras, el cabreo que tiene es de narices.

Ella también llegó hasta la puerta, ni siquiera sabía si entrar. Wilde estaba al final de la mesa, frente a una estantería, y le daba la espalda.

Con las manos así no podía dar golpes en la mesa. Pensó en carraspear para llamar su atención, pero era absurdo, él ya sabría que estaba allí.

Lo oyó respirar profundo y al fin se dio la vuelta.

—Y tú complicando las cosas —dijo bajando la mirada hacia sus manos. Wilde negó con la cabeza. Luego se sacó la lámpara de debajo del chaleco y la puso en la mesa.

No la había invitado a entrar, pero ella dio unos pasos para acercarse a la lámpara.

—Hickman quiere esto. Y quien quiera que nos haya puesto patas arriba el piso también. Así que, sea lo que sea, está aquí —decía él inclinándose para mirar dentro—. No tiene doble fondo, ni caras ocultas. Tiene únicamente lo que se ve, puntos tallados.

Ana frunció el ceño mirando la lámpara. Wilde no había usado el tono que usó en la cocina, pero tampoco el enfado se había disipado. Así que se detuvo al otro lado de la mesa.

—Pero no entiendo por qué Hickman la quiere —respondió ella y alargó la mano hacia la lámpara—. Él sabe perfectamente lo que es y lo que representa. No tiene sentido.

La cogió y se la acercó para mirarla por dentro.

—Cada constelación… —Su padre tenía su mismo don, el de la memoria absoluta e imborrable. No necesitaba la lámpara.

Pero la quería. Y eso no dejaba de darle curiosidad.

—¿No tienes ni idea de dónde la pudo sacar Hickman? —preguntó el doctor.

Anastasia negó con la cabeza.

—Mi madre nunca la había visto antes de llevársela. —Le dio unos golpes a la parte exterior para comprobar si había algo más que la doble pared.

Pero era inútil, no era un objeto desconocido. Era su lámpara, la de siempre. Cualquier misterio que pudiese tener dentro, ya lo habría descubierto.

—En cuanto a ti. —Se sobresaltó al oírlo tan firme.

Lo miró enseguida.

—Envía a Adriana las actas de tus notas —añadió él enseguida con el mismo tono firme, como si fuese un castigo o una represalia—. Te hará un cambio de expediente a la universidad en la que colaboro. A partir de ahora tu tutor seré yo.

¿Cómo?

—Y no vayas a pensar ni por un momento que tendrás ventaja ni que te lo voy a poner fácil, menos aun conociendo tus habilidades.

¿Y mi beca? ¿Y mis tres meses?

—Pero son solo tres meses —dijo ella bajando la barbilla.

Wilde alzó las cejas.

—¿Tienes mucha prisa de irte a casa?

—No. —Fue tan rápida que hasta Wilde alzó aún más las cejas.

Ni encontrando la tumba del visir escurridizo hubiese sentido tal invasión de tranquilidad y alegría. Intentó que su cara no lo reflejase un ápice.

Yo quiero ir a donde tú vayas.

Volvió a bajar la barbilla, aún más.

—Lo siento. En ningún momento…

—No voy a excusarte —la cortó él—, pero supongo que tendría motivos suficientes para hacerlo. Tampoco fue solo tu culpa, sino de quien te seleccionó.

Anastasia inclinó su cuerpo hacia delante y entornó los ojos.

—¿Me seleccionó un piloto? —No se pudo contener, las palabras de Wilde en el desierto no dejaron de rondarle la cabeza mientras excavaba. Él se sobresaltó y se llevó la mano a la sien.

—Olvídalo. —No había forma de sacarle nada ni de su selección ni de sus benefactores. Pero Wilde parecía conocerlos más que bien.

Y aquella respuesta rápida y cortante la hizo fruncir el ceño.

—Te enfadas porque no te dije lo del error en mis actas, pero tú no me quieres decir ni una palabra del por qué me seleccionaron ni quiénes son mis benefactores, ni las razones por las que soy yo y no otra la que está aquí —negó con la cabeza. Horas excavando daban para mucho—. Yo, hija de un egiptólogo que trabaja en el mismo proyecto y dueña de una lámpara que, al parecer, tiene algo que lleva hasta el visir que estamos buscando. —Wilde se irguió para mirarla —. ¿Casualidad todo? —Y él asintió con la cabeza—. Pues no me lo creo. ¿Qué son? ¿Magos?

Y lo vio contener la sonrisa antes de bajar la mirada hasta la lámpara.

—Son los genios de la lámpara —respondió él y Anastasia sintió cómo todo su cuerpo se quedaba inmóvil mientras el vello se le erizaba.

Deseo una oportunidad.

Esas fueron sus palabras aquella mañana mientras frotaba la lámpara delante de su madre. De inmediato le brillaron los ojos.

Wilde miró sus manos de nuevo.

—¿Necesitas que te lleve a un médico? —Su tono volvía a ser más parecido al del desierto, aunque su cuerpo seguía distante.

Suponía que ya los momentos previos a ver la momia de Nofret quedarían en otra dimensión, una lejana por el momento.

—Necesito una cama —respondió y lo vio contener la sonrisa de nuevo.

—Tienes tus cosas en el dormitorio del final del pasillo —dijo él y Ana alzó las cejas. Aquel dormitorio final era el del propio Brandon Wilde—. He hecho instalar una alarma propia, aparte de la del resto del piso. Llévate la lámpara.

Sentía que no debía preguntar más y se giró para salir del estudio. Pero la curiosidad le pudo y volvió a mirar a Wilde.

—¿Por qué?

—Si hay busca tesoros rondando la tumba, y si los propios arqueólogos piensan que tú y Hickman sabéis dónde está… —La miró sin terminar la frase.

Me acabo de cagar encima.

—¿Eres consciente de la magnitud de este descubrimiento si llegase a término? —añadió él.

Se me está soltando la barriga. Menos mal que el dormitorio de Wilde tiene baño.

—Yo estaré en el dormitorio que está justo al lado. —Un dormitorio que no ocupaba nadie y que tenían para apilar maletas. Ahora suponía que las maletas estarían en su antiguo dormitorio.

Abrazó la lámpara.

Si es que me meto en unos marrones impresionantes.

Lo de su barriga iba en serio, necesitaba el baño con urgencia. Las piernas apenas le respondían, parecían flotar.

Y digo yo, Hickman tiene más experiencia y más de todo. Se lo llevarían mejor a él, ¿no? A ver si los caza tesoros van a ser tan gilipollas de llevarse a la novata.

—Ana —dijo Wilde. Él no solía decir su nombre a medias, sonaba familiar y cercano. Le gustaba en su voz. Volvió a mirarlo—. Estaré contigo —añadió—. Todo el tiempo. Te lo prometo.

Contuvo la respiración y asintió con la cabeza.

Pues ya puestos, se podría venir a dormir conmigo.

—Descansa.

Salió al pasillo y giró a la derecha. Allí estaban los dos dormitorios. En el marco, un aparato emitía una luz roja.

26

Si los que arrasaron el piso se detuvieron a rebuscar en su iPad, lo habrían flipado y mucho con el chat de sus amigas, si es que entendían algo.

—Hoy no estoy para más —les dijo para despedirse.

Estaba derrotada, pero era incapaz de dormirse entre las ampollas y el susto. Oyó que llamaban a la puerta con la mano y enseguida emblanqueció.

—Soy yo, Anastasia. —Miró la hora al escuchar la voz de Wilde, hacía al menos dos horas que estaba en el dormitorio. Quizás por la luz él había notado que no estaba dormida aún.

—Pasa —dijo después de incorporarse y darle al botón del mando de la alarma.

Wilde ya estaba cambiado de ropa, al igual que ella. Y parecía que cuando llegaba la noche los dos optaban por los pantalones de algodón. Wilde cerró la puerta tras él y ella volvió a accionar el botón del mando.

Echaba de menos una mesa de estudio y una silla en aquella habitación. Él tenía el estudio, quizás por eso era la única habitación de todo el piso que únicamente tenía una cama, dos mesas de noche y una cómoda.

Ana se apresuró a sentarse enseguida, recibir a Wilde acostada no era muy cortés. Pero era incapaz de ponerse en pie y con las manos vendadas y doliéndole horrores, no atinaba bien a incorporarse. Él levantó la mano para que no se moviese más.

El doctor rodeó la cama y Ana consiguió al menos poder sentarse, retiró enseguida la mano del colchón y apretó los labios para no quejarse.

—Te he dicho que no te movieras. —Wilde le sujetó la muñeca para mirar sus vendas y se sentó en la cama junto a ella. La joven se fijó enseguida en que él llevaba una pequeña bolsa de papel.

—Mira que eres bruta. —Quitó el esparadrapo que había puesto Lois para sacar la mano de aquel lío de vendas.

—¿Qué es? —Ella ladeó la cabeza para mirar dentro de la bolsa.

—Tengo un amigo mucho más bruto que tú que me ha dicho qué tengo que ponerte. —Acabó con la venda de la primera mano y comenzó con la segunda—. Encontrarlo ha sido lo peor a estas horas. No es algo que se comercialice, he tenido que buscar a un farmacéutico que lo hiciera.

Vio un tarro transparente con algo amarillento dentro y un tapón de rosca blanco.

Las manos las tenía tan mal como imaginaba. Wilde abrió el tarro, y con un palo similar al que usan los médicos para empujar el paladar, removió lo que había dentro.

Puso un pegote en una de las palmas, aquello parecía hielo y en cuanto Wilde lo extendió comenzó a quemarle la piel.

—Quema —le dijo dando un respingo.

—Lo sé, eso me ha dicho, y dice que cuando te la vende te va a quemar más —respondió él poniendo una nueva capa más gruesa.

Diossss.

Hasta dio un respingo en la cama.

—¿Tu amigo es médico? —Wilde negó con la cabeza. La otra mano dolía aún más—. ¿Trabaja con palas?

—Con palas, palos, lianas, cuerdas, redes, cañas de pescar… y con monos, jirafas, algo más con leones, y hasta con dientes de cocodrilo.

Ana alzó las cejas.

—¿Tu amigo es Tarzán?

Hasta el estómago de Wilde rebotó con la carcajada. Le encantaba verlo cuando contenía la risa.

Fuera quien fuera, llevaba razón con eso de que le quemaría más cuando la vendase. Contuvo la respiración mientras él volvía a vendar la izquierda.

—Sí —dijo ella entre dientes—. Es mucho más bruto que yo.

Y él volvió a sonreír.

—¿A ese es a quién quieres meter en un sarcófago? —Estaba comprobando que hacer sonreír a Wilde disipaba el dolor.

—No. A otro —respondió.

Un piloto y Tarzán son sus amigos.

Que Wilde tuviese una vida más allá del desierto y de las ruinas, le resultaba un tanto extraño. Y le producía cierta curiosidad. Sabía de su hermana Adriana, y que sus padres eran unos diplomáticos ingleses. Pero de sus amistades lejos de Egipto no sabía absolutamente nada.

Estuvo a punto de decirle que no le vendase la otra mano. Le ardían hasta los ojos de aguantar el dolor. Sintió la mano de Wilde en la cara.

—Se pasará —le dijo—. Solo tardará un rato.

Ana asintió con la cabeza. Tenía que reconocer que la mano de Wilde también le hacía desconcentrarse del dolor. Así que cerró los ojos y dejó caer su mejilla en ella. Lo notó mover el pulgar, una lágrima diminuta había caído por el rabillo de su ojo.

—Soy parte de la fundación Misters. —Lo oyó decir y enseguida abrió los ojos—. Uno de sus seis fundadores. Un escultor, un pianista, un piloto, un abogado, un arqueólogo —sonrió con ironía—, y Tarzán.

Ella sonrió también.

—Son mis amigos, parte de mi familia. —Retiró la mano de su cara para coger la venda de la otra mano—. Una vez al año suelo recibir becarios de la fundación, pero este año en concreto dije que no quería ninguno. Así que me convencieron… —Entornó lo ojos—. Me convencieron sin darme opciones… —Ella soltó una carcajada—. De que habría un único becario. Fue la convocatoria que se pasó a las universidades y en la que os inscribisteis. Eran varias becas económicas, y una aquí en mi equipo. Yo pospuse la selección. Créeme, es un aburrimiento sesgar y sesgar entre expedientes brillantes.

Quemaba, pero seguía concentrada en las palabras de Wilde.

—Así que a última hora le pedí, con muy poco margen, al piloto que me eligiese al becario. —Lo vio contener la sonrisa y hasta se llevó la mano a la sien—. El error al sesgar supongo que fue suyo, hay una parte que se hace manual de los que pasan a la siguiente fase y él no tiene mucha paciencia —negó con la cabeza—. Fuimos a un evento de la fundación y aún no había seleccionado a nadie. Pero llegaron unas ayudantes espontáneas —Wilde alzó las cejas y luego le señaló la lámpara—, y te seleccionaron a ti, en pocos minutos, muy pocos. Entonces ellas decidieron ser tus benefactoras, aunque luego se animó el resto y… —Él miró la lámpara riendo —. Tienes más genios de los que caben ahí.

Ana sonreía.

—¿Quiénes son ellas? —Acercó la mano para tocarla.

—Al principio pensé que eran peculiares, molestas y con la cara más dura que un ladrillo. —Ana se tuvo que encorvar para reír—. Pero en vista de las circunstancias… es verdad eso de que son especialistas en magia del mundo real. —El doctor frunció el ceño, estaba concentrado en el vendaje—. Antes de genios de la lámpara fueron hadas madrinas, y mucho antes de eso eran… unicornios o algo así. Son familia de la prometida del escultor.

Anastasia sonreía. Sonaba tan disparatado que le estaba encantando.

—Me gustan, ¿podré conocerlas?

—No. —Fue tan rotundo que ella volvió a reír.

—¿Por qué?

—Porque tú y ellas no sois una buena combinación. —Acabó de vendarla.

No quería que se marchara, quería que siguiese contándole historias de unicornios, hadas madrinas y genios de la lámpara desde el borde de la cama. El dolor y el cansancio, y hasta el miedo, se llevaban mejor.

Pero no había más historias de magos. Wilde la miraba, le tocaba a ella.

Bajó la cabeza enseguida y se mordió el labio.

—Tuve que dejar los estudios casi a la mitad del curso pasado, los profesores me dejaron entregar algunos trabajos, pero tengo varias asignaturas pendientes. —Apretó los dientes y abrió los labios en una mueca. Negó con la cabeza y miró a Wilde—. Mi padre se puso malo y ha encadenado varias operaciones. La panadería no podía estar cerrada tantos meses, la ruina hubiese sido insoportable. Tengo dos hermanos menores en el instituto, uno es demasiado pequeño y el otro ayuda en lo que puede, pero no era suficiente. Mi madre tampoco podía dejar su trabajo —suspiró—. Tuve que regresar a San Fernando y hacerme cargo yo. Esa fue mi especialidad en horneo. —Bajó la cabeza de nuevo—. Soy un desastre haciendo pan, por cierto —añadió y la carcajada de Wilde hizo que alzase los ojos hacia él. Ella contuvo la sonrisa—. Era exactamente lo que estaba haciendo cuando comenzaron a llegar paquetes una mañana. Y luego llamó tu hermana —negó con la cabeza—. Lo siento, de verdad.

—La culpa es del piloto.

—Y mía. —Volvió a levantar la mirada hacia él—. Fue un error de la fundación, pero yo acepté sabiendo que no debía.

—¿Que no debías ayudar a tu familia? —preguntó Wilde y ella se sobresaltó.

Lo sabe.

—No de esa manera. No mintiendo —negó con la cabeza.

—No va a ser una mentira a partir de ahora. Varias asignaturas son…

—Siete —respondió y él entornó los ojos.

—Y la tesis —ella asintió.

—¿Y lo estudiaré aquí? ¿Contigo? —Aún no lo había asimilado.

Wilde se inclinó hacia delante para acercarse a ella.

—Lo estudiarás aquí, conmigo y con el resto del equipo. —Volvió a erguirse—. Ahora eres parte del equipo Wilde.

Lo vio hacer el amago de levantarse, pero ella acercó con rapidez su mano y le agarró el dedo pulgar. No pudo hacer mucha presión, pero la suficiente como para que él volviese a dejarse caer.

—¿Quiénes son los busca tesoros? —preguntó y volvió a presionar el dedo—. Yo solo lo he escuchado en películas, y me los imagino enormes y burdos y…

La sonrisa de Wilde regresó, acercó una mano hacia su barbilla.

—No son como los de las películas. Pero no dejan de ser ladrones furtivos bien pagados. Aquí los suelen tener controlados, y son muy pocos los que se atreven a saquear excavaciones. Pero tenemos la suerte de que Tarzán es especialista en furtivos, y de que una de tus benefactoras y su marido son especialistas en localizar malos y transacciones extrañas. Así que no debes tener miedo, porque podremos dar con ellos y llevarlos ante las autoridades.

Sus benefactores estaban molando un montón. Menudos genios que tenía.

Volvió a apretar el pulgar de Wilde aunque este aún no había intentado levantarse.

—No te vayas —dijo y vio cómo el estómago de él rebotaba en otra carcajada interior. Luego negaba con la cabeza.

Me has besado tú, y ahora te ríes porque te he pedido que no te vayas. Desde luego, los hombres se inflan con cualquier cosa. Qué ego tienen más enorme.

Tiró de la camiseta de Wilde para que se recostase. Con ego o sin él, no quería que se marchase de allí.

Wilde volvió a reír dejándose caer en el colchón.

Irresistible, sí.

Se hizo hueco bajo el brazo de Wilde para dejarse caer en su pecho y encogió las piernas.

La verdad es que sí.

Pero en aquel momento no había otro sentido más que el que la inundase la tranquilidad. Los párpados le pedían cerrarse y en el momento en el que se apagó la tenue luz de la lámpara de noche, el cuerpo comenzó a pesarle y a hundirse en el colchón.

Brandon Wilde era más cómodo de lo que esperaba. Encogió aún más las piernas y se colocó mejor sobre él.

Jolín, qué maravilla.

Lo sintió moverse, pero fue tan solo para que la comodidad se hiciera más extensa.

—¿Te duele?

Ella negó con la cabeza.

Aquí no duele nada ya.

Notó el brazo de Wilde tras su espalda, la presionó un instante en un leve estrujón, el beso en la sien apenas había sonado. Pero no retiró la sien de él, aprovechó el gesto para mantenerse más cerca de su cuello.

Colocó bien los pies, con los tobillos estirados y los empeines hacia adentro, casi como una bailarina. Todo el cuerpo le pesaba sobremanera, se hundía.

La conciencia la abandonó por completo.

27

Wilde no estaba cuando despertó por la mañana, ni siquiera sabía si había estado en el dormitorio toda la noche o se fue cuando se quedó dormida. Había dormido de manera profunda, como no recordaba haberlo hecho desde que se fue de Cádiz.

Ni estaba ya cansada ni le dolía nada ni lo de las manos era ya ningún impedimento. En el ferri se quitó las vendas, lo que fuera que hubiese en aquel tarro, lo había curado de manera sorprendente. Ahora las ampollas eran tan solo un pellejo vacío y seco que se quitó con los dientes. Tampoco había sido muy buena idea, la piel de debajo aún no estaba fuerte y acabó por vendarse la mano de nuevo, esa vez con solo un par de vueltas.

Lois le dijo que Wilde y Suhaila habían salido temprano. Ambos llevaban unos días intentando formar los planos del templo y su posible estructura intentando descubrir alguna nueva galería que los llevase a alguna parte.

Y ella seguía sin saber si la lámpara que llevaba bajo su chaleco sin mangas, tal y como solía llevarla el doctor Wilde, podría llevarlos hasta la tumba del visir. La buscaba Hickman, y ahora la buscaba alguien fuera de los arqueólogos oficiales. Estaba claro que algo había en ella. Pero por más vueltas que le daba a aquel cacharro no podía verlo.

Al fin llegaron a la excavación. No había caído en la cuenta de lo largo que se hacía el camino cuando no iba con el doctor.

Los obreros habían hecho una pequeña escalera de madera en la entrada. Atravesó la puerta de la diosa, una pintura perfectamente conservada y cuya foto, aun estando subterránea y sin acabar de excavar, ya daba vueltas por todo el mundo. La belleza del arte del mundo antiguo en su máximo exponente, aunque no hubiese nada más debajo.

Descendió por una estrecha galería y pasó por la pequeña sala de las columnas, repletas de escritos, donde estaban Nadine y Scotty, pero no se detuvo en ellos, lo buscaba a él.

Wilde estaba al fondo, en otra sala donde los excavadores abrían un hueco en uno de los lados de la tosca pared. Ana alzó la mirada, toda aquella parte tenía el techo apuntalado con vigas de hierro para evitar un posible desprendimiento.

Los días avanzaban y en el resto de puntos de excavación no lograban encontrar nada. Del pozo que le dijo Hickman y que podía verse en las radiografías del suelo no se sabía nada, estaría mucho más profundo. Y de la forma cuadrada, fuese base de pirámide o de obelisco, no había ni rastro en los metros que llevaban excavados. Algo que era buena señal, porque Fineas había encontrado trozos de un obelisco en los alrededores. Si era esa su base, al menos quedarían algunos trozos cerca de ella. Y no había ni uno.

—Ha acertado, doctor. —Escuchó decir al capataz mientras Wilde metía la cabeza a través del agujero.

Y las pulsaciones se le aceleraron. Ver un día tras otro las mismas galerías vacías mientras el reloj marcaba la cuenta atrás comenzaba a producirle ansiedad.

Ana se arrodilló junto a Wilde, el agujero estaba en un punto bajo. La pared tenía un tacto tan tosco que parecía más bien una cantera en bruto que las paredes de ningún templo. Era como una esponja porosa endurecida por la falta de agua.

—¿Qué es? —le preguntó.

Estuvo a punto de hacerse hueco y meter la cabeza ella también. Wilde sacó los hombros y la cabeza del agujero y la miró.

—La prueba de que no es un templo abandonado sin acabar. —Se apoyó en el hombro de Ana para ponerse en pie.

Se oyó el sonido del *walkie*, Wilde llamaba a Suhaila por el comunicador, y no debía estar muy lejos cuando el sonido de un *walkie* se oyó a través de la galería. Las voces de sus compañeros también se sucedían a través de la línea.

Ana se inclinó en el suelo alumbrándose con la linterna y sonrió en cuanto las vio. Le encantaban aquellas pequeñas momias desde que era niña. Había solo cuatro.

Los egipcios solían ofrecer a los dioses animales momificados, los arqueólogos habían encontrado animales de todo tipo a lo largo de los años. Pero lo más frecuente era encontrar momias del animal egipcio sagrado por excelencia, el gato.

No se detuvo ni a ponerse un guante a pesar de haberlo prometido. Quería sentir qué clase de tacto podía tener una momia de cuatro mil años.

Alargó la mano hacia el más cercano, estaba envuelto por completo y bien conservado. Podía ver que tenía pintados símbolos en la tela.

Cerró los ojos al contacto, esperaba una tela reseca y endurecida. Tragó saliva para suavizar la tirantez de la garganta mientras pasaba los dedos por ella. Su primera momia, no importaba que fuese de un pobre animal. Era la primera, y tal y como le decían todos los miembros del equipo, la primera siempre era especial.

Siguió recorriendo con los dedos. La magia de los subsuelos del desierto era algo parecido a una cápsula del tiempo. Una cápsula que hacía que los cuatro mil años que distaban entre la última persona que tocó aquellas momias y ella no pareciesen nada. Abrió los ojos. Las radiografías les dirían de qué animales se trataba. No eran de gran tamaño. Movió la linterna para ver la otra parte, los egipcios cuando momificaban animales solían dejar sobre la momia algún tipo de pequeña bolsa con una muestra de pelo. Entornó los ojos intentando buscar en los laterales, pudo ver algo similar a lo que buscaba en otro más lejano, y por la postura que tenía el que había tocado palpó en su costado para comprobar si también los llevaba.

Wilde me va a matar.

Podía tocar la bolsa que no era más grande que la funda de un dedal. Allí estaba el pelo del animal. Este sí era vasto y seco, los años no pasaban tan en vano como ocurría en las telas para algo que alguna vez estuvo vivo. Alumbró con la linterna mientras lo alzaba. Era de un color amarillo pajizo.

Qué demonios.

Tenía sentido siendo aquel templo el tributo de una diosa leona. No era descabellado. Y si era lo que su mente estaba pensando, ni aquel era un templo aleatorio sin importancia ni lo habría mandado a construir cualquiera.

¿Quién podría permitirse leones en el Antiguo Egipto? Un rey, un príncipe… un visir.

Estaba convencida de que Wilde no lo había notado. Metió los brazos bajo el cuerpo de la momia, despacio, y la alzó con cuidado de no rozarla con las paredes ni el techo del hueco. El brillo en los ojos fue inmediato.

Cuatro mil años.

Entre ella y la persona que los puso allí.

Sacó los brazos del hueco, apenas pesaba. Sería un cachorro recién nacido o con poco tiempo, por eso pensó que podrían ser gatos grandes u otro tipo de animal. Se lo llevó al regazo

enseguida para no dejarlo caer. Las manos le temblaban y hasta era incapaz de ponerse en pie.

Al fin y al cabo, era solo una novata. Y estaba nerviosa.

—¡Ana! ¿Qué haces? —No tardó en escuchar la voz de Wilde, estaba a dos metros de ella hablando con los primeros del equipo en acudir.

Ella alzó los ojos hacia él.

—Son leones —dijo a media voz mientras contrarrestaba el escozor de la garganta.

Ver la expresión de Wilde hizo que lo de los ojos aumentase. Ella llevó la mano temblorosa hacia la muestra de pelo. Y apretó los dientes para no echarse a llorar.

Estaban en un lugar mucho más peculiar de lo que a simple vista parecía. Estaban en buen camino, no había dudas. Podía sentirlo. Y sentir algo así después de temer que aquella aventura terminase, la hizo reaccionar de una manera sobredimensionada.

Lois, que acababa de llegar, se llevó las manos a la cara. Quizás ella, especialista funeraria, sabía mucho más de lo que podía significar aquello. No eran joyas, ni oros, pero acababan de encontrar algo magistral y poco usual hasta para el antiguo Egipto.

Bajó la mirada para verlo, con la luz artificial de la galería podía ver mejor los símbolos y los dibujos que tenía pintados. Inconscientemente había encorvado la espalda para acomodarlo en el regazo, como si aquel animal estuviese aún vivo.

Ya, encontrase a Sekemer, a Amesis o a la propia Cleopatra a lo largo de su carrera, aquella pequeña momia siempre sería la primera, la más emotiva, la más especial para ella.

—Llama a Margot Eastwood.

Y me acaban de estropear el momento.

Levantó la mirada, había sido la voz de Wilde y se lo habría dicho a Fineas, que fue el que salió enseguida de la galería.

Ahora tengo que darle mi momia a la capulla más capulla de todo el desierto.

Apretó levemente la momia en su regazo, gesto que el doctor no pasó por alto y lo vio contener la sonrisa mientras se dirigía de nuevo al capataz.

Que no es mi momia, ya.

Realmente ni siquiera la había encontrado ella, en teoría había sido Brandon Wilde quien pidió excavar a aquel lado de la galería.

Qué demonios, yo encontré el templo. Claro que es mi momia.

Miró hacia el interior del hueco.

Son mis cuatro momias. Y ahora va a venir la zorrona esa a llevárselas.

Lois había rodeado a Wilde para poder acercarse a ella y al hueco.

—Qué pasada, Ana, como la doctora Eastwood lo confirme… —Se inclinó para asomarse con su linterna en la mano—. Esto no son gatos, Ana. —Sacó la cabeza y miró la que Anastasia había sacado—. Dios, ¡qué fuerte!

Oyó una voz al fondo de la galería, era la doctora.

—¿Dónde estaba? ¿Debajo del coche? —murmuró y Lois dio una carcajada.

—En el equipo de Hickman, creo —respondió Lois y tosió dos veces, se le habría ido la saliva por otro lado.

Margot enseguida llegó hasta Wilde, que seguía en la zona central de la galería. La vio levantar los brazos y envolverlo por completo.

Verás, ¿a que le come la boca y todo?

—Vamos a ir sacando las otras. —Lois se inclinó de nuevo.

Anastasia echó una segunda mirada a Margot. Seguía rodeando el cuello de Wilde y ahora

parecía darle un tren de besos en la sien.

Madre mía. Si encontráramos a Sekemer, ¿qué haría?

Lois sacó una más pequeña y la puso sobre una manta. Ni siquiera había visto en qué momento había estirado allí aquella manta de cuero. Estaba más pendiente de Margot y de su exagerado comportamiento.

Lois sacaba una momia más, de tamaño similar a la otra. Anastasia cogió la muestra de pelo para comprobar que eran iguales. Y lo eran.

—Qué pasada, por Dios —dijo Lois—. Son mis primeros leones. De hecho, son muy poco frecuentes.

Y sacó el último, ese era el más grande de todos.

Anastasia bajó la mirada hacia la manta. Estaban puestos en línea, ahí podía ver la diferencia de tamaños. Le tocaba soltar el suyo.

Pero Margot ya estaba al otro lado.

—Pero qué preciosidad, Brandon —dijo alzando la voz y sin reparar en ella ni en Lois.

Y razón tenía al decirlo. Estaban envueltos con un cuidado como si de momias reales se tratase, con una conservación óptima y repletos de dibujos.

Tras Margot llegaban más personas, supuso que sería el resto del equipo de paleontólogos, que se asomaron enseguida tras Margot.

Y entonces bajó la mirada hacia la momia de Anastasia.

—Cuatro. —La oyó decir—. Maravilloso y digno de un faraón.

Margot se inclinó en el suelo para verlas mejor.

—A veces ser brillante y tener suerte no es suficiente —dijo cogiendo una de las momias y dándosela a un joven que estaba a su lado—. Y es una suerte que el doctor Wilde se haya dado cuenta a tiempo de que la experiencia y el conocimiento son más necesarios para avanzar. —Alzó los ojos hacia Anastasia—. Aquí está la muestra.

Ya me está diciendo que el mérito no es mío. Ok. *Me da igual de quién sea el mérito. Esto que acabo de vivir es una pasada.*

Acercó las manos hacia Ana, que comprendió enseguida que el gesto era para que le diese la momia de león.

Ella se retiró levemente la momia del cuerpo y Margot movió las manos para que se diese prisa en soltarla.

—Sé que estarás emocionada y demás por haber estado presente, pero dámela de una vez. No pueden estar así a la intemperie mucho más tiempo.

Por estar presente. Segunda vez que me dice que no es mérito mío.

—Doctora Eastwood —respondió. Ya los ayudantes se habían llevado las otras tres momias —. Creo que es buen momento para llegar a un acuerdo que sea bueno para las dos.

Margot alzó las cejas y Ana desvió la mirada hacia el hueco de las momias, ya vacío, en un intento de disimular.

—¿Cómo dices? —le respondió acercando aún más las manos a la momia.

—Yo te doy la momia. —Ana acercó los brazos a las manos de Margot, sintió el roce de sus manos y las suyas se tensaron—. Y tú dejas de tocarme las narices.

La cara de la doctora se tensó de inmediato y el color de su tez cambió de tono a uno rosado, porque hasta las diminutas pecas de su nariz se difuminaron.

Margot cogió al león momificado.

—¿Cuatro momias de león y un templo han sido suficiente como para que te creas la

heredera de tu padre, Anastasia Ortega? —respondió Margot levantándose.

No piensa dejar de tocarme las narices.

Levantó la cabeza para mirar a la doctora, que ya se marchaba.

—Ya que eres una persona cercana a él —le dijo y la doctora se detuvo y se giró para mirarla —, puedes decirle de mi parte que tengo la lámpara. —Las cejas de Margot se estiraron tanto que hasta los párpados tomaron otra forma—. Y que me da lo mismo que la busquen o que la quiera robar porque hasta podría romperla si quiero y no me impediría usarla para encontrar a Sekemer —cogió aire despacio—. Es más, creo que lo mejor para todos es que esa lámpara deje de existir.

Margot no respondió, le dio la espalda a Anastasia. Se alejó galería arriba.

28

El furgón de la doctora Eastwood aún estaba allí, a pesar de que sus ayudantes ya estaban dentro para marcharse.

Todavía me tiene que tocar los cojones un poco más.

Recorrió con la mirada los alrededores, pero no la veía. Así que solo podía estar en una de las tiendas, y apostaba su cabeza y las dos manos a que estaría justo en la del doctor Wilde.

No se atrevía a acercarse al estar allí la doctora, aún menos con la cortina corrida, así que no le quedaba más que esperar. Se dio media vuelta para colocarse de frente a la excavación de Sherman y de su padre. Volvían a profundizar, los carros de arena salían a la misma velocidad que los de ellos. Sekemer estaba más abajo, a un lado o al otro.

Oyó la voz de Margot y se giró enseguida.

—Luego te llamo —dijo.

La vio saliendo tras la cortina y dejándola caer tras ella. Anastasia tensó la mandíbula, ya hasta en la propia cara de la doctora podía ver sus intenciones de no cumplir con su parte del trato.

—Eres peor influencia para él de lo que pensaba, Anastasia Hickman. —Se detuvo a su altura.

—Mi nombre no es Anastasia Hickman. —Fue rápida en responder.

Margot ladeó la cabeza.

—No tienes ni idea de lo que hay por aquí y de lo que conllevan tus temeridades y una lengua demasiado suelta. ¿Romper la lámpara? —Margot hablaba casi sin respirar—. Me importa poco lo que pueda pasarte a ti. Pero no arrastres a Brandon Wilde con tu nulo juicio. Esto no es una película de aventuras aunque a ti te lo parezca. —Al fin se detuvo a respirar antes de seguir hablando.

Y menos mal, porque se estaba poniendo roja como una bombilla.

—Ten cuidado con lo que haces o me aseguraré de que no vuelvas a pisar el desierto ni de visita —añadió—. Haré lo imposible para que ningún arqueólogo te quiera en su equipo.

Ana dio un paso atrás para alejarse de ella, y luego avanzó rodeándola sin dejar de mirarla.

—Por un momento he pensado que verdaderamente tenías algo con lo que asustarme —respondió.

Dio unos pasos más.

¡Aire! Hala, con viento fresco.

—Tienes su misma prepotencia. —Escuchó a su espalda.

Seguimos.

Tuvo que detenerse y girar el cuerpo levemente.

—¿La de Wilde o la de Hickman? —preguntó y Margot alzó las cejas.

—¡Anastasia! —Se sobresaltó al oír la voz de Wilde.

Con todo lo que me ha dicho la fulana esta y encima me pillan a mí respondiéndole. Esto es el colegio, pero quince años después.

—Contenla o acabarás perdiendo la excavación esta misma temporada —dijo Margot dando unos pasos hacia su coche.

Anastasia le dio la espalda a Margot, tenía de frente a Wilde, que con un ademán de cabeza la invitó a entrar.

—No puedes actuar así y menos sin consultármelo —dijo en cuanto ella atravesó la cortina.

Ana alzó el pulgar por encima de su hombro señalando la puerta.

—¿No puedo contestarle sin tu permiso cada vez que me toque las narices?

Wilde entornó ambos ojos.

—No puedes amenazar con romper algo que ahora todo el mundo sabe que existe y cuál es su valor. Y no sabemos lo que están dispuestos a hacer por conseguirla. ¿Qué estabas buscando? ¿Una nueva visita esta noche de sabe Dios quién?

—También puedo lanzarla al Nilo y que se tiren a buscarla Hickman, sus ayudantes y quienes sean que la buscasen el otro día —respondió soltando la lámpara en la mesa para quitarse el chaleco sin mangas—. Y dejar la selección de imbéciles a los cocodrilos.

Wilde contuvo la sonrisa. Pero no fue suficiente, enseguida regresó su expresión tensa.

Va a seguir echándome la bronca. Y tiene su punto.

—No tienes autocontrol ninguno. —Lo vio dar un paso atrás, un acto reflejo como respuesta a un paso suyo hacia él. Y fue de forma tan compenetrada e inconsciente que Ana tuvo que tensar la mandíbula para no sonreír—. ¿Tú eres consciente de dónde estamos? ¿Justo en el punto en el que estamos?

Completamente.

Los días en el desierto habían dorado la piel de Wilde haciendo aún más notorio el contraste de sus ojos. Agua cristalina que conseguía disuadir el calor del desierto. O aumentarlo.

Dio otro paso más hacia él. El descubrimiento de las crías de león había rellenado su cuerpo de una especie de positivismo que le producía energía, euforia, descaro, y una nueva esperanza de ir por el buen camino hacia la tumba del visir.

Iban por buen camino, estaba segura. Tanto como de que el interés de su padre en la lámpara era porque hasta Hickman estaba seguro de que ellos estaban dando pasos hacia Sekemer.

—No puedes dejarte llevar por esa olla a presión que tienes dentro, entre lo de tu padre y…

—¿Y qué? —Puso la mano en el hombro de Wilde. Notó la redondez bajo la camisa, la razón por la que se le tensaba la tela al movimiento.

Ver a Wilde tensar la espalda y retirar el mentón de ella la hizo tener que esforzarse para no reír. Él le puso las manos en las caderas para que no se acercase más.

Brandon fijó sus ojos en ella, sabía bien lo que estaba buscando con aquel acercamiento. Primero Margot Eastwood y su forma de invadirlo descaradamente, y ahora ella. Ana tuvo que pegar la lengua al paladar para no reír. No sabía hasta qué punto los encantos del doctor Wilde podrían considerarse un privilegio.

Agarró la camisa de Wilde con la otra mano y aun con él sujetándole la cadera, avanzó un paso más. El hecho de que la dejase ocupar el hueco entre los dos hizo que la tormenta de arena se levantase fuerte, y la acompañaba una electricidad que bajaba ombligo abajo hasta su sexo.

Bajó los ojos hacia los labios de Wilde, lo que desprendía aquel hombre lo había podido percibir hasta a través de la pantalla del ordenador desde años atrás. Quizá por esa razón fantaseaba con la idea de él y Sherman, porque realmente era lo que a ella le hubiese gustado. Porque en sus pensamientos Sherman no era Sherman, era ella.

Levantó la barbilla y entreabrió los labios, aun antes de alcanzarlo sintió cómo Wilde resbalaba las manos de sus caderas hasta la parte trasera de su espalda envolviéndola por completo.

Sintió su lengua y el tornado que hacía bajar la electricidad hasta encajarla entre sus piernas se hizo grande, aumentando el calor de manera considerable.

—Si esto es para que deje de decirte… —Ella volvió a atraparle los labios y le rodeó el cuello con una de las manos dejando caer el cuerpo sobre él.

Esto solo es para que me folles.

Wilde no llevaba la lámpara, ni el chaleco sin mangas, así que todo lo que sentía duro en él era parte de su cuerpo.

Se retiró un instante de él para mirarlo. Nunca hacían falta palabras entre ellos, y estaba comprobando que no eran necesarias en ninguna de las circunstancias.

Lo vio inspirar profundo, sin dejar de clavar sus ojos en ella. Anastasia dejó caer su frente en él y volvió a rozar sus labios, un gesto al que Wilde respondió apretándola contra él y atrapándole la boca por completo.

Ana se pisó un talón con la otra bota y sacó el pie, luego se sacó el otro, mientras se alzaba para dejar caer más aún su peso en él. Sin dejar de agarrarle el cuello con una mano, le fue desabrochando los botones de la camisa con la otra. No quería que le quedasen dudas a Wilde de cuáles eran sus intenciones. Y en aquel estado de calor supremo, tampoco era capaz de valorar sus propios actos.

Bajó los ojos hacia la piel tirante del pecho desnudo de Wilde y llevó su boca hasta ella para sorberla entre sus labios mientras le bajaba la mano estómago abajo, metiéndola por dentro de la cinturilla del pantalón.

Fue palpando todo el margen que le dejaba el pantalón abrochado, que no era mucho, así que sacó la mano para quitar el botón.

—Ana… —Wilde no fue capaz de decir nada más. Si quería que ella parase, no lo estaba demostrando con mucho ímpetu.

Metió la mano por debajo del elástico de la ropa interior de él y llegó hasta donde quería.

Menudo obelisco, doctor Wilde.

Él apoyó la frente en su hombro y sintió el peso en cuanto ella se la apretó al moverla. El gesto fue como abrir el cofre, pulsar el botón de encendido, encender la llama de la lámpara. Tuvo que sacar la mano de sus pantalones porque él le dio la vuelta y la puso de espaldas contra él. Le sacó la camiseta con un gesto rápido y resbaló el tirante del sujetador para clavarle los labios. La presión con ellos fue notoria.

Sintió cómo se aflojaba el elástico, Wilde lo habría desabrochado y su pecho quedó al aire el tiempo justo que él tardó en cubrírselo con una mano. La cinturilla del pantalón dejó de hacerle presión.

Volvió a sentir los labios de Wilde en el hombro, la presión fue algo más fuerte que la anterior. Y sin ser consciente de cómo habían llegado hasta allí, sintió los dedos de él entre la humedad de sus piernas. Las abrió para dejarle más margen mientras dejaba caer su espalda en él, y tiró del pantalón de Wilde para bajárselo sin mucho éxito.

Wilde volvió a darle la vuelta. Estaba claro que él era más ávido desvistiéndola que ella a él.

La cogió en peso, gesto que Ana aprovechó para abrir las piernas y rodearle la espalda mientras su sexo desnudo buscaba aquel saliente en él para encajarlo. Sintió los dedos de Wilde clavarse en sus nalgas y ella se sujetó a su cuello y a su hombro.

Dejó caer su frente en él mientras sentía su miembro entrar sin impedimento y dejó caer su peso para facilitarle a Wilde el trabajo, aunque por lo que estaba viendo él no necesitaba ninguna ayuda.

Se apartó de él para mirarlo y los ojos de Wilde se clavaron en ella, observando con detenimiento cada parte de su cara mientras la embestía a la vez que apretaba sus nalgas para

mover su cadera. Y lo hizo una vez y otra, sin dejar de observarla hasta que la hizo gemir y apretar sus piernas a él. Su gesto no hizo que se detuviese, al contrario, un cambio en intensidad y ritmo, aumentó aquellos calambres entre sus piernas y sus gemidos aumentaron.

—Shhhh. —Wilde apoyó su frente en ella—. Que aquí se escucha todo.

Y llevaba razón, la tela no creyó que fuese muy insonora.

—Pues no me folles así —respondió.

Lo vio reír y su sonrisa hizo que volviese a atraparle la boca y se la apretó para contener un nuevo gemido mientras encogía la espalda. Wilde le agarró el cuello, para que no despegara sus labios de él, quizás en un intento de que no hiciese ruido. Pero un nuevo aumento de sus movimientos la hizo gemir de nuevo, gemido que cortó Wilde con sus labios y su lengua.

—Shhh —volvía a callarla, pero con aquellos movimientos era imposible.

Subiría la voz de un momento a otro si él seguía así. Metió el labio inferior de Wilde entre los suyos, lo apretó en un mordisco y echó el aire con fuerza mientras aquello explotaba.

Dejó caer de nuevo su frente en él mientras sentía la cabeza del doctor resbalar hasta sentir sus labios en el hombro. Ahora fue él el que la mordió al espirar con fuerza.

—¡Jefe! —Se oyó la voz del capataz fuera.

No me lo puedo creer.

Wilde aún la mordía y sintió el aire de una nueva espiración en su hombro.

—Hemos llegado a la sala —añadió—, donde usted decía, tras los leones.

¡No me lo puedo creer!

Wilde y ella se miraron, aún sin moverse un ápice. Tan solo esperaba que al capataz no se le ocurriera asomarse.

Se oyó la voz de Fineas y Lois.

—¡Wilde! —No sabía si la tela se había movido por el leve viento o era Fineas a punto de entrar.

Nooooo.

Sentía cómo Wilde salía de ella, aunque aún la tenía alzada. Ana levantó las cejas mientras él hacía una mueca que la hizo contener la sonrisa.

—Fineas, baja a la sala con el capataz —dijo Wilde mientras dejaba a Anastasia en el suelo.

Ella recogió enseguida su ropa del suelo y empezó a ponerse los pantalones.

Menos mal que los benefactores parece que son de confianza, porque me estoy cubriendo de gloria en esta beca. Vaya impresentable que estoy hecha.

Metió los pies en los pantalones.

El *walkie* de Wilde emitió un sonido.

—¡Wilde! —era Suhaila—, corre, ¡hemos llegado a la sala! Tenías razón. No era la entrada del templo. Era una a la parte de atrás.

Anastasia miró enseguida a Wilde.

Al revés.

La piel del torso se le erizó por completo y no era porque aún estuviese sin camiseta. Se la puso con rapidez mientras Wilde se abrochaba los botones de la camisa. Anastasia se apresuró hacia la salida y él la detuvo bajando la mirada hacia su pecho.

Anastasia se miró.

Los pezones para colgar toallas de playa.

Se dio media vuelta buscando su sujetador.

¿Dónde coño…?

Estaba debajo de la mesa. Tenía demasiado calor para ponerse el chaleco.

—Coge la lámpara —le dijo a Wilde mientras atravesaba la tela.

Cómo no sería la temperatura que tenían en la tienda que hasta la leve brisa del desierto de aquellas horas del mediodía parecía fresca.

Echó a correr hacia la entrada de la excavación, pero las zancadas del doctor fueron más rápidas. Anastasia llegó jadeando a la entrada y siguió a Wilde por las galerías. Podía ver la sonrisa en la cara de los obreros. El equipo estaba al final del último pasillo, donde aparecieron las momias de los leones.

Pero nadie miraba hacia el frente ni hacia abajo. Estaban mirando hacia arriba, hacia un hueco en el techo, justo encima del hueco de las momias.

Qué puñetera movida es esta.

Wilde dio un salto y, ayudado de Fineas, se enganchó al borde de la abertura y lo perdió de vista. Anastasia se hizo hueco entre el resto, pero solo se veía oscuridad.

—¡Brandon! —lo llamó Fineas, pero no respondió.

La luz de la linterna de Wilde solo alumbraba una parte. Pinturas en color teja, blanco y negro. Toda la piel se le dio la vuelta y el pulso se le aceleró sobremanera.

Lois dio un grito y se tapó la cara. El brillo en los ojos rebosando de su compañera hizo que desde el estómago se le levantase una tormenta eléctrica que le aflojaba las piernas.

—¡Brandon! —volvió a llamarlo Fineas.

Le ha dado un infarto.

Entre lo de la tienda, la carrera hasta la entrada y ahora aquello, su propio pecho iba a estallar también.

—Señores, vamos subiendo que este no responde. —Lois la empujó.

Fineas se apoyó en Scotty, que era el más alto, para subir. Nadine le dio un par de linternas grandes y Fineas se perdió a través del agujero.

—Venga, otro, deprisa. —Lois volvió a empujarla.

Pero con el tembleque de piernas que tenía no se sentía capaz de acceder por el agujero en el techo. Dejó paso a Lois.

—¡Fineas! —lo llamó Lois.

Pero tampoco hubo respuesta.

—Joder —dijo Lois—, ¿qué hay arriba? ¿Un agujero en el tiempo?

La risa de Scotty retumbó en la galería.

Podían ver cómo las luces de las nuevas linternas alumbraban un poco más. Los colores de la pared tomaron forma. Un río con barcos repletos de personas que remaban. El color estaba tan bien conservado que sus nervios aumentaron hasta el punto de que su propio cuerpo le avisaba de que estaba a punto de abandonarla de un momento a otro.

Wilde al fin se asomó.

—Vamos, Ana. —Alargó la mano.

Y antes de que pudiese reaccionar, Scotty la alzó en peso hasta que agarró la mano de Wilde. Nadine la ayudó desde sus pies y Wilde hizo el resto hasta que estuvo arrodillada en suelo firme, agarrada al cuello de Wilde.

Miró al doctor, su cuerpo se había bloqueado y no le dejaba ni girar el cuello para ver qué tenían alrededor. Resbaló la mano hasta llegar a la mejilla de Wilde, él se la agarró.

—Es Amesis. —Lo oyó decir y ella tuvo que abrir la boca para echar el aire.

Hasta en la penumbra podía ver la emoción en los ojos de Wilde y lamentó haberse bloqueado y no haber subido de inmediato tras él.

—Echaos a un lado que no quepo. —Sintió la mano de Lois pellizcándole el costado.

Anastasia se retiró enseguida de Wilde y del agujero y gateó un metro hacia delante. Luego se puso de rodillas y alzó la cabeza.

Por los mil dioses.

Si no hubiese estado ya de rodillas, se habría arrodillado frente a aquella estatua enorme. Se llevó las manos a la cara tapándose la boca.

Una diosa enorme, de unos tres metros, de abundante pelo y cabeza de leona. Una obra de arte colosal que mezclaba la piedra negra pulida con incrustaciones de oro y piedras preciosas. A juego con un sarcófago que estaba a sus pies, sobrio y elegante, un juego de colores que hasta a media luz los había dejado a todos sin poder pronunciar una sola palabra.

Se palpó el pecho buscando sus bolsillos para coger la linterna, pero no llevaba el chaleco consigo. No la necesitó, Lois recorría la sala con la luz de la suya. Pudo ver los vasos canopes del mismo negro pulido que el sarcófago. Y varios baúles cerrados, con incrustaciones de oro.

Contrastaba aquella tumba con la colorida tumba de turquesas y rojos de Nofret, quizás la diferencia estaba en que Amesis no era la hija de ningún faraón. Pero sí una mujer que hizo fama por conocimiento y belleza, llegando a atraer a uno de los hombres más poderosos de la edad antigua.

En la pared, tras la escultura, podía ver el cielo repleto de estrellas. Unas estrellas que reconocía bien. Y las manos que aún tapaban su boca llegaron hasta su sien.

Ahora entendía por qué su padre quería la lámpara aunque supiese lo que estaba tallado en ella.

Se encorvó sujetándose el estómago. Los nervios habían hecho que su estómago se encogiese hasta doler.

—Anastasia. —Sintió la mano de Wilde en su espalda.

Después de cuatro mil años encerrada en aquella sala podría considerarse una falta de respeto por su parte. Se disculpó con Amesis. Con Wilde no sabía si tendría disculpa.

La arcada fue sonora y su eco rebotó en las galerías.

29

Estaba convencida de que Wilde no le volvería a hablar hasta el día siguiente. Ella misma limpió el suelo con ayuda de unos obreros, por suerte había sido poca cosa y el olor se había ido o mezclado con el de aquellos inciensos. Era curioso cómo un espacio cerrado podía conservar restos de olores por siglos.

El suelo estaba repleto de flores secas, era destacable el cuidado y el amor que ponían los egipcios en cada tumba antes de sellarla.

En la sala, ahora bien iluminada, podía verse la verdadera puerta. Nunca había sido saqueada. Y aunque no fuese la tumba de un personaje real ni tuviese los tesoros más asombrosos que hubiesen visto, era de una belleza suprema.

Ni su sarcófago ni ajuar eran de oro macizo, por esa razón habían incrustado el oro en la piedra, una manera de abaratar el trabajo, pero suplido por el arte y la belleza de la combinación de pocos colores. Sencillez en estado puro a través del negro pulido y el oro, con dibujos que combinaban pintura negra, blanca y aquel color teja. Para pintar el cielo habían utilizado el propio negro mezclado con blanco, llegando a conseguir un color acero que aumentaba la sobriedad de la sala mortuoria.

Lois no pronunciaba palabra, después de la multitud de fotos que llegaron a hacer tras limpiar el vómito, se había colocado entre los varios baúles y el sarcófago de Amesis.

«Amesis» era el nombre que figuraba en la línea central que atravesaba el sarcófago desde la cabeza hasta los pies, una placa de color tallada con su nombre una vez y otra.

Amesis, sacerdotisa de Sekhmet.

Una sola mirada de Wilde había sido suficiente para que se alejase del sarcófago cuando lo abrieron para comprobar que no estaba vacío. Aún les costaría días poder sacarlo de allí.

Amesis solo tenía un sarcófago, tan solo uno sin más cubierta. En el interior estaba ella. Pudo observar que el estado de la tela era peor que el de los leones y se podían ver partes de su cara. Era una mujer que tenía los pómulos prominentes, los ojos grandes, bastantes dientes, teniendo en cuenta la época, y el pelo rizado.

Como yo.

No se había acercado a Amesis a menos de metro y medio. Sabía que Wilde temía otro nuevo vómito, esa vez pudiendo hacer un daño irreparable. Y no le faltaba razón.

Lois abría los baúles y miraba en su interior. Suhaila estudiaba la verdadera puerta, y Nadine ya estaba con la simbología de la pared.

Sintió a Wilde junto a su hombro mientras cerraban el sarcófago de Amesis.

—Voy a avisar a Hickman. —Entornó los ojos al ver que Anastasia no apartaba los suyos de Amesis.

—Lo siento. —No podía decir otra cosa, cada vez que lo pensaba la cara se le caía a trozos.

—¿Ha sido por el olor? Te dije que te pusieses mascarillas. No estás acostumbrada a… —Ya iba a comenzar a reprenderle y ella alzó la mano en el aire para que se callase.

—Ya sé por qué mi padre quiere la lámpara —dijo y Wilde cerró la boca de inmediato. Anastasia señaló la pared—. Quien pintó esa pared lo hizo con ella o con una exactamente igual.

Wilde alzó las cejas y miró la pared tras la diosa leona.

—No es solo la constelación, es cómo se veía desde la perspectiva del reflejo si la enciendes.

—Se agarró a la camisa de Wilde y tiró de la tela para que volviese a mirarla—. ¿Qué clase de arqueólogo encendería una lámpara de cuatro mil años?

Vio la sorpresa absoluta en la expresión de Wilde.

—Por eso Hickman la quería en cuanto vio mis marcas en la arena, sabía que no era la perspectiva desde el tallado, sino desde la lámpara encendida. Y todos sabemos que no hubo ni un metro de margen de error. El dueño de mi lámpara, el de verdad, es el que construyó esta tumba. Y quizás también la de Sekemer y Nofret.

Wilde bajó la mirada un instante hasta el suelo, le dejó margen de digerirlo.

—Salid un momento —ordenó y el equipo se sobresaltó.

—Estoy a punto de… —Lois había levantado el dedo índice para protestar, pero enseguida lo bajó, al encontrarse con la mirada del director del equipo—. Con el trabajo que cuesta subir, joder.

Esperaron a que uno a uno bajase por el agujero, por suerte los obreros habían llevado una escalera metálica.

Wilde observaba el agujero hasta que el último de los obreros hubiese bajado. Luego se acercó.

—Fineas, vigila que no acceda nadie a la galería —dijo y regresó hacia el centro de la sala.

Se levantó el chaleco sin mangas y sacó la lámpara.

—Enséñamelo —le dijo dándosela mientras se llevaba la otra mano a uno de los bolsillos.

Anastasia frunció el ceño mirando la mecha y el frasco de aceite.

—¿Por qué lo has traído?

—Porque sabía que necesitarías inspeccionarla de un momento a otro.

A pesar de su aparente despiste genérico, estaba comprobando que en lo importante a Wilde no se le iba un detalle.

Ella dio unos pasos calculando según la pared, pasó por el lado del sarcófago y se arrodilló a los pies de la estatua de la diosa. Allí mismo dejó la lámpara. Encontró más flores secas, algunas chamuscadas de haberlas quemado junto con los aceites y los inciensos.

Podía imaginar cómo en la antigüedad, trabajadores o seres queridos de los difuntos, preparaban el ajuar y los inciensos, colocándolos de aquella manera hermosa para luego sellar la sala. Una despedida cuya tristeza se disipaba con una fe acérrima hacia sus dioses y el camino del difunto hacia el otro lado.

Wilde se acuclilló a su lado para volcar el aceite y encender la mecha. Luego le cogió la mano a Anastasia y la ayudó a ponerse en pie.

La llama al principio proyectaba una pequeña luz en la parte baja de la pared, apenas podía ver el resultado del tallado de su doble fondo.

Dieron unos pasos hacia atrás y rodearon el sarcófago. La llama aumentó de tamaño.

Esto es sobrenatural.

El peso en los ojos fue considerable. Una imagen que había visto durante años, casi cada noche, en todos los dormitorios que había tenido, desde niña hasta que se convirtió en una mujer.

Apretó la mano de Wilde cuando la constelación de la corona de Ra encajó exacta a la de la pared.

—Estaba encendida cuando lo pintaron. —Aquella había sido la técnica. Desconocía si la lámpara era única o había alguna más.

Entornó los ojos fijándose en el triángulo que formaban unas estrellas. Soltó a Wilde y dio unos pasos hacia la pared.

Qué demonios…

Todas no encajaban, había una, exactamente una, que no coincidía con la que le correspondía. Llegó hasta la pared e interpuso su mano a la luz para comprobarlo. El punto se reflejaba en su mano, la retiró para que aquella señal se proyectase de nuevo en la pared, donde la pintura era oscura, solo cielo vacío, pero que al encender la lámpara dos estrellas del dibujo sumadas a la de la lámpara formaban un triángulo.

—¿Esa no coincide? —Wilde se inclinó para comprobar la pintura de cerca.

—Un triángulo. —Anastasia ladeó la cabeza sin dejar de mirarla mientras su mente divagaba hacia una foto aérea de la zona de excavación—. Una pirámide.

—¿La que salía en los planos? —preguntó él y Ana asintió con la cabeza—. ¿Y por qué por más que excavamos no encontramos nada?

—Porque está al revés y porque ahí no está la entrada. —Se inclinó en el suelo para apartar los pétalos secos que crujían cuando movía los pies. Ni siquiera las flores quería estropear—. Como este templo. Le has tenido que dar la vuelta al plano para encontrar a Amesis. Pero la hemos encontrado porque teníamos la entrada, o la salida, según se mire. Una especie de trampa para los saqueadores. —Miró los cofres—. Y les ha funcionado.

Giró la cabeza para mirarlo. Wilde respiró hondo.

—En la tumba de Nofret había otra pintura similar —dijo Wilde. Luego negó con la cabeza —. Y seguramente será la pista que sigue tu padre.

Anastasia apoyó la mano en el suelo.

—Por eso intentó robar la lámpara, el mismo día que encontró a Nofret, y hacernos creer que hay quién nos persigue para que la entreguemos al ministerio y así tener acceso a ella. Sabe que yo la he encendido, por eso mi plano no corresponde al suyo. El mío es exacto, el suyo no. Él lo tiene de frente y yo al revés.

—Pero puede darle la vuelta —dijo Wilde soplando la lámpara. Quedarse tan solo con las luces de los focos fue un tanto molesto.

—Puede darle la vuelta, pero no puede darle la proyección. Y el margen de error marca la diferencia entre encontrar una entrada o pasar de largo. —Dirigió los ojos hacia la pared—. Y nosotros hemos excavado en el lugar incorrecto, por eso no encontramos el túnel.

Se puso en pie.

—Está claro que aquí la exactitud cuenta. —Entornó los ojos hacia las constelaciones—. De una manera ingeniosa. Un diseñador de tumbas que engaña y juega con los saqueadores o los buscadores de tesoros. —Dio un paso atrás—. Y lo ha hecho durante años. —Dio un segundo paso atrás—. La pared de Nofret tiene que marcar este u otro punto. Y me juego la lámpara a que la de Sekemer marca otro.

Se giró para mirar a Wilde.

—No sé si esa es la tumba del visir, pero es a donde nos lleva Amesis. —Luego miró el sarcófago. Aquella mujer hermosa estaría repleta de secretos. En cuanto acabase la temporada, encontrase o no al visir, se dedicaría a ella.

Puso la mano sobre el sarcófago y la pasó por el relieve de la incrustación de oro. Era una belleza de pieza. Si ella hubiese sido una sacerdotisa antigua, hubiese elegido una tumba exactamente como esa, era la elegancia pura y desprendía serenidad y sabiduría.

Estaba convencida de que Amesis la sorprendería a cada paso.

—Creo que acabo de encontrar mi tesis —dijo y vio al doctor sonreír.

Con todo lo que había allí, un cofre con enseres, otro con papiros, y todas las inscripciones de

la pared, tenía suficiente para saber quién fue aquella gran mujer que no poseía mucha riqueza material, pero la impalpable rebosaba.

Y aquellos pétalos de flores esparcidos que cubrían todo el suelo eran la muestra de que era una persona muy querida.

¿Muy querida por un visir? Con aquellas señales no tendrían que esperar mucho para comprobarlo. Lo único que lamentaba era que Amesis tendría que pasar por las manos de cierta paleontóloga imbécil.

Wilde esperó a que la lámpara se enfriase para volver a guardarla.

—Voy a por Hickman y Sherman. —Hizo una mueca—. Por cortesía. Se lo debemos.

Saltando de tonto en tonto atravesamos el desierto sin pisar la arena.

Supuso que Eastwood no tardaría en regresar para ver a Amesis. Resopló mientras Wilde se dirigía al agujero.

—Encárgate de revisar el interior de los cofres —la señaló con el dedo—. Guantes y mascarilla. Y ten a mano una bolsa por si acaso.

Qué nivel tengo. Soy una crack.

Se quedó sola en la sala. Volvió a mirar la pared y luego el sarcófago de Amesis. Seguía con la mano sobre él.

—Espero que nos lleves hasta Sekemer.

30

Wilde se había ido a buscar al otro equipo, supuso que por el camino avisaría también a Eastwood y a la prensa, así que pronto la sala de Amesis estaría repleta de gente.

Cada miembro del equipo trabajaba en una parte de la sala. Suhaila seguía revisando que no hubiese más cámaras allí ni ningún pozo escondido como estaba el de los leones. Al día siguiente abrirían la puerta y verían dónde estaba la entrada real de la mastaba.

En cuanto a Fineas, ya le había señalado el nuevo punto dónde excavar para que empezasen el capataz y los hombres cuanto antes. Estaba claro que en aquel lugar, y con el descubrimiento de Amesis, había concluido la excavación. Ya solo quedaba el estudio de objetos y momia. Un trabajo interesante que harían los meses siguientes al fin de la temporada.

Anastasia estaba arrodillada. Tenía uno de los cofres abiertos e iba sacando objetos y enseres que iba depositando en una esterilla de piel. Por más sandalias que encontrase, no podía dejar de prendarse de ellas. Eran obras de arte para vestir los pies. Aquella de Amesis tenían el hueco para meter el dedo gordo del pie. Una prenda atemporal que podría ponerse en la actualidad con un vestido y que nadie sospecharía que tuviese cuatro mil años si no fuese por la forma de los cosidos en la suela, aunque preciosos no eran suelas resistentes.

Metió la mano y palpó una cadena, tiró de ella.

—Waaaaaa. —De ella pendía un colgante que pesaba lo suyo. Se fijó en el grabado, era la diosa leona y a la altura de su cintura había una mujer. Quizá sería la propia Amesis con su deidad predilecta.

Giró el colgante. Había dos figuras sentadas, un hombre y una mujer.

—¿Sekemer? —Entornó los ojos agudizando la vista hacia los nombres de debajo, eran diminutos.

Ostras, que sí, que es él.

Frunció el ceño moviendo despacio el colgante para ver bien las figuras.

Pues estaba hasta bueno y todo. Coño, con el visir.

Dejó el colgante en la alfombra y metió la mano de nuevo. Se tuvo que aupar para sacarlo mejor, era una caja rectangular.

Me flipan estos juegos.

—Un *senet*. —Era un juego de mesa egipcio. La parte superior de la caja era el propio tablero. La caja era hueca y por un lado podían sacarse las piezas.

Anastasia la volcó para sacarlas y echarlas en su mano.

—Es que es flipante —dijo mirándolas en la palma de su mano. Aún se usaba el mismo método de almacenaje en los juegos de mesa de viaje. Volvió a meter las piezas dentro y lo dejó en el suelo, siendo consciente de que aún no había ido a por su chaleco a la tienda de Wilde y, por consiguiente, no había cogido los guantes.

Metió la mano de nuevo y sacó otra caja. La abrió. Más joyas, esa vez cubre dedos de oro. Se mordió el labio inferior mientras metía el dedo meñique en uno de ellos. Amesis debió de ser muy delgada, apenas le cabía el meñique y no era el más pequeño.

Lo dejó sobre la tela de cuero y sacó una pieza un tanto más pesada. Una piedra del tamaño de un folio y tallada con diferentes escenas.

Aparecían de nuevo el hombre y la mujer del colgante en una especie de cuadrículas, sobre

un barco, orando en el suelo, y en algunas escenas cotidianas.

Una especie de álbum de fotos primitivo.

Pasó la mano por ellas y lo depositó en el suelo. Estaba comprobando que para ser amantes, ella y Sekemer, tenían escenas de lo más cotidianas, como si hubiesen sido un matrimonio. Desconocía si en la sala funeraria de Nofret habían encontrado aquel tipo de ajuar romántico.

Sacó lo que parecía una nueva cadena, pero esa vez eran unos pendientes, demasiado largos, puestos podrían llegar a los pezones.

Así tiene los lóbulos de las orejas tan feos la pobre.

Fue de las primeras cosas que le llamó la atención de Amesis. Sacó otra tablilla con más escenas.

Otro álbum de fotos.

De nuevo Sekemer y Amesis, bajo un cielo de estrellas, en una especie de diván descansando… Frunció el ceño y se acercó la tablilla a la cara.

O no están descansando. No, no están descansando.

Siguió las siguientes escenas con la mirada.

Aquí se está caldeando el tema…

Soltó la tablilla y volvió a meter la mano.

Sintió una piel suave, sabía que había algunas prendas de lino en el fondo del baúl, pero en piel no se había percatado de ninguna. Además, tenía una especie de tira.

La levantó, era una prenda pequeña, apenas pesaba.

Era de color claro, casi blanco, y su mente comenzó a darle forma.

Qué fuerte.

Lo puso sobre la tela de cuero para poder estirarlo. Solo lo había visto en una ocasión y se encontró en la tumba de Maiherpri; unos calzoncillos de piel de gacela.

No veas la peña aquí.

Por el tamaño y la forma supuso que esa prenda en concreto era femenina. Con tiras tipo tanga y un triángulo diminuto delante. Eran de piel suave, supuso que similar a los de Maiherpri.

¿No he dicho yo que se está caldeando el ambiente? Pues toma tanga de gacela.

Una nueva tablilla.

Kamasutra *ahí del bueno.*

Frunció el ceño mientras se detenía en una imagen de Sekemer.

Vaya con el gachón, este deja en ridículo a la estatua de Osiris empalmada. Si lo vieran las niñas ya tenía yo composiciones en el chat todos los días.

Dejó la tablilla en el suelo.

Lo que está claro es que esta gente se lo sabía montar bien.

Se asomó al cofre, ya solo quedaban prendas. Volvió a arrodillarse mientras palpaba y encontró una cinta larga de una tela vasta. Envolvió la prenda con la mano, apenas pesaba, temió que se rompiera y la sacó con mucho cuidado. Era lino, pero bastante oscurecido, amarillento a trozos, en otras partes más amarronado.

¿Otro tanga?

Dos tiras colgando de una especie de bolsa alargada. Anastasia inclinó la espalda hacia delante para acercarse más.

¿Qué coño…?

Entornó los ojos. No le encontraba, quizás porque estaba muy plegado en su mano. Cogió las cintas con la mano izquierda y dejó caer el resto de tela, pero seguía demasiado plegada, así que

tuvo que meter los dedos empujando poco a poco hasta despegarla entera. La forma que tomó le recordó de inmediato al ajustador de testículos que usaba su padrastro los primeros días después de la vasectomía.

Pero aquella bolsa no tenía forma de testículos. Era tubular y medía un buen palmo.

La madre que me parió.

Sacudió la mano en un instinto incontrolable mientras emitía un grito ahogado. La prenda volcó en el aire y cayó tras el cofre.

Qué ascooooooooo.

Volvió a sacudir la mano en el aire.

Un preservativo de tela, como el de Tutankamon. Y encima to´ *negruzco, está usado. Ay, Dios, que me muero.*

Se puso en pie de un salto y se inclinó sobre el cofre para ver el preservativo en el suelo, al otro lado. Levantó el labio superior en una mueca de asco.

Por eso los colores esos de diarrea pegados al lino.

Se miró la mano derecha.

Y encima lo he cogido sin guantes. Qué ascoooooo.

Había abierto la bolsa tubular con los propios dedos. El estómago le respondió enseguida dándosele la vuelta. Se llevó la mano izquierda, con la que no había tocado la prenda, a la boca mientras daba una arcada. De inmediato se le erizó la piel y se le saltaron las lágrimas.

Esto es pa´ *morirse.*

Levantó la mano derecha en el aire sin dejar de taparse la boca con la otra. Y se la fue acercando despacio a la nariz, poniendo cuidado en no rozarla un ápice. Abrió los orificios dos veces mientras hacía dos inspiraciones cortas para olerse.

La arcada regresó y tuvo que cerrar la boca bajo su mano para no volver a liarla en la sala.

—¡Qué preciosidad! —Se sobresaltó al escucharla y se giró hacia la entrada.

La cabeza de pelo brillante de Sherman sobresalía del agujero.

Lo siento, Amesis. Se va a llenar esto de gilipollas.

Dejó caer los dos brazos y movió los dedos de la mano derecha en un intento de volver a sacudirse de manera disimulada. Lois y Scotty se acercaban a Sherman.

Anastasia volvió a mirar el cofre, tras él seguía el preservativo con restos de supuestamente Sekemer, que Amesis se quiso llevar al otro lado. No lo podía dejar allí tirado y que lo viesen.

—Enhorabuena a todos —dijo Sherman acercándose a Lois.

Podía apreciarse la coronilla que mezclaba calva y pelo cano de su padre. Anastasia se apoyó en el cofre para inclinarse y recoger, con la misma mano, el preservativo. Palpó entre los pétalos secos.

Me lo he vuelto a llevar enterito.

Ya podría haber encontrado las cintas y no el saco de lleno nuevamente en la palma de su mano. La cerró envolviéndolo por completo.

Lo que no me pase a mí.

Lo metió debajo de un ramo de flores secas. Lo último que quería era que Sherman y su padre la pillasen manoseando sin guantes un condón del imperio medio. No era precisamente la imagen de arqueóloga que tenía en mente.

Enseguida se puso en pie de nuevo. Aún subían algunos ayudantes de su padre. Sherman recorría con la mirada la tumba, sin reparar en ella, como siempre hacía.

Mira lo que ha encontrado la becaria novata e inútil, doctora. La tumba de Amesis.

Dio unos pasos hacia ella. Sherman había dado la enhorabuena al resto del equipo, sin embargo, Anastasia parecía tener menos interés que los pétalos secos del suelo.

Pues te vas a cagar.

—Doctora Sherman. —No le dio más margen de ignorarla y se plantó delante de ella.

—Anastasia —dijo la mujer, y no le vio ni un amago de felicitarla, como sí hizo con el resto del equipo.

Alzó las dos manos hacia ella y en cuanto vio el acto reflejo de Sherman, moviendo la suya para estrechársela, le plantó la palma contra la de ella, antes de que la doctora se arrepintiese. La izquierda le sirvió para ponerla sobre la de Sherman y que la mantuviese agarrada mientras ella movía la mano.

Por capulla.

—Ha sido un gran descubrimiento, ¿verdad? —decía Anastasia sin dejar de mover hacia arriba y abajo las manos con la de Sherman atrapada.

La soltó y como si sus palmas fuesen hierro ardiendo, la doctora sacó su mano y la rebasó para acercarse a Amesis. Tras Sherman estaba Wilde, que la miraba completamente descolocado.

—Anastasia. —La voz de su padre hizo que apartase los ojos de Wilde para dirigirlos a él, aunque sabía que el doctor seguía mirándola intentando buscar la explicación a su gesto extraño con Sherman.

Otro que no me felicita.

Rodeó a Wilde y alzó la mano hacia su padre, que en un gesto tan contrariado como el de Sherman, la agarró con algo de tirantez.

Ea, ahí lo llevas también. Y esto es lo único que vais a catar de Sekemer.

Apartó la mano de Hickman y se asomó al agujero.

Y ya puestos, ¿no está por aquí la doctora Eastwood? Para un momento que tengo ganas de verla…

Pero allí abajo no había nadie más. Así que se giró para ponerse de frente al sarcófago. Su padre no había tardado ni medio segundo en acercarse a la pared.

Como ves, padre, ya están todas las piezas en el tablero.

Miró de reojo a Wilde, este seguía mirándola y buscando una explicación a su gesto.

Por mucho que me mires buscando, no te puedes imaginar lo que ha pasado.

Wilde dio un paso hacia ella y le vio la intención de agarrarle la mano. Anastasia la retiró de él enseguida, que no llegó ni a rozarla. Su gesto hizo que él bajase la mirada hasta su mano y de nuevo la subiera a sus ojos.

Ya sabe que la he liado con algo.

Al ver su expresión tuvo que sorberse los labios para no reír. Y los apretó con los dientes cuando Wilde se dirigió con rapidez hacia el cofre.

Scotty hablaba con Sherman de los pergaminos que habían aparecido en otro de los cofres. Estaba repleto y ya los habían llevado al laboratorio donde, en su debido momento, procederían a abrirlos.

Miró de reojo a Wilde, observaba todos los objetos que ella había depositado sobre la manta de tela. Incluso lo vio inclinarse en una de las tablillas. Luego se irguió, se asomó al interior del cofre y volvió a mirarla a ella. Esa vez su mirada fue una represalia severa que la hizo tener que encoger la barriga para no reír.

Pues verás cuando lo veas, lo vas a flipar.

Anastasia dio unos pasos hacia el sarcófago mientras le decía a Wilde con la mirada dónde

había metido el objeto en cuestión que él andaba buscando. Y juraría que ya el doctor se empezaba a hacer una idea.

Lois abría el sarcófago de Amesis con la ayuda de los ayudantes de su padre.

—Qué belleza. —Oyó decir a Hickman.

Ana volvió a fijarse en los lóbulos de las orejas de Amesis. Era lo único que rompía su belleza armoniosa. Por lo demás, era la momia más hermosa de todo Egipto, la forma de sus pómulos, de su barbilla, de su nariz…

Amesis no necesitaba ninguna de las ostentosidades que había en la tumba de Nofret para embelesar con su imagen y su sencillo y peculiar ajuar funerario.

Peculiar, peculiar.

Volvió a mirar de reojo a Wilde, él había levantado el ramo de flores y lo había vuelto a dejar en su lugar. Luego negó con la cabeza y se dio media vuelta dándoles la espalda.

Superando las expectativas, hasta las del doctor Wilde. Si es que lo que no me pase a mí…

Sherman se había inclinado para mirar las cosas que ella había sacado del cofre.

—Además, ahora tendréis más datos sobre Sekemer —dijo.

Hombreeeee que si tengo más datos. Ahora sé hasta cuánto le medía la verga. No creo que sea relevante para encontrar la tumba, pero datos lo que son datos…

Vio que los hombros de Wilde se movían en una especie de contracción continua.

Este está partido de la risa por dentro y ya no la puede retener.

—¡Qué preciosidad de tumba!

Oh, qué bien. Ya estamos todos.

Se dio media vuelta al escuchar a Eastwood y dio unos pasos hacia el agujero. Inclinó la espalda levemente y balanceó el brazo para alargarlo y ayudar a la doctora a subir. Pero el cuerpo de Wilde se interpuso enseguida entre las dos.

Anastasia se apartó para dejarlo a él. Pudo apreciar cierto brillo en los ojos de Wilde y un leve tono rosado en las mejillas.

Como no se vayan pronto, se ahoga aguantando la risa.

—¿Estás bien, Brandon? —preguntó Eastwood agarrándole la mano.

—Sí, creo que han sido los vapores o alguna sustancia que me ha hecho reacción —dijo él subiéndola arriba.

—Esa manía de no usar las máscaras —Eastwood resopló.

Ni guantes tampoco.

—No sois conscientes de la gravedad. —Se detuvo un momento en Anastasia, que fue la primera que encontró—. Felicidades —le dijo con cierta ironía.

Ana sintió un cepo en su muñeca derecha, Wilde se la había inmovilizado por completo para que no se le ocurriese acercársela a Margot. Fue hacia su muñeca atrapada donde se dirigieron los ojos de Margot enseguida.

—Vamos a ver cómo era esa diosa llamada Amesis —dijo, sin embargo, dando unos pasos hacia el sarcófago donde estaba el resto.

Wilde se inclinó en el hombro de Anastasia.

—Vale ya —le dijo.

Ana bajó los ojos hacia su mano, aún Wilde no le había soltado la muñeca. Así que movió los dedos hacia él, que se apartó enseguida y la soltó en un reflejo. Era consciente de que lo que hubiese habido ahí ya estaba más que seco, cuatro mil años daban para mucho. Pero estaba comprobando que el asco era algo inevitable. Rio alejándose de Wilde.

Sherman seguía mirando las tablillas en el suelo.

¿Has visto lo bien que se lo montaban estos dos?

—No encontramos nada así en la tumba de Nofret —dijo Sherman.

Anastasia giró la cabeza para mirarla.

—Nofret era la esposa de Sekemer y la hija del faraón —respondió—. Pero esta era su reina.

Y él tiene que estar cerca. No puede ser de otra manera.

—Doctor Wilde. —Hickman se acercaba y Wilde se adelantó para ponerse al lado de Anastasia, no sabía si era porque no se fiaba de que le volviese a plantar la mano encima a alguno de ellos—. Tengo que reconocer que habéis hecho un buen trabajo. —Él miró a Anastasia —. Mucho más lejos de lo que esperaba. —El cuerpo de Hickman se giró hacia el de la joven—. ¿Ya sabes para qué sirve?

Margot seguramente ya le habría dicho toda aquella sarta de palabras acaloradas que lanzó por la mañana.

Optó por no responder. Hickman se inclinó hacia ella.

—Llevas mi sangre, seguro que sí —añadió en un susurro y volvió a erguirse.

Sherman se había levantado al ver a Hickman frente a Anastasia y daba unos pasos hacia otro de los cofres sin dejar de mirarlos.

—Ben, te agradecería que… —Wilde puso un brazo entre Anastasia y Hickman.

—No he venido a quitártela, Wilde. Ya nos habéis dejado claro que no queréis trabajar con nosotros, no pensáis darnos ninguna ventaja —lo cortó el profesor. Luego dio un paso atrás retirándose de Anastasia—. Nunca quise esposa ni hijos, ni nada que me estorbara para recorrer el camino —añadió mirando de nuevo a Anastasia—. Fue la vida que elegí. Dile a tu madre que lo siento.

Wilde la presionó con el brazo para que se echase hacia atrás. Quizás temiendo una respuesta algo subida por su parte.

—Mi madre no perdió, no tienes que sentirlo —respondió.

Sherman seguía observando a media distancia y hasta Margot Eastwood se dio media vuelta hacia ellos.

—Ella conocía bien mi vida y mis intenciones. No cabía nadie más —replicó él alejándose de nuevo y dando otro paso atrás—. No quería un hijo, y si llego a saber que compartir mi sangre, por obligación y sin mi permiso, significaba en un futuro tener a la rival que intenta impedirme hacer el mayor descubrimiento de toda mi carrera, la hubiese llevado yo mismo a esa clínica y me hubiese asegurado de que no existieras.

En ese momento fue ella la que tuvo que retener a Wilde.

—Nos vamos —Hickman alzó la voz llamando a su equipo, luego miró de nuevo a Anastasia —. Aún desconozco si quieres ser como yo o quieres ser mejor que yo —negó con la cabeza antes de dirigirse hacia la salida—. Ninguna de las dos cosas para ti son posibles. Ni tampoco para ti, Brandon Wilde. Hemos encontrado otra galería conectada a la tumba de Nofret.

Sherman se ajustó el pañuelo en el cuello mientras otros de sus compañeros seguían a Hickman. Miró a Anastasia.

—Querer ganar sin jugar limpio —dijo y dirigió los ojos hacia Wilde—. No es propio de ti, Brandon. Suerte.

—Es Hickman el que no está jugando limpio —replicó Wilde.

Sherman alzó las cejas.

—Quiere la lámpara a toda costa, ¿qué es lo próximo? —preguntó él y Sherman dejó de

mirarlo para seguir adelante y bajar por las escaleras metálicas.

Se oyeron los zapatos de Eastwood.

—Enviádmela en cuanto podáis sacarla de aquí —dijo dirigiéndose hacia la salida también. Alargó una mano hacia el brazo de Wilde—. Buen trabajo, Brandon. Pero cuídate —se dirigió a Anastasia—. Y tú, no sé si por tu soberbia o por tu afán de protagonismo, pero ten cuidado con lo que haces, sobre todo si arriesgas a los que están contigo.

Ana abrió la boca para responder y sintió de nuevo la mano de Wilde rodeándole la muñeca.

—Margot. —La voz de Wilde se adelantó a la suya.

—Solo estoy dando mi opinión. No me gusta el camino que está tomando esto. —Margot entornó los ojos hacia Wilde.

—No quiero escuchar opiniones sobre Anastasia en mi presencia —replicó él—, y menos si no vienen de alguien de mi equipo.

—¿Ves? —Margot dio un paso más hacia la salida, ahora miraba a Anastasia—. Casi empujas a Hickman, ahora también pareces querer discutir conmigo. Rechazas oportunidades, te metes en batallas que no son tuyas, y hasta prefieres renunciar a encontrar al visir que llevas años buscando. Brandon, ¿esto es lo que quieres hacer con tu carrera? Ni siquiera la conoces y estás poniendo todo lo que tienes a la deriva que apunta ella.

—Doctora Eastwood. —Aquella voz le recordó al Wilde de los comienzos—. Llegados a este punto y con otro equipo con el que no tenemos buena relación a cargo de tus servicios, creo que es el momento de dejar de compartir equipo de paleontología.

Eastwood no lo esperaba, quizás en mitad de una excavación y con una momia recién encontrada, ningún paleontólogo esperaba un despido por parte de ningún equipo, aún menos conociendo a Wilde desde hacía años.

—No te reconozco, Brandon Wilde —dijo ella rodeando el agujero para bajar por la escalera —. Y no quiero ver cómo hundes tu carrera por culpa de una niña que confunde este trabajo con una película de Indiana Jones, tan solo porque su padre no la quiso. Y sigue sin quererla.

Miró a Anastasia.

—Menudo drama —añadió con ironía.

Hija de puta.

—El señor Blake te enviará la rescisión del contrato estos días.

Margot bajó los primeros peldaños agarrándose a los hierros de la escalera vertical.

—Que os den a ti y al cabrón hijo de puta de Blake. —La oyó decir.

¿Quién coño es Blake?¿Y cabrón hijo de puta por qué?

—Se lo dices a tu amigo de mi parte. —Aún asomaba la cabeza por la abertura del suelo.

Vio a Wilde contener la sonrisa, no sabía si por el insulto a ese tal Blake o por cómo la elegante doctora Eastwood se había convertido de repente en un *gremlin* mojado. Soltó la mano de Anastasia.

Ahora sí.

—Doctora Eastwood, ¿puedo hacerle una última consulta? —Anastasia dio unos pasos y se inclinó en el suelo, al borde del orificio, y miró la piel blanca y tersa de Eastwood. Alargó la mano hacia su cara y le pasó los dedos por la mejilla.

—Que te lo resuelva el próximo paleontólogo —la cortó Eastwood apartándole la mano. Y siguió bajando las escaleras.

Anastasia la observaba.

—Solo quería saber si los restos de fluidos corporales resistían a los años en el lino. —Se

apoyó con la mano en el borde del orificio.

Eastwood ya estaba casi abajo y levantó la cabeza para mirarla. Era una mujer inteligente, mucho, la vio abrir la boca para responder, pero se tomó tiempo para hacerlo.

—¿A qué mierda te refieres, niña? —La tez de Margot se tornaba tan roja que sus pecas desaparecieron.

Anastasia apoyó la otra mano también en el borde para asomarse con más margen.

—Al lino en una funda de pene. —Se puso en pie en cuanto vio que la doctora hizo el ademán de subir un escalón. No necesitaba ver el rostro de Margot, era como una olla a presión a punto de salir disparada la válvula.

—¡Wilde! —gritó. Había optado por no seguir subiendo, por suerte—. Tu becaria es una pedazo de hija de puta.

Vio que Lois se había tapado la cara para reír. Anastasia señaló el ramo de flores secas.

—Está ahí debajo —susurró mientras se seguían escuchando insultos de todo tipo en la escalera. Lois imitó una arcada y siguió riendo.

Wilde se había asomado al agujero, Margot seguía insultando a Anastasia y de vez en cuando lo metía a él también y a aquel tal Alan Blake.

—Es curioso que tengas la misma opinión de Anastasia que de su benefactor.

—¿Alan Blake es el benefactor de esa… miserable? Puedes hundirte con ellos si quieres, Wilde. Y no vuelvas a dirigirme la palabra. Solo quiero ver tu cara cuando me lleve la momia del visir que encontrarán Hickman y Sherman. No les llegas ni a los zapatos. Ni tú, ni la energúmena de tu ayudante, ni el resto de tu equipo.

—¿Nosotros también? —dijo Scotty riendo—. Si no hemos abierto la boca.— —Luego miró a Anastasia—. ¿De verdad te has encontrado una funda de pene de lino?

Anastasia asintió. A Margot ya se la escuchaba en las galerías.

—¿Quién es Blake? ¿Su ex? —preguntó con curiosidad. Margot lo había insultado con demasiada soltura.

—El mejor abogado de Londres, y un tío suyo tuvo problemas al perder un juicio contra él. Ella lo culpa de la pérdida de fortuna de su familia. —Wilde movió la mano en el aire—. Ni caso.

—Mi benefactor —añadió ella mordiéndose el labio.

El abogado, el piloto, el escultor, el pianista...

—¡Ostras! —Lois había levantado el ramo de flores secas—. Es igual que el de Tutankamon. Wilde, a ver si esto augura una tumba similar —dijo con ironía poniéndose un guante para cogerlo.

Lois lo introdujo en un sobre de plástico transparente.

—La verdad es que el color que tiene… —Scotty arrugó la nariz.

Wilde miró a Anastasia.

—Lávate las manos. Ya —le dijo él y Lois rompió en carcajadas.

31

Se había hecho de noche. Era la primera vez que se le hacía de noche en el desierto, pero Wilde y Fineas aún atendían a los medios. Anastasia se había alejado de las tiendas y del jaleo de los focos, era una parte que no llevaba bien, más allá de hacerse la foto de familia dentro de la sala funeraria. Quizás porque su inglés no era aún el todo maravilloso, y para comunicarse con sus compañeros le servía perfectamente, pero ya una cámara eran cosas mayores.

La arena se enfriaba rápido en la oscuridad. Tuvo que ponerse una chaqueta porque la brisa de la noche era más que fresca. La vigilancia de las excavaciones se había duplicado, con tantos hallazgos era algo normal, los robos eran más comunes de lo que pensaba.

Se sentó en el suelo. Se tanteó debajo de la chaqueta, esa vez le había tocado a ella llevar la lámpara.

Todos llevaban razón. Ella era la culpable de que Wilde se dirigiese a la deriva. Por su culpa era impensable trabajar conjuntamente con Hickman y Sherman, y ahora se habían quedado sin el grupo de paleontólogos que tenía el equipo más avanzado.

Y podían perder la única oportunidad de encontrar a Sekemer.

Margot llevaba razón, quizás había confundido todo aquello con una película de aventuras en la que todo salía bien. Aunque tampoco estaba segura de que fuesen ellos los protagonistas de la historia. Sherman era la diva del desierto sin hacer esfuerzo.

Sacó la lámpara y la puso en la arena. Metió el dedo dentro y la giró con él pasándolo por el borde. Podría romperla, podría lanzarla al Nilo o podría entregarla al ministerio y que el resto de arqueólogos tuviese acceso a ella.

Egoísmo, prepotencia o una película que se había montado en la cabeza de que algún día tendría que ser mejor que su padre.

Aspiró aire por la boca y lo expulsó. Estaba arrastrando a Wilde en sus delirios y eso la hundía por completo. La firmeza que él había tenido al defenderla en la sala funeraria, tanto con su padre como con Eastwood, la había hecho ser consciente del verdadero peso de las piedras que llevaba en la mochila.

Encogió una pierna y apoyó la frente en la rodilla. Desde que había puesto un pie en Luxor no había hecho más que darle dolores de cabeza a Wilde. Él tenía delimitada la zona de excavación, no la hubiese necesitado, y su rivalidad con Hickman hubiese sido con el respeto y la cordialidad de dos grupos que buscan el mismo trofeo.

Tendría que estar feliz, celebrando el haber encontrado la momia más hermosa de todo Egipto. Y estaba a un lado del valle, intentando al menos no romper a llorar.

Aquello había sido una gran oportunidad. Una oportunidad única para probarse a sí misma. Y sentía que estaba perdiendo.

Y podía hacerlo perder a él.

Oyó un tintineo a su espalda y giró la cabeza.

—Has huido en cuanto has visto a la prensa, ¿por qué? —preguntó Wilde.

—Porque no quiero salir en ninguna parte. —Movió la pierna que tenía en la arena y rodeó la lámpara con ella.

—¿No quieres que te vean tus antiguos compañeros? —Él se sentó tras ella y se pegó a su espalda.

Las piernas de Wilde la rodearon, a ella y a la lámpara, y dejó caer la barbilla en su hombro. Si hubiese sido por el nudo apretado en la parte central del pecho, hubiese disfrutado aquella postura.

—Tampoco es que me tuvieran en gran aprecio. —Dejó caer la cara hacia la de él.

—No entiendo por qué —respondió él. Anastasia lo miró de reojo, le encantaba la risa de Wilde, aún más cuando en la noche se entreveía su dentadura clara y llamativa tras una tez cada vez más dorada—. Si eres todo paz y amor.

Ella negó con la cabeza y lo empujó con el hombro. Luego suspiró mientras bajaba la mirada hacia la lámpara.

—¿Has encontrado ya algún paleontólogo? —preguntó sintiendo cómo los brazos de él la rodeaban.

—Acabamos de encontrar a Amesis, tengo una cola de paleontólogos queriendo empezar con ella. —La apretó tanto con la frente que logró desplazarla hacia un lado. Luego la besó en el cuello.

—Pero es solo Amesis —respondió ella y él retiró los labios de su cuello.

—¿Que solo es Amesis? —Frunció el ceño.

Anastasia giró la espalda para poder mirarlo de frente.

—Es lo que decías. Querías a Sekemer, todo lo demás daba igual. Solo él. Se lo dijiste a tu equipo, se lo dijiste a Margot, y a Sherman, y a Hickman. Por eso todos dicen que has dado media vuelta, que divagas, que vas a la deriva. Y todo es mi culpa.

—No es así, Anastasia. —Le cogió la cara impidiendo que lo dejase de mirar—. Al contrario. Creo que estoy más centrado que nunca. Acabamos de hacer un descubrimiento maravilloso. Los tesoros de Amesis apuntan a darnos mucha información. Verás cuando Nadine comience a abrir los papiros. ¿Quieres ponerle tu nombre a alguno?

Ella alzó las cejas.

—Hay para todos. —Wilde la soltó—. Deja de presionarte. Lo estamos haciendo bien.

—Que deje de presionarme —repitió ella—, ¿es por eso por lo que has renunciado a Sekemer? ¿Por no presionarme a este duelo con Hickman?

Wilde entornó los ojos.

—¿Vas a decir ahora las mismas estupideces que dicen todos ellos?

—Estupideces por las que te has quedado sin paleontóloga y sin la ayuda de Hickman.

—No necesito a ninguno de los dos —respondió él con rapidez—. Y Sekemer no es el final. —Volvió a cogerle la cara—. Ahora tengo el equipo perfecto, podemos seguir en cualquier otra parte. El desierto es inmenso y solo hay descubierta una pequeña parte. Sekemer es el principio y cuando he sido consciente de eso, me he liberado por completo.

Anastasia negó con la cabeza.

—Años trabajando para este momento, y ahora dices que no importa.

—No digo que no importe. Solo digo que con la edad que tenemos, con el equipo que hemos formado todos, no va a haber tesoros suficientes en todo Luxor para nosotros.

Tenía que reconocer que dicho así sonaba más que bien. Pero eso que decía Wilde no tenía nada que ver con el tema en el que estaban.

—Has renunciado a Sekemer y es mi culpa —dijo ella mirando al frente.

—Tu voz interior tiene que ser una versión intensa de Eastwood y Sherman. —Tuvo que contener la sonrisa al escucharlo—. Todo es tu culpa, lo que yo decida, lo que nos equivoquemos o lo que fracasemos. Pero el descubrimiento de Amesis no ha sido tu culpa, ¿verdad? Mejor

apartar lo bueno, no celebrar los logros y coger un flagelo para todo lo demás. Te morirás de la ansiedad y la depresión antes de los cuarenta, ¿lo sabes?

—Eso mismo pensé de ti cuando te conocí —respondió ella riendo.

—No, tú eres mucho peor.

Anastasia se llevó una mano a la frente.

—De psicólogo no te ganarías la vida, no —ella negó con la cabeza sin dejar de reír.

—Por eso soy arqueólogo. —La apretó con los brazos y volvió a besarla en el cuello—. Los muertos son más simples que los vivos.

La risa de Anastasia aumentó. Wilde alargó una mano hasta la lámpara.

—¿Aún quieres lanzarla al Nilo? —preguntó él y Anastasia frunció el ceño—. Piensa que si la lanzas y tu padre se entera, contrataría a un grupo para recuperarla y podría atacarlos un cocodrilo. Y sería tu culpa. —Anastasia lo empujó con una mano—. También puedes romperla y que más adelante nos demos cuenta de que hay algo que no hemos visto y perdamos la oportunidad para siempre de encontrar al visir, ni nosotros ni Hickman. Y será tu culpa. ¿Es así como funciona tu cabeza? —Ella volvió a empujarlo—. El problema es que sí. Es así como funciona. Tienes la culpa de todo lo que pase a tu alrededor. —Wilde cogió la lámpara—. Tienes la culpa de truncar la carrera de tu madre. Fue su decisión. Pero tú eres la culpable, claro. Por eso te obligas a ciertas conductas que no te corresponden. ¿Y además estás obligada a ser feliz, me dijiste? Ya veo que pones mucho de tu parte para eso. Completamente volcada en la causa.

La ironía de las palabras de Wilde hizo que ella girase la cabeza para mirar a otra parte.

—Me dices que piensas que he renunciado a Sekemer por quitarte el peso a ti —continuó él —. Pero sabes que solo tú puedes quitarte ese peso. Yo ya he tomado mi decisión y no ha sido renunciar a Sekemer. Mi decisión ha sido que quiero lo mejor para mi equipo. Y fue la correcta. Lois hoy quizás no duerma, es su primera tumba completa sin saquear. Nadine tiene papiros para estudiar dos años. Suhaila está aprendiendo que no había una única manera de hacer tumbas en el antiguo Egipto. Y seguramente su estudio dará la vuelta por todas las universidades. Todos están felices y no tienen que soportarme aumentando el calor del desierto.

Ella tuvo que contener la sonrisa.

—Y es lo mejor para mí también. Yo ya he ganado. —Volvió a apoyarse en su hombro—. Sobreviviré a los cuarenta.

Sonrió y volvió a dejarse caer en él. La respiración tranquila de Wilde le había normalizado la suya de manera inconsciente. Y la presión en el pecho era algo más liviana. No había desaparecido por completo. Como decía Wilde, solo ella podría quitarse las piedras. Y era tan difícil soltar la mochila como encontrar a Sekemer.

Dejó caer la espalda en el pecho de él. La noche en el desierto era absolutamente espectacular. Quizás en cuatro mil años aquella maravilla no hubiese cambiado tanto. Entendía el amor de aquella cultura por cada elemento que apareció en el cielo.

Se hubiese quedado allí toda la noche.

32

Habían pasado unos días y la tumba de Amesis había quedado vacía por completo. Trabajaban en el nuevo punto, en el de Fineas. Ahora todas las fuerzas posibles estaban allí y en la posibilidad de que diera algún fruto. Hacía algo más de una hora que un obrero se había topado con algo que no era exactamente arena, pero tampoco barro endurecido. Fuera lo que fuera, el capataz había acelerado el trabajo y los carros de arena salían sin cesar.

Anastasia buscaba a Wilde, lo perdió de vista al comienzo de la mañana y era mediodía. El *walkie* estaba en su tienda y no tenía cobertura para llamarlo al móvil, quería decirle que al menos tenían algo que no fuesen dunas sobre dunas. Al fin divisó el coche, pero no había nadie dentro.

Recorrió el campamento sin mucho resultado, así que el único lugar en el que podía estar era en la tumba vacía de Amesis. Bajó los escalones de la entrada. Era extraño ver aquellas galerías sin trabajadores, como si ya estuviese completamente abandonada. Y lo principal, sin su reina. Amesis y sus enseres habían sido trasladados a los laboratorios de los museos.

Oyó una voz ronca en el interior y era tan grave que retumbaba en las paredes de la galería.

¿Quién coño está ahí?

Para hablar tan bien el inglés no podía ser ningún obrero, y a los ingleses del grupo los reconocía a todos. No era nadie del equipo.

Se pegó a la pared mientras le quitaba el sonido al *walkie* y se asomó despacio. Había alguien al final del todo, donde estaba la escalera vertical de hierro. Anduvo de lado intentando escuchar si estaba con alguien más. Pero o bien estaba solo, o bien había alguien arriba y no podía oírlo. Después de vaciar la sala de Amesis se habían dado cuenta de que tenía una primitiva insonorización, y de ahí que el primer día no pudiesen escuchar lo que decía todo el que subía si no estaba cerca del agujero. Algo que para Suhaila estaba siendo todo un descubrimiento. Una especie de cápsula hermética que no dejaba pasar el aire, ni la luz ni el sonido.

Habían podido abrir la puerta de la sala, la que estaba sellada, pero allí solo había una galería vacía que llevaba hacia una salida también sellada. Y nada más.

Siguió avanzando sin despegarse de la pared y llegó hacia la sala de las columnas. Tuvo que alzar una pierna y luego otra, habían dejado una pala rota en el suelo, se había quebrado el hierro y quedaba tan solo la madera y un trozo de metal.

Despegó la espalda de la pared para asomarse, las columnas le darían más margen.

¿Quién coño es el gachón ese?

Tendría que medir dos metros, quedándose corta, y tenía una melena rubia platino que le caía hasta los hombros. Tenía la piel dorada, quizás de pasar mucho tiempo al sol. Llevaba ropa verde a manchas, tipo camuflaje militar, con una camiseta sin mangas dejando al aire dos brazos enormes.

Ay, madre. Un caza tesoros de esos.

Y sí, eran exactamente como los de las películas. Volvió a levantar la pierna para saltar la pala rota y huir.

Que me van a meter en un sarcófago y van a echar la tapa para los restos.

Contando con que no la raptaran para que trabajase para ellos y ayudarlos a saquear la tumba de Sekemer.

Ay, que me da.

—¿Y la lámpara? ¿Ahora mismo Anastasia la lleva encima?—Aquella voz ronca volvía a retumbar por la galería.

Me caaaaago en mi puta estampa. Que saben quién soy y que tengo la lámpara. Que han venido a por mí.

Volvió a asomarse y frunció el ceño. El hombre enorme estaba de espaldas, con las manos agarrando el hierro de la escalera y mirando hacia arriba. No sabía si acababa de bajar o se disponía a subir.

Expulsó el aire por la boca despacio mientras sentía las axilas sudando de manera considerable.

Caza tesoros o matones que haya enviado mi padre a por mí.

Dirigió los ojos hacia aquel gigante.

Y más grande no lo habría. Quiere que me acojone. ¿Eso es lo que quiere? ¿Que eche a correr y entregue la lámpara?

Si la querían, con aquel tamaño no sería muy difícil que se la quitaran. En aquel momento o en algún otro. Y se cagaría del susto cada hora del día sin saber cuándo irían a por ella.

Quieren quitarme la lámpara y encima quieren joderme para que no pueda trabajar bien. Mi padre nunca juega limpio.

Cogió aire despacio y resbaló la espalda por la pared hasta inclinarse y acercar la mano al mango de la pala rota.

P*ero te van a dar por culo, Ben Hickman, porque aunque me vayan a quitar la lámpara yo le voy a abrir la cabeza a uno de estos que has enviado a acojonarme. Y te van a pedir más pasta por el trabajo.*

Agarró el mango y se irguió enseguida intentando no rozarla. Con las manos curadas y el cuerpo recuperado, una pala ya no pesaba tanto como los primeros días. Avanzó sin hacer ruido, el hombre seguía mirando hacia la abertura de arriba.

Sabía que tendría que coger carrerilla los últimos dos metros o no le daría con suficiente contundencia.

Alzó la pala por encima de su propia cabeza. Echó a correr.

Pedazo de cabroooooooooooon.

Pero cuando estuvo a medio metro, quizás el sonido de sus botas lo hizo percatarse de su presencia y giró la cabeza para mirar.

Los reflejos de aquel hombre parecían tan sobrenaturales como su tamaño. Se giró con rapidez y, sin embargo, lo hizo en un gesto natural y tranquilo. Como si lo hubiese hecho centenas de veces. Una sola mano fue suficiente para detener la pala y a ella colgando de ella.

Se encontró con la mandíbula triangular y unos ojos azules tan claros como los de Wilde, que se entornaron enseguida para mirarla.

—Tú debes ser Anastasia, ¿verdad? —Aquella tranquilidad del joven, a pesar de que sostenía el mango de una pala a menos de medio metro de haberle podido abrir la cabeza, la hizo acojonarse aún más.

—Ana, ¿qué haces? —Su mirada se dirigió hacia el agujero, donde se acababa de asomar Wilde.

La madre que me parió.

Soltó la pala enseguida, que el joven seguía manteniendo en alto. Le acercó la otra mano mientras bajaba la pala hacia un lateral de la galería. No se atrevía ni a mirar a Wilde.

—Laurence Marlowe —dijo cuando ella le estrechó la mano.

Esto lo estaba viendo yo venir en cuanto he visto a Wilde asomado. Encima es uno de mis benefactores. He estado a punto de abrirle la cabeza a Tarzán.

Pero a él no parecía importarle en absoluto.

—Un honor, Mr Marlowe.

Encima le digo que es un honor, ¿un honor querer partirle la cabeza con una pala? Tengo la cara de diorita de cantera buena. Qué vergüenza, por Dios.

Miró a Wilde, tenía los ojos entornados y justo la expresión con la que esperaba encontrarlo.

—¿Querías darle un palazo a Marlowe? Deduzco. Es solo una observación —dijo Wilde con ironía y vio con el rabillo del ojo que Marlowe reía.

—Y a ti se te ha olvidado decirle que yo he aparecido por aquí —respondió Marlowe—. Con lo cual, si ve a un desconocido enorme en una galería privada, lo natural es que piense que no he venido a hacer nada bueno y quiera darme con lo primero que haya encontrado. Deduzco. Es solo una observación.

Parece buen tío Marlowe, sí señor. Aunque así de primeras acojone.

—Te aconsejo que no le des muchas alas a Anastasia, y menos en lo que se refiere a ella y una pala. O tendremos que pedirle a Stoker que nos saque de Egipto sin que siquiera su avión pise el suelo, si es que eso es posible —respondió Wilde y Marlowe rio de nuevo.

Marlowe se dirigió a ella y le puso una mano en el hombro, una mano que tenía un peso considerable y que hizo que tuviese que bascular levemente el cuerpo.

—Al menos traigo buenas noticias —dijo Marlowe—. No hay nadie que busque la lámpara en los bajos fondos. Y la única transferencia llamativa es por parte de Hickman hacia unos europeos que ya no están en Egipto. Pero sí estuvieron cuando os arrasaron el piso.

Ana miró enseguida a Wilde, que ya bajaba por la escalera.

—Lo que te dije. Intenta que entreguemos la lámpara —resopló.

—Y por eso Marlowe y yo vamos a ir ahora a hablar con él —respondió Wilde.

Pues en cuanto vea a este, se va a cagar encima.

—Yo voy también —dijo ella enseguida.

—Tú te quedas aquí—Wilde sonó firme.

Anastasia dio un paso atrás.

—¿Ya no es «tu vienes a donde yo vaya»? —replicó ella.

—No si es para discutir con Hickman.

—¿Por qué?

—Porque ya saben que en cuanto te ataquen a ti, me encuentran a mí.

—¿Yo necesito que me defiendas?

—No es lo que tú necesitas. Es lo que necesito yo.

—Entonces es tu problema. No el mío. Quiero ir.

—Te he dicho que no.

Marlowe dio unos pasos haciendo que Anastasia se echase a un lado para dejarle paso, necesitaba amplitud en aquel pasillo estrecho.

—¿Sois conscientes de lo incómodo que es estar presente en una discusión absurda en la que estáis mezclando lo profesional y lo personal? —Marlowe pasó por delante de Anastasia y movió la mano en el aire—. Perecéis un matrimonio viejo y apenas habéis empezado el apareamiento. Hacéroslo mirar.

Anastasia miraba cómo Marlowe se alejaba. Luego miró a Wilde. Ya se le habían quitado las ganas de seguir discutiendo. Estaba comprobando que el temple que desprendía aquel hombre

iba más allá de ser enorme y fuerte, ni siquiera le hacía falta utilizar todo eso para hacerlos sentir pequeños. Era más, no sabía por qué ahora la discusión realmente le parecía absurda a ella también. Había presenciado una corrección de conducta en toda regla y Wilde y ella se habían quedado mudos y con cierta sensación ridícula.

Wilde le agarró la cara y se inclinó entreabriendo la boca para absorberle los labios en un beso.

—Te quedas aquí. —Volvió a besarla—. Sin hacer estupideces. —La besó de nuevo.

—Hemos encontrado restos de alguna construcción, son trozos muy pequeños, casi arena —dijo ella y Wilde alzó las cejas—. Hay que profundizar más.

Se apartó de ella para adelantarla en el pasillo.

—Primero voy a hablar con Fineas entonces. —Siguió el mismo camino que Marlowe galería arriba—. Y después iré a la excavación de Hickman. No tardaré. —Bajó la mirada hacia los pies de Anastasia—. Y deja aquí la pala.

Ana contuvo la sonrisa y se dejó caer en la pared hasta que los perdió de vista mientras se llevaba la mano a la lámpara bajo el chaleco. Tenía el aceite y la mecha. Miró la escalera de hierro. Quería ver la lámpara sobre la pared una vez más.

33

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y había puesto la lámpara frente a ella. Ya sin sarcófago y sin esculturas ni cofres, y con la oscuridad de la ausencia de focos, la luz procedente de la llama era más notable.

La luz se proyectó en la pared, no solo en la frontal, sino también en las de alrededor. Aunque estas no coincidirían con ninguna constelación, eran otro tipo de dibujos. Supuso que el resto de constelaciones iban dirigidas a otras tumbas, quizás a la de Nofret, a la del propio Sekemer o hacia alguno de sus hijos.

Comprobó de nuevo aquella estrella no concordante, y se detuvo en que no se equivocó en ninguna del resto. Como bien dijo Hickman, llevaba su sangre, había descubierto cómo funcionaba la lámpara.

Su padre y ella no eran tan diferentes como pensaba. Había algo que los unía, algo que estaba a varios metros bajo tierra desde hacía miles de años.

Sekemer y Amesis, aquel era el vínculo que había tenido con su padre sin saberlo. Todas las veces que se durmió mirando aquellas estrellas había sido gracias a ellos dos.

Amesis ya estaba en su poder, Sekemer seguía en el aire y podría ser para cualquiera de los dos.

Inspiró mientras estiraba la espalda para que el aire llegara bien a los pulmones. Wilde tenía razón, por más que ella se negase a reconocerlo. Quería ganarle a Hickman. Siempre quiso ganarle a Hickman. A pesar de decir que no le importase, a pesar de decir que no merecía ni dos minutos de estudio, a pesar de decir tantas veces que él ya no era nada.

Comenzó el peso en los ojos y la humedad. Quizás si su padre se hubiese dedicado a otra cosa y no a la arqueología, ni siquiera se habría acordado de él. Pero ella heredó su pasión y él tenía todo lo que ella deseaba.

¿Envidia? En parte, sí. Él podía dedicarse a excavar en el desierto durante años, sin límites. La misma envidia que le tuvo a Sherman durante mucho tiempo o la que le tuvo al propio Brandon Wilde. Porque aquel hubiese sido su lugar en otras circunstancias.

Se sorbió la nariz mientras le caían las lágrimas de los ojos. Claro que quería ganarle. Por multitud de motivos, su interior necesitaba ganarle y cerrar aquel espacio en su pecho que ocupaban sentimientos que no la hacían sentirse bien.

Pero ganar tenía un significado muy amplio. Ganar podría ser hacerse su propio hueco, con su propio apellido y sin la sombra de Hickman. Ganar podría significar encontrar a Sekemer, algo cuya probabilidad estaba en el aire. O ganar podría significar tan solo competir y medirse contra su padre.

Y ya había comprobado lo que significaba competir con él. Su padre era ambicioso y no le importaba arrasar con todo por el camino.

No esperaba menos de un hombre como él, al que no le importaba nada más que él mismo, su currículum y los tesoros del desierto.

Y yo no quiero ser como él.

Apretó los labios mientras las lágrimas aumentaron. No quería ser como él, no quería su prepotencia, ni su soberbia ni aquella forma desleal de competir.

Bajó los ojos hacia la lámpara y su llanto aumentó tanto que tuvo que encorvarse mientras el

sonido de su llanto hizo eco en la sala vacía.

Se restregó la cara. Si había alguna oportunidad de ganar en alguno de los sentidos y sanar aquella herida extraña que tenía por dentro y a la que le avergonzaba buscarle explicación, era aquella.

Sus hombros rebotaban con más llanto y se llevó la mano a la cara. Claro que se avergonzaba por haber tomado la ignorancia de su padre respecto a ella como un insulto, como una falta de respeto, porque le hubiese dolido tanto cada vez que Hickman tomaba a un nuevo pupilo, se llamase Sherman o Wilde, y mientras ella estuviese en otra punta del mundo memorizando cada detalle de historia por si algún día llegaba el momento.

Pensaba que lo más difícil sería tener la oportunidad. Estaba descubriendo que lo más difícil era enfrentarla como correspondía.

Sorbió la nariz de nuevo. No había mucho más que pensar, era lo correcto. Y como decía Wilde, tenía que tomar la decisión sin temer culparse después.

Cogió aire por la boca y lo echó en un suspiro. Volvió a mirar la pared llena de estrellas.

Tantos años.

Inclinó la espalda hacia delante y la encorvó para acercar sus labios a la llama. Sintió el calor en las mejillas. Volvió a coger aire por la boca, despacio.

Sopló y se hizo la oscuridad.

Esperó inmóvil a que la lámpara se enfriase para poder cogerla, así también se daba tiempo de recuperarse ella y enfriar sus mejillas. No quería presentarse delante de todos con aquella cara. Le ardía.

Volvió a suspirar y acercó los dedos a la lámpara. Ya estaba tan solo templada.

—Un último deseo. —Ni siquiera fue capaz de acabar la frase, regresaba el llanto.

Así que tuvo que respirar profundo dos veces para cortarlo. Cogió la lámpara y se la llevó al pecho.

Cerró los ojos y volvió a inspirar con fuerza.

—Deseo… —Tuvo que detenerse y controlar la respiración de nuevo—. Deseo ser yo quien encuentre a Sekemer.

Abrió los ojos y los dirigió hacia la lámpara.

—Deseo que esto que tengo por dentro acabe de una vez. —Tragó saliva al notar de nuevo los ojos llenos de lágrimas.

Inclinó la cabeza y apoyó los labios en la lámpara. La besó.

34

Sabía que en cuanto lo viesen camino a la excavación avisarían a Hickman, y ya podía verlo a lo lejos cerca de su tienda.

Era fácil caminar entre dunas con alguien acostumbrado a caminar por sitios peores. Marlowe avanzaba aún más rápido que él.

—He venido a ver momias de leones y ya me has enredado para que te acompañe en tus líos —dijo Marlowe deteniéndose—. Nada nuevo, después os quejáis todos de que os visito poco.

A Wilde le rebotó una carcajada en el estómago, se detuvo junto a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Que tengas esa pinta ayuda bastante, ¿sabes? —le respondió y Marlowe giró la cabeza para reír. Luego miró a Wilde.

—Que sepas que la única razón por la que he venido contigo es para evitar que explotes y empieces a soltar sandeces por la boca, y que todo el mundo confirme que eres un soberbio, un orgulloso y un pedante.

Wilde tuvo que inclinarse y girar el cuerpo para reír. Suponía que para Marlowe todos ellos eran como niños, y no solo porque les sacase cierta altura. Dejó que Marlowe retomase la marcha.

—De tanto estar aislado te estás volviendo un cascarrabias, ¿lo sabes? —le soltó Wilde a su amigo. Luego aceleró hasta cogerle el paso.

—No soy un cascarrabias, pero cuanto más convivo con animales, más absurdas me parecen las conductas humanas. —Marlowe hizo una mueca—. Es un desperdicio de energía continuo —negó con la cabeza.

Margot Eastwood llegó hasta ellos.

—Brandon, ¿qué haces aquí? —le preguntó en cuanto lo tuvo cerca.

Wilde no se detuvo y su gesto hizo que Marlowe tampoco lo hiciese.

—Fue Hickman quien envió a saquear mi casa. —Solo giró la cabeza hacia Margot.

Pudo ver en su expresión que no lo sabía. Sin embargo, enseguida suavizó su gesto para quitarle importancia.

—Hasta lo que sé, Anastasia tiene algo que le pertenece y se niega a dárselo. —Avanzó para alcanzarlos—. Y deberías haberla obligado a devolverlo.

Vio que Margot puso una mano en el brazo de Marlowe, en un intento quizás de que se frenara, pero no era fácil para a Marlowe con ese gesto, ni siquiera habría notado el tirón de brazo. Su amigo se detuvo cuando vio que Eastwood había dado un traspiés arrastrada por sus pasos.

—Mr Marlowe, tiene usted que hacerlo entrar en razón —le dijo—. Esa niña ha cambiado por completo las directrices de Brandon. Y temo que esté echando a perder su carrera y su prestigio. Y créame, no merece la pena. A mí no me escucha, al contrario. Ha acabado por rescindir mi relación laboral con él solo porque intento abrirle los ojos con Anastasia. Aunque nos perjudique a los dos.

Brandon se detuvo y miró de reojo a Marlowe.

—Doctora Eastwood, hay una regla que se cumple con asombrosa frecuencia en la selva —respondió su amigo con su voz grave y tranquila—. Si decide meter un pie en un charco y

atravesarlo en vez de rodearlo, la probabilidad de que le muerda algo es bastante alta. Si encima va usted entrando en todos los charcos que se encuentre… —Marlowe retomó la marcha dejando atrás a Eastwood—. Recuerde, rodéelos siempre.

La expresión de Eastwood era muy similar a la que todos, hasta los propios Misters, solían poner tras algunas de las perlas de Marlowe. Tuvo que contener la sonrisa.

—Quiero saber la verdad —dijo Margot y su amigo se detuvo y se giró para mirarla. Margot avanzó unos pasos—. Brandon nunca me la diría. —Ella miraba tan solo a Marlowe—. ¿Nadie sabía quién era Anastasia? ¿Que tenía la mente de un genio como Hickman? ¿Que tenía la lámpara del constructor de tumbas de Sekemer?

Marlowe tuvo que bajar los ojos para mirar a Margot, solía pasarle con la mayoría de mujeres, mirar tan abajo que a ratos parecía que había cerrado los ojos al completo.

—Yo estaba delante cuando la eligieron —dijo Marlowe—. Y aunque le cuente con detalle cómo fue su selección, seguramente tampoco me creería. Y entienda que estamos en mitad de un desierto y no abunda el agua, discúlpeme si me quiero ahorrar el discurso.

Su amigo volvió a retomar la marcha. Esa vez Eastwood no los siguió. Marlowe inclinó el cuerpo hacia su hombro sin detener la marcha.

—A esto es a lo que me refiero, una pérdida de energía continua, y casi me hace perderla a mí. ¿Cuánto han sido? ¿Tres minutos intentando hacerle ver que su conducta es desesperada, que su única molestia es que has roto todos los lazos personales y profesionales con ella por Anastasia, y que todo ese ridículo era completamente evitable? —Marlowe suspiró—. Vas a tener razón, me estoy volviendo un cascarrabias.

Wilde rompió en carcajadas.

—Es que no se te puede sacar de la selva. —Wilde encogió la nariz después de decirlo.

—Me encantaría no tener que salir de la selva, pero entre la fundación Misters y que ahora a algunos de mis amigos les ha dado por querer celebrar bodas ostentosas y tradicionales, voy a tener que salir más de lo que debería.

La risa de Wilde aumentó.

—Pero si quedan aún cuatro meses para la de Hércules.

—Y ya la estoy lamentando —replicó Marlowe—. ¿Has visto el boceto del traje que envió Stoker? —Se detuvo y giró el cuerpo para ponerse de frente a Wilde. Entornó los ojos—. ¿Una pajarita rosa? ¿En serio? —Levantó el dedo y negó con él—. Que no cuenten conmigo.

Wilde se tapó la cara sin dejar de reír.

—¿Por qué demonios tenemos que ir iguales? —Marlowe alzó las cejas esperando la respuesta.

—Porque… somos los testigos y porque… —Tenía que reconocer que no tenía ni idea del porqué todos iban a ir vestidos iguales.

—Reconócelo, es el colmo de lo absurdo. Ni que fuéramos a hacer un numerito musical después.

—No le des ideas a Stoker.

Esa vez fue Marlowe quien tuvo que encogerse para reír.

Llegaron hasta los hombres de Hickman. Este y Sherman ya estaban preparados tras las cortinas descorridas de una ancha tienda, en pie tras una mesa.

—Doctor Wilde —dijo Hickman.

Wilde se adelantó a Marlowe para acercarse a ellos.

—No quiero cordialidades, Ben. Sé quiénes entraron en mi casa. Y sé muy bien a órdenes de

quién estaban.

Hickman entornó los ojos. Sin embargo, fue Sherman la que rodeó la mesa para acercarse a él.

—¿Por qué estás de su parte si sabes que con nosotros sí llegarías hasta Sekemer? —preguntó ella y echó una mirada fugaz a Marlowe antes de volver a dirigirse a él—. En cambio, permites que Anastasia nos ponga trabas para encontrarlo, ocultándonos algo que nos ayudaría, solo para no perder frente a nosotros. No te creía tan cobarde, Brandon.

—Es su lámpara. Es su decisión. Y yo no puedo obligarla a nada. —Sherman se había acercado demasiado a su cara y le clavaba sus ojos oscuros en un intento de intimidarlo de alguna manera.

—Veo que mi hija no solo ha estado excavando en el desierto —dijo Hickman con ironía. Y antes de que diese un paso hacia él, sintió el brazo de Marlowe cruzándose sobre el suyo. Ben lo miraba con una leve sonrisa.

Vio a Marlowe abrir la boca para ser él quien respondiese a Hickman mientras su amigo lograba recuperar la templanza. Pero Sherman alzó los ojos por encima del hombro de Wilde, un gesto que hizo que él y Marlowe se girasen para mirar tras de sí.

Anastasia se acercaba, tuvo que darse media vuelta al completo para verla bien. Le encantaba el contoneo tranquilo de Anastasia al andar, hasta cuando lo hacía a través de la arena. Bajó los ojos hasta una de sus manos, la derecha.

Y su mirada se cruzó con la de su amigo Marlowe y pudo ver en su expresión que no le había sorprendido ver a Anastasia caminando hacia Ben Hickman, llevando en la mano, y a la vista de todos, la lámpara de la discordia.

Dio unos pasos hacia ella y la miró a los ojos. Ana se detuvo frente a él.

—No quiero ser como él —le susurró a Wilde. Luego negó levemente con la cabeza y miró a Hickman.

Wilde se apartó para dejarle sitio y volvió a mirar a Marlowe. Este le hizo un gesto con las cejas que hizo que cierto orgullo lo invadiese cuando vio a Anastasia rebasarlo y llegar hasta la mesa de su padre.

Puso la lámpara sobre ella.

—Ya sabes cómo utilizarla —dijo y se giró para marcharse.

Wilde le puso la mano en el hombro cuando ella volvió a pasar por su lado.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Hickman y Anastasia se giró para mirarlo.

—Porque quiero ganarte —respondió. Estaba tan tranquila que conseguía transmitirle esa serenidad a él mismo—. Y no quiero tener ventaja para hacerlo. Suerte en la búsqueda de Sekemer. Ambos sabemos que uno de los dos lo encontraremos.

Salió de la tienda tras Anastasia y delante de Marlowe.

—Anastasia. —Era de nuevo la voz de Hickman y ella volvió a detenerse, pero esa vez no se giró para mirarlo—. Esta lámpara apareció en la sala funeraria de un arquitecto de tumbas egipcio. Nunca estuve seguro de que esta perteneciese al complejo de Sekemer, era imposible saberlo —añadió—. Hasta que tú clavaste aquellas estacas en el suelo y encontraste el templo de Sekhmet-Amesis. Recuerda que al competir contra mí también me otorgas cierta ventaja.

Wilde volvió a apoyar la mano en el hombro de Anastasia. La sintió coger aire despacio.

—Yo no sabía que el complejo de Sekemer estaba alineado con La Corona de Ra hasta que te vi clavar las estacas en el desierto. Al competir contra mí también tú me otorgas cierta ventaja.

Wilde contuvo la sonrisa y vio también la satisfacción en el rostro de Marlowe. Estaban

presenciando el cruce de dos genios absolutos.

Anastasia retomó el camino y se alejaron de la excavación de Hickman. Marlowe los rebasó a ambos.

—Voy delante. Estoy deseando quitarme del sol. —Marlowe miró al cielo—. Esto no hay quien lo soporte.

Miró a su amigo alejarse. Sabía bien que a Marlowe le importaba poco el calor del sol, precisamente él estaba hecho a todo tipo de climas extremos. Solo quería que pudiese hablar con Anastasia.

—Tengo que reconocer que no lo esperaba. —Le cogió la mano y se la apretó, ella contuvo la sonrisa—. Y que te quede claro que tú nunca has sido como él.

Volvió a apretarle la mano a Anastasia, era cierto que era algo que le había cogido completamente por sorpresa, y a medida que lo digería, el orgullo que sentía por el gesto de Anastasia iba a más.

Así que le pasó el brazo por detrás de la espalda y la atrajo hacia él para apretarla y darle un beso en la sien. Ambos se detuvieron.

—Quieres ganarle —le dijo con ironía y ella asintió—. Y entonces eso tan bonito que me dijiste la otra noche de que tú habías ganado… —Ella rio con sus palabras.

—Era verdad, en ese sentido ya he ganado. —Se dejó caer en él y arrugo la nariz—. Pero ahora quiero ganar también en el otro.

Él le sonrió y rozó su nariz con la de ella.

—Y no es por Hickman —añadió—. Y no te ofendas, pero ni siquiera es por ti. —Volvió a arrugar la nariz y él rio—. Esta vez quiero hacerlo por mí.

Su sonrisa se amplió al escucharla. El gran error de Anastasia era precisamente ese. Cada movimiento, cada decisión, solía ser por su madre, por su familia, por sus benefactores, por él… por los demás. Y cuando no salía bien se culpaba por no haber hecho lo suficiente.

La apretó contra él y bajó la barbilla para acercar su boca a la de Anastasia.

—Antes de dársela habrás pedido un deseo, ¿no?

La risa de Anastasia lo hizo sonreír. La vio entreabrir la boca. Los labios de Anastasia lograban absorberlo y hacerle perder la noción del espacio y del tiempo.

35

Stoker había enviado un audio y no podía hablar del ataque de risa que tenía. Marlowe les había enviado un audio desde el aeropuerto explicándoles lo de la galería, la pala y Anastasia. Y de la fugaz visita a Hickman y su experiencia en el laboratorio de momias, explicándoles a los nuevos paleontólogos las particularidades de los leones.

Vio que Blake estaba grabando un audio.

—¿La doctora Eastwood no ha insultado a Marlowe como a mí? No es justo —decía Blake en el audio—. Siempre me llevo todas las lindezas yo.

Wilde sonrió al escucharlo. Se asomó al pasillo para comprobar si Anastasia había acabado en la ducha, aún se escuchaba el agua en el dormitorio, así que se volvió a meter en el estudio.

«A mí la decisión que ha tomado Anastasia me parece la correcta», dijo Byron.

«Pues a mí no», puso Blake. «Que le den a Hickman».

Marlowe escribía.

«Ha hecho lo que tenía que hacer. De nada le sirve ponerle trabas a Hickman. Así no le vale. Quiere probarse de verdad y no había otra manera de hacerlo». Fue su mensaje y él estaba de acuerdo también.

«Solo con el gesto honrado que ha tenido Anastasia, teniendo en cuenta lo que significa para ella la lámpara y el hecho de darle el zarpazo a su padre, para mí es como si hubieseis encontrado a Sekemer, a Cleopatra y hasta a Alejandro Magno», había puesto Orwell.

Tenía que reconocer que una vez que Anastasia se había liberado de parte de la carga, había conseguido también su propia tranquilidad. Le resultaba extraño que sus sentimientos se canalizaran a través de otra persona. Pero estaba ocurriendo.

«Todo puede pasar». Sonrió al darle al botón de enviar.

Stoker respondió con risas.

«Qué positividad. Cómo se nota que está enamorado», dijo su amigo y todos comenzaron a colocar emoticonos.

Wilde negó con la cabeza riendo. Pero estaba convencido de que mientras él y Anastasia trabajasen juntos, podrían encontrar cualquier cosa, sin límites.

«Lo está. Doy fe», respondió Marlowe y los emoticonos se multiplicaron.

«Tres de seis, ya van quedando menos», había escrito Blake.

«Y los que quedan son unos aburridos, vaya vacaciones que me esperan», dijo Stoker y lo acompañó con un emoticono. «Byron encerrado y Marlowe en la selva. Voy a tener que quedarme en casa de mi padre». Otro emoticono más, esa vez desesperado.

«¿Aún no os habláis?», preguntó Byron.

«No, y no creo que el asunto mejore. Además, se está trasladando a casa a su nueva “amiga” y sus hijas».

«¿Cómo? ¿Hijas? ¿En plural? Conociéndote, eso te gustará más, ¿no?», dijo Blake y Orwell puso tres filas de risas.

«No cuando sospecho que vienen más por la estabilidad y el dinero que por otra cosa. Pero ve y díselo a mi padre».

«¿Por qué lo dices?» preguntó Byron. «Si ni siquiera las conoces».

«El administrador me ha chivado que se están trasladando a la casa porque no sé qué les ha

pasado en la suya que no era seguro vivir dentro. De hecho, se traslada con las dos hijas y con una más que es de su marido, que falleció hace menos de un año. Dicen que es temporal. Yo espero que se larguen cuanto antes. Por suerte la casa es grande y casi no tendré que verlas».

«Y yo digo, si no te hablas con tu padre y no quieres a esas mujeres allí, con todas las casas que tenéis, ¿por qué te vas allí?», preguntó Blake.

Wilde había pensado exactamente lo mismo.

«Porque, aunque no me hable con mi padre, no quiero que lo tomen por imbécil. Así que prepárate, Blake, que a la primera cosa rara que las vea hacer las llevo al juzgado. Que tenemos todos presentes al padre de Dayana».

Wilde escuchó la puerta del dormitorio. Anastasia había salido con los rizos aún mojados, le encantaba cómo iban tomando forma a medida que se secaban hasta enrollarse por completo.

«Os dejo», escribió y dejó el móvil en la mesa. Anastasia entró y cerró la puerta con la espalda, momento justo en el que él le impidió separarse de ella con su propio cuerpo. Las formas del cuerpo de Anastasia solían encenderlo en cualquier circunstancia. Le encantaba su Sekhmet particular, una obra digna de un museo de prestigio.

Ladeó la cabeza para besarla.

36

Las semanas pasaban y el hoyo en la arena cada vez era más profundo. Y al fin llegaron hasta la base cuadrada. Wilde le agarró la mano para que pudiese descender, los trabajadores la habían descubierto por completo, aún tenía restos de obelisco, no más de medio metro, desbordando en gran parte.

Era un obelisco, el mismo que estaban desenterrando a trozos. Tendría que ser muy alto para necesitar una base semejante. Lo que no entendía era cómo se había podido romper. Sus trozos estaban desperdigados por distintos puntos. Pero el desierto estaba lleno de misterios. Algunos sin mucha relevancia.

Suspiró mientras se inclinaba para analizar el relieve en la piedra.

—Hay muchas piezas. Fineas dice que incluso podríamos intentar reconstruirlo y comprobar qué pone.

—Formaban un triángulo, no un cuadrado —dijo ella poniéndose en pie—. Quise creer que era una pirámide invertida. Pero no. —Dio una palmada a una de las piedras—. En fin.

Su primera temporada, si era realista, no había estado nada mal. A veces pasaban años para encontrar algo, y ellos habían encontrado a Amesis con un ajuar maravilloso. Los días se acabaron, los justos para terminar de desenterrar el obelisco y recoger para seguir trabajando más discretamente desde un laboratorio.

Aún tenía que digerirlo. Tenía la esperanza de que aquel punto los llevaría a alguna parte.

Scotty apareció en la cima de las montañas de arena que los obreros iban apartando y Ana se colocó la mano de visera para mirarlo.

—Wilde —llamó dando un salto y casi resbaló de culo. Jadeaba—. Hickman encontró unos pozos, y una galería. La acaban de explotar. —Cogió aire con fuerza—. Es Sekemer.

Wilde y ella se miraron enseguida. Sabían que era algo que podía pasar, de hecho, había muchas probabilidades de que sucediera. Pero saberlo, intuirlo, imaginarlo, no evitó que el estómago le diese un vuelco y se lo pusiese del revés. Era más fácil de digerir la derrota cuando el otro bando tampoco había vencido.

Y a pesar de saber que él intentaba disimularlo, le pudo ver la decepción de que todo acababa.

Ana inspiró despacio y le cogió la mano a Wilde.

—Antes de que venga la prensa —le dijo y él asintió.

Ascendieron por la arena y salieron del enorme agujero. Los gritos del otro equipo se oían hasta a aquella distancia.

—Lo siento —dijo ella. Wilde le había hecho prometer que no lo diría si llegaba el momento.

—Somos dos en esto. Y no hay nada que sentir. —Apretó su mano y siguieron avanzando—. Esto no ha acabado, es solo el principio. Quizás este sea el mayor descubrimiento del siglo hoy. Pero dentro de un año, o de dos, o de cinco, puede ser otro.

En el desierto todo podía ser. Pero dolía. Había jugado y había perdido.

A medio camino se detuvo para dar media vuelta y mirar atrás.

—Tan lejos de Amesis —murmuró y negó con la cabeza.

Wilde le cogió la cara.

—A lo mejor el complejo es mayor de lo que pensamos y son muchas más tumbas. Amesis

estaba entre los templos, el obelisco… —Sintió cómo le pasaba el dedo por la mejilla—. Quizás es ella la que quiso estar lejos, aparte de la esposa de Sekemer y de sus hijos.

Anastasia agarró la mano de Wilde.

—Viste todo lo que había en la tumba, cómo iba a querer estar lejos de él —negó con la cabeza.

El enredo de cuerdas apretadas que tenía en el pecho se tensó mientras lo cubría una tormenta de tristeza, por ella misma, por Wilde y hasta por Amesis.

Se acuclilló en el suelo y apoyó una mano para no bascular. Parecía absurdo, pero la pena la estaba inundando por completo. Amesis tan lejos de él, el nudo subía garganta arriba y comenzaba a llenarle los ojos.

Quizás había mezclado la ilusión de crear una historia antigua en su cabeza, una historia que se cruzaba con la suya propia, en la que Amesis era ella misma y Wilde Sekemer. Y todo eso se unía a que habían sido Sherman y Hickman los que habían encontrado a Sekemer.

Contuvo la respiración y se puso en pie para continuar andando. Quería verlo con sus propios ojos. Agarró con fuerza la mano de Wilde y echó a correr.

Correr por la arena era tremendamente dificultoso. Llegó jadeando a la puerta de la mastaba, sin embargo, a Wilde apenas se le habían ruborizado las mejillas. Los obreros no dudaron en dejarlos pasar.

Tal y como les explicó Scotty, había varios pozos cerca de la entrada. Había relieves y algunas esculturas. A Sekemer, sobre todo después de la tumba de Amesis, le era fácil reconocerlo. Había más hombres, supuso que serían los hijos. No tuvo ninguna hija, y desconocían si tuvo alguno con Amesis, pero todo apuntaba a que no.

De hecho, ella mantenía la teoría de Amesis-Sekhmet, como yacía en la tumba. Ella representaba a la diosa leona entre los hombres. Por eso no estaba rodeada de hijos, sino de crías de león.

Mismas esculturas, Nofret amamantando a varios hijos, cuatro exactamente. Bajó la cabeza para contar los pozos.

Cuatro.

Esos pozos los llevarían a un túnel con un sarcófago cada uno. Miró a Wilde antes de descender por la galería. Se escuchaba jaleo abajo.

Wilde pasó delante y tiró de ella. Y se detuvieron justo entre los trozos de piedra de lo que había sido una puerta sellada.

La cámara de Sekemer era como cinco veces la de Amesis. Abrió la boca, pero era incapaz de decir nada. Hasta lo que alcanzaba a ver, estaba repleta de cofres, cuatro sillones y bustos de oro.

Se llevó la mano a la boca y pasó los pies por encima de los cascotes para poder entrar dentro.

Hickman le tenía echado el brazo por encima a Sherman. Anastasia agarró con firmeza la mano de Wilde para acercarse a ellos.

—Brandon, Anastasia —los llamó el propio Hickman.

Y se detuvieron frente a los dos.

—Es impresionante —comenzó Wilde—. Felicidades a los dos.

Hickman sonrió. Luego miró a Anastasia.

—Te dije que no había posibilidades de que ganaras —dijo su padre.

Algo que esperaba oír. Su padre no sabía ser de otra manera.

—Felicidades —dijo ella y se dejó caer levemente en Brandon Wilde.

Si Sherman ya era soberbia en circunstancias normales, en aquellas extraordinarias daba un paso más. En cuanto le vio la intención de querer darle la enhorabuena giró su cuerpo y se apartó de ella. Sin embargo, sí que miró a Brandon Wilde esperando su felicitación.

—Enhorabuena, doctora Sherman —dijo él.

—Tu amor propio no te ha dejado. La has cagado, Wilde, reconócelo.

—No me arrepiento —replicó él enseguida.

Alguien la llamó desde el sarcófago. Procedían a abrirlo, así que Sherman se acercó a él.

Estaba a mitad de la sala, como el de Amesis. Pero Sekemer era un hombre poderoso y rico, así que el suyo sería un tanto más complejo.

El primer sarcófago era tan solo una caja rectangular de madera con algunos relieves. Ya la tenían abierta y dentro tenía un segundo sarcófago. Aquel sistema era como el de las muñecas rusas, uno encajado dentro de otro.

Sacaron el siguiente sarcófago, algo más corto que el de madera. Y se dispusieron a abrirlo también. Dejó pasar a Wilde delante mientras ella se giraba hacia el ajuar funerario. Aquella tumba nada tenía que ver con la de Amesis, podía comprobar la diferencia entre el entierro de alguien poderoso y el de una sacerdotisa que, aunque importante, no tenía el mismo nivel.

Ladeó la cabeza mirando los sillones. En todos los respaldos estaba Sekemer con Nofret y con sus hijos. Soltó a Wilde y se alejó del bullicio para acercarse a los sillones y a los bustos.

Acercó la mano hacia uno de los respaldos, el relieve estaba tallado con absoluta perfección. Las voces alrededor del sarcófago le llamaron la atención. Un sarcófago más, puro oro y ostentación. Una belleza con similares al del propio Tutankamon. Kilos y kilos de oro macizo de una pureza extraordinaria. El descubrimiento había sido completamente extraordinario. Sherman y Hickman tendrían que estar en una absoluta nube.

Volvió a atender a los dibujos de la pared, uno tras otro. Sekemer y Nofret de nuevo.

Es como si ella no existiera.

Giró la cabeza, procedían a abrir aquel armazón de oro. Se detuvo para ver cómo hasta Wilde tuvo que ayudar a levantar la tapa.

Qué barbaridad.

Y que todo aquello estuviese allí enterrado durante miles de años. Y que tantas tumbas como aquella seguirían escondidas esperando a ser descubiertas. Sonrió al imaginar que algún día ellos también podrían descubrir algo similar.

Cuatro sarcófagos serían suficientes, supuso. Así que se acercó despacio hasta colocarse tras Brandon Wilde. Por la forma más humana que el resto, y el tamaño, aquel tendría que ser el definitivo.

Era muy parecido al de Nofret, incrustaciones turquesas en el oro que le daba aquel aspecto impresionante.

Tenía a Sherman justo delante, al otro lado del sarcófago. Nuevamente necesitaban ayuda de más manos y sintió a Wilde apoyarse sobre él para abrirlo junto al resto.

Hubiese felicitado a Sherman sin ningún problema, aceptaba que ella y su padre habían sido los vencedores de la temporada. No entendía por qué ella había evitado su felicitación.

Ni por qué me evita todo el tiempo.

La piel de todo el cuerpo se le erizó.

Es como si yo no existiera.

Movió la cabeza para mirar a los sillones.

Nofret era su reina.

Tuvo que abrir la boca para respirar.

Hasta que llegó Amesis.

Y todo era mejor cuando Amesis no existía en su vida. Cuando no tenía a nadie con quien competir. Ella madre, ella reina, ella predilecta hija del faraón, ella esposa del visir.

Tenía la garganta completamente agarrotada y los ojos se le habían llenado de lágrimas.

Cogió una de las manos de Wilde a la vez que comenzaba la cuenta atrás para abrir la tapa y lo apartó del sarcófago. Gesto que hizo que él la mirase.

—No está aquí —le susurró.

Tan solo era un ostentoso cenotafio, una tumba en la que no está el muerto, solo un intento, una especie de homenaje, sin que el titular estuviese en cuerpo presente.

Tiró de Wilde. La emoción de que aquello continuaba le sobresalía por los ojos. Wilde había fruncido el ceño, pero soltó la tapa con la otra mano y se dejó apartar del sarcófago por ella.

Volvió a tirar de Wilde hasta llevarlo a la puerta de la sala funeraria. La tapa se levantaba sostenida por Hickman y sus ayudantes. En sus expresiones pudieron comprobarlo.

Ana saltó los restos de puerta en el suelo. No podían perder el tiempo. Echó a correr.

—¡Anastasia! —Wilde la llamaba. No sabía cómo podía correr tan rápido con los pies hundiéndose en la arena. Solo sentía que el pecho estaba a punto de explotar.

Frenó, había recorrido casi el setenta por ciento de la distancia entre las dos excavaciones sin tomar aliento.

Tuvo que encorvarse para respirar.

—¿A dónde vas? —dijo él levantando arena al derrapar en el desnivel de la frenada —. ¿Estás loca?

—Sí. —Estaba completamente ahogada—. Y tú también.

Se apoyó en los muslos para poder erguirse un poco y mirarlo.

—Dos locos trabajando juntos —añadió.

Wilde frunció el ceño.

—Amesis no estaba enterrada en una mastaba. Nofret sí, y esa pantomima ostentosa que le hicieron a Sekemer también era una mastaba. Pero Amesis y él eran diferentes al resto. —Tuvo que detener las palabras para coger aire de nuevo—. Eran dos locos, o algo así —dio una especie de carcajada en el jadeo—. Leones en vez de hijos, usaban anticonceptivos. —Entornó los ojos —. ¿Por qué iban a ser como el resto a su muerte?

Dirigió la mirada hacia la excavación de Hickman.

—Y apuesto mi cuello, y no lo perdería, a que todos echaban la culpa a Amesis de influir en Sekemer. —Le sobrevino una nueva carcajada y tuvo que encorvarse de nuevo por un pellizco en el costado. Levantó la barbilla para mirar a Wilde—. Así que, dime, porque sé que hay una locura que hace días se te vino a la cabeza y no has sido capaz de decírsela a nadie. Ni siquiera a mí.

Wilde alzó las cejas.

Si es que para mí ya eres muy predecible.

—Volar la base, abrir un agujero y comprobar que no haya nada debajo —respondió él.

Ana ladeó la cabeza en dirección a su excavación.

—En cuanto pueda te sigo —le dijo aún jadeando. El pellizco se apretaba en cada jadeo. Pero Wilde no se movía, como si no se creyera lo que le estaba animando a hacer—. ¡Corre!

Wilde dio unos pasos hacia atrás antes de darse media vuelta y echar a correr.

37

No fue tan fácil destruir aquello en una pequeña porción de un lado, justo lo necesario para saber diferenciar si el obelisco estaba clavado o había algo mucho más fuerte que lo sujetaba a la arena.

Anastasia cogió la linterna y se colgó una mochila. El hueco era holgado y profundo, picaron y volaron hasta que acabó la piedra y se abrió un orificio oscuro. Le estaban ajustando el arnés.

Esa vez sí se colocó unos guantes, no de látex, sino unos más apropiados para escalar o encaramarse a piedras sin cortarse. Se sentó en el suelo e introdujo las piernas. Wilde ya acababa de ajustarse también el arnés.

Cruzó una mirada con él antes de deslizarse por el agujero. Quedar en el aire sostenida por la cuerda le produjo cierto mareo. El cuerpo nunca se acostumbraba a aquellos cambios bruscos de gravedad y peso.

La oscuridad era plena en cuanto se retiró del agujero y encendió la linterna. Tenía a la izquierda una pared de piedra, estaba comprobando que no habían abierto el agujero por la parte correcta. Pudo ver un descenso a unos metros, quizás por ahí estaría la entrada o la salida. Pero tenían cuerdas, daba igual. Era suficiente para comprobar que aquello no era la base de un obelisco, al menos no de uno convencional.

Wilde ya descendía por el agujero colgado de otra cuerda.

—Ahí hay una rampa. —El pulso se le había acelerado sobremanera.

Todo había sido tan rápido que las horas esperando a que acabasen el trabajo no habían sido suficientes para tranquilizarla y bajarle aquella explosión de energía que le había dado ver el sarcófago vacío de Sekemer.

Inclinó su cuerpo para colocarse horizontal y ver mejor todo lo que le permitió la luz de la linterna. Podía comprobar cómo las paredes se inclinaban mermando el tamaño a la vez que descendían.

—Hay unas rampas, la entrada tiene que estar por otro lado —decía Wilde por el *walkie* al resto del equipo.

Anastasia tiró de su cuerda para que parasen. Acababa de llegar al suelo. Un suelo plano que, a juzgar por la altura de la pirámide, estaría más o menos a la mitad del coloso.

Se quitó el enganche de la cuerda.

—Nos soltamos —volvió a decir Wilde a Fineas—, ¿me escuchas bien?

—Te escuchamos bien, pero seguramente en cuanto accedas a las galerías se cortará si son profundas o de paredes gruesas.

Ana buscaba con la luz de la linterna algún acceso. Agradeció que Wilde encendiese la suya, mucho más grande y potente.

—Ahí —dijo él a la par que pasaba por delante de ella.

Una pequeña galería, pero con poco fondo, podía ver la pared del final con tan solo la luz de las linternas. En cuanto Wilde accedió fue consciente de la razón. La galería formaba una curva cerrada para seguir descendiendo.

Eran paredes de piedra vasta sin una sola señal. Otro recodo curvo y más descenso. Un tercero más.

Se agarró a la camisa de Wilde, el pasillo se estrechó en un nuevo recodo. Vio que Wilde

aceleró el paso, no sabía si había visto algo tras el último recodo, donde el pasillo se había estrechado.

Apretó las manos en la espalda de Wilde en una especie de pellizco en cuanto vio la puerta.

Ay, madre.

Tuvo que abrir la boca para respirar. El pulso lo tenía tan acelerado que la cabeza comenzaba a darle amagos de vértigo. Tenía que detenerlo o acabaría vomitando. Y esa vez Wilde no se lo perdonaría.

Una puerta de madera y sellada a la pared, como la puerta de Amesis. Se llevó la mano a la boca mientras Wilde se quitaba la mochila para coger el pico. Lo de la garganta ya no sabía cómo llamarlo y notaba cómo le asomaban las lágrimas de los nervios por el rabillo del ojo. Oyó el primer crujido, se mordió la muñeca y apretó cuando oyó el segundo.

Hizo falta más esfuerzo para abrir tan solo un boquete mínimo en la parte baja de la puerta, a la altura de la rodilla.

Ambos se miraron. Wilde estaba jadeando, supuso que en una mezcla de nervios y esfuerzo. Él le hizo una señal con la cabeza para que se echase al suelo y se preparase para entrar. Un porrazo más y se formó el hueco justo para que pudiese pasar.

Cerró los ojos al atravesar el agujero con la cabeza.

Era tal el estado en el que estaba su cuerpo, que hasta los propios latidos le producían pinchazos en el pecho. Gateó pasando una rodilla y después la otra, esquivando los trozos de puerta que no se habían despegado de la pared. Y se puso en pie sumida en la completa oscuridad.

Contuvo el aire y accionó la linterna.

Se llevó la mano a la boca y se la mordió para que dejase de temblar. La sala no era más grande que la de Amesis. Tenía cofres, algunas figuras y enseres. Y en el centro, justo en el centro, un sarcófago de piedra negra pulida con incrustaciones de oro.

Alargó la mano tras de sí, donde ya estaba Wilde, y lo apretó con fuerza, sin dejar de morderse la muñeca, mientras que las primeras lágrimas caían mejillas abajo.

Dieron unos pasos hacia el sarcófago, los justos para poder verlo mejor. El juego de negro y oro era tremendamente espectacular en el tallado de figura masculina.

Y lograron alumbrar su cara. El delineado dorado de los ojos dibujaba una forma que reconocía bien. Y desde su cuello hasta sus pies, como si fuera una banda decorativa, una incrustación de oro estaba tallada en un relieve formando un nombre: Sekemer.

Apretó los dientes en su propia muñeca y se dejó caer al suelo de rodillas, encorvándose para dejar que el pecho, la garganta y los ojos explotasen de una vez.

Había ganado. Su padre cayó en la trampa de Sekemer. Guiado por la ostentosidad, por el poder, por la grandeza de un linaje real. Pero ella y Wilde lo habían encontrado.

Lo miró a él, había apoyado las manos en el sarcófago y aún tenía la cabeza baja sin dejar de mirarlo a él. Al hombre que llevaba buscando desde sus años de estudiante. Vio en el rebote continuo de los hombros de Wilde que no solo ella había roto por completo.

Se apoyó en el suelo para ponerse en pie y dio unos pasos hasta Wilde, pasándole el brazo por la cintura, y se dejó caer en él. Lo oyó sorber la nariz.

Lo apretó contra ella y sintió el brazo de él por la espalda. Hasta en el rostro del sarcófago podía reconocerlo. Su llanto aumentó y volvió a apretar a Wilde.

Lo miró de reojo, no sabía cuál de los dos estaba peor. Él se estrujaba los lagrimales en un intento extraño de que se acabasen las lágrimas. Anastasia le dio un pequeño pellizco en el

costado.

—¿Te imaginas que este también esté vacío? —dijo ella con ironía y verlo reír, aunque las lágrimas le caían a ambos lados de la cara, la hizo sonreír.

Wilde hizo un gesto con la cabeza hacia el ajuar.

—Amesis está por todas partes —respondió el doctor—. Así que él está aquí.

El vello se le erizó de golpe al escucharlo y el llanto regresó. Ni siquiera ella había mirado mucho a su alrededor. Alumbró con la linterna, volvió a llevarse la mano a la cara y a la boca. Y Wilde la sujetó para que no volviese a encorvarse con el llanto.

Él la apretó con el brazo.

—¿Quieres verlo? Solos tú y yo. En unas horas pasará a ser de todo el mundo —le dijo él, que parecía estar algo más repuesto.

Anastasia asintió con la cabeza y rodeó el sarcófago para ponerse al otro lado. Wilde pasó una especie de cuchillo a lo largo de todo el borde.

—Si es como el de Amesis, puedo con él. Solo tienes que ayudarme a levantarlo y empujarlo hacia mí —le dijo y ella asintió colocando las manos.

Wilde hizo la cuenta atrás y lo alzaron.

Si Amesis era hermosa, lo de Sekemer no sabía cómo describirlo. Tenía la línea de ojos más grande que hubiese visto nunca en ningún hombre. Su mandíbula era marcada, masculina y el mentón sobresalía formando un marco perfecto. Tenía los dedos bien vendados, pero sobresalían sus uñas demasiado largas. Era un hombre esbelto, de hombros anchos y buena estatura. Tenía el pelo rizado y oscuro. Unos rizos que le recordaban demasiado a los que solían salirle a ella por la nuca.

Wilde sujetó él solo la tapa cargándola en su cuerpo.

—¿Qué haces? —No tardó en reprenderle en cuanto la vio quitarse uno de los guantes.

Ana sonrió.

—Nadie va a enterarse. —Acercó los dedos a las vendas—. Y después del cofre de Amesis, él y yo tenemos ya cierta confianza.

Arrugó la nariz y Wilde sonrió.

—Hay un pergamino ahí, a su derecha —dijo y Wilde bajó los ojos para verlo.

—¿Solo uno?

—Uno.

Los dos se miraron. Solo uno de los dos podría ponerle el nombre.

Y aunque, como bien decía Marlowe, estaban aún en la etapa del cortejo y apareo, estaba segura de que ponerle el nombre al papiro de Sekemer iba a ser toda una batalla.

La tapa encajó de nuevo en la base.

Epílogo

Prensa, televisión y hasta documentales en los que, a pesar de que se había negado, no tuvo más remedio que participar. El mundo entero había puesto los ojos en Brandon Wilde y en su nueva compañera. Una de las arqueólogas más jóvenes de todo Egipto.

Esperaba a unos veinte metros que Wilde acabase con los últimos periodistas. A pesar de que había pasado un mes, el interés por su joven equipo y por su gran descubrimiento no había disminuido ni un ápice.

Sonrió al verlo alejarse de la multitud y dirigirse hacia ella, que ya ascendía por una de las dunas. Lo miró mientras llegaba a ella.

—Primera temporada acabada —dijo él sonriendo y alargando la mano hacia ella.

Se giraron para ver que aún no habían liberado del todo a Lois y Fineas.

—¿Cuándo pensabas decirme que el papiro se iba a llamar Wilde? —le dijo ella con ironía y él hizo una mueca.

—Todo lo que encontremos se llamará Wilde —respondió y ella lo empujó con una mano—. Por supuesto que sí. Si algún día te pido matrimonio, tengo que asegurarme de que dirás que sí.

Ana negó con la cabeza y volvió a empujarlo, lo adelantó al paso riendo.

—¿Cuál es el plan ahora? —preguntó mientras lo sentía de nuevo a su lado.

—No hay límites. —Se detuvieron al borde de una de las cimas de Deir el-Bahari—. ¿Un faraón?

Anastasia negó con la cabeza.

—Una reina —dijo ella entornando los ojos.

Wilde bajó la barbilla sin dejar de mirarla.

—¿La última reina? —Ella sonrió al escucharlo.

—Dos locos trabajando juntos. —Se acercó a él y le puso una mano en el pecho—. No ha sido tan mala combinación.

La risa de Wilde le encantaba.

—Pues hay que empezar a trabajar ya —le dijo él.

Anastasia se puso las manos en la cintura.

—Estoy preparada —respondió.

—Proyecto Cleopatra en marcha. —Brandon tiró de ella para que lo siguiera ladera abajo.

Wilde pegó su hombro al de ella y le tendió la mano para que se agarrase a él.

—Proyecto Cleopatra —repitió ella y sonaba tan loco que era pura música celestial.

Cruzó sus ojos con los de Wilde.

La reina más legendaria y famosa.

Realmente sonaba a música.

Bajó los ojos hacia la extensión de Deir el-Bahari.

El desierto estaba repleto de tesoros. Algunos estarían destinados a ellos dos a lo largo de su carrera.

Y estaba deseando descubrirlos uno por uno.

Ella y Wilde. Juntos. Buscadores de tesoros.

Una maravillosa locura.

NOTA DE AUTORA:

Gracias por leer *Mr Wilde, el segundo de la serie Misters,* y espero que hayas disfrutado con su lectura. Te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en su página de Amazon contándome qué te ha parecido. Es mi manera de conocer el resultado de mi trabajo y también una forma de conoceros a quienes me leéis. Que sepáis que los leo absolutamente todos.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponibles muchas más, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans. También puedes seguirme en Facebook (Noah Evans) o Instagram (Noah_Evans_oficial) para estar al día de próximas publicaciones, firmas y eventos. Me encanta teneros por allí, donde suelo ir contando el proceso de mis novelas.

Gracias por seguir conmigo en cada nueva novela, sin vosotras no sería posible.

Vendrán muchas más, sigue la serie con **Mr Stoker**.

Ya en preventa **La hermana salvaje.**

Un abrazo, Noah.